

LACHINOAMÉRICA

ANTOLOGÍA DE AUTORES
SINOLATINOAMERICANOS

IGNACIO LÓPEZ-CALVO

Coordinador

Palabra de Clio



Ignacio López-Calvo es catedrático de literatura hispanoamericana en la Universidad de California, Merced, director del Centro de Humanidades y *Presidential Chair in the Humanities*. Es autor de más de cien artículos y capítulos de libros, así como de nueve monografías y catorce volúmenes de ensayos sobre literatura hispanoamericana. Es codirector de la revista académica *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World* y de las colecciones “Interconexiones históricas y culturales entre Latinoamérica y Asia” (Palgrave Macmillan) y “Estudios de literatura y cultura latinoamericanas” (Anthem Press). Sus últimos libros son *The Mexican Transpacific: Nikkei Writing, Visual Arts, Performance* (en prensa); *Saudades of Japan and Brazil: Contested Modernities in Lusophone Nikkei Cultural Production* (2019); *Dragons in the Land of the Condor: Tusán Literature and Knowledge in Peru* (2014); y *The Affinity of the Eye: Writing Nikkei in Peru* (2013).

Lachinoamérica

Antología de autores sinolatinoamericanos

Ignacio López-Calvo
Coordinador



“Divulguemos la Historia para mejorar la sociedad”

Lachinoamérica
Antología de autores sinolatinoamericanos

© 2007, Palabra de Clío, A. C.
Insurgentes Sur # 1814-101. Colonia Florida,
C.P. 01030, Ciudad de México.

Coordinación editorial: José Luis Chong
Diseño de portada y maquetación: Patricia Pérez Ramírez
Imagen de portada: *Inmigrantes chinos*, creación del autor.
Cuidado de la edición: Víctor Cuchí

Primera edición: agosto de 2022

ISBN: 978-607-8719-23-5

Impreso en Impresora litográfica Heva, S. A.

Todos los derechos reservados. Los contenidos e ideas expuestas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad de los autores.

www.palabradeclio.com.mx

Impreso en México - *Printed in Mexico*

A mi amigo Pedro Calle

AGRADECIMIENTOS

Agradezco su ayuda a Julio Villanueva Chang, Ricardo Ham, Ana María Ramírez Gómez y, en especial, a Rodrigo P. Campos, quien me proporcionó los nombres de varios de los autores que aparecen en esta antología. Quiero agradecer también a Rubén Tang el haberme animado a iniciar este proyecto.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Ignacio López-Calvo	9
MÉXICO	27
Óscar Wong	29
Roberto Rico Chong	33
Dulce Chiang	37
Jorge Fong García	40
Orquídea Fong	47
Ricardo Ham	52
Sergio Loo	55
Ana Chig	61
Armando Chong	64
Octavio Islas	71
Roberto Wong	81
PERÚ	87
Augusto Kuan Veng	89
Pedro Zulen	94
Sui-Yun	101
Siu Kam Wen	105
Julia Wong	120
Chengzun Pan	126
Jack Lo Lau	133
Silvia Rodríguez Siu	141

COLOMBIA	149
Elena Li Chow	151
Lina Chow Wong	156
Pedro Chang	160
Julián Chang Saavedra	164
Pilar Hung	175
Telmo Leusson	181
PANAMÁ	185
Berta Alicia Chen P.	187
Changmarín	195
Julio Yao	198
Juan Tam	211
Gloria Young	220
ARGENTINA	231
Gustavo Ng	233
Lucía Wei He	243
CHILE	259
Alex Kang	261
Luis Cruz-Villalobos	265
COSTA RICA	277
Otto Apuy Sirías	279
Jorge Chen Sham	289
REPÚBLICA DOMINICANA	295
Mu-Kien Adriana Sang	297
CUBA	305
Alfredo Pong	307

INTRODUCCIÓN

Ignacio López-Calvo

University of California, Merced¹

Con el humorístico nombre de “Lachinoamérica” se ha hecho referencia, desde hace unos años, a la influencia de la economía de la República Popular China en Latinoamérica. En efecto, el hecho de que China se haya convertido en una superpotencia económica y militar no solo ha mejorado la autoestima de las comunidades de origen chino de ultramar, sino que también las ha convertido en un potencial intermediario comercial y político entre su patria ancestral y sus países de acogida o de nacimiento. Quizás influidas por esta nueva autoconfianza, la producción cultural sinolatinoamericana, en estado embrionario durante décadas, se halla ahora en plena ebullición.

En un artículo titulado “¡Viva La'chino'américa!” y publicado el 6 de abril de 2015 en el diario español *El País*, Santiago A. Canton, director ejecutivo de Robert F. Kennedy Human Rights, se lamenta de los posibles efectos negativos que podría tener el poderío e influencia económicos de China en Latinoamérica para los derechos humanos y la democracia. Si bien tilda a la inversión china en la región de “necesaria”, lo cierto es que la evidencia que ofrece su artículo, incluyendo el hecho de que dicha inversión se multiplicara por veinte en los quince primeros años del siglo XXI, se presenta en tono de alarma. Como prueba del liderazgo chino en la región, y del vínculo estratégico que se está forjando, Canton señala que China compró parte de la deuda externa de Costa Rica, creó un Instituto Confucio y construyó un moderno estadio de fútbol de más de cien millones de dólares en 2011, supuestamente a cambio de que el país centroamericano rompiera su relación de sesenta y tres años con Taiwán. Más importante aún fue el acuerdo que en 2014 firmaron China, Brasil y Perú para construir una ruta que una el océano Atlántico con el Pacífico, así como los acuerdos,

en el mismo año, entre China y Argentina para la instalación de una estación espacial en el país sudamericano. Al mismo tiempo, el gobierno chino anunciaba una inversión china de 250.000 millones de dólares para la siguiente década. Como lamenta Canton, “Un estudio de la Universidad de Cornell sobre el comercio de China con América Latina y África entre 1992 y 2006, muestra un apoyo de ambas regiones hacia la política exterior china en las votaciones en Naciones Unidas”. China, por tanto, ha ganado mucho peso específico en las relaciones internacionales de Latinoamérica.

Sin embargo, la historia de la presencia china en Latinoamérica no empezó de una manera tan hegemónica. Desde el siglo XVI, con los primeros viajes anuales y luego bianuales del Galeón de Manila, que duró desde 1565 hasta 1815, la importación de mano de obra asiática racializada, tanto libre como coaccionada, a América Latina y el Caribe ha tenido una repercusión innegable en la región. Este comercio mundial de plata trajo a filipinos y sangleyes (personas de ascendencia filipina o mixta china y filipina nativa durante la era colonial española en las Filipinas) como marineros o esclavizados, la mayoría de los cuales no pudo regresar. Como revela Tatiana Seijas, durante los siglos XVI y XVII los numerosos asiáticos del sur y sudeste que fueron esclavizados y traídos a México en el Galeón de Manila fueron inicialmente categorizados como “chinos” y luego como “indios”:

Con el tiempo, los chinos llegaron a ser tratados bajo la ley como indios (el término para todos los pueblos nativos de las colonias de España) y se convirtieron en vasallos indígenas de la corona española después de 1672. Las implicaciones de este cambio legal fueron enormes: como indios, en lugar de chinos, ya no podían ser mantenidos como esclavos (I).²

Pero la primera migración masiva de asiáticos a América Latina y el Caribe español fue la de trabajadores chinos contratados (a los que se hace referencia con el epíteto despectivo “culíes” y oficialmente conocidos como “colonos”) a la Cuba española a partir de 1847. Los dueños de plantaciones locales recurrieron de mala gana a ellos ante la urgente necesidad de reemplazar progresivamente la mano de obra africana esclavizada en sus plantaciones de caña de azúcar, debido a la prohibición británica de 1807 del comercio de esclavos en el Atlántico (paradójicamente, los británicos se

involucraron más tarde en prácticas similares a la esclavitud durante la llamada Trata Amarilla). Sin embargo, durante varios años, muchos de los 150.000 trabajadores chinos contratados que desembarcaron en la isla de Cuba laboraron en condiciones de semiesclavitud al lado de africanos esclavizados y sus descendientes en plantaciones e ingenios azucareros. Entre los factores que impulsaron la emigración de unos siete millones de cantoneses, después de la década de 1830, estaban los cambios en las leyes de migración chinas para aliviar la superpoblación, la pobreza, el hambre, la inestabilidad política, el colonialismo europeo y los conflictos armados, incluidas las Guerras del Opio (1839-1843 y 1856-1860), la Rebelión Taiping de inspiración cristiana (1850-1864), la Guerra Sino-Japonesa (1894-1895) y la Rebelión de los Bóxers (1898-1900), que dejó a millones de personas empobrecidas o muertas.

Luchando con las mismas dificultades para atraer la deseada mano de obra europea que sus pares cubanos, los dueños de plantaciones en el Perú recientemente independizado también encontraron una solución temporal en los trabajadores chinos contratados. En México, medio siglo después, gran parte de la inmigración china estaba compuesta por empresarios libres, como también sucedió en Panamá, aunque en México también había trabajadores chinos contratados que vivían y trabajaban en pésimas condiciones en las plantaciones de henequén de Yucatán y otros estados mexicanos. Con el tiempo, como sugiere Elliott Young, los chinos se convirtieron en “los extranjeros modelo en torno a los cuales se desarrollaron las restricciones a la inmigración y se construyó la categoría legal del extranjero” (10).³ En Cuba, Perú, México, Brasil, Panamá y otros países, tanto los inmigrantes chinos como, más tarde, los japoneses harían importantes contribuciones al desarrollo agrícola de estos países, añadiendo más tarde a muchas otras áreas de la economía y la cultura. Es revelador el hecho de que las salidas forzadas de los chinos de Sonora y Sinaloa durante la década de 1930, la de los japoneses del noroeste de México durante la Segunda Guerra Mundial y la de los comerciantes chinos de Cuba después de la Revolución Cubana, hayan tenido repercusiones notoriamente negativas para las respectivas economías locales.

INMIGRACIÓN CHINA EN CUBA

La Habana tuvo el primer barrio chino y, durante algún tiempo, también el más poblado de América Latina. Aunque los “culíes” fueron inicialmente importados con fondos oficiales designados para la migración blanca, una vez que llegaban a Cuba, se los racializaba inmediatamente. Fueron maltratados por unos dueños de plantaciones que estaban acostumbrados a la mano de obra esclava y cuya principal motivación no era necesariamente liderar una transición hacia la mano de obra libre, sino más bien preservar el sistema capitalista que había convertido a Cuba en el mayor exportador de azúcar del mundo desde la independencia de Haití.

El 3 de junio de 1847 los primeros 207 trabajadores chinos contratados de Amoy (93 de los pasajeros originales murieron durante el viaje de 131 días y 13.000 millas náuticas) llegaron al Puerto de Regla en la Bahía de La Habana a bordo del bergantín español *Almirante Oquendo*. Para cuando terminó el llamado “Comercio Culi” o “Comercio Amarillo” en 1874, unos 150.000 inmigrantes de China (la mayoría proveniente de la provincia costera del sur de Cantón [Guangdong], en el delta del río Pearl) habían entrado, tanto legal como ilegalmente, en la isla, que en ese momento solo contaba con 1.4 millones de habitantes (para hacerse una idea de lo que esto significaba en términos de población, Estados Unidos en ese momento, con una población de 38 millones, solo contaba con 63.000 inmigrantes chinos).

Si bien inicialmente el gobierno manchú consideró a los emigrantes chinos traidores que no merecían su protección, la investigación dirigida por el comisionado imperial chino Ch'en Lan Pin sobre la recontractación forzada y otros abusos cometidos contra los trabajadores contratados detuvo este lamentable comercio de personas en Cuba y Perú. La alta tasa de mortalidad en los barcos que traían trabajadores chinos a Cuba y Perú —murió aproximadamente una quinta parte de los reclutados— fue el resultado combinado de la crueldad de la tripulación, los suicidios y los frecuentes motines. Como se revela en el *The Cuba Commission Report. A Hidden History of the Chinese in Cuba (Informe de la Comisión sobre Cuba. Una historia oculta de los chinos en Cuba, 1877)*, elaborado por una comisión imperial china dirigida por Ch'en Lan Pin, muchos de estos trabajadores contratados fueron secuestrados o engañados por compatriotas (otros

se inscribieron como pago de deudas o a cambio de opio) que les hicieron promesas falsas. Por lo general, una vez en las plantaciones cubanas, las garantías incluidas en los tratados firmados por el gobierno español fueron ignoradas.

Durante ocho años, los trabajadores contratados tuvieron que trabajar un promedio de doce horas diarias en condiciones de servidumbre y por un salario mucho menor al prometido. Después de que terminó este período, la mayoría no había podido ahorrar lo suficiente para regresar a casa. Puesto que se esperaba que los trabajadores chinos extranjeros regresaran a China y que no se nacionalizaran, se vieron obligados a firmar nuevos contratos con los mismos hacendados, o, de lo contrario, se los encarcelaba o enviaba a realizar trabajos forzados para el gobierno. Además del motín y el suicidio (la Cuba de mediados del siglo XIX tenía la tasa de suicidios más alta del mundo [Young 84]), los trabajadores chinos contratados resistieron la explotación rebelándose en las plantaciones y huyendo de ellas. Una vez que finalmente fueron relevados de su servidumbre, muchos encontraron una fuente de ingresos como vendedores ambulantes y, más tarde, abrieron sus propias tiendas en las ciudades. Esto dio lugar a los primeros barrios chinos y a la creación de sociedades chinas.

Además de la participación de aproximadamente 6.000 chinos mambises en las dos guerras de independencia contra España (entre 1868 y 1898, cuando algunos lideraron batallones chinos como oficiales en el ejército insurgente), que la comunidad china en Cuba ha utilizado a menudo como prueba de su patriotismo y su derecho a pertenecer al imaginario nacional, los chinos han hecho numerosos aportes a la cocina, el arte, el lenguaje, la música, la literatura cubana e incluso al dialecto cubano del español. En el campo musical, por ejemplo, la flauta china ha sido descrita como el centro de la orquesta cubana y de la música cubana, y las escalas pentatónicas chinas se han considerado influyentes en el danzón cubano. Otros instrumentos musicales chinos incorporados a la cultura cubana son los tambores *Cu*, tocados durante la danza del león, y la cajita china, un instrumento de percusión de madera utilizado por los músicos de rumba, danzón y son. Entre los escritores cubanos de ascendencia china de renombre contamos con Regino Pedroso, José Lezama Lima, Severo Sarduy y Zoé Valdés; entre los artistas visuales, Wifredo Lam y Flora Fong.

INMIGRACIÓN CHINA EN PERÚ

Perú cuenta con la mayor población de ascendencia china en América Latina (entre el 15 y el 17 por ciento de los peruanos). A partir de 1849, se los trajo como mano de obra barata para los campos de guano de las islas Chincha (donde las condiciones de trabajo eran las más duras y la tasa de suicidios más alta), las plantaciones de caña de azúcar y algodón y, después de 1868, para la construcción de ferrocarriles. Más aún que en el caso de Cuba, la tasa de mortalidad durante el viaje transoceánico fue muy alta: por ejemplo, 109 de los 350 a bordo del barco *Lady Montague* perecieron. En 1856 el gobierno peruano reconoció que un tercio de los “culíes” importados murió durante el viaje. Una vez en Perú, sus posibilidades de supervivencia eran aún menores. Según Isabelle Lausent-Herrera, “Entre 1849 y 1876 casi la mitad de los chinos traídos al Perú (de 9 a 40 años, rara vez mayores) murieron por agotamiento, suicidio o malos tratos”.⁴ Como sucedió en Cuba, los terratenientes peruanos contrataron capataces negros que a menudo usaban castigos físicos contra los trabajadores chinos, lo que solía ser fuente de conflictos interraciales, junto con las relaciones entre hombres chinos y mujeres negras. Para cuando esta inhumana “Trata amarilla” terminó en 1874, después de la firma del Tratado de Amistad y Comercio de Tientsin (Tianjin), aproximadamente 100.000 trabajadores contratados, en su mayoría hombres, se habían afincado en Perú, convirtiéndose en un factor importante en el desarrollo de la agricultura costera del país.

A diferencia de los chinos de Cuba, que recurrieron a su participación en las guerras de independencia contra España como motivo de orgullo étnico, aproximadamente 1.500 trabajadores chinos contratados en Perú, cansados de los abusos que habían sufrido, se aliaron al ejército invasor chileno durante la Guerra del Pacífico. En venganza, el 15 de enero de 1881, aproximadamente trescientos chinos fueron asesinados y los negocios chinos fueron saqueados, aunque muchos otros en la comunidad habían permanecido leales al lado peruano.

Entre las numerosas contribuciones económicas y culturales realizadas por la comunidad sinoperuana o tusán, una de las más destacadas es el chifa o restaurante sinoperuano, cuya comida se ha convertido en una parte importante de la rica tradición culinaria del Perú. Los tusanes, al igual que los nikkei, también han hecho importantes aportes a la literatura peruana,

con escritores, como el poeta y pensador indigenista Pedro Zulen, el novelista y cuentista Siu Kam Wen, los poetas Julia Wong y Sui-Yun, y el cronista Julio Villanueva Chang, fundador de la revista *Etiqueta Negra*.

INMIGRACIÓN CHINA A MÉXICO

Después de la llegada inicial de algunos chinos a México en el Galeón de Manila, la inmigración masiva comenzó durante la década de 1870 en respuesta a la necesidad del gobierno de Porfirio Díaz de tener mano de obra barata para construir ferrocarriles y colonizar áreas escasamente pobladas y con poblaciones indígenas rebeldes. Frustrado por su incapacidad para atraer inmigrantes europeos (parte de su programa de “modernización” consistía en “blanquear” a la población del país), Díaz aceptó a regañadientes la sugerencia del político Matías Romero de contratar trabajadores invitados chinos, percibidos en ese momento como sumisos y trabajadores. Esta necesidad de mano de obra china coincidió con la oportuna aprobación de la Ley de Exclusión China de 1882 en Estados Unidos: se ha estimado que aproximadamente el 70 por ciento de los inmigrantes chinos en México, entre 1895 y 1910, había sido previamente expulsado de Estados Unidos. Se establecieron en los estados en vías de desarrollo del norte, como Baja California, Sonora y Chihuahua, a menudo con la esperanza de volver a emigrar ilegalmente a Estados Unidos, en lo que Robert Chao Romero considera el inicio de la inmigración indocumentada de México: “los chinos fueron los primeros ‘inmigrantes indocumentados’ de México, y crearon el primer sistema organizado de tráfico de personas de México a Estados Unidos”.⁵

La inmigración china formalizada comenzó en 1899 con la firma del Tratado Bilateral de Amistad, Comercio y Navegación, que estableció relaciones diplomáticas entre México y la China imperial. En la década de 1920, había 26.000 chinos en comunidades de la mayor parte de la geografía mexicana, que pasaron rápidamente de trabajadores a bajo sueldo a comerciantes (alcanzando el monopolio de las tiendas de abarrotes y ropa en el norte de México) gracias a su frugalidad, laboriosidad y relaciones laborales de carácter intraétnico basadas en el parentesco y apoyo mutuo: algunos empresarios chinos en México patrocinaron el viaje de parientes cantoneses y otros compatriotas que aceptaron una pequeña paga mientras

ganaban experiencia comercial. Con el tiempo, muchos aprendieron español, se hicieron católicos, se nacionalizaron, adoptaron nombres españoles y se casaron con mujeres locales, ya que inicialmente no había leyes contra el mestizaje y, además, había muy pocas mujeres chinas.

A pesar de su reducido número y de haber sido inicialmente bienvenidos, el racismo y los celos económicos motivaron a las asociaciones antichinas que presionaron a los gobiernos locales y federales para que adoptaran medidas discriminatorias. A partir de agosto de 1929, la Gran Depresión aumentó la hostilidad contra los inmigrantes chinos, que se convirtieron en chivos expiatorios de muchos de los males sociales del país: se los acusó de traer enfermedades, crear competencia desleal y negarse a integrarse a la sociedad mexicana y a contratar mexicanos en sus negocios. La histeria antichina culminó con la deportación de los chinos y sus familias mexicanas (sus esposas mexicanas, llamadas despectivamente “chineras”, perdieron su nacionalidad y se las consideraba chinas legalmente) de Sonora y Sinaloa en la década de 1930, principalmente a Estados Unidos, donde el gobierno se sintió obligado a pagar una segunda deportación a China.

Junto a los boicots económicos, saqueos, impuestos y legislación racistas, se produjeron varias masacres de chinos, la más notoria de las cuales fue la de Torreón, Coahuila, el 15 de mayo de 1911, donde tropas maderistas, ayudadas por ciudadanos locales y utilizando la falsa excusa de que algunos chinos habían disparado primero, asesinaron brutalmente a 303 inmigrantes chinos. Esta trágica masacre ha inspirado dos excelentes obras recientes: *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna* (2015) de Julián Herbert y la novela *Jamás, nadie* (2017) de Beatriz Rivas.

LA PRODUCCIÓN CULTURAL LATINOAMERICANA DE Y SOBRE CHINOS Y SUS DESCENDIENTES

Como es bien sabido, la presencia china en Latinoamérica se ha reflejado durante siglos en la obra de autores, artistas y directores de cine que no son de ascendencia asiática. Ya *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690) de Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), considerada pieza clave en la construcción del nacionalismo mexicano, incluye los dos primeros personajes chinos (Francisco de la Cruz y Antonio González) que aparecen en una obra

latinoamericana. El texto (que se había estudiado tradicionalmente como ficción y que ahora ha pasado a considerarse un texto biográfico basado en una persona de la vida real) relata las aventuras de un marinero de San Juan, Puerto Rico, llamado Alonso Ramírez, quien, al no encontrar fortuna en el Virreinato de Nueva España, aborda el Galeón de Manila hacia Filipinas en 1684. Cerca de la costa de Luzón, en Filipinas, piratas ingleses, entre los que están William Dampier y Duncan Mackintosh, lo toman prisionero. La narración describe las humillaciones sufridas a manos de estos piratas y los espantosos episodios de pillaje, violación e incluso canibalismo, presenciados por el protagonista. Se narra, asimismo, su viaje alrededor del mundo, pasando por lo que es hoy día Vietnam, China y el océano Índico, y cómo los piratas lo abandonaron en el estuario del río Amazonas, para finalmente regresar a Yucatán, México. Cinco de los siete hombres que llegan a Yucatán con Ramírez son asiáticos: “Juan Pinto y Marcos de la Cruz, indios pangasinán aquel y este pampango; Francisco de la Cruz y Antonio González, sangleyes” (Sigüenza y Góngora, *Seis obras* 22). Teniendo en cuenta que el relato se basa supuestamente en hechos reales, la llegada de estos cinco hombres revela la presencia temprana (si no masiva) de asiáticos en México. En opinión de Rubén Carrillo, su presencia sirve de excusa para que Sigüenza y Góngora critique la esclavitud y tal vez celebre el hecho de que España había prohibido la esclavitud de los súbditos asiáticos en 1673 en contraste con otras naciones europeas: “Ante la escasez de bastimentos, el capitán planteó entregarse a los franceses cuando la fragata navegaba cerca de las posesiones de Francia en el mar Caribe”; los asiáticos se opusieron a esta idea, “siendo el motivo el que a ellos por su color, y por no ser españoles los haría esclavos” (*ibidem* 22).

Contiene también representaciones de chinos otra pieza clave en la construcción del imaginario nacional mexicano y la primera novela picaresca escrita y publicada en América Latina: *El Periquillo Sarniento*, escrita en 1816 por el autor mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) y publicada en 1831. Su protagonista, tras desempeñar distintos trabajos en Nueva España, se embarca en el Galeón de Manila y pasa varios años en Filipinas. Allí observa la esclavitud de negros africanos que luego será denunciada en la novela y sueña —en lo que se convierte en una velada denuncia anticolonial— en hacerse virrey acumulando riquezas por medio de la venta de productos asiáticos en México. No obstante, sufre un naufragio

en su camino de regreso a México y termina en la sociedad ideal y utópica de Sacheofú, un modelo a seguir por Nueva España. A pesar de sus críticas al sistema colonial español, el mensaje no es tan progresista como podría pensarse. Así, Sandra M. Pérez-Linggi afirma que Lizardi está utilizando una China imaginaria para ubicar una hoja de ruta para criticar la sociedad novohispana al proponer una utopía social inspirada en un discurso hegemónico alternativo de la Ilustración europea:

La utopía de Lizardi está en Oriente, es la isla china a la que llama Sauchefú. Sin embargo, esta isla es un ideal fabricado basado en la ideología francesa, totalmente desconectado de la realidad cultural asiática. Lizardi, en otras palabras, aboga por la ideología liberal europea para desplazar el colonialismo español conservador que gobierna la Nueva España a finales del siglo XVIII. Lo que propone, en esencia, enfrenta un discurso hegemónico europeo contra otro.⁶

Rubén Carrillo, por el contrario, subraya la visión positiva que tiene Lizardi de China en un momento en que la imagen de este país en Europa se estaba volviendo cada vez más negativa:

Aproximadamente el 15 por ciento de la trama de esta novela tiene lugar en lugares asiáticos reales e imaginarios. Además del número de páginas, es importante mencionar que es un ejemplo tardío de sinofilia en la literatura en una lengua occidental. Sacheofú es una visión favorable de China contraria al imaginario negativo contemporáneo a su aparición en 1831.⁷

Los personajes y temas asiáticos continuarán poblando la literatura mexicana a lo largo de las décadas. Más adelante, entre muchas otras obras mexicanas con personajes y temas asiáticos, tenemos, por ejemplo, la poesía de Octavio Paz; los poemarios de José Juan Tablada, entre ellos *Li-Po y otros poemas* (1920); *Tenemos sed* (1956) de Magdalena Mondragón; la extraña novela *Farabeuf o la crónica de un instante* (1965) de Salvador Elizondo; la novela *Hasta no verte Jesús mío* (1969) de Elena Poniatowska; la novela detectivesca sobre los chinos en México *El complot mongol* de Rafael Bernal (1969), considerada el primer *noir* mexicano, y el cuento “Lupe”, también de Bernal, incluido en la colección *Trópico* (1946); el cuento de Inés Arredondo “Las palabras silenciosas”, incluido en *Río subterráneo*

(1979); la novela sobre vampiros sinomexicanos *Asesinato en una lavandería china* (1996) de Juan José Rodríguez; la novela sobre un narco chino *La lejanía del desierto* (1999) de Julián Andrade Jardí; *El ombligo del dragón* (2007), de Ximena Sánchez Echenique; los cuentos “Simple placer. Puro placer” y “El último signo”, incluidos en el volumen *La frontera más distante* (2008); y las novelas *Ojos de lagarto* (2009) de Bernardo “Bef” Fernández; (2008), *Verde Shanghai* (2011) de Cristina Rivera Garza y *Materia dispuesta* (2011) de Juan Villoro.

Acercándonos aún más al presente, entre muchas otras obras mexicanas relacionadas con lo chino y sinomexicano contamos con la crónica de Julián Herbert *La casa del dolor ajeno* (2016) y la novela *Jamás nadie* (2017) de Beatriz Rivas, ambas basadas en la masacre de inmigrantes chinos a manos de las tropas maderistas y de la gente de la comunidad de Torreón, Coahuila, durante la Revolución Mexicana; *Tu nombre chino* de Juan Esmerio (2018); y la novela negra *Hotel Chinesca* (2018) de José Salvador Ruiz. Por lo que respecta al cine, a esta literatura se podrían incluir películas como *El tesoro de Moctezuma* (1968) y su precuela *Operación 67* (alias *La esmeralda maldita*, 1967), dirigida por René Cardona y René Cardona Jr. Por su parte, la película *Sonora*, de Alejandro Springall, se concentra en la sinofobia del norte de México. La película *Reencarnación*, de Eduardo Rossoff, es una historia de amor basada en la novela *Asesinato en una lavandería china* de Juan José Rodríguez. Además, las películas *El complot mongol* (1978) de Antonio Eceiza y, la versión posterior, *El complot mongol* (2019) de Sebastián del Amo, están basadas en la novela homónima de Rafael Bernal, así como la radionovela de once episodios *El complot mongol* (1989); y la coproducción mexicana-china de telenovela *Destilando amor* (Televisa). Contamos además con las novelas cortas *El jardín de la señora Murakami*, *Shiki Nagaoka: una nariz de ficción* (2001), *Biografía ilustrada de Mishima* (2009), y el cuento “Bola negra” (2005) de Mario Bellatin.

Los textos de autores latinoamericanos de origen chino, como los seleccionados en esta antología, se complementan con la representación de los chinos por parte de autores de otros grupos étnicos (típicamente más estereotipada) para llevar a cabo un rescate de esta importante presencia en el hemisferio occidental y redefinir el imaginario de lo chino en Latinoamérica y el Caribe. A pesar de las injustas deportaciones de chinos y sus familias mexicanas de los estados mexicanos de Sonora y Sinaloa a principio de

los años treinta del siglo pasado, de masacres como las de Torreón durante la Revolución Mexicana, o las que tuvieron lugar en el Perú del siglo XIX, junto con las imposiciones epistemicidas que caracterizan el discurso del mestizaje —con el que se trata de presentar ciertas naciones como mestizas de lo indígena y lo europeo para veladamente blanquear lo indio y borrar lo asiático, africano, judío, etc.— el discurso sinolatinoamericano no solo ha sobrevivido a lo largo del tiempo, sino que estamos hoy ante un claro resurgimiento que comenzó hace pocas décadas. Eco de dicho renacimiento son las numerosas publicaciones recientes tanto sobre la presencia como la producción cultural de asiáticos en Latinoamérica.

Si nos enfocamos únicamente en el caso de México, siguiendo los trabajos pioneros de María Elena Ota Mishima sobre la inmigración japonesa y de Evelyn Hu-DeHart sobre la inmigración china, se han publicado, entre muchos otros, los siguientes libros: *Historia general de los chinos en México 1575-1975* de José Luis Chong; *¿Ignorancia invencible?: superstición e idolatría ante el provisorato de indios y chinos del arzobispado de México en el siglo XVII* de Gerardo Lara Cisneros; *Un episodio de la renovada relación México-China: los primeros estudiantes chinos en México, 1974-1984*; *Los chinos de ultramar: sabor, cultura alimentaria y prácticas culinaria* (2007), compilado por Ivonne Virginia Campos Rico y Ricardo Martínez Esquivel; *El japonés que conquistó Guadalajara* (2009), compilado por Omar Martínez Legorreta, Melba Falck Reyes y Héctor Palacios; *Discriminación contra la comunidad china en México* (2010) de Ricardo Ham; *Presencia japonesa en Jalisco*, compilado por Melba Falck Reyes; *La guerra contra los japoneses en México durante la Segunda Guerra Mundial. Kiso Tsuru y Masao Imuro, migrantes vigilados*, de Sergio Hernández Galindo, *El samurái de la Graflex: De enfermero de Villa a cronista fotográfico de Tijuana* (2019) de Daniel Salinas Basave; *Segregación, racismo y antichinismo: la Ley 27 de 1923 y el caso de los barrios chinos en Sonora*, de Ivonne Campos Rico (2019).

Igualmente impresionante ha sido la investigación producida sobre el mismo tema en inglés: *The Chinese in Mexico, 1882-1940* (2010) de Robert Chao Romero; *Making the Chinese Mexican: Global Migration, Localism, and Exclusions in the US-Mexico Borderlands* (2012) de Grace Peña Delgado; *Chinese Mexicans: Transpacific Migration and the Search for a Homeland, 1910-1960* (2012) de Julia María Schiavone Camacho; *Chino. Anti-Chinese Racism in Mexico, 1880-1940* (2017) de Jason Oliver Chang; *Paisanos*

Chinos: Transpacific Politics among Chinese Immigrants in Mexico (2017), de Fredy González; y *The Migration of Chinese Women to Mexico City* (2020), de Ximena Alba Villalever. Durante el mismo período se publicaron dos estudios históricos más dedicados a la comunidad nikkei (nipomexicana): *Looking Like the Enemy: Japanese Mexicans, the Mexican State, and US Hegemony, 1897-1945* (2014) de Jerry García y *Uprooting Community: Japanese Mexicans, World War II, and the U.S.-Mexico Borderlands* (2015) de la sinomexicana Selfa A. Chew. Otro más, esta vez sobre la esclavitud asiática en Nueva España, apareció recientemente: *Asian Slaves in Colonial Mexico: From Chinos to Indians* (2014), de Tatiana Seijas.

La lista de textos literarios peruanos sobre lo asiático es también sumamente larga. Entre otros muchos otros, se podrían incluir la novela *Nurrdin Kan* (1872) de Luis Benjamín Cisneros, cuyo protagonista es un emperador chino; el cuento “Cera” (1923) de César Vallejo; *Zulen y yo* (1925) de Dora Mayer; *Duque* de José Díez Canseco (1973; escrito 1929); *Ranchos de cana* (1941) de María Rosa Macedo C.; varios de los poemas de Juan de Arona y Nicomedes Santa Cruz; *Dora* (1989) de José B. Adolf; la novela *El sexto* (1961) de José María Arguedas; las novelas *La casa verde* (1965), *Historia de Mayta* (1984) y *Travesuras de la niña mala* (2006) del Premio Nobel peruano Mario Vargas Llosa; la colección de cuentos *El caballero Carmelo, otros cuentos, poemas y ensayos* (1968) de Abraham Valdelomar; *La medianoche del japonés* de Jorge Salazar; *La ciudad* (1963) de Alfredo Gómez Morel; *El misterio del barrio chino* (2013) de José Güich Rodríguez; *Flores para Alejandro* de Max Castillo Rodríguez; *Setogiwa = Tiempos difíciles* de Carlos Alberto Yrigoyen Forno; el cuento “Al pie de la letra” de Julio Ramón Ribeyro; *Babel, el paraíso* de Miguel Gutiérrez; *Los eunucos inmortales* de Oswaldo Reynoso; *Libro de los muchachos chinos* (1990) de Julio Heredia; *Secretos inútiles* (1991) de Mirko Lauer; *Caen las hojas al viento* (1999) de Armando Guerrero Rodríguez; *El interminable viaje de John Chinaman* y *Caen las hojas al viento* (1999) de Armando Guerrero Rodríguez; y la novela *Y tú qué has hecho?* (2007) de José Castro Urioste.

Por lo que respecta al análisis de la producción cultural de autores latinoamericanos de origen asiático, entre otros estudios, yo mismo he explorado esta rica producción cultural en varias de mis publicaciones, incluyendo los libros *Imaging the Chinese in Cuban Literature and Culture* (University Press of Florida, 2008); *The Affinity of the Eye: Writing Nikkei in Peru* (Uni-

versity of Arizona Press, 2013); *Dragons in the Land of the Condor: Writing Tusán in Peru* (University of Arizona Press, 2014); *Japanese Brazilian Saudades: Diasporic Identities and Cultural Production* (University Press of Colorado, 2019); y *The Mexican Transpacific: Nikkei Writing, Visual Arts, Performance* (Vanderbilt University Press, en prensa). Todas estas publicaciones son prueba de que las historias de la inmigración china en Latinoamérica y el Caribe se continúan escribiendo hoy a manos de inmigrantes (los casos de Augusto Kuan Veng, Siu Kam Wen y Chengzun Pan en Perú, por ejemplo) y de los descendientes de aquellos primeros inmigrantes (llamados “tusanes”, sobre todo en Perú) que contribuyen a un discurso diaspórico colectivo.

Los textos que se compilan en esta antología contribuyen a la autodefinición de lo sinolatinoamericano o tusán, más allá de las investigaciones de historiadores, sociólogos, antropólogos y críticos literarios que no pertenecen a este grupo étnico. En el caso de México, entre varios otros escritores de ascendencia china, se encuentran los poetas Óscar Wong, Sergio Loo y Roberto Rico Chong, el novelista Roberto Wong y la poeta y prosista Selfa Chew. Entre los artistas e intérpretes se puede mencionar a Sarahí Lay Trigo, así como a la poeta y artista de cabaret Dulce Chiang, que ha seguido los pasos de Lyn May.

Ahora bien, sobra decir que el mero hecho de ser de descendencia china no quiere decir que tengan que escribir necesariamente sobre ese tema. Este es el caso, por ejemplo, de la novela *París D.F.* (2015) del sinomexicano Roberto Wong, que no trata ningún tema chino. No obstante, como se observa en esta antología, algunos de los autores y autoras se hacen eco de dicha herencia étnica e incluso proponen su escritura como herramienta de autoexploración étnica o autoetnografía. En este contexto, esta antología incluye textos breves de varios géneros literarios, incluyendo textos de poesía, ensayo, crónica, autobiografía, y nos brinda una idea de la heterogeneidad y riqueza de la producción cultural sinolatinoamericana actual. Si bien, lógicamente, por razones de espacio no se puede incluir a todos los autores, uno se puede hacer una idea más clara si se tiene en cuenta que en el volumen aún por publicar *Hojas sobre las raíces: antología literaria de autores tusanes peruanos*, que compilé con Rodrigo P. Campos, incluimos nada menos que veintiséis autores.

Varios de los autores incluidos en esta antología destacan, además, en otras áreas artísticas. La poeta mexicana Dulce Chiang, por ejemplo, se

dedica también al mundo de la música, el cabaré y el *performance* con el nombre artístico de Ma Dam Chiang. Su personaje escénico nos recuerda al de Lyn May, otra cabaretera que era nieta de un inmigrante chino. En el caso de los autores de origen mexicano uno de los más prolíficos es el recientemente fallecido poeta, narrador, ensayista, crítico literario y periodista Óscar Wong (1948-2020), que nació en Tonalá, Chiapas, en 1948, y vivió muchos años en la Ciudad de México. Wong se desempeñó como subsecretario de Cultura y Recreación del gobierno del estado de Chiapas, publicó sus textos en numerosas revistas y periódicos y recibió varios premios literarios. En un discurso que leyó durante un evento en la Ciudad de México que conmemoró sus treinta años como poeta, Wong expresó su orgullo de ser de ascendencia china:

Es cierto que me siento agradecido a la vida por mi linaje, por mis orígenes dinásticos, sobre todo porque tuve un padre que veía el mundo, no con la óptica tosca y hasta grosera de los occidentales, sino con la sabiduría milenaria de los ancestros chinos, con la diligencia y disciplina que forjan universos y descubren la infinita multiplicidad de las diez mil cosas que integran el Cosmos.

Ese mismo orgullo de la herencia étnica china se percibe en la mayoría de los autores aquí antologados, ya sean escritores jóvenes o más veteranos. La publicación de este libro sacará a la luz la importante contribución literaria de autores de descendencia china a los que la crítica no ha prestado la atención que merecen hasta ahora. Si bien se ha publicado sobre las comunidades chinas como objeto de estudio, en este libro aparecen como sujetos de su propia autodefinición, lo que, además, ayuda a cuestionar el discurso del mestizaje (que, en realidad, ha sido una tradicional excusa eurocéntrica para el blanqueamiento de la cultura), que declara a países como México o Perú exclusivamente mestizos, dejando de lado las contribuciones silenciadas de autores de origen asiático, africano, árabe, judío, etc.

Espero que esta antología sirva para subrayar la heterogeneidad de la producción cultural latinoamericana y para que la crítica tenga en cuenta las obras de autores de origen asiático, más allá del discurso del mestizaje y del mulataje, que tiene a dejar de lado todo lo que no responda a la hibrididad criollo-indígena o criollo-africana respectivamente. Mediante su literatura, los autores sinolatinoamericanos contribuyen a celebrar la hibrididad de lo criollo y lo chino, así como a historizar tanto el sufrido pasado de sus

ancestros como su prometedor presente, afirmando así su latinoamericana-
 nidad desde el prisma de cosmovisiones no eurocéntricas, como la asiático-
 latinoamericana.

NOTAS

¹ Parte de la información incluida en esta introducción se incluyó previamente en el capítulo “Interethnic Conflict and Sociocultural Contributions of Asian Diasporas in Latin America and the Caribbean,” compilado por Mabel Moraña, Cambridge University Press, en prensa.

² “In time, chinos came to be treated under the law as Indians (the term for all native people of Spain’s colonies) and became Indigenous vassals of the Spanish crown after 1672. The implications of this legal change were enormous: as Indians, rather than chinos, they could no longer be held as slaves” (1).

³ “The model aliens around whom immigration restrictions were developed and the legal category of the alien was built” (10).

⁴ “Between 1849 and 1876 nearly half of the Chinese brought into Peru (aged from 9 to 40, rarely older) died from exhaustion, suicide or ill treatment” (“Tusans” 143).

⁵ “The Chinese were the first ‘undocumented immigrants’ from Mexico, and they created the first organized system of human smuggling from Mexico to the United States” (3).

⁶ “Lizardi’s utopia is in the Orient, it is the Chinese island which he calls Saucheofú. Nevertheless, this island is a fabricated ideal based on French ideology, totally disconnected from an Asian cultural reality. Lizardi, in other words, is advocating for European liberal ideology to displace the conservative Spanish colonialism that rules New Spain at the end of the eighteenth century. What he proposes, in essence, bids one European hegemonic discourse against another” (Pérez-Linghi 64).

⁷ Carrillo menciona otros escritos que pueden haber influido en Lizardi, como el de Alonso Sánchez (1547-1593) *Tres extensas relaciones descriptivas de China nutridas en su mayor parte por las percepciones recogidas en territorio chino tras sus dos embajadas a Macao (1582-1584)*; *Sucesos de las Islas Filipinas*, de Antonio de Morga (1559-1636), publicado en México en 1609; el poema *Grandeza mexicana* (1604) de Bernardo de Balbuena (1561-1627), que enumera muchos de los productos exóticos traídos en el Galeón de Manila; los textos de Rodrigo de Vivero y Aberrucia (1564-1636) sobre Japón y los de Juan de Palafox (1600-1659) sobre China; *Historia de China*, de Juan González de Mendoza, que menciona los viajes de visitantes chinos a Nueva España, así como los textos inspirados en el fraile jesuita Francisco Javier (1506-1552) y el franciscano Felipe de Jesús (1572-1597).

BIBLIOGRAFÍA

Andrade Jardí, Julián, *La lejanía del desierto*. Cal y Arena, 1999.

Arguedas, José María, *El sexto*. Lima: Horizonte, 1969. Print.

Arredondo, Inés, “Las palabras silenciosas”. *Río subterráneo*. J. Mortiz, 1979.

_____, “The Silent Words”, *Underground River and Other Stories*. University of Nebraska Press, 1996, pp. 41-46.

Bellatin, Mario, *Biografía ilustrada de Mishima*. Lima: Matalamanga, 2009.

- , “Bola negra”, *Pequeñas resistencias. Antología del nuevo cuento norteamericano y caribeño*. Vol. 4. Ronaldo Menéndez, Ignacio Padilla, y Enrique del Risco. Madrid: Páginas de Espuma, 2005, pp. 105-112, en <http://www.scribd.com/doc/6588127/n-Mario4-Relatos>, consultado en diciembre de 2010.
- , *El jardín de la señora Murakami. Oto no-Murakami monogatari*. Barcelona: Tusquets, 2001.
- , *Shiki Nagaoka: una nariz de ficción*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- Cantón, Santiago A. *¡Viva La'chino'américa!* Tribuna. *El País*. 6 de abril de 2015, en https://elpais.com/internacional/2015/04/07/actualidad/1428364792_071299.html, consultado el 23 de diciembre de 2021.
- Carrillo Martín, Rubén, “La génesis de Sacheofú. Asia en las letras novohispanas, de González de Mendoza a Fernández de Lizardi” (1585-1831). Working Paper. IN3 Universitat Oberta de Catalunya. Marzo 2014, en <http://in3-working-paper-series.uoc.edu/in3/ca/index.php/in3-working-paper-series/article/download/n14-carrillo/1981-7388-1-PB.pdf>, consultado el 25 diciembre de 2019.
- Castillo Rodríguez, Max, *Flores para Alejandro*. Lima: San Marcos, 2009.
- Chao Romero, Robert, *The Chinese in Mexico, 1882-1940*. The University of Arizona Press, 2010.
- Ch'en Lan Pin, *The Cuba Commission Report. A Hidden History of the Chinese in Cuba*. Introduction by Denise Helly. The Johns Hopkins University Press, 1993.
- Chiang, Dulce, *Elixires de la embriaguez*. El Golem, 2011.
- , *Historias pintadas y cuentos de amor*. Lunwerk, 2008.
- , *Mala bar*. El Golem, 2014.
- , *Versa per versa*. Culthos Press, 2005.
- , *XXV*, Culthos Press, 2007.
- Elizondo, Salvador, *Farabeuf o la crónica de un instante*. Eduardo Becerra (ed.), Cátedra, [1965] 2017.
- Esmerio, Juan, *Tu nombre chino*. Nitro, 2018.
- Fernández, Bernardo (Bef), *Ojos de lagarto*. Planeta, 2009.
- Herbert, Julián, *La casa del dolor ajeno. Crónica de un pequeño genocidio en La Laguna*. Random House, 2016.
- , *The House of the Pain of Others. Chronicle of a Small Genocide*. Christina MacSweeney (trad.). Graywolf Press, 2019.
- Lausent-Herrera, Isabelle, “Tusans and the Changing Chinese Community in Peru”, *Chinese in Latin America and the Caribbean*. Walton Look Lai (comp.) Koninklijke Brill NV, 2010, pp. 143-183.

- Mondragón, Magdalena, *Tenemos sed*. Ediciones de la Revista Mexicana de Cultura, 1956.
- Operación 67* (a.k.a. *La esmeralda maldita*). Dir. René Cardona y René Cardona Jr. Perf. Santo, Jorge Rivero, Elizabeth Campbell. Cima Films, 1966.
- Pérez-Linggi, Sandra M., “Sacheofú, Lizardi’s Chinese Utopia in *El Periquillo Sarniento*”, Ignacio López-Calvo (comp.), *Peripheral Transmodernities: South-to-South Dialogues between the Luso-Hispanic World and “the Orient”*. Cambridge Scholars Publishing, 2012, pp. 62-80.
- Poniatowska, Elena, *Hasta no verte Jesús mío*. Era, [1969] 2006.
- Ribeyro, Julio Ramón, “Al pie de la letra”, *Revista Escandalar*. New York: 1981. Web. 7 Jan. 2017.
- Rivera Garza, Cristina, *Verde Shangháí*. Ciudad de México: Tusquets Editores México, 2011.
- Ruiz, José Salvador, *Hotel Chinesca*. De otro tipo, 2018.
- Salazar, Jorge, *La medianoche del japonés (Canta mierda, canta)*. Lima: El Barranco, 1991.
- Sánchez Echenique, Ximena, *El ombligo del dragón*. Tusquets, 2007.
- Seijas, Tatiana, *Asian Slaves in Colonial Mexico: From Chinos to Indians*. Cambridge University Press, 2014.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de, *Los infortunios de Alonso Ramírez*. Maxtor, [1690] 2012.
- Tablada, Juan José, *Li-Po y otros poemas*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.
- Vargas Llosa, Mario, *La casa verde*. Madrid: Alfaguara, 1999.
- , *Las travesuras de la niña mala*. México: Alfaguara, 2008.
- , *Historia de Mayta*. Madrid: Alfaguara, 2000.
- Young, Elliott, *Alien Nation. Chinese Migration in the Americas from the Coolie Era through World War II*. University of North Carolina Press, 2014.
- Yrigoyen Forno, Carlos Alberto, *Setogiwa: Tiempos difíciles*. Lima: Haruki Abe, 1994.
- Zulen, Pedro S., *El verbo estudiantil*. Jauja: n.p., 1918.

MÉXICO

Óscar Wong nació en Tonalá, Chiapas, el 26 de agosto de 1948. Poeta, narrador, ensayista y periodista, fue autor de una treintena de obras ensayísticas, antológicas, narrativas y poéticas. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fue subsecretario de Cultura y Recreación del Gobierno de Chiapas (1982-1984) y director de publicaciones del Coneculta-Chiapas (2010). Fue becario del INBA-FONAPAS en crítica literaria (1978-1979) y del Centro Mexicano de Escritores en ensayo literario (1985-1986). Obtuvo los siguientes galardones: Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde 1988, Premio de Cuento Rosario Castellanos 1989, Premio Nacional de Ensayo Literario Magdalena Mondragón, Torreón, Coahuila, 2001 y Premio Chiapas en Artes 2015, entre otros. Radicó en la Ciudad de México por muchos años. Publicó la colección de cuentos *La edad de las mariposas* (1990), varias colecciones de ensayos y los siguientes poemarios: *Si te das al viento* (1978), *Fragmentaciones* (1979), *En un lugar del mundo* (1981), *Cántiga para la hermana Esther* (1982), *He brotado raíces* (1982), *Vuelta al camino* (libro colectivo, 1983), *No creo que las rosas cambien* (1986), *El conjuro del druida* (1992), *Enardecida luz* (1992), *Vocación de espuma* (1993), *A pesar de los escombros* (1994), *Ritual de ausencias* (1994), *Espejo a la deriva* (1996), *Cantares del escriba* (1999), *Es-puma negra* (2000), *Razones de la voz* (2000), *Piedra que germina* (2001), *Fulgor de la desdicha* (2002), *Rubor de la ceniza* (2002) y *Poética del viento* (2015).

FIESTA DE LA LUNA DEL MEDIO OTOÑO

A Patricia Chem Chi

Mariposa incendiada la noche huele a incienso.
Grumos de luz temblando frente al viento,
pagodas diminutas: faroles en manos de los niños.
Como una flor de loto la Luna se abre.
Sus pétalos —evanescentes besos— se derraman como el vino.
Ninguna nube amenaza su esplendor.
En el patio estridula un grillo,
las doncellas bailan.
En la mesa los panes semejan blancos corazones diminutos.
Mi pecho, una granada;
mis manos, flores de durazno.
Manzanas y toronjas, uvas y melones se congregan.
Armonía.
Como de una taza de té mi padre sorbe en la memoria,
se inclina ante ancianos venerables
y yo soy el rayo de Luna cayendo
en el Corazón del Otoño.

Del poemario *Espejo a la deriva*, 1986.

EL VIEJO HO

Para don Arturo, inquebrantable como aquél.

Chung King es un paraje nihilista,
boca que muerde los pies del caminante.
Kuang Si y sus distritos
—trece en total—
suman treinta y tres prisiones.

*Trepando por el muro
en la mañana el sol llega
hasta la puerta y llama.*

Pero no le abren.

*En la prisión la noche permanece.
Está muy próxima la luz de la mañana.*

La lucha se libra en Cao Bang y en Hanoi
mientras la lluvia aguarda a que en el cielo
la estrella Dorada brille imperativa.

*Dan las ocho. Ahora el gong
llama a la comida.
¡Ánimo, camarada, hay que comer!
¡Los que sufrimos en el cepo extranjero
debemos resistir hasta que llegue el alba!*

Volcado sobre el *Cuaderno verde* el viejo escribe.
La lluvia cae estación sobre estación,
pero su pecho aguarda.

c.c.p. Arturo Luis
Del poemario *He brotado raíces*, 1983.

REFLEXIÓN SENCILLA

Para don Arturo Wong, mi padre.

Como espirales de humo
dejo
que el pensamiento fluya
quedo
muy quedo
que-da-men-te-que-do
y así
como espirales de humo
de ese humo
que fluye en el fluido
dejo
agotar el pensamiento.

Roberto Rico Chong nació en Cintalapa de Figueroa, Chiapas, en 1960. Es autor de los siguientes poemarios: *Memoria del tigre* (1983), *Reloj de malvarena* (1991), *Nutrimiento de Lázaro* (2000), *La escenográfica virtud del sepia* (2000), *Ars Vitrararia* (2013) y *Jasón es un acrónimo* (2015), al que pertenecen sus poemas seleccionados en este volumen. Ha participado en diversas antologías poéticas y en revistas y suplementos literarios de circulación nacional. Fue becario del FONCA en la categoría de jóvenes creadores, y del FOESCA en el rubro de creadores con trayectoria. Obtuvo los premios estatales de poesía Rodulfo Figueroa e Ydalio Huerta Escalante. En la actualidad es director de Publicaciones del Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas (Coneculta).

NIEVE DE JUNIO

¡Oh mes de junio!, quien contigo lidia
reniega al cabo de los negros ratos
de tu perpetua lluvia que fastidia
Porque es más duro que los malos tratos
de esas tus horas que el averno envidia
¡tu indigno modo de arruinar zapatos!
Rodulfo Figueroa

I
Bolean mis zapatos
en el parque central de Cintalapa.

Cepillo, brea, trapo... Ningún móvil
para ilustrar los pies en polvorosa.
Desde un bronceo busto, igual postura
patentiza Rodolfo Figueroa.
El pedestal en que sus restos yacen
refracta la sequía del ambiente
que siglo atrás da pábulo en sus versos
a muy distinto género de quejas.
Junio significaba entonces hoja
por deleble humedad localizable,
blandor a la mitad de un calendario
puesto a lamer la cal de los adobes.
Trapo, brea, cepillo... El sol espande
con rechinidos tales, que un eclipse
de ocasional, ampollecida nube
con radiante charol se calzaría.

II

Bolean mis zapatos
en el parque central de Cintalapa.
Entrado en su auroral veintena, junio
trae un furgón de mil demonios
que suman al sudor de sus espaldas
briznas de ocote y cedro.
Aturde a las cotorras
el treno de una motosierra. Triscan
las chicharras el dísel monocorde.

III

Bolean mis zapatos
en el parque central de Cintalapa.
A la caída de la noche
sobre el mosaico y sus escaques grises,
descalzos pies hurgaran en el planto
raíces erosivas que del tedio
dan queja, roca en el riñón de Sísifo.

IV

Después de que han boleado mis zapatos
 en el parque central de Cintalapa
 y apenas me incorporo
 con un cardillo en cada empeine,
 sucede el eventual meteoro
 sobre lengüeta del botín izquierdo.
 Deshecho y desasido de la mano
 de Xiao Feng —cumbre del alba,
 jinete de mis hombros—,
 encuentra volapié en desplome libre
 un copo mantecado de vainilla.
 Mi malestar del que sopor es causa
 buscaba ser el visitante asiduo
 de un país inventado
 por la caída de la nieve. Doyme
 de sobra y con sorbete así servido.

Acuarela en un grano de arroz

La bahía de Kuangtung.
 El rictus luminoso de un ahogado
 fragmenta el horizonte pardo del agua.
 Lamentos de una mujer en cuclillas
 sobre el costado izquierdo de un cadáver.
 Arrastrando consigo una red de pescados,
 penosamente se aproxima un niño
 al centro de la escena.
 Una vez cosechada
 la última semilla de colores,
 zarpa el viejo pintor miniaturista
 empuñando el saquillo de monedas
 que una viuda encontrará
 sobre la proa, junto a la retina
 apagada de un bagre.

Café de chinos

Un ideograma vivo:
Figuras de migajón
remojan en moldes negros
sus gestos fragmentados
y el humo de las tazas sobrevuela
las cenizas de un dragón
extinguido en las brasas de la tarde.
Caolín de carne y hueso
—rueda en su comba porcelana el día.

Dulce Flor de María Chiang Díaz nació en la Ciudad de México en 1976 y es poeta, editora y cantante. Ha publicado y presentado trabajos literarios, musicales y escénicos en medios escritos, programas unitarios de radio y televisión, foros diversos y encuentros en México, España, Estados Unidos, Francia, Cuba y Argentina. El trabajo creativo de Chiang asume la palabra, la música y las artes escénicas como el *performance* y el cabaré. En otras actividades de gestión cultural, forma parte del comité organizador de los festivales literarios *Vértice en el Tiempo* y *Vértice Violeta* —este último de poesía hecha por mujeres— que se organizan anualmente en la Ciudad de México. Es, además, editora de la revista literaria *El Golem*. Ha publicado los poemarios *versa per versa* (Culthos Press, 2005), serie “Suculento Ser”, del libro *Historias pintadas y cuentos de amor* (Lunwerg), XXV (2007), *Elíxires de la embriaguez* (El Golem editores, 2011), *Mala Bar* (El Golem editores, 2014) y la colección de cuentos *Historias pintadas y cuentos de amor* (Lunwerg, 2008). En 2008 ganó el Premio del Ministerio de Cultura de España por su labor editorial en la revista literaria *El Golem*. Ha presentado su trabajo en radio, televisión, foros y encuentros en España, Francia, México, Argentina y Estados Unidos.

JIU

Toma Tao Yuanming putao jiu
y sábese señor de los cinco sauces.

Huang Jiu liban LiBo, la luna y su sombra,
vástagos vagos que la vía láctea vacilantes, vuelta y vuelta vincula.

Genio gozoso,
al siseo divino del dulce rocío
su sesera sucumbe.
Su Dongpo, su bai jiu bebe.

No tiene el camino de la embriaguez sentido si no conduce a la libertad.

SHEJIU (VINO DE SERPIENTE)

Flotando en líquido bronce
eleva el cantinero a la Buena Serpiente:

“¡todo herido bebedor que la pruebe,
vivirá!”

Las fauces de la que se yergue inerte,
muerte no destilan
en el paraíso.

GLOSARIO

Jiu. En chino, la palabra *jiu* se usa para designar a las bebidas alcohólicas en general, tales como la cerveza (*pi jiu*), el vino de granos como arroz, mijo o trigo (*huang jiu*), vino blanco de sorgo (*bai jiu*), o vino de uva (*putao jiu*), por citar algunos ejemplos. En China, el espíritu del alcohol tiene una filosofía taoísta como fuente. Emborracharse a fin de lograr un estado de libertad constituye una vía importante de los artistas de la antigua China para desligarse de los límites y conseguir la creatividad.

Tao Yuanming (365 o 372-427) fue un escritor chino de inspiración taoísta. Celebró la vida campesina y el vino.

Li Bo o Li Po (701-762) fue considerado el mayor poeta romántico de la dinastía china Tang. Es conocido por las imágenes taoístas vertidas en su poesía a la vez que por su gran amor a la bebida.

Su Shi o Su Dongpo (1037-1101) fue un poeta, pintor, calígrafo, farmacólogo, gastrónomo y estadista chino de la dinastía Song. Se dice que el poeta Su Dongpo tenía una propensión al consumo excesivo de alcohol y fue esta referencia recurrente en su celebrada producción literaria.

Vino de Serpiente. En China, la dinastía Zhou Occidental tiene los primeros registros de uso del Vino de la Serpiente. Es una bebida alcohólica producida por la elaboración de una serpiente entera en alcohol de grano o vino de arroz. El veneno se disuelve en el licor y se vuelve inofensivo para el bebedor.

Nació en 1944 en la Ciudad de México y fue un gran estudioso de la cultura china. Egresó de la Facultad de Psicología de la UNAM en 1969. Fue pionero en México de la Psicología del Trabajo y uno de los capacitadores más respetados del país, así como respetado experto en pruebas psicométricas. Fue autor de diversos manuales técnicos en su campo, así como arte marcialista, escritor, poeta, fotógrafo, pintor y calígrafo aficionado. En los años 60 se mantuvo activo en la Fundación Cultura China, agrupación compuesta por jóvenes chino-mexicanos en una época de intensa discriminación contra la cultura china. Dentro de esa agrupación, fue fundador y director de la revista *Chun Kuo*, órgano de comunicación entre las comunidades chinas de diversas partes de México. En 1981 fue uno de los fundadores de la Comunidad China de México, A.C. (CCHM), asociación que impulsó, por vez primera, la celebración pública del Año Nuevo Chino en la Ciudad de México, fiesta que ahora se considera “oficial”. La CCHM editó durante varios años la revista *Origen*, en la que tanto Jorge Fong como Orquídea Fong, su hija, publicaron de manera regular.

REFLEXIONES SOBRE LA CONCIENCIA
ÉTNICA DE LOS MEXICANOS DE ORIGEN CHINO

A mis padres, una mexicana y un chino ejemplares.

Intentar el análisis de la formación de una conciencia étnica es, en el caso de la colonia china en México, asomarse a un mundo en el que coexisten simultáneamente el pasado, el presente y la anticipación del futuro. Las comunidades chinas que existen en el territorio nacional no son homogéneas, como

pudiera parecer; en ellas pueden distinguirse muchos grupos, de entre los cuales destacan los chinos en primer lugar, los mexicanos nacidos de padre y madre china, los individuos nacidos de padre chino y madre mexicana, y los hijos de padre y/o madre chino-mexicanos. Más aún, estos grandes grupos se pueden subdividir todavía en dos categorías: los que son parte de la comunidad china, así escrito con minúsculas, y los que integran la Comunidad China, esta vez con mayúsculas.

¿Por qué escribir comunidad china una vez con minúsculas y otra con mayúsculas? Porque en el primer caso, el ser parte de la comunidad no es el resultado de un acto voluntario, sino que se debe a una circunstancia condicionada por el nacimiento, circunstancia inevitable en todos los sentidos, pero susceptible de negarse u ocultarse. En el segundo caso se trata de un ejercicio consciente de la libertad de elección que tienen los individuos maduros, y que conlleva la aceptación implícita de las herencias genéticas y culturales que establecen tanto similitudes como diferencias entre todos los seres humanos. Para poder entender el porqué de la existencia de estas dos categorías, es necesario remontarnos a los orígenes de la formación de los asentamientos de chinos en este país y las circunstancias sociales, económicas y políticas dentro de las que se dio este fenómeno. Nuestro interés central es entender el impacto en la mentalidad y los sentimientos de quienes los vivieron y la manera en que estas vivencias determinaron su conducta.

Aunque México tenía contactos indirectos con China a través del comercio con Filipinas desde el siglo XVI, no puede hablarse de inmigración china al país sino hasta finales del siglo XIX. La integración a la vida económica y social de México de estos hombres traídos como trabajadores manuales para las zonas calientes fue particularmente difícil ya que, además de las barreras del idioma, las costumbres e idiosincrasia toparon con los prejuicios de algunos de los habitantes de las zonas a donde fueron destinados. Hacia los primeros años del siglo XX, ya se encuentran grupos importantes de chinos en diferentes partes de la República Mexicana, los cuales fueron pasando gradualmente de ser conglomerados de trabajadores agrícolas a colonias de comerciantes y empresarios. La relativa prosperidad de estos asentamientos, atribuible al trabajo y al ahorro, les atrajo la animadversión de algunos sectores de la población, especialmente los de clase baja. La animadversión fue convirtiéndose en campaña y culmina con la expulsión decretada por Plutarco Elías Calles en 1931.

A la sazón, muchas mujeres habían casado con chinos y compartieron su destino al lado de sus maridos e hijos; hubo también muchas otras que se negaron a hacerlo. Es en este punto donde empiezan a diferenciarse las categorías de que hemos venido hablando. Aquellos descendientes de chinos que experimentaron una ruptura de comunicación con su raíz china, al ser deportado el padre y haberse negado la madre a seguirle, exhibe de su padre solo algunos rasgos físicos y tal vez el apellido, en tanto que ha tomado de su madre el idioma, la religión y todos los antecedentes culturales; no sabe nada acerca de la cultura paterna y por otra parte, no manifiesta interés alguno en ella.

¿Por qué hemos dicho “tal vez el apellido”? Es bien sabido que ante una situación de peligro, la primera reacción de cualquier persona es huir del mismo para conservar la integridad personal. Cuando no es posible alejarse de la fuente del peligro, se busca entonces controlarlo o reducirlo, y esto fue lo que ocurrió en el caso de aquellos que, no pudiendo modificar sus rasgos orientales, modificaron su apellido adecuándolo a los sonidos de la lengua castellana, para buscar acomodo en la sociedad. Otros llegaron al extremo de renunciar a él sustituyéndolo por el de la madre; sin importar el mecanismo, el resultado es el mismo: la cuidadosa eliminación de todo el antecedente ajeno a la sociedad receptora provoca la falta de la continuidad cultural y por consecuencia, la ausencia de una conciencia étnica. Al renovarse los tratados de amistad entre México y China, después de la Segunda Guerra Mundial, se restablece la migración china hacia el territorio mexicano. Eran gente llena de esperanza, jóvenes audaces e impetuosos que abandonaban su suelo en pos de un sueño. La gran mayoría de ellos abrigaba el deseo de regresar a su patria con dinero, establecer una familia y vivir una vida tranquila; muchos lograron su propósito, pero la gran mayoría vio frustrado ese anhelo.

Es a partir de este núcleo de verdaderos inmigrantes que se forma la moderna comunidad chino-mexicana, vinculada a la sociedad, no solo por medio de los matrimonios con mexicanas, sino a través de la participación en la vida comercial y social de la nación. La motivación básica de estos hombres era dedicarse al trabajo sin crear problemas. La imagen que proyectaban al exterior era la de personas reservadas, introvertidas y muy tenaces. Esta imagen es producto de las barreras idiomáticas y de la búsqueda de la adaptación a un ambiente diferente. Los cantoneses son personas muy expansi-

vas, alegres y comunicativas, pero estos fenómenos solo se manifiestan cuando las circunstancias son favorables. Los inmigrantes chinos viven, según lo anterior, dos realidades, una, compuesta por relaciones de negocios con mexicanos, los parientes políticos, y los contactos oficiales. La otra, hecha de compatriotas, costumbres similares y nostalgia por la patria.

Todos los seres humanos tienden a reproducir el ambiente que les es familiar; de esta manera se conserva la salud mental y la tranquilidad emocional. Los chinos no son la excepción a esta regla, y por ello establecieron diversas agrupaciones, unas de carácter político como el Kuo Ming Tang y las más de corte social como la Su Yuen Tang, que cumplieron una doble función: por un lado, sirvieron al propósito para el que fueron creadas, es decir, centros de reunión y convivencia; y por el otro, se convirtieron en vehículos de transmisión cultural. A través de la asistencia a las celebraciones tradicionales como el Año Nuevo, el Día de los Muertos y otras, los hijos fueron asimilando poco a poco algunos elementos de la cultura de su padre. Mientras tanto, en casa, la madre realizaba una labor similar, inculcando a sus hijos los valores propios de la cultura mexicana, como la religión, la responsabilidad y demás.

De esta forma, los chinos mexicanos de primera generación son personas con una doble formación cultural, siendo más fuerte y marcada la influencia mexicana debido a la cantidad y frecuencia de los estímulos presentes en el ambiente.

No obstante lo anterior, es posible afirmar que la conciencia de formar parte, aunque sea parcialmente de otro grupo humano está viva en cada uno de estos chinos mexicanos, y a partir de nuestras observaciones estamos en posición de decir que existe una tendencia a afirmar y transmitir ciertos valores positivos, aprendidos en la niñez y la primera juventud. Los valores a que nos referimos proceden de ambas raíces, y comentarlos brevemente puede ayudar a la comprensión de la forma de pensar y actuar de los integrantes de la comunidad china mexicana.

Uno de los valores más importantes para los chinos es probablemente la educación. Se atribuye a Confucio la frase: "Por nacimientos todos los hombres somos iguales, pero la educación nos hace diferentes". La importancia atribuida a la educación se remonta a aquellos tiempos en que, para acceder a un cargo público, debía presentarse el examen imperial de selección.

En tiempos menos remotos, parece lógico suponer que un inmigrante que dependía de la fuerza de sus brazos para obtener su sustento aspirara a que sus vástagos disfrutaran de un nivel de vida superior al suyo, nivel que solo podría alcanzarse modificando las condiciones económicas e intelectuales de su familia directa. De ahí que una conducta notoria en la comunidad china sea el de anteponer la preparación académica de los hijos a la adquisición de bienes materiales. El resultado ha sido el que efectivamente se han elevado los niveles intelectuales y económicos de la comunidad. Los chinos mexicanos comparten esa forma de pensar y repiten los mismos patrones de comportamiento hacia sus respectivos hijos.

Otra característica importante es la preservación de la unidad familiar, de la que existen diversas manifestaciones. En primer lugar, la responsabilidad del hombre hacia sus padres, su mujer y sus hijos. Numerosos inmigrantes eran hombres casados cuando llegaron al país, pero tuvieron que separarse de su esposa para hacer el viaje. En su manera de pensar, separación no significa olvido, y una vez que empezaron a percibir sus remuneraciones reservaban una pequeña parte para sí mismos y el resto era enviado a su patria para las necesidades de la familia.

Más aún, en el frecuente caso de que el hombre fundara otra familia en México, no por ello desatendía la obligación contraída anteriormente, dividiendo sus ingresos entre las dos familias.

Una manifestación más al respecto es que, en el remoto caso de que se produjera una separación entre los cónyuges, el padre continuaba atendiendo las necesidades de los hijos.

Mención aparte merece el amor al trabajo, actividad por la cual se han ganado el respeto de muchos. Los descendientes de chinos son educados en el trabajo desde temprana edad y de esta manera aprenden a valorarlo en su justa dimensión. En íntima relación con lo anterior, encontramos la tendencia al ahorro, derivada del hábito chino de aprovechar al máximo los recursos disponibles.

De todo lo anterior pueden ahora desprenderse las siguientes conclusiones:

Los diversos grupos que componen la comunidad china en México poseen, en efecto, una marcada conciencia étnica que, en el caso de los hijos de padre y madre chinos pero nacidos en México, se da en forma de solución de continuidad. Para ellos existen dos mundos claramente diferencia-

dos, uno es el hogar, donde se habla el idioma paterno, y otro es el ambiente externo, en donde se adquieren otros comportamientos, otro idioma y otros hábitos, mismos que, aunque no lo parezcan, les pertenecen por nacimiento. Por su parte, los chino-mexicanos viven desde que llegan al mundo en un ambiente bicultural, pero en el que predomina la cultura materna, y por ello su adecuación a la sociedad es total. Su conciencia étnica empieza a formarse cuando descubren que tienen características físicas diferentes, al igual que el apellido. La fuerza que tenga la conciencia étnica estará supe- ditada a muchos factores de tipo familiar y social, entre los que se cuenta la relación entre sus padres y él, la aceptación o rechazo por parte de sus grupos secundarios, y también, la convivencia con otras personas iguales a él. En la Comunidad China se sabe que se posee un legado histórico cuyo conocimiento ayuda a comprender el presente. No es la intención el recrearse en una contemplación gozosa de viejas piedras. La intención es explicarse a sí mismos, aquí y ahora, como resultado de la fusión de dos razas a través del amor —y no por la violencia— y es precisamente porque fue inculcada con amor que su conciencia étnica pervive.

No se piense, sin embargo, que con esta conciencia los chino-mexicanos miran al mundo desde una ventana, pues participan en todos los sectores de la sociedad mexicana buscando la modernización de la misma. Son muchas más las coincidencias que nos acercan que las diferencias que nos separan. La aspiración a una vida mejor, el anhelo de paz y armonía entre todos los seres humanos, la preocupación por trascender y que es inherente al hombre.

Si existen diferencias estas son solo de forma y no de fondo, y no porque un individuo ofrezca flores a sus muertos y el otro quemar incienso para los suyos, debe pensarse que estos dos proceder son irreconciliables. Es el fondo, no es la forma lo que realmente cuenta. Si por modernidad debemos entender una nueva manera de encarar viejos problemas, debemos empezar por olvidarnos de las formas, formas que, bien miradas, no son más que maneras de interpretar la naturaleza humana. El apego a las formas nos lleva a los extremos, y todo extremo es peligroso. El justo medio, el camino, que tanto preocupaban al viejo Lao-Tsé, se pierde si la persona o la sociedad se van a los extremos. La esencia, las aspiraciones y los temores, el *fondo* del ser humano es lo que interesa. Bajo el cielo, todos los hombres somos iguales, dijo otro pensador chino. La Comunidad China de México es parte de la

sociedad mexicana, porque México es parte de cada uno de nosotros y aquí, por nuestro conducto, venimos a extender nuestra mano de hermanos.

Texto publicado originalmente en Bonfil Batalla, Takayama, Del Val, Engineer, Carrillo Zamora, Lucas Domínguez y otros, *Conciencia étnica y modernidad*. México: Gobierno del Estado de Nayarit, Instituto Nacional Indigenista, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Etnias de Oriente y Occidente, 1991, pp. 225-232.

Orquídea Fong es poeta, periodista, escritora, editora, analista política, experta en redes sociales, *copywriter*, conductora de noticias, guionista de radio cultural. Nació en la Ciudad de México en 1970 y es hija de Jorge Fong, también incluido en esta antología. Egresó de la carrera de Periodismo y Comunicación de la enep Acatlán (hoy Facultad de Estudios Superiores de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1995. Fue formada en poesía por la maestra Dolores Castro, en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Toda su vida ha andado dos caminos: el amor por las letras y el orgullo por su raíz china. Es autora de dos radionovelas emitidas en Radio UNAM en 1995 y 1998. Publicó algunas *plaquettes* colectivas de poesía de manera independiente, como *Mujeres Poetas* (1995) y *A media palabra* (1991). En los años 90 fue colaboradora de la revista *Origen*, de la Comunidad China de México. Del 2000 al 2002 fue redactora en el portal de la revista *Proceso* y luego, colaboradora en diversos sitios web. Desde 2016 es asidua colaboradora (y ahora editora) de la revista y portal *Etcétera*, dirigido por Marco Levario Turcott, medio en el que ha publicado decenas de textos de temas diversos, fundamentalmente políticos.

PRIMAVERA (2011)

1

Alturas, dulces vientos lejanos.
Alturas del aire en donde aves paseantes,
punzantes, cumplen su ruta admirable,
pasajera.

Olores propios de una primavera migratoria
se colocan en diversos puntos del día.
Olores ondulantes,
de rama en rama,
de hoja en hoja.
Las casas no acusan la primavera;
ante el sol,
a lo largo de la calle, están ahí.
No hay más.
Alturas vírgenes que en exaltación
forman parte de sueños inmodestos.
Olores viajando y tocando ese punto señalado,
en donde la memoria pierde sus muros
y mana incontenible.
Años ha. Años ha de todo esto.
Eternidad del laberinto espeso,
de la cruda prueba que siempre se repite.
Solo el reposo de esta estación nos renueva.
Otras primaveras, disueltas ya,
en las olas del viento vuelven.
¿Quién creería lo que entonces sabíamos posible?
Vuelven a cubrir las calles como antaño
y se posan en mí, en mis ventanas, en tus puertas;
en toda persona que desde hace años
anhela y espera.
Pero somos ingenuos al no saber
que no solo el inmoderado anhelo, el denodado esfuerzo cuenta.
Eso que quieres, eso que quiero, que buscas,
que buscamos todos poseer
al desasirlo de donde se encuentre preso,
existe.
Y piensas, pensamos, que el anhelo es un sendero.
No.
Tal vez, solo tal vez,
la espera lo sea.

2

Es primavera, repetidamente lo es.
Los olores se pasean, caracoles.
Recintos de árboles ya idos:
ancestrales primaveras caudalosas.
Se vuelve a creer.
Siempre se cree otra vez.
Sobre esta calle cae la primavera
y hace lo que puede por los pequeños jardines.

Hay una palmera sorpresiva,
extraña en esta calle,
solitaria y digna.
Es un dolor y una dicha esta palmera,
aquí, tan lejos del mar;
como por si existir en esta simple calle
cualquier cosa fuese posible.

3

Alturas de aire. De nubes, de aves paseantes.
Sopla el viento primaveralmente. Distintamente. Con bondad.
Desde el lugar de siempre,
los sueños de siempre inician su ruta.
Como si todo fuese posible: así huele el viento.
La jacaranda derrocha flores
y eso es una alegría.
Estación fugaz.
Alturas sin medida. Sin nombre.
Deseo de viento, de estallido.
Impulso ondulante,
de ola.
La memoria es manantial de aguas de antiguas primaveras.
Años ha de migraciones similares.
La danza de parvada vuelve, infaltable.
Se vuelve a creer.
Buscas, busco,

la hebra del tapiz perdido,
del sueño castigado,
estación tras estación.
Más es primavera y el anhelo se redime.

Soy (2014)

A la orilla del temor,
cuesta arriba al aire flota
tu mirada sedienta, acribillada.
Bulles, en furia llagado,
convidándome tus heridas.
Soy tu oquedad y quien tu sombra clama.
Sinsentido: el pavor de vernos, recíprocos espejos.
Pavor de seguir en la vertiginosa escapada,
y rompernos más que ayer.
Grita tu estar,
estalla tu cruel alegría
ante ateridas llanuras carentes de respuestas.
Nada que decirte.
Nada que atenúe tu no saber.
Soy tu sombra, parte de tu vergüenza.
Por quien el dique se quebranta,
en noches dislocadas, mutiladas.
Soy tu oquedad. Soy tu pozo. Tu ceguera.
Soy tu existir onírico a la vera del nombrar.
Quien aguarda sin certeza.
Soy tu sol negro. Tu inmolarte.
Andas en busca de mí, sin ver que emano
de tus poros.
Eres mi llanto detenido en abrupta cima.
Voz que llama ante muros ancianos,
que rasguñamos, doloridos.
Relámpago rompiente,
enzarzado en batallas lejanas de mi cuerpo.
Soy tu ojo de agua, tu tierra baldía.
Lo que vuelve a ser,

a contracorriente de una rabia espesa.
Al inicio de cada día cuentas tus años.
Derramas tu tiempo sobre mí.
Soy tu culpable y tu verdugo.
Cada noche me llevas en hondonadas.
Soy tu invención. Tu escultura.
Eres mi frontera rota.
Soy extrañeza y lengua
impronunciada.
Te estremezco alevosamente,
disponiendo tus olores abstractos a deleite.
Lanzas al viento todas tus rocas.
Soy tu muralla,
frágilmente sostenida.
Tus dedos buscan ciegos la hendidura:
el develar de lo que en mis voces late.
Soy tu propia alma,
dispersa, desgarrada

Ricardo Ham nació en la Ciudad de México en 1976. Se recibió en la licenciatura en Ciencias de la Comunicación y una maestría en Educación de la Universidad Insurgentes, así como una maestría y un doctorado en Estudios de la Ciudad de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Ha publicado los libros *Los pueblos indígenas en la Revolución Mexicana* (2006), *Discriminación contra la comunidad china en México* (2010) y *Ase-sinos seriales mexicanos* (2016). Fue editor general de la *Revista Pangea* y en la actualidad es profesor universitario en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y director general de Clotomedia Producción Audiovisual.

CHINA Y LA CIUDAD DE MÉXICO

Una metrópolis tan grande y con tanto historia como la Ciudad de México no puede entenderse sin su componente multicultural. Los primeros registros de inmigrantes chinos en la Ciudad de México datan del censo poblacional de 1900 en el que se registró la presencia de tan solo 125 asiáticos. La cantidad fue en aumento los siguientes diez años, seguramente por la persecución que comenzaba a darse en diferentes estados del norte de México y por el inicio de las hostilidades revolucionarias.

Podría decirse que los chinos que habitan la Ciudad de México llegaron a ella después de huir, tanto de la situación económica y la revolución de su propio país, como de los penosos actos xenófobos de persecución en el norte de la República Mexicana.

Los chinos que llegaban a la capital del país arribaron con la idea de iniciar pequeños comercios con apoyo de sus familiares ya establecidos en

la ciudad, entre los que resaltaron los restaurantes, las bizcocherías y las lavanderías.

Pese a la lejanía, los inmigrantes chinos establecidos en la capital no quedaron exentos de los ataques que sucedía en Sonora contra la comunidad de oriente. El centro del país también contó con grupos xenófobos como La Unión Nacionalista Mexicana en 1930 y en 1934 el Comité Pro Raza del Distrito Federal. Ambos grupos continuaron las prácticas de acoso y desprestigio contra los comerciantes chinos a quienes les exigían el pago de cuotas ilegales bajo la amenaza de ser denunciados para buscar su deportación.

El gobierno de la capital imitó las prácticas de los municipios sonorenses para arremeter en contra de los comercios de asiáticos, El Inspector de Salubridad de Tacubaya, Antonio Candano, apretó las disposiciones en prejuicio de las lavanderías chinas que para entonces sumaban más de 60, todas ellas contaban solo con empleados de oriente.

Al igual que en el resto del país, el acoso contra la comunidad china en la capital de la República desapareció con las políticas cardenistas que abrieron las puertas a la inmigración extranjera y combatieron fuertemente los últimos respiros de las organizaciones xenófobas.

El tradicional barrio chino de la capital del país nace en los años 70, no como una zona que limitara la presencia de asiáticos en la ciudad, sino como un verdadero centro de intercambio cultural y comercial entre México y China.

LA ACTUALIDAD DE LA RELACIÓN CHINA-CIUDAD DE MÉXICO

El Distrito Federal es la entidad donde habita el mayor número de extranjeros, siendo las delegaciones Miguel Hidalgo, Benito Juárez y Cuauhtémoc donde se encuentran más habitantes no nacidos en el país; incluso la primera de ellas, la delegación Miguel Hidalgo, supera en presencia de extranjeros a 22 estados del país.

A partir de la década de los 70 la Ciudad de México alberga en sus calles centrales al barrio chino más pequeño del mundo, a unos pasos de la Alameda Central, entre Dolores y Marroquín. Lo pequeño del barrio chino

de Distrito Federal contrasta con el número de visitantes que cada año acuden puntuales a la celebración del año nuevo chino, lo que origina llamativo un intercambio cultural entre dos pueblos con más de un siglo de convivencia.

Hoy la Ciudad de México alberga alrededor de 500 empresas chinas que van más allá de las tradicionales lavanderías, restaurantes y panaderías. Ahora los mayoristas y las empresas importadoras de productos varios lideran la presencia de empresarios chinos en el Distrito federal. Además de esto, una docena de empresas chinas, especializadas en manufacturas, telecomunicaciones, electrónica y autopartes automotrices radican en las delegaciones Cuauhtémoc y Venustiano Carranza.

Según datos del Gobierno del Distrito Federal, de 1999 al 2009 el 45% de la inversión china se estableció en esta ciudad. El 95.3% de las empresas tiene como principal actividad el sector servicios, particularmente en restaurantes (25.6% del total encuestado), compraventa de artículos para el aseo del hogar y personal (21.9%) e importación de productos de bisutería (9%). El 75% de las empresas se encuentran en cuatro delegaciones del Distrito Federal: Cuauhtémoc (34.9%), Gustavo A. Madero (11.6%), Azcapotzalco (11.6%) y Miguel Hidalgo (9.3%).

La delegación Cuauhtémoc firmó durante el 2011 un convenio de cooperación con el distrito de Chaoyang, uno de los de mayor importancia en Beijing. Durante la Cumbre de Alcaldes (CGLU) celebrada en noviembre de 2010, se firmó un memorando de entendimiento entre la Ciudad de México y la ciudad de Guangzhou, tercera ciudad de mayor importancia en China. Asimismo, la Ciudad de México participó en la construcción del Arco Chino, ubicado en la Plaza Santos Degollado, a espaldas de la Secretaría de Relaciones Exteriores y la restauración del tradicional Reloj Chino, ubicado en Bucareli, regalo del gobierno asiático para conmemorar el centenario de la independencia de México.

El poeta y narrador Sergio Loo nació en la Ciudad de México en 1982 y falleció en 2014. Era bisnieto de chinos. Colaboró en *Fantasiofrénia. Antología del cuento dañado* (2003), *Paso al frente* (2004), *Descifrar el laberinto* (2005) *El fungible: especial de relatos* (2006). Textos suyos han aparecido en *Navegaciones Zur* y *Hermanocerdo*. Es autor de *Claveles automáticos* (2006); *Sus brazos labios en mi boca rodando* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2007); versión digital por la editorial Foc, en 2013); *Retratos desarmables* (Ediciones B, 2011) y *Guía Roji* (IVEC, 2012). En 2010 obtuvo la beca para estudios en el extranjero por parte del FONCA-CONACYT.

Loo

Te deletreo mi apellido: mis pómulos
ligeramente más
pronunciados que los de mi madre que menos
notorios a los de su padre. Es decir: ADN,
piedra gastándose con el roce, el eco del rostro
de mi bisabuelo en mi rostro se revela. Te deletreo
mi apellido: mi bisabuelo era chino y se llamaba
Luis, como mi abuelo y
el primero de sus hijos y el primero
de los hijos de mi tío. Es decir: dinastía para el hogar.
Mi apellido es sencillo pero por sencillo difícil
de olvidar, de pronunciar. Imposible
que se llamara Luis e imposible
que así se escribiese el apellido: fonética la traducción: traslación:
migración: un viaje de China a Sonora, México, a principios

del siglo pasado. Una foto
de un bisabuelo magníficamente joven
formal, en blanco y negro, y el cabello
en lustroso orden adentro
de un pasaporte atesorado que atestigua
pero no sabe decir más. Posible
pasaporte que a la vez
acta de nacimiento: un nuevo hombre
en un nuevo contexto: la Revolución.
Aquí mi apellido se llena de historias:
una india yaki
hermanas que se pierden
una traición
y se reencuentran años después
asesinato a los hermanos apenas arriban al aeropuerto.
La Ciudad de México en los años cuarenta,
su modernidad naciente de pequeños rascacielos y en medio
un café de chinos (o restaurante, según
versión) y Luis ¿a los treinta, cuarenta años?
casado con la india yaki que no sabía leer pero muy bien contar.
Entre los varios hijos, el más apegado: el rostro niño de mi abuelo.
Y el café se perdió y el bisabuelo se perdió.
Y el idioma se perdió y el dinero se perdió, se desvanecieron.
Si acaso la leyenda de que mi abuelo sabe hablar chino pero no,
no quiere hablarlo. Ya no, dice. Ya no.
Se lo guarda como se guarda otras explicaciones: en su silencio
se desvanecieron.
Mi apellido pone al descubierto a los idiotas,
altaneros que después de la corrección
siguen pronunciando “Li”, “Laoe”, “Louo”, “León”;
a los que fingen conocernos y nos llaman “Lu”
(Reyna Lu, Pepe Lu, Claudia Lu,
Sergio Lu y Betzabel Lu; sí, por supuesto, claro que los conozco).
Después de todas esas historias y las que nos depararon años después
(dos cuartos de vecindad, una casa con cúpula en las escaleras,
un terremoto y varias, muchas bodas), como a mi abuelo,

después de tanto, nos da un tanto igual
cómo lo lean: no nos define su pronunciación. Dilo
como quieras pero al menos
escríbelo bien. Te lo delecto: una “L”, una “o”,
y otra “o”.

Mi cuerpo secreto sabe
engarzarse con las piernas a una espalda ancha
aferrarse
a mordidas
a una barba
sin dejar rastro
y dormir
bajo otro pecho
Mi cuerpo sabe
gajos de mandarina abrirse
por si a él
a su hambre
le apetece
*

Rastreas
sabueso de 27 años
vestigios de Pablo en mi cuerpo
Elevas mi brazo
separas mis rodillas
olfateas
lames mi sobaco
Satisfecho me observas
Satisfecho me sonríes
Yo te abrazo y te respondo
con una mueca
que me es ajena
*

Catálogo pornográfico cada movimiento tu cuerpo confiesa a otro adies-
trándote en la posición que ahora me tienes en el asombro del despliegue
de orgías que contiene tu recipiente de pelo castaño y oscuros ojos

*

Su cerveza era luminosa barriga tibia su boca húmeda repetidora de Barco ebrio mientras yo amarillo me hundía sí roedores dorados me dispersaba sobre su colchón escuchando de su lengua a mi oído el *agua verde más dulce que las manzanas ácidas en la boca de un niño* dormido e inconexo me renía a ojos cerrados para no reconocerme puñado ciego de trigo al viento ofreciéndome a su boca declamadora de *rodales azules de vino trastocando el ancla y el timón*

*

Tu cuerpo
se guarda bien doblado en tu colchón se esconde dentro de
tu cuarto se
ladea se
empina se
desprende
y cae moneda al estanque de la tráquea eterna
tu cuerpo sin fondo

*

Me muerdes me debajo de las sábanas me tus mis manos desabotonan me el sueño me enredas mis piernas se deshebran y no sé no si son tuyos los labios que vuelven que bajan que a mi pecho a mi ombligo a mi engullen me quiebran me vierten me

*

Ebrios barcos dando vueltas a tu colchón viejo vamos a caer de bruces dices labios bucólicos alcohólicos como la estrella que lloró rosa rodó por tu espalda el mar tornasoló pelirrojo en tus tetillas

*

Entro a la regadera me quito la ropa me tallo los hombros
De mis brazos y mis axilas se desprenden
por mis rodillas resbalan
carteles de “¿lo has visto?” con tu foto
esa que no te tomé que no te pedí que no te robé
esa que Jesús seguro en venganza
pegó en postes cantinas pasillos y vagones
Yo con un zacate que raspa como mentón de medio día

limpio

limpio mi cuello de la mugre de tus caricias

*

Su cuerpo no era lo importante

A decir verdad

solo me gustaba cuando yo estaba ebrio

Tenía las piernas delgadas las rodillas gruesas

un tatuaje mal hecho en el tobillo y un vientre

cómplice de años

y años de cerveza

Tenía el cuerpo de un adolescente envejecido y en la oreja

un arete pasado de moda

Sus manos eran torpes como su lengua tartamuda y los ojos

al primer trago se empañaban

Su barba —y con esto termino—

únicamente le crecía los martes y sábados

pero no siempre No

Su cuerpo no era lo importante

*

Te estamos brotando nido de heno en la tráquea

la entrepierna las axilas y ahí

donde guardamos con llave nuestros mejores labios

nuestras caricias más certeras Te crecemos

jardín yacente a fuerza de mordiscos te germinamos

Pablo

Omar

Jesús

Alberto

y los otros

los demasiados rostros te brotamos

biografía póstuma tu cuerpo

*

Para ser tu doliente he tenido que sacarte de la carnicería donde te tenían
empaquetado Y con la vehemencia de quien vende ungüentos prodigiosos
he hablado de ti lo que antes ni atreverme — sí cobarde sí arrepentido —

y he prendido listones rojos a tu playera y fotografías de niños extraviados
con alfileres a tu pantalón He rellenado tu boca con fotocopias de salmos
para que todos sepan Luis lo bondadoso que fuiste Te he colocado en un altar
para que me encuentres vestido de negro arrojándote piedras En un pedes-
tal te puse mártir vuelto de cabeza para que me arranques de este espanto
y me regales San Valentín de Porres un milagrito Amén Amén Hazlo ya
*

Dime Jesús qué se siente
restríégame en la cara haber sido tú y no yo quien
llamó a la ambulancia
quién firmó el registro dime
dime cómo
con qué gesto y tono a sus familiares la noticia
les diste Dímelo
es bueno desahogarse
Cuéntame
qué tan largos son los blancos pasillos y descríbeme
qué tan idénticos son
Y si es que las pisadas de goma de los camilleros
te sirvieron de arrullo mi niño duérmete ya
Cuéntame
a que te supo el café
mientras a Luis —a tu Luis— se le desangraba
toda la maraña intestinal Ven Jesús
y nárrame
que como en las películas sus ojos
caracoles de plata
brillaron para ti
solo para ti
y que antes de invadirte el tufo a cloro y desinfectante
nació un silencio
rotundo y vertical
de su cuerpo
Dilo Conmigo te puedes atrever

Publicado previamente en la revista *Bamboo*.

Ana Chig es poeta, editora, creativa gráfica y promotora cultural. En 2012 fundó la revista mensual de poesía *Frontera Esquina*, en la que colaboran poetas, escritores, ensayistas, artistas plásticos y visuales de la región fronteriza de Baja California, México, y Estados Unidos. Fue coordinadora de *Poetry Borders* en La Casa del Túnel Art Center, en Tijuana. Es directora de las editoriales independientes Nódulo Ediciones y Juglaría, que publican poesía, cuento, ensayo, novela, periodismo cultural y literatura infantil. En 2015 y 2016 formó parte del jurado para el Premio Nacional de Poesía Tijuana, convocado por el Instituto Municipal de Arte y Cultura. Actualmente, colabora como encargada académica en Casa de la Cultura de la Cultura Playas de Tijuana. Ha publicado *La noche sobre el rostro* (2010) y la antología de poesía *La Ciudad, encuentros y desencuentros* (2016). Su obra ha sido incluida en antologías de México, Estados Unidos y Colombia, así como en revistas electrónicas e impresas.

ESTO ES UN BODEGÓN DE LUZ Y RUIDO

*“Si supiera qué es la poesía no tendría necesidad de escribir.
Es algo que busco a tientas en la oscuridad”*

Anne Carson

Esto es un bodegón de luz y ruido.
Hay sombras que se adentran al bullicio,
aves amenazantes picoteando vidrios de ventanas.
El Centro y sus tibias medusas de asfalto,

cardúmenes de empleados desplazándose entre calles
recogiendo restos humanos, a prisa, con la imperfección publica auestas,
maquillando baches de negligente blandura.

La mañana, como todas, vuelve a uno,
no hay grilletes en el tiempo.
Un minúsculo punto negro sobre el mármol me perturba,
ahí está, definiendo su universo rectangular, absoluto, dominante,
le observo atenta; nada sabe, no presente,
soy una diosa de oscuridad a mitad de la nada,
bastaría levantarme y colocar mi pie en su inquietante frontera de luz...

De Callas a Evans, transcurrió la música, se fragmentó la atmósfera,
vuelvo a la pieza, el café de fondo es tibio;
me entusiasma haber leído a Anne Carson; un libro suyo en el

tianguis y en la librería de viejo, caminar, identificar a Audubon abatiendo
pájaros en las esquinas, habitar sus versos, sus ideas, “la fotografía es una
forma de muerte”.

EL MEDIODÍA ELEVA UN ANCLA DE SOLARES BALDÍOS

El mediodía eleva un ancla de solares baldíos,
una transparencia oleosa y el rastro de cierto recuerdo
que se siembra como a “tierra venida” de la infancia.
Hubo flores de alazor a orilla del camino que reveló mi padre,
sus ramas densas y espinosas alejaban a los pájaros,
cardenales, mirlos y gorriones
sobrevolaban el cártamo del día en desaliento,
otros, desde viejos álamos, contemplaban
las minutas de algodón y sus semillas desprendidas por el aire,
la longitud del silencio en esos días me estremecía,
julio esparcía desolación en los campos de falsos azafranes
los lomos de los surcos como una provincia desconocida y lejana

ceñían mis sueños de confusas palabras, de horas agolpadas
que hoy entiendo, resultarán por siempre indescifrables.

WELCOME TO THE
HALL COUNTY LIBRARY

La biblioteca de Gainesville reveló a George Trakl,
la grotesca belleza de Schiele, el Kind of blue de Miles Davis,
la herbolaria presencia de Emily en los estantes,
a Elliot, y su luz apenas presentida en mi cuerpo.

Ensayé a escribir las ciudades desde adentro,
a traducir el dialecto de los bosques de Georgia,
sorprenderme de los lagos, el maple y la arcilla,
y un asado sureño debajo de antiguos maderos.

Pero la realidad siempre nos concede otra estancia,
“Este es tu lugar” dijo el manager
y dejó un cuchillo en mi mano extendida,
los nopales apilados en jvas, y una verdosa oscuridad
calcitrando de mi cuerpo sus deseos.

Armando Chong nació en la Ciudad de México en 1968. Estudió la carrera de música en la Universidad de Guadalajara, ciudad donde reside desde su infancia. Ha producido discos para artistas como Forseps, Jaramar, Radaid, Valentina González, Sutra, Garigoles, Avilez y los extraños y un largo. Realizó los arreglos orquestales de la ópera rock *Dr. Frankenstein*, así como arreglos musicales para diversos artistas. Fue guitarrista de los grupos La High y Volcán, y actualmente es guitarrista de Vacuum, Y los que faltan y Joe from Wisconsin. En 1995 publicó *Bitácora de ausencias*, su primer poemario con el sello ornitorrinco de la Universidad de Guadalajara. En 1998 aparecieron poemas suyos en la antología *Tiro al blanco*, publicada por la editorial Arlequín. En 2004 publicó una serie de poemas en el libro *José Fors 25 años*, también publicado por la Universidad de Guadalajara. En 2010 publicó el libro *Digresión*, en la colección Presente Perpetuo de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Horizonte cercano,
el viento siembra nubes
en los cerros,
equilibrio asimétrico
del caos,
la música del silencio
suspendida en el tiempo,
esencia transitoria de la materia
en que el mundo se manifiesta
único y posible,

imposible y vario,
 no hay mirada suficiente
 aunque todo se pose
 sobre la superficie
 temporal de la luz,
 ejerciendo sus formas
 cómo sin querer,
 dando al instante sentido,
 en medio de la incertidumbre
 de ser
 apenas un grano de arena
 entre la inmensidad de lo oscuro.

ÁMSTERDAM

Al amanecer la lluvia
 como una oración intermitente
 de un dios misterioso que inventa nubarrones
 y nombres alargados por el frío impronunciable,
 lenguaje difuso de media copa de vino y el pan endurecido por
 la melancolía
 inoportuna de la mañana siguiente.
 ¿De quién será esa media taza de café?
 ¿De quién una nariz enrojecida por el zarpazo repentino
 de los vientos del norte?
 ¿Hacia dónde va esa bicicleta retrasada por el llamamiento
 entumecido de los puentes?
 El rastro último de un aroma insuficiente,
 del cabello que se pierde tras la esquina que nunca volveré a caminar,
 ruta interminable de piernas largas y tacones
 extraviados entre la inclinación taciturna de las calles.
 ¿De quién es esa cara que se diluye entre ventanas
 largas como la espera bajo el asedio inclemente de las horas?
 Un canto intraducible
 que flota sobre la sucia quietud de los canales,

oído entre los árboles que bailan con la pequeña luz de la mañana,
hojas que caen llenando con su amarilla gravedad
los adoquines que recorren con sus siglos la indiferencia de la ciudad,
todo mundo va a algún sitio,
todos tienen un deseo establecido
por la corriente eléctrica de las ciudades,
todos llevan un impulso de asesino silencioso entre las manos.

PALABRAS AL VIENTO

Escribir en el crepúsculo
de las correspondencias improbables,
abrir apenas
una ventana rota
hacia lo que no puede entenderse
ni abarcar en lo sucedáneo,
paisaje erosionado por la incertidumbre
y silogismos impostores.

Un confuso aleteo
de signos que quisieran ser palabra
o al menos una idea precaria
de aquello que no puede ser representado.

Obediencia secreta
al llamado oscurecido de la noche,
abdicar en la espesura de la conciencia,
elongación hipnótica
del silencio que nombra
lo que intuimos del vacío.

NATURALIS HISTORIA

I

Un fulgor iridiscente
en el ansia de los ojos,
lo volátil del instante,
la argucia inconsútil de su luminosidad
entre la multiplicación
caleidoscópica del rocío,
transparencia dilatada en el equilibrio
espiral de la hierba.

La flor y la abeja,
la suspensión del vuelo en el vértigo del momento,
la devota inmolación de los pistilos
celebrando el ritual
propiciatorio de los despertares,
del mecanismo interno
de todo aquello que habrá de pasar
con la celeridad de su substancia entre los días.

II

Súbita coloración
de continentes que germinan
en el aura de regiones matinales,
pobladas por el canto etéreo
que imanta el leve sueño
de los pájaros,
el bramido de las bestias padeciendo su ordalía
de sangre y semen,
el florecimiento de sus bosques de lujuria,
el caudal incontenible de la savia y de las linfas,
movimiento perpetuo
en que el tiempo regresa
siempre de sus cenizas
para sembrar el polvo entre la carne.

FUTILIDAD DEL INSTANTE

La calidad cinemática de las cosas fútiles
es cada vez más cercana a cero,
me acerco cauteloso
a todo aquello que se aleja
sin voltear a verme,
como aquel minuto
en que la lluvia
fue un alud de despedidas,
un derrumbarse de la tarde
entre la cínica sonrisa
de un recuerdo perdido
en los senderos
de un bosque de huesos
taciturnos.

Derrumbes,
desprendimientos
donde los laberintos adquieren
su lenta distancia,
su ciclo de cielo impenetrable
o espejo de nada,
un núcleo concentrado y explosivo
donde cada cosa es uno y es todo,
como esos ojos eléctricos
que te miran sin querer decirte nada,
o la posición que asumes
cuando declinas y cedés tu inmundicia al aire.

DÍAS QUE PASAN

Días que pasan
en la corriente de un agua turbia
sin rumbo,
bajo un amontonamiento de nubes negras
que van llenando con sus piedras al destino
siempre inexorable,
de rostro desconocido,
incierto
como un idioma que apenas nombra
lo poco que queda.

Una rotura permanente de la mirada
una acumulación de sombras
olvidadas por la naturaleza incalculable de la pérdida,
de los mecanismos meticulosos de un pasado constante e irremediable,
composición proteica del cataclismo,
del fuego eterno que consume los días
con las señales dispersas de pequeños pájaros negros
incrustadas en el bosque nebuloso de la memoria.

NO HAY MIRADA SUFICIENTE

Horizonte cercano,
el viento siembra nubes
en los cerros,
equilibrio asimétrico
del caos,
la música del silencio
suspendida en el tiempo,
esencia transitoria de la materia
en que el mundo se manifiesta
único y posible,
imposible y vario,
no hay mirada suficiente
aunque todo se pose
sobre la superficie
temporal de la luz,
ejerciendo sus formas
como sin querer,
dando al instante sentido,
en medio de la incertidumbre
de ser
apenas un grano de arena
entre la inmensidad de lo oscuro.

Octavio F. Islas Gastelum es dramaturgo, así como se desempeña en el cine y los cómics. Es director de *Matando Musas*, y docente de guion cinematográfico de la licenciatura de Medios Audiovisuales de la Escuela de Artes de la de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) y AR 7E Talleres. Es editor y miembro del consejo directivo del Luis Buñuel Film Institute. Ha trabajado en películas guerrilleras, independientes y de adultos. Fue asistente de productor para Impact Pictures y Transflux films. Es guionista de Castro Studio. Becario del PECDA, Jóvenes Creadores en 2005-2006 y 2008-2009. Becario del FONCA Jóvenes Creadores 2010-2011. El Fondo Editorial de Baja California publicó dos colecciones de sus obras *Se ve y se oye* y *Los Taka Takas, la juanada y la batucada*. Ha presentado sus obras en varios festivales, universidades y ferias nacionales e internacionales.

RESTAURANTE

ALFONSO: (*Al público.*) Hola... ¿Cómo están? No espero que contesten, así que... en fin.

Este es el restaurante de mi familia, bueno, no es cierto, esto es un escenario con mesas, sillas y decoraciones que hacen parecerse al restaurante. La verdad es mucho más limpia que esto, pero... pero bueno, es para dar ese efecto de restaurante viejo de comida china, de que los restaurantes chinos son sucios... Por eso lo hicimos así, para que se vea cochino, ¿quedó bien no?

(*Al Abuelo.*) ¡Abuelo!... (*Al público.*) Ese es mi abuelo, aquí se la pasa, siempre en esa silla, haciéndose el dormido... (*Al Abuelo.*) Abuelo... (*Al público.*) Yo sé que está despierto pero... aunque esté solo el changarro, le

gusta hacerse el dormido, así es como echa ojo a que todo esté bien, según él... (*Al Abuelo.*) ¡Abuelo!...

(*Al público.*) Y no, no está muerto, es mitad chino, va a durar un chorro; los chinos viven como doscientos años. Ay, güey, ni me presenté, Alfonso Morales, mucho gusto, me dicen Poncho, o Ponchito a veces; bueno, eso nomás cuando me dan carrilla en la casa, pero bueno, Alfonso o Poncho, como más les guste; ah... ustedes no se tienen que presentar, así está bien, ¿estamos? Bueno, yo... yo no creo que viva mucho, digo, también soy chino, bueno, un cuarto, pero chino a fin de cuentas, sí tengo algo de chino, mis otros tres cuartos son vasco, indio y judío, a lo mejor por eso sufro de delirios de persecución; vengo de puros pueblos que han sido derrotados, conquistados, y se la pasan rezongando todas sus vidas... Bueno, lo de judío no estoy muy seguro, pero lo digo para enojar a mi madre; es católica a todo lo que da, siempre que empieza con sus conversaciones de Dios y todo eso, le digo que su familia era judía, y que no tiene porqué molestarse; a fin de cuentas, Cristo era judío ¿no? “¿Entonces por qué te enojas que te diga que somos judíos?” “Porque somos católicos”, me dice, “sí —le contesto—, somos descendientes de marranos, tus tatarabuelos se cambiaron su apellido y su religión para que no los quemaran y se fueron a esconder a Sinaloa, pero eso no quita que seamos judíos, se cambiaron de nombre y de religión, pero seguimos siendo judíos, venimos de judíos madre mía, ¿eres judía!”... Nomás se me queda viendo, callada, y seria, seria, seria, y dice: “Ay, siempre tienes que salir con tus ocurrencias, mejor ponte a escribir tus tonterías en vez de estármelas diciendo”. “¿Y lo vas a leer o ir a ver en una obra si lo hago?”... Se queda callada viéndome, queriendo sonreír pero... pero según ella, indignada me dice: “A lo mejor”.

Alfonso queda pensativo.

ALFONSO: (*Al público.*) A lo mejor no vengo de judíos, de indios es seguro que sí, y de vascos pues... según mi abuela, la esposa de este señor... el chino Morales.

Aparece un hombre chino amarrado del cuello con una cuerda. Está colgando de un árbol. Sobre su pecho tiene un letrero que dice: SONORA LIBRE DE CHINOS.

ALFONSO: (*Al Abuelo.*) Abuelo... (*Al público.*) Su papa era chino, y su madre mexicana, pero se apellida Morales. Me apellido Morales, este... de chiquito me decían que era la traducción de nuestro apellido chino, eso nos dijeron a mí y a todos mis primos, de chiquito nunca me pregunté por

qué cambiaron el apellido, digo, no era algo que me importaba mucho, mi abuelo tenía el restaurante y... y convivíamos con chinos, íbamos a fiestas de la asociación, cenas y... pasábamos mucho tiempo con chinos pero... pero en la casa o con gente que... pues mexicanos, gente que no son chinos como que... como que esa parte de nosotros no existía...

Alfonso queda pensativo, voltea a ver al chino que cuelga del árbol. Desaparece el chino.

ALFONSO: (*Al Abuelo.*) ¡Abuelo!... (*Al público.*) Nomás habla cuando él quiere... y ¡uta que si habla!, ni quién lo pare, agarra viada y... horas, pero uno le habla y... (*Al Abuelo.*) ¡Abuelo!... (*Al público.*) Se hace el dormido, o el sordo, se pone la mano en la oreja como que le está fallando, o te pone esa cara como que, como que no te escucha, porque según él va a pensar uno, “no pues qué lata con este, no me oye, no me entiende, para qué le sigo hablando, voy a tardar horas aquí”, pero ya finalmente, después de veintisiete años le entendí a sus truquitos... (*Al Abuelo.*) ¡Abuelo!... (*Al público.*) Y sí, es de estarle hablando y hablando, y hablando, hasta que el don decida hacer caso... (*Al Abuelo.*) ¡Abuelo!...

Abuelo se “despierta”.

ABUELO: ¿Está lento hoy, verdad?

ALFONSO: Sí, ha estado solo.

ABUELO: Es por todos esos sushis y pizzas. Aysh... voy al baño.

ALFONSO: ¿Le ayudo? Abuelo batalla al levantarse. Le molesta su pierna derecha.

ABUELO: ¡Ay, mi pierna...!

ALFONSO: ¿Lo ayudo?

ABUELO: ¿Eh?

ALFONSO: ¿Que si le ayudo a ir al baño?

ABUELO: Ah... no, no, yo puedo solo, yo puedo... No, mejor sí, ven, ven...

Alfonso camina hacia su abuelo. Lo toma del brazo, le ayuda a caminar hacia el baño.

1876-1884

SALA PRESIDENCIAL, 1876

Porfirio Díaz está sentado en su silla, leyendo el periódico y escuchando a sus consejeros, Covarrubias y Romero, discutir.

COVARRUBIAS: ¿Qué podemos hacer? No les interesa.

ROMERO: Les tiene que interesar.

COVARRUBIAS: ¿Pero, cómo? Todo se los ponemos, tierras y mano de obra barata.

ROMERO: (*Se ríe.*) Eso sí, atraemos... mano de obra barata.

COVARRUBIAS: Señor Presidente, ¿usted qué opina?

PORFIRIO DÍAZ: (*Molesto.*) Que no sirven para nada, eso opino... ¿ya leyeron lo que dicen los periódicos?... (*Se quedan callados.*) Nuestro plan de desarrollo está fracasando, ¿por qué? (*Se quedan callados.*) Algo se tiene que hacer, inmediatamente, se atrasa el progreso de la nación, necesitamos encontrar la manera de atraer a los europeos, necesitamos inversionistas que lleguen a México para quedarse, y más importante: su dinero.

COVARRUBIAS: Los europeos desconfían de nosotros, de la inestabilidad del país, no quieren arriesgar.

PORFIRIO DÍAZ: (*Pensativo.*) El fantasma de ese maldito indio sigue recorriendo nuestras tierras...

ROMERO: También es porque nuestros salarios se les hacen muy bajos, señor Presidente; afortunadamente no para los chinos; han estado llegando a pueblos en el norte, dicen que son muy trabajadores, sumisos, tranquilos y trabajan en...

COVARRUBIAS: (*Interrumpe.*) Señor Presidente, los chinos tienen hábitos muy arraigados, y sería imposible hacerlos que se adapten a vivir como mexicanos...

PORFIRIO DÍAZ: (*Se ríe.*) Los chinos no vienen para quedarse, ellos van para Estados Unidos; aquí llegan solo para hacer suficiente dinero para irse con algo para allá, y qué bueno que se van; lo que menos queremos es que chinos se queden y se mezclen con los indios. Imagínense... Si eso pasa nunca podremos purificar el mestizaje, la mugre sobra en nuestro país... Por el bien de nuestras futuras generaciones es indispensable poblar México de europeos católicos... de europeos blancos... Bajen los precios de las tierras, regálenla... hagan lo que sea necesario, pero ya.

COVARRUBIAS Y ROMERO: Sí, señor Presidente.

Covarrubias y Romero se van. Porfirio Díaz lee su periódico.

OFICINA DEL GOBERNADOR DE SONORA, 1881

El Gobernador está sentado en su silla detrás de su escritorio. Llega su Asistente.

ASISTENTE: Señor gobernador, le llegaron estas cartas del cónsul en Arizona y del coronel en Magdalena.

GOBERNADOR: Bueno... (*Se queda esperando.*)

ASISTENTE: ¿Se las dejo en su escritorio, señor Gobernador?

GOBERNADOR: (*Molesto.*) Y ahí para qué las quiero, ¿de qué me sirven en mi escritorio?

ASISTENTE: Disculpe... dónde las... (*Lo interrumpe.*)

GOBERNADOR: (*Molesto.*) Si ya sabes que no sé leer... (*Se levanta molesto.*)

ASISTENTE: Disculpe, Gobernador.

GOBERNADOR: (*Molesto.*) Léelas, y brinca todas las formalidades...

ASISTENTE: Sí, señor Gobernador (*lee la carta rápido*): “Señor gobernador de Sonora... disculpe..., siento que es mi deber advertir del peligro de que los chinos entren a México. Aquí en los Estados Unidos los chinos promueven la prostitución, y no contribuyen a la economía local. Los chinos aceptan todo trabajo que se les ofrezca sin importarles el salario, los residentes locales no pueden competir con ellos. En California los trabajadores norteamericanos se han levantado en armas contra los chinos por estas razones. La mayoría de los trabajos que aceptan los chinos son aquellos que realizan las mujeres”.

GOBERNADOR: (*Interrumpe.*) Ya, ya párale... ¿es todo lo que dice?, ¿nomás habla de chinos?

ASISTENTE: (*Lee rápido.*) “Me han informado que el gobierno norteamericano ha puesto su atención en este problema de los chinos, que implantarán una ley...”

GOBERNADOR: (*Interrumpe, molesto.*) ¿Dice algo que no tenga que ver con chinos?

ASISTENTE: (*Lee rápido.*) No, señor Gobernador.

GOBERNADOR: Léeme la otra.

ASISTENTE: ¿Mande?

GOBERNADOR: Que me leas la otra carta.

ASISTENTE: Sí, señor Gobernador (*agarra la otra carta. Lee.*): “Señor gobernador”.

GOBERNADOR: Sin las formalidades.

ASISTENTE: (*Lee rápido.*) “Escribo para reportarle que desde la llegada de los chinos a Magdalena, nuestro comercio ha florecido, los chinos son mano de obra barata, la gran ventaja es que aceptan cualquier trabajo, cocinando, lavando ropa, planchando, estos que son trabajos que nuestras propias mujeres han...”

GOBERNADOR: Ya, ya párale, ¿qué quiere?

ASISTENTE: (*La lee rápido.*) “Necesitamos más hombres chinos, creo que fuera de gran beneficio que...”

GOBERNADOR: (*Interrumpe.*) Es Día del chino, o qué... Aparece un hombre mexicano, trae puesto un saco. Trae palas y bolsas en sus manos.

HOMBRE MEXICANO: (*Al público.*) Hombres mexicanos, los necesitamos para la construcción del ferrocarril, y para las minas en Coahuila, Sonora y Sinaloa... No se les puede pagar mucho, pero estarán ayudando al fortalecimiento de nuestra gran nación.

El hombre mexicano mira al público, se queda esperando hombres mexicanos, busca entre el público, se decepciona. Lentamente se le acercan tres hombres chinos.

HOMBRE CHINO: Señor, señor... ¿nosotros podemos trabajar?

HOMBRE MEXICANO: (*Se les queda mirando.*) Este... no les podemos pagar mucho.

HOMBRE CHINO: No importa señor, lo que sea, es bueno.

HOMBRE MEXICANO: (*Contento.*) Perfecto, aquí tienen.

Los tres hombres chinos se emocionan. El hombre mexicano les da las palas y las bolsas a los chinos. El hombre mexicano se va. Los chinos se ponen a trabajar.

GOBERNADOR: Míralos... le echan ganas.

ASISTENTE: Sí, señor Gobernador.

GOBERNADOR: Y no dicen nada... y si dijeran, quién les va a entender. (*Se ríe.*) Está loco el cónsul, qué problema pueden ser estos... (*Se ríe.*) Lo que les pasa a los norteamericanos es que después de que se acabó su Guerra Civil, se les olvidó cómo controlar a sus peones, los dejan hacer lo que quieren, ¿eso cuándo va a pasar aquí...? Que se me hace que debería agarrar unos cuantos de estos para mis tierras, más tarde me vas a buscar unos chinos.

ASISTENTE: Sí, señor Gobernador.

GOBERNADOR: Pero primero le vamos a escribir una carta al señor Presidente para pedirle que permita entrar a más chinos a México. Ve por algo para escribir, te voy a dictar.

ASISTENTE: Sí, señor Gobernador.

El Asistente se va. El Gobernador se sienta en su silla. Los hombres chinos siguen trabajando. Aparece José Martí.

JOSÉ MARTÍ: No pueden venir más chinos a los Estados Unidos, ni artesanos ni chinos sin arte. El dueño de todo buque que viniese será mutilado y preso. Los chinos no podrán pasar por los Estados Unidos ni por tierra ni por agua... Aquel que ayude a un chino, será castigado con multa y prisión, ningún Estado para los chinos, se han cerrado las puertas de Norteamérica...

Desaparece José Martí.

SALA PRESIDENCIAL, 1884

Porfirio Díaz leyendo el periódico. Llegan Covarrubias y Romero.

COVARRUBIAS: Señor Presidente.

ROMERO: Tenemos buenas noticias, señor Presidente.

PORFIRIO DÍAZ: Eso espero.

ROMERO: Hemos conseguido inversionistas europeos.

COVARRUBIAS: Pero no son católicos, señor Presidente.

PORFIRIO DÍAZ: Al paso que vamos, creo que ya no podemos ser tan exigentes, necesitamos inversión y trabajadores, de donde sea, y quien sea... He recibido varias cartas del norte pidiéndome que invitemos a los chinos a trabajar en esas regiones; desde que los norteamericanos los expulsaron, nuestro país se ha convertido en su nuevo hogar, tenemos una población china que está creciendo, y probablemente seguirá creciendo. La parte norte de nuestra nación es un enorme desierto, igual que el oeste de los Estados Unidos. Los chinos trabajan por cualquier miseria de salario; los norteamericanos se aprovecharon de eso, y con el sudor de los chinos han desarrollado esa parte de su país; nosotros haremos lo mismo. Quiero que sigan tratando de conseguir que los europeos inviertan en México, y chinos para que trabajen en el norte, en los pueblos más aislados, en las ciudades desérticas; ahí los podemos tener bajo control.

COVARRUBIAS: Señor Presidente... ¿Y si no los podemos controlar?

PORFIRIO DÍAZ: ... Hacemos lo mismo que los norteamericanos, los expulsamos...

Oscuro.

RESTAURANTE

Alfonso le ayuda al Abuelo a caminar hacia la silla. El Abuelo se sienta.

ALFONSO: ¿Está bien? ¿Quiere algo?

ABUELO: ¿Eh? ¿Qué?

ALFONSO: ¿Que si quiere algo?

ABUELO: Ah, no, no, no, estoy bien.

ALFONSO: (*Saca su celular de su pantalón.*) ¿Qué pasó jefe?... uy... pues... bueno, sí, sí, está bien... yo voy... sí, aquí está mi abuelo... adiós. (*Guarda su celular. Al Abuelo.*) Era mi papá, quiere que vaya a hacer unos mandados.

ABUELO: (*Se le queda viendo.*) ¿Qué?

ALFONSO: Voy a ir a hacer unos mandados.

ABUELO: Ah, ve, ve, está bien.

ALFONSO: ¿Quiere algo?

ABUELO: ¿Eh?

ALFONSO: Nada.

ABUELO: Ve, ve.

ALFONSO: Está bien... (*Al público.*) Aquí se la vive, siempre ha sido así, bueno, cuando quiere, mi padre también, bueno no tanto, pero sí, los dos son iguales, en que empiezan a hablar y... tipo, yo no, ¡ja!, ya sé de quién lo saqué, lo que no es de andarlo divulgando en público; yo creo que eso es de mi abuela, lo vasco, mis palabras, ah qué jalada, son como bombas... Perdón, perdón por esa pero dejen creérmela ¿no? Se oye bonito, pero bueno... (*Al Abuelo.*) Abuelo, ya me voy... (*Al público.*) Cuando estaba chico y le preguntaba sobre mi bisabuelo nunca me decía nada, hasta la fecha, mi papá tampoco, no lo conoció mucho, la verdad, mis tíos, tías, nadie me decía ni me dicen nada, solo que era chino, y ya... Nunca me enseñaron nada de China, nada, tampoco me interesaba, no fue hasta... la secundaria, que le decía a mis amigos que era chino y pues, sí, sí sabían que mi familia tenía el restaurante, pero pues... mis papás y mis abuelos no parecen chinos,

me apellido Morales, entonces de dónde, y a nadie le importaba realmente, y a mí tampoco, yo sabía que mi familia venía de un chino pero... ¿y qué? pues era mexicano, soy mexicano, no soy chino, soy mexicano, soy...

Aparece un hombre chino amarrado del cuello con una cuerda. Está colgando de un árbol. Sobre su pecho tiene un letrero que dice: SONORA LIBRE DE CHINOS.

ALFONSO: (*Al público.*) No íbamos mucho al restaurante de mi abuelo, y cuando salí de la primaria, como que... ya no convivimos con chinos, nada de fiestas, nada de... nada que tuviera que ver con chinos, digo, sí los saludábamos y todo eso, pero ya no...

Alfonso queda pensativo, voltea a ver al chino que cuelga del árbol. Desaparece el chino.

ALFONSO: (*Al público.*) No sé, de repente desaparecieron de nuestra vida... No estoy diciendo que los extraño... No sé... estaba chico y pues creces y te preguntas ¿qué onda? y les preguntas a tus parientes y... y no te contestan, nomás se quedan callados como si no preguntaste nada... (*Voltea a ver a su abuelo. Al Abuelo.*) Abuelo... (*Al público.*) Al chino no le gusta hablar del pasado... se los encargo, no me tardo.

Alfonso se va.

1894-1906

OFICINA DEL GOBERNADOR DE SONORA, 1894

El Gobernador, preocupado. Llega el Asistente.

ASISTENTE: ¿Me mandó llamar, señor Gobernador?

GOBERNADOR: Sí, te voy a dictar una carta.

ASISTENTE: Sí, señor Gobernador... señor Gobernador.

GOBERNADOR: ¿Eh?... ah sí... para el presidente Díaz: “Los chinos se están convirtiendo en una amenaza para nuestros comercios, para nuestra economía. El trabajador mexicano está perdiendo todos los empleos con los chinos porque no pueden competir con ellos por los salarios bajos que aceptan, lo mismo está sucediendo en los negocios, las tiendas de mexicanos tienen que cerrar sus puertas por los precios bajos que ofrecen los chinos. En Guaymas, Arizpe y Magdalena, los chinos se hacen de grandes fortunas, se están apoderando de todas las tierras y todos los comercios, nos estamos convirtiendo en extranjeros en nuestra propia patria. (*Queda pensativo.*)

Señor Presidente, le pido su ayuda para resolver este problema...” (*Queda pensativo.*) No, borra eso..., “le pido su ayuda..., para poner fin a esta plaga que nos ha invadido”.

Aparecen chinos trabajando en el campo. Llegan campesinos mexicanos con machetes. Matan a los chinos, les quitan los zapatos buscando dinero, no encuentran, se llevan arrastrando los cuerpos de los chinos.

Extracto publicado en *Los Taka Takas, la juanada y la batucada*, pp. 19-36.

Roberto Wong nació en Tamaulipas en 1982. Es narrador y ganó con *París D.F.*, su primera novela, el Premio Dos Passos en 2015. Tres años después, publicó *Los recuerdos son pistas, el resto es una ficción*, con el que ganó el IX Certamen Internacional Sor Juana Inés de la Cruz en la categoría de cuento. Fue becario del FONCA en su formato Jóvenes Creadores (2015-2016) y mantiene, además, *El Anaquel*, blog y podcast sobre literatura y cultura. El cuento incluido en esta antología, “Lotería mexicana”, apareció publicado en una colección con el mismo título.

LOTERÍA MEXICANA

Los mexicanos nos reímos de todo, dijo mi padre. Luego soltó una carcajada. Estábamos empapados. Ahora sí que somos..., comenzó mi madre, pero luego paró. Ojalá tengan tortillas, dijo mi tío. Si bien nos va, nos darán pan. Pero ni eso, remató una de mis tías. Había más gente. Algunos comenzaron a llorar. Ay, basta, que me deprimó, dijo mi madre. Las tías comenzaron a cantar. ¡Cállense!, gritaron desde del fondo. Alguien aventó una botella de plástico. Mi padre la recogió. Puede servir al rato. Y sirvió: mi tío orinó en ella. Otro niño la tomó y su madre le gritó: ¡no seas cochino! A la hora de la comida nos pasaron a otro cuarto. Al menos una salsita, dijo mi papá. No había ni tortillas. Son unos nazis, concluyó mi tío. En las esquinas de la habitación cuatro hombres miraban cómo comíamos. Alguien les dijo: saquen las chelas, pinches gringos. Pero no sacaron nada. Mis tías me pasaron parte de su comida. Estamos llenas, me dijeron, lo que se me hizo muy raro, porque siempre comen mucho. Terminamos y los gringos nos formaron en una

fila. Nos acomodamos por familia. A ver qué pasa ahora, dijo mi padre. Jesús bendito, contestó mi madre. Nos llevaron a un patio y nos dejaron ahí. El suelo estaba mojado, así que nos quedamos de pie. En el patio había una cancha de basquetbol, pero no había pelota. Alguien se quitó el zapato y lo aventó en la canasta. La tercera vez que lo hizo se quedó atorado. Dos amigos suyos lo levantaron en hombros. Cuando recuperó su zapato celebró como si hubiera metido un gol. El sol salió y todos sonrieron. Mamá puso una manta sobre el suelo y nos sentamos en ella. Esto me recuerda las tortas de huevo con chorizo en Chapultepec, dijo mi tío. Las tías suspiraron. Cómo extraño mi Mexiquito, dijo mi madre. Pues tal vez no sea por mucho tiempo, respondió mi padre. Luego se quedó dormido. Las tías volvieron a cantar, pero ahora más bajito. Ay, ay, ay, ay..., repetían. Una de ellas me abrazó, pero yo me escabullí con el resto de los niños. Jugamos a policías y ladrones. Los ladrones éramos los más morenos. Esa noche dormimos en una bodega con cientos de camas. A mi padre un hombre le ofreció una botella. ¿Y eso?, preguntó. La traía en el bolsillo. No se dieron cuenta, contestó el hombre. Mi padre le dio un trago y dijo: Ay, jijuesumadre. Luego le pasó la botella a mi tío. Se hicieron amigos. Esa noche muchos roncaron. Mi madre se levantó: Con todo este escándalo siento que soy Jonás dentro de la ballena. ¿Por qué?, contestó mi tía. Olvídalo, dijo y se fue al baño. Al día siguiente tampoco había salsa ni tortillas. Esto ya había pasado antes, gritó alguien. Pero lo ignoramos, porque no conocemos la historia. Nadie le respondió. Mis tías volvieron a darme parte de su comida. Estamos a dieta, dijeron cuando mi tío las volteó a ver. Esa tarde él se puso a platicar con una chica y hubo una pelea. Regresó con el ojo morado. ¿Qué ha pasado?, le preguntó mi padre. Le di un cabezazo a una mano, contestó mi tío. Una mañana mi tía gritó: ¡me aburro! ¡Acá hay crucigramas!, contestó alguien. Crucigramas, bah, respondió ella. Luego comenzaron a dibujar una lotería, pero no recordaban todas las figuras, así que inventaron la mayoría. Alguien pasó y dijo que no había putas. ¿Qué es una puta?, pregunté. Todos miraron al aire, salvo mi tía, que dijo: pregúntale a tu tío. Esa noche las tías repartieron las cartas y comenzamos a jugar poniendo piedrecitas en los cartones. Mi papá comenzó: ¡Corre y se va corriendo! ¡El mojado!, gritó alguien desde el fondo. Todos rieron. ¡Pórtate bien, cuatito, si no te lleva el coloradito!, grito papá. ¡El gringo!, dijo otro. Todo mundo estaba muy contento. ¡Para el sol y para el agua!, dijo papá. ¡La *green card*! El

juego se había puesto bueno, pero nos apagaron las luces. Otro día las tías comenzaron a tararear y alguien les preguntó si se sabían una de Juan Gabriel. De Juan Gabriel no, pero sí de Luis Miguel. Alguien tuvo la idea de armar un coro. Los coros son para las iglesias, dijo mi tía. Ensayaron y un día cantaron *Querida*. Cada momento de mi vida, yo pienso en ti más cada día... mira mi soledad, mira mi soledad.... La gente comenzó a cantar y el hombre que le pasó la botella a mi padre dijo: ojalá estuviera pedo. Luego se puso a llorar. Mi tío lo consoló: ya, hombre, ya. Las tías se pusieron más delgadas. ¡La dieta sí funciona!, les dije una mañana. Una de ellas lloró, supongo que de felicidad. La comida cada vez es peor, dijo mi tío. A mí sí me gusta la tapioca, respondí. Tienen mucho en común, respondió él. ¿Por qué?, pregunté. Por lo babosos, dijo, pero no entendí su comentario. En el patio un día nos dejaron una pelota. En lugar de jugar al basquetbol la usamos para jugar futbol: era gol si tocaba el poste. Esa tarde un señor le pegó un balonazo a un niño. La mamá llegó corriendo y le pegó una cachetada. ¡Si será bruto! El hombre se sobó la cara. Otro día mi tío volvió a llegar con el ojo morado. ¡Te van a matar!, gritaron mis tías. ¡Da igual!, respondió él. Con que no salgas con tu domingo siete, dijo mi madre. O sábado seis, dije yo, pero nadie me contestó. Un día nos visitaron unos señores de traje. Hablaron con algunos y les dieron a firmar unos papeles. ¿Qué está pasando?, preguntó mi mamá. Van a sacar a algunos, dijo mi padre. Seguro que afuera alguien los está ayudando, dijo mi tío. ¡Nosotros no tenemos a nadie!, gritaron mis tías. Nos tenemos a nosotros mismos, dijo mi madre. ¡Qué consuelo!, contestó mi tío. Mi madre comenzó a llorar. Está en sus días, me dijo mi padre, pero no entendí qué quiso decir con eso. Se fueron algunos, pero llegaron más. ¡Si cabemos en el cielo, que no quepamos aquí!, gritó alguien, pero lo callaron a chiflidos. Papá llegó un día con un pan envuelto en una servilleta y me lo dio. ¿De dónde lo sacaste?, le preguntó mi madre. Él no contestó. Luego ella dijo: feliz cumpleaños. ¡Ojalá alguien me regalara una pelota!, contesté. Esa noche volvimos a jugar a la lotería: La herramienta del borracho. ¡La botella!, contestó el amigo de mi padre. La que es tilica y flaca. ¡La muerte!, gritó un niño. Un día pusieron literas en lugar de los catres que teníamos. Nos sacaron a todos al patio en lo que las acomodaban. ¿Y ahora?, preguntó alguien. Traerán más gente, dijo mi tío. ¡Nos tratan como a cerdos!, dijeron mis tías. Papá dijo: se me antojaron unas carnitas, y tomó a mi madre de la cintura. No es momento

para andar de chistosito, le contestó ella. Alguien se acordó que pronto sería Cinco de Mayo y sugirió hacer una fiesta. ¡Deberían cantar!, les dijeron a mis tías. Lo pensaremos, dijeron ellas. Luego se quejaron con mi madre: ¿Cantar con estos harapos? Habrase visto. Terminaron haciéndolo. Los gringos trajeron tamales. Si hasta eso no son tan malos, dijo alguien, pero lo callaron a gritos. ¿Quién hará los tamales, si ya no queda nadie fuera?, preguntó mi madre. Una máquina, respondió mi padre. La máquina tiene buen sazón, concluyó mi tío. Esa noche el amigo de mi padre se emborrachó. ¿Con qué?, preguntó mi madre. Era un misterio. Algunos borrachos se empedan mentalmente, dijo mi tío. Uy, que enseñe cómo, concluyó mi padre. Después de la fiesta mi tía se desapareció. La otra tía estaba muy enfadada. Si te viera mi madre, dijo cuando la vio volver y luego se fue a dormir. La tía que había desaparecido se arregló el pelo. Todos tenemos necesidades, remató mi madre. Un día mi padre se levantó en el comedor y gritó: ¡No puedo más con esta comida de hospital! ¡Quiero salsa! ¡Salsa!, ¡Salsa!, comenzó a gritar la gente. Algunos aventaron sus trastes al suelo, otros a los gringos. No vimos a mi padre en tres días. Cuando regresó, mi madre lo cubrió de besos. Estaba muy oscuro, respondió él. Una de las tías se puso muy enferma. Tiene fiebre, dijo mi madre. Sepa Dios lo que le habrán pegado, respondió la otra tía. Se la llevaron en una camilla. Mi madre gritó: ¡Si no te vuelvo a ver, quiero que sepas que te quiero mucho! Sí la volvimos a ver. La comida del hospital es mejor que la de aquí, le dijo a mi padre cuando regresó. Pusieron una tercera litera encima de las anteriores y un día alguien se cayó en medio de la noche. Azotó como res, dijo mi tío. Se me antojó una barbacoa, dijo mi padre, y esta vez mi madre no lo regañó. Un gringo de lentes llegó un día y comenzó a hablar. ¿Qué dice?, me preguntaron mis tías. Que nos van a mandar a casa pronto, respondí. ¡Jesús de Nazareth!, contestó mi madre. ¿Y nuestras cosas?, gritó mi tío. El gringo de lentes no contestó ninguna pregunta. Mi tío se fue enojado. Tenía una camioneta muy bonita, me dijo mi tía. Al poco tiempo alguien llegó con mi mamá con cara de asustado. ¡Tu hermano!, gritó. Mamá salió corriendo. ¿Se enfermó mi tío?, pregunté cuando vi que se lo llevaban en una camilla como a mi tía. Cállate, respondió mi padre. Se nos adelantó, dijeron las tías, y entonces supe que ya estaba en México. Esa noche alguien preguntó: ¿Y la lotería? Mis tías comenzaron a llorar. ¡Ahí tienen su pinche lotería! Mi padre recogió las cartas del suelo y las repartió. Mamá comenzó a llorar

cuando mi padre dijo: Tate quieto, Valentín, no te vayas a pelear. Mi madre me abrazó y me dijo: ¡Nunca crezcas! Ya, mujer, la consoló mi padre. Al poco tiempo llegaron los camiones y nos formamos para subirnos en ellos. Mamá sollozaba. No mires atrás, le dijo mi padre. ¿Cómo no? Aquí sucedió la vida, respondió ella. Yo tomé las cartas de la lotería y las puse en mi pecho. Mis tías comenzaron a cantar. Le enseñé a mi padre la carta de la bandera. Bonito Cinco de Mayo, el pabellón nacional, respondió, quebrado en llanto.

Publicado en *Lotería mexicana*, Smol Books.

PERÚ

El poeta, periodista y dramaturgo Augusto Kuan Veng nació en China en 1900. Publicó crónicas periodísticas en el diario *El comercio*, cuentos en el diario *Correo*, y la colección *Mey Shut, poemas en prosa*, que incluye, más que poemas en prosa, sugerentes parábolas y cuentos moralizadores. En el prólogo de *Mey Shut*, recibió elogios de personajes de la época con Óscar Miró Quesada (profesor de San Marcos y director de *El Comercio*), José Gálvez, el poeta modernista peruano José Santos Chocano y el poeta español Francisco Villaespesa. Dirigió y escribió, además, el drama *Li Tong Xhu (El hijo de la concubina)*, estrenado en el Teatro Municipal en 1925. Los textos de Kuan Veng ofrecen una ventana a la cosmovisión china en Perú. Aunque el subtítulo del libro es “Poemas en prosa”, sus textos no son poemas sino más bien parábolas, cuentos moralizantes e impresiones.

AMOR IDEAL

No me quieras por el dinero que pueda proporcionarte, ni me quieras por lo hermoso que puedo parecer a tus ojos enamorados:

La diosa de la fortuna es tan voluble como el viento: hoy acaricia con suaves brisas de bienestar y mañana azota con el huracán de la desgracia.

La hermosura está condenada a ser víctima del tiempo destructor e invencible.

La riqueza es inestable.

La hermosura es efímera.

Ámame por mi alma noble, por mi alma que está por encima de todas las miserias humanas.

Ámame por el amor intenso que te tengo, por ese amor que aunque la hermosura y la opulencia desaparezcan, permanecerá, cual un fiel esclavo, puro e inmutable para rendirte sus ardientes homenajes de infinito amor...

INFANTIL

A Paquito Miró-Quesada Cantuarias.

En torno mío danza un grupo bellos de traviosos niños: danzan ceñidos de las manos en un apretón fraterno: aún en sus corazones no germina la disociadora semilla que divide a los hombres en absurdas clases sociales... El más donoso dirige el juego, los demás le siguen mansamente en sus saltos y en sus piruetas vertiginosas.

Las niñas se mezclan en la diversión sin recelo: los hombrecillos las reciben con regocijo...

Un grupo se divierte a su modo: unos vuelan cometas, que ufanas se elevan majestuosas hacia los cielos, y después... sufren mortal caída para purgar la soberbia de su atrevimiento. Y los dueños de ellas se desesperan, como se desesperan los hombres cuando ven destruirse para siempre sus soberbios sueños de grandeza...

Los otros, más artistas, imitan la voz y los gestos de los grandes actores, o recitan las graves y profundas sentencias que aprendieron en LOS CUATRO LIBROS SAGRADOS...

VOCES MATERNALES: SÉ SENCILLO

Sé sencillo, hijo mío, que jamás la soberbia domine tu corazón. Por inteligente que fueres, habrá siempre alguien que te supere.

Es prudente que seas modesto, porque aun el talento es voluble: hoy te acompaña como una cualidad inherente, y mañana se alejará de ti cual si jamás te hiciera halagado; entonces, si en tu lucidez fuiste soberbio, la ironía y el desprecio de tus conocidos aumentarán el dolor profundo de la pérdida del talento....

No te fíes ni te envanezcas del dinero: quien no adora más que el oro, de clara muestra de que no ha nacido sino para cosas viles.

Sé modesto: recuerda siempre los lotos que crecen plácidamente en tu heredad: nacen blancos no se contaminan en su floración plena y conservan la misma blancura en su decadencia. Y tú bien sabes que por esta sencillez y pureza, la diosa de la Misericordia los declara su flor predilecta.

Sé sencillo, porque la sencillez impresiona más gratamente que el oro, que el talento y que la misma hermosura, tan ponderada y tan tristemente vana.

Sé sencillo, hijo mío, la sencillez es el único adorno digno y capaz de realzar la personalidad del hombre superior....

IDEALIDAD

Quien pasa la vida sin más preocupación que la de comer y dormir, estará sin duda más tranquilo que los otros; pero no podrá disfrutar el deleite de las ilusiones.

El hombre, como racional, está condenado a pensar siempre, y desgraciado aquel en cuyos pensamientos no contenga siquiera una dulce quimera...

La realidad de la vida es muy dura y quien no sepa idealizar, pierde tal vez el único encanto que ella pueda ofrecerle.

No importa que el ideal no se realice hoy, ni mañana, ni nunca: basta tenerlo para recibir sus confortantes caricias.

Hay que tener un ideal en la vida, no importa que sea de amor, de riquezas o de gloria; no importa que sea extenso y altísimo como los cielos: mientras más extenso y más elevado sea, más grande será la victoria, o más meritoria y heroica la caída...

Vivir, luchar y soñar: he aquí la trinidad de la existencia...

Quien vive, lucha y sueña tiene a su favor al dios de la victoria.

LAS FUENTES DE LA INSPIRACIÓN

Al ilustre autor de Tabaré.

Lin Shu está aburrido de tanta fastuosidad, y mientras sus padres daban regias recepciones en su espléndida residencia, él, vestido modestamente, vagaba por los alrededores de la ciudad de Wu Van-Chau. No era huraño, pero le acosaba una tristeza tan vivamente que perdía sensibilidad para gozar los deleites de la vida principesca que le brindaba su aristocrática familia...

Era casi la media noche, y aun Lin Shu estaba sentado en un banco de una plazoleta, tal vez esperando en un banco de una plazoleta, tal vez esperando el consuelo de algún ser fantástico...

Acertó a pasar por allí un hombre que trabajosamente traía un atado de leña en sus hombros. La actitud meditabunda del joven le llamó la atención, y acercándose le preguntó, con esa benevolencia con que suelen tratar los ancianos a los mozos:

—Joven, ¿qué te pasa? ¿Piensas, acaso, en los dioses?

—No, no soy muy fanático.

—¿Algún desengaño amoroso?

—Jamás lo he tenido; no amo a ninguna mujer.

—¿Te entristece la idea de la muerte?

—Soy demasiado joven para pensar en ella.

—Me sorprendes con tus negativas: ¿cuál puede ser el motivo de tu tristeza? Dímelo con sinceridad, no me agrada ver tristes a los jóvenes, quiero ayudarte para salir de tu pesadilla.

—La agradezco, buen anciano, pero mi pesar es tan hondo...

—Anímate, joven, confíesame ese “hondo pesar” y ya veremos cómo se disipa tu melancolía; dime, dime lo que te pasa.

—Nada; un descontento de mí mismo.

—¿Por qué?

—Porque no soy lo que debería ser.

—¿Qué anhelas?

—Ser poeta.

—¿No lo crees actualmente?

—Sí, pero a medias.

—Explícate.

—Mi instrucción literaria es completa, pero escribo versos tan detestables que íntimamente siento vergüenza hasta de enseñarlos a mis amigos de confianza.

—Pero recítame algunas poesías tuyas, quiero oírte antes de dar mi juicio.

El joven recitó sus mejores producciones. Era realmente armoniosa e impecable la forma de los versos; pero el fondo... Ahí estaba la clave del descontento. Terminada la declamación, el anciano preguntó resueltamente:

—¿Quieres oír mi opinión sincera?

—Sí, buen amigo, no deseo lisonjas, estoy bastado de adulaciones.

—Bien, tus versos son para mí como un rico joyero primorosamente trabajado, pero si lo abro, solo encontraré hojalatas viles: así son tus versos.

—Señor... desconsoladoras son sus palabras; pero... es la verdad, lo reconozco.

—No hay nada para desconsolarse, hijo mío, tú no eres un poeta completo, porque no has querido, porque despreciaste las fuentes perennes de la inspiración.

—¿Yo?...

—Sí, joven, tú; pero ahora olvida todas tus penas y grava en tu mente el consejo que te doy:

Sé devoto de los dioses y tendrás espiritualidad en tus versos;

Ama y el amor te dará sensibilidad exquisita en tus estrofas;

Sé galante de la Muerte, y ella te dará la divina inquietud de lo infinito...

Sigue mi consejo, y tú serás un poeta excelso.

De Mei Shui. Poemas en prosa, 1924.

El nombre completo de Pedro Zulen (Lima, 1889-1925) era Pedro Salvino Zulen Aymar. Hijo de un inmigrante chino llamado Pedro Francisco Zulen (Guì Tíng Sū, 贵廷蘇) y de una peruana llamada Petronila Aymar, su verdadero apellido chino era Sū [蘇]. Fue bibliotecario, así como filósofo y activista en pro de los derechos indígenas y en contra del centralismo político de Perú. Zulen estudió ciencias naturales, matemáticas, filosofía y jurisprudencia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, cuya biblioteca lleva hoy su nombre. En 1909, fue uno de los fundadores de la Asociación Pro Indígena. La tuberculosis le hizo abandonar sus estudios en Harvard en 1916, por lo que regresó a Perú, estableciéndose en Jauja. Tres años más tarde, fue arrestado en Jauja, acusado de anarquismo y de incitar a los campesinos a la rebelión. Más tarde regresó a Harvard a continuar sus estudios de filosofía, a los que añadió los de bibliotecología. Gracias a ello, a su regreso a Lima consiguió un puesto como catalogador en la biblioteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de la que acabaría como director. Completado su doctorado en Letras en 1924, pasó a dictar un curso en psicología y lógica. En 1924 publicó su tesis doctoral *Del neohegelianismo al neorealismo: estudio de las corrientes filosóficas en Inglaterra y los Estados Unidos desde la introducción de Hegel hasta la actual reacción neorrealista*, así como un resumen del curso que dictó titulado *Programas de Psicología y Lógica* (1925). Dejó, además, publicados numerosos artículos periodísticos sobre el indigenismo, el descentralismo y la reforma universitaria. De su centralidad como intelectual público en Perú habla el que aparece como personaje en la novela *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría (1909-1967) y en la novela *Dora* (1989) de José B. Adolph (1933-2008). Siu Kam Wen también menciona brevemente a Zulen en su novela *Viaje*

a *Ítaca* (1993). Mejor prosista que poeta, Zulen publicó sus numerosos poemas, además de en diarios y revistas, en una colección póstuma titulada *El olmo incierto de la nevada* (1930) y compilada por Dora Mayer gracias a las donaciones de sus amigos. Todos sus textos incluidos en esta antología pertenecen a *El olmo incierto de la nevada*. Si bien, como recuerda Mayer, Zulen no se consideraba poeta (al parecer, les decía a sus amigos que solo componía unos cuantos versos), a él se le atribuye el haber introducido el haiku en Perú. Esto quizás sea indicativo de una subjetividad asiática que, por lo demás, está ausente en el resto de su obra. El siguiente es uno de lo que él consideraba sus haikus: “Al golpe del oro solar / Estalla en astillas / El vidrio del mar” (Zúñiga, 34). Mayer sostiene que la poesía de Zulen lo retrata no tanto como era, sino como le habría gustado ser. También lo describe como la única ventana a su misteriosa personalidad: “por eso a su poesía acudo, estimándola como la llave milagrosa al arcano de su personalidad” (6). En sus poemas, ella encuentra pureza, bondad, ensoñación, filosofía y ética. En *El olmo incierto de la nevada* encontramos el lado más íntimo del poeta. Las frecuentes exclamaciones, las patéticas falacias, sus referencias a los cementerios y el tono exaltado general de la colección le dan tintes románticos.

EL ERRANTE

El errante abandonó sus lares del Sur. Los que le vieron partir pensaron: un héroe. Pero él era de los que se duermen al apagarse la tempestad de una emoción, soñando en la que vendrá al despertar.

Según el dicho de las gentes, su vida era de las que solo la adversidad sabe mecer. Más él no sabía nada. ¿La adversidad? Cómo concebirla si él no había vivido más que un único estado. Solamente conociendo otros estados, podría comparar, establecer diferencias; podría saber lo que era la adversidad. Su existencia se movió siempre más allá del bien y del mal. Acaso naciendo de nuevo arribaría a la vida para pasarla dentro de moldes, dentro de mundos. Y ¡cómo serían esas existencias! Él no podría ni imaginarlas siquiera. ¡No! Estaba bien tal como era y se agitaba. Ya vendría la muerte, la reencarnación, un nuevo existir. Pero si las gentes tenían razón, él asentaría: ¡bendita la adversidad, porque amarrándome a los mimbres de la vida le abandonó en las aguas tempestuosas de la emoción!

FILIAL

Madre:

Bajo otro cielo,
desde un país lejano,
quiero decirte
una plegaria de ensueño.

Porque tu puro corazón ha vertido
en mi alma gallardías,
puesto lumbre en mi camino,
fervores y púrpuras en mi
mente.

Oraste un día
y tu fe curó mi mal, me hizo fuerte;
surgió el anhelo,
cambió mi suerte,
¡me devolvió a la vida!

Madre:

¿Qué miras en lontananza?
¡si la niebla es grata!
¡si los hielos son suaves!
¡si los aires son tiernos!

Madre:

¡mécame en tu esperanza!

EL OLMO INCIERTO DE LA NEVADA

Cerca de dos años tuve un interlocutor delante de mi Ventana. Fue mi grande amigo; algo más, mi confidente. Enervante por carácter a veces llegaba a hacerse fastidioso y hasta impertinente. Entonces no me quedaba más que acogerme a la portezuela que me abría la vida. Escapaba así de insis-

tencias y caprichos; pero al regreso lo encontraba sonriente y en tonos de apacible amistad. ¡Cómo había llegado a querer! Lo bueno de nuestras relaciones era que ambos llevábamos nuestras almas al descubierto, y si teníamos nuestras diferencias, al fin terminábamos porque cada uno debía asilarse en su propio temperamento. Como éramos sinceros, la armonía no pudo quebrarse nunca.

La mayor parte del año sabía ocultar su verdadero modo de ser. Era necesario llegar a la estación de los hielos para descubrirle. Aparecía entonces sin ropajes. La niña coqueta y disforzada había dejado el lugar a gallardo y robusto joven. Oh! Ningún coloso fue quizás mejor vaciado por la naturaleza para estupefacción de las centurias. Los tiempos pasaban crueles, atropellándose; una tras otra se desvelaban las tempestades pero él siempre con impertérrita serenidad, como quien ha vencido de antemano a lo por venir. Cualquiera le habría tomado por el mismo orgullo, tal era el gesto que a la distancia mostraba y jamás hubo niño de más suave candor.

Cuando la nevada castamente se ondulaba hacia él, parecía trascenderse su realidad. Desconcertante, sugerente, transfigurado todo, era el derribador misterioso, delirante, extraordinario de cuanto se creen inconmovible y eterno en las entrañas del ser. Era el olmo incierto de la nevada.

* * *

Es un día de enero. Ha huido el sol y la nieve ha postrado. Desierta está la ruta. Nadie asoma. Se diría que el fúnebre silencio ha saludado al peregrino. Más, todo grita, y ensordecedoramente. Allí está mi amigo, enhiesto, estoico, rotundo, solemne. Me ha visto venir, pero impasible ha continuado con sus alaridos. Ulula él y al poco rato le hacen coro sus camaradas. Ulula algún otro y él le imitará. Todos parecen como atónitos, pero siempre en ellos una atrayente austeridad.

* * *

Una mañana aparece primavera. Vienen otra vez los chillones pájaros negros. Todos quitan sus *storm-doors*. Pero antes del mediodía nieve, lluvia después. Ya pasará, se decía; más, las aves nos abandonan apenas vinieron, y la niebla enseñoera.

Veo allí una ventana abierta. Vacío, extraño está el cuarto. Solo el antiguo camarada delante, irónico, sonriente, burlón, como si quisiera hacer

resaltar esa nota de extrañeza que daba la ventana. Humillan mis fuerzas; me tengo sobre él. ¡Cómo miraba esa pupila desierta! Parecía el delirar de pupilas insanas. Veníanse en su interior unas cremaciones despidiendo humos holgazanes...

Estaba yo monologando, y un estremecimiento de mi amigo me hizo volver. La niebla había abierto su manto para dejar paso a la tigresa. Tigresa la llamé por sus ademanes y por sus ojos: calmado mar ambarino en que agitaban unas rayas oscuras. Venía siempre a mirarse en mí, pero esta vez al verme fuera de mi ventana y fuera de mí, recogió una flor que agonizaba en el camino y cuidadosa le dio el reposo en los labios. ¿La amé? ¿Me amó? ¿Lloró alguna vez? ¿Tendría alma? ¿Fue el limbo de una curiosidad? ¿Motivo de una evocación? Nada sé. Otros ojos llamaron también a mi ventana. De todos algo bebí y a todos algo ofrendé. Y adventiciamente aparecen en el cirrus de la remembranza; pero ¡está tan alto ese cirrus!

Al que sí llevo en mí, no como un ayer que surgiera para aromatizar el hoy, sino cual alma fundida en la mía, es al olmo. Acaso me engañe y más bien sea yo otro olmo, pues de no serlo o, al menos, de no tener algo de olmo, no habría congeniado con él, no le habría comprendido.

Y sigo el sendero, entre dolientes sombras, pero coreando siempre con mis hermanos en la orquestación eterna.

¿PODREMOS OLVIDAR?

¿Te acuerdas cuando la nevada
decía su aire nupcial?
¿Cuándo la noche asustada
oíamos besar?
Los labios resbalaban
como nuestros pies al andar.
De las manos agarraditos
apenas al paraguas
podíamos sujetar.
Pero ¿qué besitos!...
¿Podremos olvidar?

PRELUDIO

Rasgaron orondas las músicas claras,
las húmedas arias.
Preludia la niebla
sonriendo, sonriendo;
Lozanas descienden
las frías centellas—
se lanzan veloces,
burlonas, coquetas;
ondean, ondean
y en blanco se acuestan.
Al toque de guerra
blandieron pestañas,
y en fácil batalla
sucumben maltrechas.
Los ojos huyeron
a la luz de tedio,
y caen las centellas
que no dejan huella.

EL POEMA SIN NOMBRE

Reír, reír, ¡qué triste es reír!
Decir
en una carcajada
la satisfacción de ser;
sentir la marejada
y verter
toda la arrogancia de vivir.
Reír, reír, ¡qué triste es reír!

DIAPASÓN

¡Álamos de estruendo!—
Sacrificaron lejanías en la poniente imprecación.
Las mustias ventanas encienden los cirios al Sol.

¡Malvos recuerdos!
El jardín cierra sus ojos a vuestro resplandecer.
Tenebrosos velorios sahúman hasta ennegrecer.

Nacida en 1955 en Iquitos, Perú, de padres cantoneses comerciantes que emigraron antes de la Revolución China y hablaban una mezcla de español y hakka en casa, Sui-Yun (nombre de pila Katie Wong Loo de Geitz) es autora de los poemarios *Creciente* (1977), *Rosa fálica* (1983), *Soy un animal con el misterio de un ángel* (1999), *Cantos para el mendigo y el rey* (2000), *Sueños de otorongo* (2004), *Cada vez que me ve el viento* (2017) y *Alisha* (2018). Su poesía se caracteriza a menudo por su recurrencia a la sexualidad como fuente de inspiración y por su cosmovisión cosmopolita, quizás influida por haber vivido en Estados Unidos, España, Alemania y Francia. Aun así, se siente identificada tanto con la China ancestral de la que heredó su cultura como con la selva amazónica de Iquitos y las culturas indígenas de la región. Así, en “Soñando como pez en posición fetal” la voz poética se dirige directamente al río Amazonas. En otros casos, su identificación se da con el mar y los elementos de la naturaleza en general, como se observa en los poemas “El canto del desove”, “El primer árbol que me respira” o el que comienza con el verso “Tras un largo invierno de oscuras noches”, incluidos en esta antología. La poeta define su interpretación de los símbolos que encuentra en el universo como una búsqueda espiritual y mística. Sui-Yun ha trabajado de periodista y traductora.

El vientre de María era un girasol abierto
pisada por las tumbas de guerreros en pleitesía

Eran tiempos de heno
cuando las colinas acumulan las fragancias
sobre su dorso

y los hierofantes forman claves impacientes
accedidas por el océano

Piélago, remolino, abisal
tú germinas la palabra en el más recóndito
pudor sementino y

tus ecos
están diseminados
por la cólera del viento
señor destino de mi oquedad.

Del poemario *Cantos para el mendigo y el rey*.

Los rituales de la noche
empiezan cuando tú me hablas
descalzo frente a la lluvia
cuando el césped corta
el horizonte zigzagueando la penumbra.

Del poemario *Sueños de otorongo*.

En esta noche sin sentido
quiero tus manos
bajo mis hombros
recorrer la luna
alcanzando el
Universo

En esta noche de sequía
es el agua más pura y cristalina
la voz alcanzada y premiada de luces
sin destellos pero sonidos
Sonidos de agua dulce

de agua salada en mi boca transformada
La luz es un recuerdo y yo vivo en el fondo del agua
A veces arribo a horas en que la luna
abre desmedidamente su paladar
y
la miel brota como manantial
sin principio ni final.

Del poemario *Sueños de otorongo*.

Para recoger las trufas
se necesita una pollera larga
con la simiente a la altura del pecado

la diversidad del cielo
en la majestuosa puna
o el silencio del ciervo
en los claros del bosque

para recoger las trufas
señor mío
necesitamos el paso lento y brioso
que tramita el fémur
la agilidad de tus miembros
superpuestos al origen
del encuentro

para recoger las trufas
señor mío
te implico el color
de las suaves amapolas
inspiradas por el viento.

Del poemario *Cantos para el mendigo y el rey*.

HÉROE FRENTE AL MAR

Busco a un héroe
que me cargue sobre el mar
recogiendo mi cintura y
juegue a la guitarra en trémulos
movimientos de colibrí

Me imagino muchas noches
bajo el cielo estrellado
mirando al mar en vaivén
sus labios en forma de espuma...
y el rubor erizando mi piel en forma de gaviota

Contemplo el mar
y me pregunto
¿Cuánto de cierto es lo que veo en tus ojos?
¿Cuánto duraron los crisantemos en sus vasos?

El color de mis labios son como pantallas del firmamento
Mientras tus ojos transmiten el verdadero estupor de tus
Secretos

Solo que ahora te has desvanecido
mientras sentada, yo observo
la punta de tus cabellos en el oasis del Universo.

Del poemario *Alrishá*.

Siu Kam Wen (1951-) nació en Zhongshan, en la provincia china de Guangdong. Vivió con su familia en Chunsan, China, seis años hasta que en 1957 se mudaron a Aberdeen, en las afueras de Hong Kong. Dos años más tarde, a los ocho años, Siu Kam Wen se mudó a Lima donde se reunió con sus padres. Allí tuvo que aprender español. Estudió en el colegio chino “Sam Men” (“10 de Octubre”) y en la escuela estatal “Ricardo Bentín” y luego, siguiendo los deseos de su padre estudió contabilidad en el Colegio de Aplicación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de donde se graduó en 1978. En esta universidad también estudió literatura y participó en talleres literarios con el sueño de hacerse escritor en lengua española. Al no conseguir la nacionalidad peruana o un trabajo, Siu Kam Wen se mudó con su familia a Hawái, Estados Unidos, en 1985. Desde entonces, trabaja para la State Foundation on Culture and the Arts de Honolulu. Ha publicado, entre otros libros, las colecciones de cuentos *El tramo final* (1985) y *La primera espada del imperio* (1988), que más tarde volvieron a publicarse, junto con la colección *Ilusionismo*, en el volumen *Cuentos completos* (2004). Ha publicado también el drama *¿Vino alguien después del funeral?* y las novelas *La estatua en el jardín* (2004), *Viaje a Ítaca* (2004), *La vida no es una tómbola* (2008), *El furor de mis ardores* (2008), *El verano largo* (2009) y *El varón perfecto*. Siu Kam Wen ha escrito también dos novelas aún sin publicar; una es la novela histórica de 390 páginas sobre la conquista del Perú, titulada *El mapa y la espada*, subtitulada *Una novela wuxia de la Conquista de Perú* (terminada en 2013); su otra novela inédita es *El varón perfecto* (*Murder in Eden*, terminada en 2017) que narra, desde diferentes perspectivas y con analepsis, un triángulo amoroso entre un poeta chino llamado Jie Fang (Ray) que huye de la persecución tras las protestas en la plaza de

Tiananmen, su esposa Liu Bin (Flora) y su amante. Hoy se considera a Siu uno de los mejores narradores de la generación de 1980, junto con Alonso Cueto, Guillermo Niño de Guzmán y Cronwell Jara.

EL ENGENDRO

“...Como vicepárroco de Mollendo, no puedo de dejar de dar cuenta que toda la parte alta del puerto ha sido incendiada y saqueada; toda la población y las mujeres víctimas del desenfreno más escandaloso y cruel...”

JUAN BAUTISTA ARENAS, en un informe sobre
la destrucción de Mollendo por las tropas
chilenas en marzo de 1880.

I

En un combate o una guerra, el botín prometido —ya sea expresa o tácitamente— por el alto mando del ejército vencedor a sus combatientes, suele no limitarse a simples objetos materiales —llámense joyas, oro, muebles, armas, dinero— que puedan hallar en el campo o la plaza enemiga. El mayor premio de la victoria, sobre todo para aquella soldadesca que no se caracteriza especialmente por ser disciplinada ni celosa del honor militar, con frecuencia es de una índole más efímera, menos tangible, pero inmensamente más placentera. La posesión de una mujer, hecha a la fuerza, ha sido siempre y siempre será —aun bajo circunstancias nada idóneas y llevada a cabo con apresuramiento— para muchos soldados de poco o ningún escrúpulo, lo que el agua del oasis es para el viajero del desierto. Sus comandantes, si son lo bastante listos y no desean granjearse el rechazo de sus subordinados, cerrarán los ojos —o procurarán aprender a hacerlo— a la vista de esos brutales excesos. Después de todo, y amén de ser una imperiosa necesidad natural en todo hombre, ¿no merecen acaso esos esforzados combatientes algunas pequeñas licencias, luego de meses y meses de arduas marchas y combates?

La práctica de esta filosofía de la guerra no es de exclusividad de los pueblos bárbaros: los ejércitos más disciplinados y mejor organizados, como el ejército de Napoleón o el ejército prusiano, la han ejercitado a

menudo. Y lo mismo puede decirse del ejército chileno, durante su actuación en la Guerra del Pacífico. Por lo menos, los propios historiadores chilenos—caso Benjamín Vicuña Mackenna— nunca negaron la conducta bárbara de la soldadesca en la expedición a Mollendo, a la que llamaron “una vergüenza para nuestras armas”, “un Tarapacá moral”.

Lo anterior es una digresión. La historia propiamente dicha de este relato se inicia en un día de junio de 1881, con el retorno del capitán Ignacio La Barrera de la sierra central a su hacienda de Surco.

Habían transcurrido cinco meses desde la batalla de San Juan y Miraflores. Lima estaba ocupada. Los aristocráticos balnearios de Chorrillos, Barranco y Miraflores, saqueados e incendiados durante los días 13, 14 y 15 de enero, habían dejado de existir. De Barranco, en cuyos límites se hallaba la hacienda del capitán, no quedaron en pie más que una sola casa y la iglesia.

El capitán La Barrera tenía en esa época veintiocho años. Provenía de una de las familias más distinguidas del país y también una de las más adineradas. Era blanco, alto y buen mozo. Había sido un calavera en tiempos de paz, pero cuando llegó el momento de empuñar el arma supo también ser un hombre de arrojo y un oficial competente. Para evadir a las patrullas enemigas, había dejado su uniforme militar en las montañas de la sierra, cambiándolo por un traje de paisano; y había hecho el largo recorrido en el caballo que había logrado despojar a un teniente chileno, en una emboscada en que intervino al lado de los montoneros.

Al acercarse a su hacienda, en lugar de un tierno recibimiento de parte de su joven esposa, encontró la casa principal reducida completamente a escombros y cenizas. El temor que por meses le había quitado el sosiego, y que fue el principal motivo que lo hizo volver a Lima, se había materializado. Buscó febrilmente al viejo administrador de la hacienda, a los dependientes mestizos, a los sirvientes de la casa, pero no pudo hallar a ninguno de ellos. Solo pudo encontrar a algunos indios, ex peones suyos, que, o bien nunca lo habían visto, o bien no lo reconocieron por su desaliñada apariencia, tan distinta de aquella pulcra, apuesta y altiva que únicamente habían podido envidiar desde prudente distancia, antes de la guerra. El capitán La Barrera, luego de convencerse de que no podría sacar de aquella recelosa indiada ninguna información acerca de la suerte que había corrido su mujer, decidió dirigirse a Lima sin más pérdida de tiempo. Si su mujer

estaba aún viva, solo pudo haberse ido a un lugar: la finca de su padre, y si no lo estuviera (el capitán trató con vehemencia de quitar tan tenebrosa idea de su cabeza, pero no tuvo mucho éxito), lo sabría de los propios labios del mismo.

La joven esposa del capitán era apenas poco más que una adolescente: no tenía aún diecisiete años cuando accedió concederle la mano, de eso hacía dos años. El capitán le llevaba cerca de diez años de diferencia. Guapo y adinerado como era, había tenido innumerables amoríos, pero ninguna mujer había sido capaz de poner en serio peligro su feliz estado de soltería. Y lo hubiera podido conservar, acaso por un respetable número de años más, de no darse la casualidad de encontrarse con Rosamunda —tal era el nombre de su entonces futura esposa— en un baile. Desde el primer momento del encuentro perdió la cabeza, la terca obstinación de permanecer libre de todo tipo de compromisos de corazón más o menos serios; y hasta que no se aseguró el afecto de la muchacha, también el sueño. Por cierto, no le faltaron razones. La muchacha, aunque apenas salida de la niñez, era una criatura capaz de encender la pasión más viva en el hombre más santo. Lo más extraordinario de todo es que ella misma no parecía advertir el efecto devastador que causaba entre los hombres. No hubo nunca coquetería premeditada en sus tímidos movimientos, ni en sus gestos y palabras. Intervenía poco en las conversaciones y, cuando lo hacía, era siempre con una gravedad infantil. Era de regular estatura, piel blanca y sonrosada, formas plenas y voluptuosas. Tenía el cabello de un hermoso color castaño oscuro. En las noches de insomnio, toda vez que el pensamiento del capitán se volvía hacia ella —y esto sucedía muy a menudo y era en la mayoría de las veces la causa de su desvelo—, le venían inmediatamente a la mente imágenes de aquellas figuras femeninas de carne sonrosada y lujuriosa que pueblan las pinturas de Rubens. Rosamunda no era más inteligente que cualquier otra de las tantas muchachas que había tenido la ocasión de conocer, pero la inteligencia, si bien puede motivar en los hombres la admiración e incluso la veneración, jamás ha podido encender una verdadera, irrefrenable y casi insana pasión, como aquella que padeció el pobre capitán La Barrera, hasta que no consiguió, después de un largo y tenaz asedio, la mano de ella.

Menos de una hora tomó el capitán en alcanzar la casa de su suegro. Aunque la capital había sufrido considerables cambios a raíz de los desmanes del 14 de enero, cuando incendiaron las pulperías de los chinos, y por

los inevitables efectos de una ocupación foránea, el capitán no se detuvo en ningún momento a evaluar esos cambios: tenía una preocupación mucho más seria. Cuando jinete y caballo llegaron ante la puerta de la finca de don Nicolás Hurtado, el padre de Rosamunda, el animal tenía el cuerpo cubierto enteramente de sudor y daba fuertes resuellos.

Aquel día, don Nicolás, que hacía un año había sufrido la pérdida de su mujer, a quien idolatraba, estaba sumido en el sopor producido por la ingestión de una cantidad desmedida de bebidas espirituosas, con las que intentaba en vano ahogar su dolor. El mayordomo había muerto en la batalla de Miraflores, y la cocinera, la única de la servidumbre que la guerra no había de un modo u otro arrebatado a los Hurtado, se encontraba fuera. En resumidas cuentas, cuando el capitán La Barrera entró a la residencia de su suegro, nadie estaba en condiciones de asistir como testigo de vista al encuentro entre aquel y su joven esposa. Nunca se sabrá lo que pasó y se dijo exactamente entre los dos. Solo dos hechos trascendieron al conocimiento público: el primero de ellos como resultado de un pequeño esfuerzo de imaginación hecho a la luz de acontecimientos posteriores; y el segundo por el testimonio de algunos vecinos del lugar. El primer hecho es que el capitán La Barrera encontró viva y sana a su adorable mujer pero... embarazada, y la gestación estaba en su quinto mes. El segundo hecho es que el capitán, completamente fuera de sí, vació las seis balas de su revólver, pero erró en forma inexplicable su blanco: todos los proyectiles fueron a impactarse en las paredes o en el techo. Cinco minutos después de oírse la última de las detonaciones, el capitán La Barrera, visiblemente fuera de sus cabales y convertido en una patética figura, se precipitó fuera de la finca, montó sobre su caballo y se lanzó por la calle, derribando a su paso a varios desafortunados transeúntes. De esto último hubo muchos testigos, pues la conmoción causada por los disparos fue muy grande. Nadie que presenció tan elocuente escena se imaginó que el capitán volvería en busca de su esposa; y si hubo alguien que lo hizo, con seguridad no previó que el acontecimiento se daría en un plazo inmediato.

Sin embargo, al cuarto día de su reencuentro con su mujer, el capitán La Barrera, con el semblante más sereno, escoltó a Rosamunda hasta una calesa que los esperaba fuera de la finca de don Nicolás, la ayudó a subir y partió con ella con destino a una propiedad suya ubicada en la calle Pescaderos.

El día 16 de setiembre de 1881, Rosamunda dio a luz a un varón en medio de la mayor discreción, asistida solo por una partera. El niño fue registrado con el nombre de Horacio Hurtado, y a partir del segundo día de su nacimiento fue enviado a vivir con su abuelo materno. En los veinte años posteriores, ninguno de los esposos mostró el menor interés por saber de él, ni quisieron nunca verlo. Para los La Barrera, Horacio murió prácticamente el mismo día en que vio la luz por primera vez.

II

Con un comienzo tan inusual, la vida de Horacio tuvo que ser necesariamente muy diferente a la de cualquier otro niño. No le faltaron buenos cuidados —tuvo, desde muy tierna edad, a un aya y una institutriz a su servicio—, pero nunca hubo mimo o afecto maternal, tan necesario para todo infante, ni siquiera de parte del aya o de la institutriz, que se habían enterado, a través de las habladurías de los vecinos, de su innegable condición de hijo bastardo. Tenían, además, gracias a las mismas habladurías, razonables sospechas de que el origen de Horacio fuese mucho más infame, mucho más ignominioso, que el simple hecho de ser el producto indeseado de una relación de adulterio. Lo llamaban por su nombre, se referían a él, delante de don Nicolás y de los visitantes ocasionales de la casa, como el “pequeño señorito”, el “niño Horacio”; pero a sus espaldas, al igual que casi todos los vecinos del lugar, le decían con malicia y desprecio “el chileno”.

La niñez de Horacio fue de absoluta soledad. Los padres de los otros niños de la vecindad, con el recuerdo aún fresco de la guerra y de los cupos y los fusilamientos en mente, alejaban a sus hijos de la compañía de Horacio como si el chico fuese una peste o la carroña de algo. Sobre los tiernos hombros del pequeño recayeron desde el mismo día de su nacimiento no una sola cruz sino dos; y de ellas la que corresponde a los hijos ilegítimos nacidos en el seno de una familia distinguida era, comparada con la otra, apenas una nimia carga.

Horacio habría podido ser más feliz si solo tuviera que soportar las mismas penas y mortificaciones que cualquier otro hijo bastardo. Una pregunta como “¿Sabes quién fue tu padre?”, le hubiera mortificado

menos que la que, más de una vez, le hicieron algunos de sus compañeros de colegio, con la crueldad extrema que parece asociarse paradójicamente a la inocencia más genuina. La pregunta, formulada primero por los chicos de los grados superiores y repetida luego por los párvulos que apenas comprendían su significado, era: “¿Sabes cuál de los chilenos que desfilaron por la Calle de los Mercaderes fue tu padre?”. Y si el aya y la institutriz, en tanto vivieron bajo el techo de los Hurtado, jamás tuvieron el valor de llamarlo “el chileno” a cara descubierta, no fue, en cambio, conocido por otro sobrenombre que aquel a su paso por los muchos colegios en que estuvo. Su paso por estos colegios fue siempre raudo, pero memorable por cuanto dejaba siempre atrás algún diente roto, alguna nariz sangrante.

En el año de 1893, cuando Horacio, a quien llamaban ahora “el chileno”, cumplió los doce años, don Nicolás tomó la decisión de llevarlo consigo a Europa: no veía otra solución más apropiada.

Recorrieron España, Francia, Italia, Grecia, antes de fijar una residencia más o menos permanente en la Inglaterra victoriana. En Londres, donde el hecho de ser un peruano o un chileno —sin hablar ya de ser solo un supuesto chileno— no tenía importancia para casi nadie, Horacio encontró por fin la dicha que no había podido disfrutar en sus doce años de vida previa. Don Nicolás adquirió una pequeña propiedad cercana a Belgrave Square, y desde allí, a partir de entonces, dirigía por correspondencia la marcha de sus grandes haciendas de algodón en Lambayeque. El abuelo materno de Horacio era un hombre de imponente y sobria presencia, un *dandy*, y a la vez un deportista. Tenía pelo negro y tupido mostacho del mismo color, no obstante haber pasado ya los cincuenta años. Una pequeña cicatriz marcaba su amplia frente, resultante, según solía contar no sin cierta jactancia, de un duelo a cuchillos con un gitano andaluz a quien dejó mucho peor parado. El incidente había ocurrido en su juventud, durante una borrachera descomunal. El licor era la mayor afición de don Nicolás, sobre todo después de la muerte de su mujer; solía decir que después de Horacio, no había otra cosa en el mundo que le interesara más. Durante la infancia de Horacio, cuando se embriagaba, se hacía encerrar dentro de su cuarto por los sirvientes, pues tenía miedo de poder hacer algún daño al chico. “Cuando estoy bebido —solía repetir seriamente—, no soy yo mismo”. Durante su estancia en Londres desaparecía a menudo de la casa por días, y cuando volvía a ella, recobrado finalmente de los efec-

tos del alcohol, traía en sus zapatos de charol polvo e inmundicia del East End. Y una vez, estando en Francia, y teniendo al muchacho delante de sí, don Nicolás, que había tomado demasiado vino de Borgoña, clavó un puñal tan cerca de la mano del mesonero, que por escasos milímetros no cercenó uno de sus dedos.

Pero a pesar de todos estos defectos de don Nicolás, el muchacho lo adoraba. Desde luego, era natural que fuese así: aparte de hacerse querer por su buen humor y su vivacidad, don Nicolás era la única persona en el mundo a quien Horacio podía ofrecer su cariño y de quien podía recibir en pago la misma moneda. Para su abuelo materno, la supuesta infamia de su nacimiento significaba poca cosa o nada.

No una, sino muchas veces, pensó en abusar de esa intimidad entre los dos para confirmar o desvirtuar de una vez por todas las insidiosas conjeturas que se habían tejido en torno a las circunstancias que rodearon su origen. Estaba seguro de que don Nicolás conocía la respuesta del secreto, pero siempre que se disponía a plantearle la terrible pregunta, algo le inmovilizaba la lengua y anudaba su garganta. Le sobrecogía de repente el terror y optaba por dar marcha atrás. Más tarde, cuando fue mayor, sintió que aunque lograra vencer finalmente ese temor, no sería a su abuelo materno a quien debería exigir el penoso compromiso de hablar acerca de lo que le ocurrió a su madre en aquellos aciagos días de las batallas de San Juan y Miraflores. No. Si algún día habría de oír la verdad acerca de su propio nacimiento, sería de los mismos labios de su madre.

III

En un día soleado del mes de agosto de 1901, un vapor de bandera panameña trajo a los muelles del Callao a dos distinguidos viajeros. Uno de ellos era un hombre maduro, fornido, de impresionante mostacho negro, excepto por las sienes, que habían comenzado a encanecer, su cabello era también del mismo color de los bigotes. El otro hombre era un joven algo más alto que su compañero. De figura esbelta, estaba pulcramente afeitado. En los muelles fueron recibidos por el administrador de una de sus propiedades, y conducidos luego en coche a la finca que el hombre del mostacho tenía en Lima. Habían vuelto discretamente, y tenían razones de sobra para

no desear atraer la atención de nadie, pero muy a pesar de todo, su llegada no pudo pasar desapercibida entre los vecinos que vivían cerca de su finca. El agua quieta del recuerdo se removió. Y mientras los viajeros se recuperaban en sus cuartos de las fatigas de la travesía, por todo el barrio se corrió la voz de que el hijo bastardo de Rosamunda había vuelto del extranjero convertido en un petimetre. Durante las tertulias de aquel día y de los siguientes, se evocaron las hablillas olvidadas hasta hacía poco.

Veinte años son pocos para restañar siquiera parcialmente las profundas heridas abiertas por la guerra, las pérdidas de territorio nacional y la ocupación. Además, aún quedaba pendiente la cuestión del Plebiscito, cuya realización venía siendo aplazada unilateralmente por Chile. Teniendo en cuenta todo esto, no es de sorprender que algún mozalbete impulsivo, confundiendo patriotería con patriotismo, se animara a lanzar una piedra contra uno de los ventanales de la finca de don Nicolás, a poco de su regreso. El proyectil hizo trizas el vidrio, causó alarma y revuelo entre los ocupantes de la casa, pero no alcanzó a Horacio, quien era el objeto del ataque.

La piedra en cuestión causó solo daños materiales de poca cuantía, pero fue para Horacio una clara advertencia de que la sociedad no había olvidado —ni olvidaría— la presunta infamia de su nacimiento. Después de su prolongada estancia en Europa, seguía siendo acá, no meramente un bastardo sino, tal como antes, el repudiado “chileno” de ocho años atrás.

Don Nicolás llevó a su nieto a Lambayeque por unos meses con el aparente fin de que se familiarizase con el manejo de las haciendas que habría de heredar a su muerte pero, en realidad, quería evitarle —al menos por un tiempo— mayores sinsabores. Cuando volvieron a Lima de nuevo, Horacio había tomado en secreto una decisión.

El joven que había vuelto de Europa no era más una criatura impulsiva, que a la menor provocación no vacilaba en liarse a golpes con muchachos mayores o más fuertes que él. Había adquirido no solo la elegancia y la distinción de un *dandy* londinense, sino también el espíritu flemático de los sajones. Sin que don Nicolás se diera siquiera cuenta, el muchacho tomaba ahora con bastante calma las invectivas de bastardo y aun de “chileno” que lanzaban a sus espaldas. Horacio había llegado a la cínica conclusión de que ni el hecho de ser un bastardo —cosa que admitía sin inmutarse— ni el de haber sido concebido bajo aborrecibles

circunstancias —una hipótesis aún no confirmada— podían interferir seriamente en su futuro, mientras dispusiera de suficiente dinero e influencia. Habían pasado los tiempos en que el hombre era respetado por su título y su linaje. A un hombre se le mide ahora por la cantidad y el valor de sus posesiones materiales, y Horacio estaba destinado a ser en el futuro el dueño de muchas de esas posesiones.

Sin embargo, el secreto nunca revelado de su origen era como un pedazo de hueso atascado en la garganta, que debía ser expulsado afuera... o tragado en su defecto, con el daño consiguiente, pero que de ningún modo podía quedarse donde estaba en forma indefinida. Horacio no esperaba que la revelación final pudiera limpiar la mancha que por años había llevado consigo: las insidias y las comidillas lo habían estigmatizado para siempre desde su nacimiento; nada ni nadie podría librarlo ya de esa mácula permanente. De manera que, cuando resolvió al fin enfrentarse a su madre, a quien nunca había visto hasta entonces, fue por una razón muy diferente: la necesidad, casi pueril, pero a la vez imperiosa, de desembarazarse de una molesta incertidumbre.

La entrevista entre Horacio y su madre tuvo lugar en la tarde de un viernes. Durante toda la mañana y el mediodía, escudado detrás de la puerta de vaivén de un café, Horacio no apartó la mirada ni un solo instante de la fachada ocre de la casa de líneas coloniales del excapitán La Barrera. Observó con todo cuidado los movimientos de sus dueños y de la servidumbre. El excapitán La Barrera —supo de su identidad gracias a la confianza del dueño del café— salió a las tres. A las tres y doce, con el corazón latiendo ferozmente, el joven tocó la puerta principal de la casa.

Un viejo mayordomo contestó a la llamada.

Horacio sacó su billetera, tomó una de sus tarjetas de visita pero cuando se hallaba a punto de dársela al viejo sirviente, se arrepintió. Devolvió la tarjeta a la billetera y en su lugar extrajo otra que no le pertenecía. La tarjeta, que era de su agente de bolsa, decía: “Dn. Vicente Lascano Albavera. Broker Autorizado”.

—Mucho me honraría si pudiera saludar y hablar personalmente con la señora de la casa —dijo al hacer entrega la tarjeta. El viejo lo miró con cierto recelo, como si dudara de que fuese realmente un agente de bolsa. Pero si tuvo sospechas en ese sentido, no le cupo en cambio duda alguna en cuanto a la posición social del visitante: tanto su aspecto como su porte

y modales —que, no obstante la agitación que lo dominaba por dentro, eran de una pasmosa soltura— hablaban de un hombre que no había conocido la pobreza en toda su vida.

El viejo mayordomo desapareció dentro de la casa. Cinco minutos después, volvió a salir para comunicar que la señora de La Barrera estaba encantada de recibirlo. Horacio siguió al viejo a través de un patio empedrado de pequeños y apretados guijarros hasta un cuarto alto y espacioso, cuyas ventanas estaban defendidas por rejas de hierro. Era la sala de estar.

Mientras, acomodado en un sillón y cara a la entrada de la sala, esperaba la aparición de la dueña de la casa, Horacio era presa de un aluvión de emociones y sentimientos confusos. Su corazón latía con tumulto ante la inminencia de ver por primera vez en su vida a quien justamente se la había dado; pero, al mismo tiempo, sentía con más fuerza que nunca el resentimiento, el despecho, la ponzoñosa amargura que desde su más tierna edad había sentido por ella, en cuyo pecho nunca pudo buscar refugio o consuelo, y de quien nunca recibió amor. ¿Era él un engendro tan monstruoso que ella no podía soportar siquiera su vista? ¿O se trataba simplemente de una mujer sin mucho escrúpulo, que vio en él un obstáculo que debía de ser eliminado?

Se dejaron oír en el corredor unos pasos muy suaves. Una mujer de notable belleza entró poco después en la sala donde el sirviente lo había dejado solo.

La dama vestía un austero traje de color oscuro, cuyo cuello abierto en triángulo dejaba ver una pequeña cruz de plata colgada de una cadena. Sus cabellos estaban recogidos hacia arriba, dejando al descubierto unas orejas pequeñas y bien formadas, y el cuello que era blanco como la leche. El antiguo color sonrosado de su piel había desaparecido, y su figura era ahora notoriamente más delgada. La expresión de su rostro, un poco pálido en contraste con el color oscuro de su traje, tenía algo de languidez, al igual que sus movimientos. No era más la muchacha del rostro ingenuo y sensual figura de hacía unos veinte años, pero si había perdido muchos de los encantos que la destacaron en su juventud, había ganado en cambio la lánguida belleza que el paso del tiempo y las cuitas, en ocasiones, suelen favorecer a algunas mujeres como una forma de compensación.

Horacio, muy agitado, se había puesto de pie al entrar ella. Rosamunda lo miró con curiosidad. El chico era demasiado joven para ser un agente de bolsa. Por otro lado, ¿no sería a su marido a quien había venido a ver?

—¿El señor Lascano? —dijo. No escapó a su atención el estado agitado de su visitante.

El presunto señor Lascano asintió en silencio y procuró desviar la mirada de aquel rostro a la vez hermoso y melancólico. Un nudo se le había formado en la garganta. Atinó a hacer una inclinación e, imitando a su anfitriona, que tomó asiento en uno de los divanes, volvió a sentarse. Siguió a continuación un silencio en el que Horacio trató en vano de recobrar la voz, mientras ella esperaba pacientemente a que se decidiera a explicar el motivo de su visita. Durante ese brevísimo lapso la mirada de la dama permaneció fija en el rostro de Horacio, al principio con una simple expresión de curiosidad y asombro, pero la inquietud primero y luego la alarma, no tardaron en cruzar por sus delicadas facciones.

Horacio se puso de pie en el preciso instante en que supo con certeza que lo había reconocido o había adivinado su verdadera identidad y le volvió las espaldas. Al mismo tiempo había encontrado la voz y recuperado algo de su soltura.

El patio, que veía ahora a través de la reja de una de las ventanas, estaba rodeado por un corredor cubierto y formado por finas columnillas de madera. Su piso estaba dividido en varios campos por un camino central de baldosas con ramificaciones laterales. Había hasta diez macetas de diferentes tamaños colocadas en torno al patio, al borde del corredor.

Horacio se sorprendió al descubrir que el corazón ya no le latía con tumulto cuando habló.

—A estas alturas —dijo mientras recorría con la mirada las macetas de flores y plantas de una a otra—, me imagino que ya habrá adivinado quién soy en realidad. ¿O necesita usted que se lo diga? —Se detuvo, pero como no escuchó respuesta, prosiguió—: No. Tal vez haría mejor en ofrecerle una de mis tarjetas de visita, las auténticas, esta vez...

Oyó a sus espaldas una desfalleciente voz:

—¡Vete! —dijo.

Jamás una sola palabra contuvo tanta crueldad. Horacio se quedó atónito por un buen rato antes de poder proseguir.

—No le quitaré mucho de su tiempo —dijo, cada vez más dueño de sí mismo—. Es poco lo que tengo que decir, y poco es lo que pido de usted. Además —añadió con cierto dejo de amargura—, no tengo acaso algún derecho, después de veinte años, a usurpar algunos pocos minutos de usted?...

—¡Vete! —dijo por segunda vez la voz a sus espaldas. Era apenas un murmullo, pero el tono con que lo dijo no permitía la menor duda en cuanto a su determinación.

Horacio se volvió por primera vez hacia su madre, y esta, que tenía la mirada fija sobre su espalda, la desvió rápidamente a otro lado. Antes de que sus ojos quedaran velados por sus largas pestañas, Horacio alcanzó a ver la expresión de horror y repugnancia que había en ellos, y que era producida por la vista, durante unos infinitesimales de segundo, de su rostro. Una profunda y abrumadora tristeza se apoderó de Horacio. Ya no había más dudas ni esperanza: para su propia madre, él no era otra cosa sino un abominable monstruo. Apoyó la espalda contra la pared empapelada.

Desde donde se hallaba, directamente enfrente de ella, pudo advertir el temblor del que era presa. Había vuelto el rostro hacia una esquina, para no enfrentarse a él. Su mano izquierda descansaba en forma flácida sobre el regazo, como una cosa sin vida; con la otra apretaba y arrebujaba la cruz de plata de su collar. Ante semejante vista, todo el despecho y encono de Horacio se convirtió en compasión.

—Esta será la única y última vez que vendré a importunarle —dijo más bien suavemente—. Me cuidaré en adelante de no volver a acercarme a esta casa mientras usted esté viva. Y me marcharé de inmediato no bien me absuelva una duda...

Notó que su madre, aun negándose a mirarle, lo escuchaba con atención.

—Siempre he sabido que soy un bastardo y que por ello se apresuró a desembarazarse de mí —continuó sin perderla de vista—, que yo significaba para usted el recuerdo viviente de una equivocación, de un desliz que, no me cabe la menor duda, lamentaba muy sinceramente... ¿Quién la indujo a cometer ese desliz?...

En otras palabras, ¿quién fue mi verdadero padre?

—Si aún te queda algo de buen juicio —respondió la dama en un tono de voz más calmo, sin mirarle—, haz mejor en salir de esta casa enseguida...

El efecto de estas palabras fue para Horacio como varias puñaladas asestadas en el estómago, pues hicieron jirones todas sus tripas.

—¡No hasta conocer toda la verdad! —replicó con ardor.

Rosamunda se puso en pie y de repente trató de ganar la puerta, pero Horacio fue mucho más veloz; antes de que ella pudiera alcanzar el

umbral, la había sujetado por la muñeca. El contacto de su mano con la tersa piel de la muñeca hizo estremecer a Horacio: que él supiera, era la primera vez en sus veinte años de vida que sentía el contacto materno. Pero irónicamente, ese primer contacto materno no era una caricia, sino el resultado de un acto de fuerza.

Su madre no ofreció resistencia.

—¿He sido llamado desde mi infancia “el chileno”, amén de “bastardo”? —dijo Horacio, sujetando la muñeca con tanta fuerza que la lastimaba—. ¿Sabe qué significado implica ese epíteto, no es cierto? ¿Es por ello que no puede decir el nombre de mi padre? ¿Es por ello que soy un engendro para usted?

Rosamunda lo miró por primera vez a los ojos, y la expresión de su hermoso rostro era de perplejidad.

—No entiendo nada de lo que dices —dijo secamente.

La perplejidad que mostraba su rostro era tan genuina que Horacio supo que no le mentía. Hubo una pausa.

Un destello de comprensión cruzó finalmente por el rostro de ella. Dijo, con la mano aún retenida por su hijo:

—Si lo que piensas es lo que creo, puedo asegurarte que nada de eso pasó... En los días de la batalla de San Juan, cuando pasaron por nuestra hacienda y la incendiaron, yo me encontraba en la casa de... —vaciló brevemente—, en la casa donde vives ahora... Estaba a salvo de los chilenos al menos en la misma medida que otros residentes de la capital...

Un escalofrío recorrió de repente el cuerpo de Horacio de pies a cabeza. Algo no marchaba nada bien. Había esperado lo peor, pero al parecer lo que él consideraba como lo peor no era realmente lo bastante malo; había más allá un horror de mayor proporción.

Por la expresión de franca repulsa que mostró ella al reconocerlo, había llegado a la convicción de que su padre no pudo haber sido algún amante que hubiese tenido. Y ahora su segunda hipótesis se venía abajo como un castillo de naipes. ¿Quién era entonces su padre? Su madre había dicho, al referirse a la finca de don Nicolás, “la casa donde vives ahora”, ¿por qué rehusó mencionar el nombre del viejo, cuando era mucho más simple? Rosamunda hizo un intento de desasirse de su mano, pero Horacio la sujetó con aún mayor fuerza. Estaba ahora completamente fuera de sí mismo. Gritó que la mataría si no le revelaba la identidad de su padre.

Lo que en realidad pedía, sin embargo, no era exactamente una revelación, sino la confirmación de algo que con cada segundo que transcurría iba cobrando las características de una horrenda certeza.

—Eres como él —dijo Rosamunda tristemente, sabiendo que no le revelaba nada que él no hubiera intuido ya—. Tienes su mismo temperamento.

—Cuando me refugié en la finca donde vives ahora —continuó—, el mayordomo y el jardinero se habían unido a la reserva... La casa estaba prácticamente desierta de hombres... El único que había en ella no se había repuesto aún de la muerte de su esposa y bebía mucho tratando de ahogar su dolor... Has pasado toda tu vida a su lado. Debes saber mejor que nadie que cuando está ebrio no es él mismo: es una bestia...

Entre el momento en que acabaron de ser pronunciadas estas palabras y el momento en que Horacio volvió a su casa, hubo un vacío de cinco horas. Posteriormente los gendarmes dedujeron, por la gruesa película de polvo que cubría los zapatos del muchacho y el estado de las suelas, que aquel había empleado esas últimas cinco horas de su vida vagando por los arrabales de la ciudad. A las diez aproximadamente, Horacio volvió a la finca, entró en su cuarto, extrajo del cajón de su escritorio una Browning que había traído consigo desde el Viejo Continente y cargó de balas su tambor. No se sentó, como otros suicidas, a escribir una nota, por lo que nunca se explicó el motivo del doble crimen. Antes de introducir el cañón del revólver en la boca y dispararse el tiro mortal, Horacio entró en la biblioteca, donde don Nicolás, su abuelo materno, estaba leyendo un libro a la luz de una lámpara. Don Nicolás levantó el rostro del libro un poco extrañado por la interrupción mientras el muchacho se acercaba a su escritorio. Cuando estuvo a la distancia apropiada, Horacio levantó el revólver, apuntó su cañón contra la pequeña pero famosa cicatriz y, en rápida sucesión, tiró dos veces consecutivas del gatillo.

La prolífica Julia Margarita Wong Kcomt es poeta, narradora y gestora cultural (Perú Ba, Festival de Poesía en Chepén Chepén y Cheng Lhin Club de Chepén). Es hija de una madre tusán de Trujillo, de descendencia hakka, y de un inmigrante chino de Panyu, un filántropo que en 1995 estableció un proyecto para crear bibliotecas públicas en espacios abiertos como parques y jardines en Macao, China. Wong nació en Chepén, La Libertad, en 1965. Cursó la carrera de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Lima, Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú, de Religiones Comparadas en Friburgo y Sinología en Tubinga, Alemania. Ha publicado las novelas cortas *Bocetos para un cuadro de familia* (2004), *Doble felicidad* (2010), *Mongolia* (2015), *Aquello que perdimos en la arena* (2019) y *Océano al revés. Altazor* (2021); los libros de narrativa *Margarita no quiere crecer* (2011), *Lectura de manos en Lisboa* (2009) y *Los papeles rotos. Textos extraños* (2014-2015); y los poemarios *Historia de una gorda* (1992), *Los últimos Blues de Buddha* (2000), *Iguazú* (2004), *Ladrón de codornices* (2005), *Un salmón ciego* (2006), *Bi rey nato* (2007), *Un pequeño bordado sobre la vergüenza* (2011), *La desmineralización de los árboles* (2013), *Un vaso de leche fría para el rapsoda* (2016); *Oro muerto* (2017); *Pexuña de dragón* (2018), *Pessoa por Wong* (2018), *Tequila prayers* (2018), *Urbe enardecida & ubre enardecida* (2019), *Antología poética (1993-2019)* (2020) y *18 poemas de fake love para Keanu Reeves* (2021). Wong creció entre Chepén y Macao, ha vivido también en México, Alemania, Argentina y Portugal. Esta experiencia ha influido su cosmovisión cosmopolita y el uso de diferentes idiomas en su poesía. La lleva a proclamar su afinidad con Perú (sobre todo a su Chepén nativo) o a veces a distanciarse de ella; y la misma relación de amor-odio reaparece en filiación con la tierra de sus ancestros. Se observa, asimismo, en su obra cier-

ta afinidad con las culturas indígenas andinas, así como una tendencia al erotismo en su lírica. Finalmente, junto con Siu Kam Wen, su obra narrativa nos ayuda a observar a la comunidad china de Lima desde dentro, pero esta vez desde una perspectiva femenina.

TRES NOCTURNOS DE BULGARIA
Y UNA CANCIÓN UCRANIANA MAL ENTONADA

Fade out

La cámara recorre la cara de Fedor Zhivkov
Está agonizando en un hospital de Sofía
Sofía es aún más pretenciosa en medio del estío
Despierta del catéter lisonjero
Mientras amas de casa sacuden sus pañuelos
de sus propias cabezas pesadas
Mientras sus canas vuelan a China del norte.
Escena próxima:
Mujer china en 1992, sentada en un sótano
Máquina de coser chirriando
Fábrica de albúmina sedosa, 228 pañuelos
serán enviados a Sofía cuando se enfríe el frasco de té.
Balanza maquiavélica de lo imposible
La esclavitud es roja como las paredes de la Ciudad Prohibida.

Transilvania

Entre la bruma de Transilvania
y mis zapatillas de arroz
Hungría, Turquía. Europa. No es lo mismo.
El silencio de la sinrazón, el ojo inmenso envuelto en rumor
volverán a sellar mi pasaporte porque no pertenezco, porque sigo a Buddha
Quien soplará el viento hasta tu barca, la barca del caballo alado, o el amor
Quien dejara que el campo hable
Que difícil caminar las distancias, el mundo maravilloso, la bella Praga.
And I see his hands and I saw also my hands.
Pero mi seno materno quería beber la juventud

Tomar la sangre envenenada de un paraíso ajeno
Volver a la tentación para sentir la vida
Esta vida autista /nerviosa en constante cortocircuito.

Geografías mudas

Tu padre prieto, amaneció como un mensaje perdido
La botella del Líbano no estaba llena de almíbar
Sino insectos oscuros
Como el barro forma un nuevo órgano amable

En las cutículas despiadadas
fuimos dejando cada centímetro de olvido
El azar de un guerrero fecundando
Y a las tersas hijas de la ingeniería nuclear
Ah, Líbano, celeste espacio del vientre materno
Mares de dulce y ebriedad convergen en un Duty free
En el universo con tu caminar erguido
amasamos plastilinas
a espera de las luces de una pequeña capilla
la angustia vuela como vinilo
A la calle sumeria donde se descascara el higo real
Hijo del dragón bebe el agua sagrada del Iskar
Aquí hacemos fila para acercarnos a tu estampa
no pertenecemos al mapa de la velocidad
Sino a nuestra lengua muerta para los soldados
quienes no saben extraer el fuego del abismo triste
solo ennegrecen nuestro nombre
Pero seguimos ante esta devoción castrante
Impuesta por tu rara caricia.

HORA DE SALIDA Y PUESTA DEL
SOL EN LA CIUDAD DE SOFÍA

Una madre es una tortuga enamorada
Corta sus venas como corta zanahorias cada madrugada
La cadena montañosa es la joya absoluta
Sobre el agrio corazón de nieve.

UNA CANCIÓN UCRANIANA

Eres un himno
Que los reyes sedientos iluminan
Caímos en un tejido viscoso
hecho por una inteligencia numismática
Un placer y extrañeza en medio de los hilos bermejos
Entrelazándose entre vendedores de huevos
Y preparados farmacéuticos en una cocina mal iluminada
La enorme araña sedienta de polvo
Lame sus uñas mordidas de niña fiel incapaz de defenderse
Cuando el enemigo es más grande que una casa
Es mejor esconderse en la vitrina
Y hacer como si hubieras muerto por exceso de sol.

AMAPOLAS NEGRAS

Fue una tarde en que el maíz estaba seco y ella me propuso salir a caminar con su perra, dijo también que aún se podía disfrutar de las amapolas a lo largo del camino, en un par de días sus corolas tan rojas y perfectas se arrugarían, los pétalos empezarán a marchitarse, dijo: en el momento que cae un pétalo ya está negro.

Cuando iba a la escuela las arrancaba frescas y las prensaba dentro de sus cuadernos. Le encantaba abrir los cuadernos y descubrir que estaban allí resguardadas de la intemperie feroz, la erosión del viento. No quería destruirlas sino eternizarlas.

Hay un sonido en el tiempo, en los campos, detrás de la casa, entre mis ojos; es monstruoso e inmenso, lo llena todo, es el momento en que un pétalo de amapola se vuelve negro. Cosas o momentos que no tienen nombre y apresan, líneas invisibles que marcan pasos en un pentagrama roto. Maldiciendo salirme del camino, robando espacio entre una corchea y un documento de identidad de otro país.

Nunca he tenido tanto miedo. Ella dijo que la casa la obligaba a ser alguien y que ella era nadie, que no perdonaría a la vida las formas que le daba. Recordaba cada palabra hiriente que yo había dicho. Lo único que ataba nuestro lazo eran extraños recuerdos de paseos cerca de los campos de amapolas.

Hace veinte años le enseñé por primera vez una flor que se rompía en el aire. Ella tenía los ojos cerrados y estábamos sentadas en medio de nieve roja. Hacía mucho frío e hice un hueco en la tierra para esconderla.

Su silencio y su olvido suenan tan fuerte que traspasan los kilómetros de campos de amapolas, no quiero aceptarlo, pero ella ha olvidado la palabra madre, no soy tan fuerte, me acostumbré al rechazo, a que inventara otras palabras para llamarme: hormiga, elefante, tinaja, loca y helado de Oreo.

Hoy compré vasos, (recipientes vacíos que no necesito), en la tienda donde los gatos hablan. Tienen muchas amapolas de plástico en los jarrones. Nunca se volverán negras.

Me he quedado muda o sorda, ese monstruoso ruido de su silencio me ha ensordecido, veo una perra dando de mamar a su cachorro y el recuerdo de mi propia leche negra llena de rabia me causa espasmos, el gato habla con la amapola de plástico y cobra vida, pero al instante se pone negra y pierde lozanía.

Algoritmo herido. Todo vuelve a la tierra tarde o temprano. Ella mira al gato y le sonrío. Hoy metí mis pies en la nieve roja. Aunque el frío era intenso, pude cerrar los ojos e imaginarme los campos con amapolas en todo su esplendor.

Imagino el océano helado, la perra que amamantaba nada mar adentro hasta perderse. Su cachorro gime. La perra no regresa.

La nieve es casi transparente ahora, las lágrimas se resbalan. Irremediablemente el chico se ahogó en la misma playa donde la perra se ha perdido.

No creíamos en la felicidad, pero nos gustaban las amapolas y ella tenía a su perra. Eso era suficiente.

No puedo entender que pasó. No puedo saber que pasó.
Ella no quiso volver a la casa, ni pensar amapolas, ni llamarme madre.
Yo pensé volver cada noche a la orilla y llamarla.
Pero estaba muda.

Las amapolas siguen negras y secas en medio de un cuaderno donde está escrito: "Luz" una voz invisible se escucha bajo la mesa un gato gordo ha comido algo que le ha caído mal: una amapola marchita.

Escribo sobre esta necesidad de llamarte. Sé que mi voz es insoportable. Mi voz, mi grito, mi aullido, mi voz, mi voz.

Chengzun Pan nació en 1968, en Cantón (Guangzhou), China, y llegó a Perú en 1992. Es médico de profesión, con una especialización en acupuntura y medicina tradicional china. Además, es empresario y escritor. Vive en Lima y actualmente es director del New Life Centro de Bienestar y Salud. En 2017 Chengzun Pan publicó el libro *El mundo desde mis ojos chinos*, una recopilación de artículos suyos que se publicaron en diferentes medios impresos. El libro queda dividido en cuatro capítulos. En el primero, “La vida, un proceso de sentir y conocerse a uno mismo”, se revelan anécdotas y pensamientos filosóficos sobre el sentido del vivir, en el cual la vida es una vivencia de comprensión y decisión, y la eternidad de vivir no depende del tiempo que permanecemos en este mundo, sino más bien de los sucesos que realmente sentimos en el proceso de vivir. En el segundo, “La salud es una decisión personal”, habla del tema como médico y a la vez como amigo de sus lectores. La vida —nos explica— está establecida por una ley de causa y efecto. Las enfermedades no son desgracias de la casualidad, sino un efecto de un sinnúmero de causas o *karmas* que cometimos. No hay tratamiento mágico que puede asegurar un estado perfecto que dure toda la vida, pues la salud requiere un cuidado constante y está en las manos de la misma persona. En el tercer capítulo, “Política, nadie es ajeno a ella”, el autor trasmite su idea de que somos componentes sociales de este mundo y, por tanto, para asegurar nuestro propio futuro y el de las generaciones venideras, no solamente tenemos que ser observadores de los acontecimientos políticos, sino que tenemos que ser participantes para que el mundo camine en la dirección lo que queremos. En el capítulo que cierra el libro, “Cuentos chinos, historias para reflexionar”, narra cuentos filosóficos de antigua China y los sufrimientos que el pueblo chino ha padecido en su historia.

La sabiduría y experiencia que comparte el autor no solamente sirve como reflexión para el pueblo chino, sino que es un tesoro de valor incalculable con el que los chinos contribuyen al trayecto de la humanidad.

CUENTOS CHINOS

La amistad y los negocios en China

Durante el 2010 y 2011, acompañé dos veces a mis amigos empresarios peruanos para que conocieran mi querida patria, China. Todos los amigos que fueron conmigo se sorprendieron por las cosas que en esa oportunidad vieron en mi país. China es un país enorme, y es tan diferente de lo que ustedes han visto en las películas de Kung Fu. Y sus habitantes, tampoco son iguales a los chinos que ustedes ven en la tienda de la esquina o en un chifa peruano. Ahora bien, aparte de los asombrosos y altos edificios y las modernas tecnologías, la manera de ser de los chinos no coincidía mucho con la idea que mis amigos tenían de mis compatriotas.

Durante el viaje, tuvimos varias reuniones con funcionarios del gobierno y los empresarios chinos. Los peruanos percibieron que los chinos repetían la misma frase con mucha frecuencia: “primero seremos amigos, y luego hablamos de negocios”.

¿Qué rol juega el sentimiento de primero ser amigo en China? Uno de los libros más importantes de mi país, *LUN YU* (el libro escrito por los discípulos de Confucio, que registra las frases o diálogos del gran maestro), tiene una frase muy conocida en el primer capítulo del libro: “qué alegría proporciona la llegada de un amigo desde un lugar alejado”. Y ello es una muestra simple y clara sobre la importancia de la amistad en mi país. No solamente para los sabios, sino también para la totalidad de la cultura china.

El gran político y filósofo Guan Zhong (725 a. C.-645 a. C), aún más antiguo que Confucio, dijo: “No me preocupo por la falta de riqueza en el mundo, me preocupo por la falta de personas adecuadas para compartirla”. Un negocio es un acto para compartir por parte de los chinos. Perjudicar la amistad por el lucro es uno de los actos más despreciables en la cultura y la tradición chinas.

Para un chino, la base del éxito para un hombre de negocios es ser una persona correcta y confiable. Como decía el antiguo dicho mencionado: antes de aprender sobre negocios, primero hay que aprender a ser una buena persona.

En la cultura china, se considera que la virtud y la moral constituyen lo básico de un establecimiento de negocios. El honor y la reputación representan la vida para muchos comerciantes, particularmente lo que se refiere a los negocios familiares. Mucha gente occidental no comprende por qué los dueños de negocios se suicidan en los países orientales cuando encuentran defectos en sus productos. Sin embargo, esto también ha sucedido muchas veces durante la historia de China.

Claro, reconozco que estas cosas han cambiado con los nuevos tiempos. Actualmente hay muchos comerciantes orientales que utilizan engaños para satisfacer sus intereses personales y ganancias excesivas, y no respetan los valores y principios tradicionales. Sin embargo, la mayoría de empresarios chinos aún son personas que continúan esta tradición y poseen una larga visión de futuro.

El filósofo Confucio dijo: “Hay tres tipos de amigos benéficos, y tres tipos de amigos dañinos. Los amigos honestos, cumplidos y eruditos, son amigos benéficos. Los amigos hipócritas, aduladores y los que engañan con palabras bonitas, son amigos dañinos”.

Aquí en Perú escuché un dicho que sostiene: “dime con quién andas y te diré quién eres”. Los chinos también consideran que los amigos son como espejos que reflejan la personalidad de un individuo. El mundo de los negocios es un mundo en guerra, en cierto sentido. Un amigo de confianza proporciona confianza en ambos lados y funciona muy bien en China.

“Primero seremos amigos, y luego hablaremos de negocios”, es una frase simple y precisa. Pero es importante que usted conozca este principio si está planeando hacer negocios con los chinos.

¡Conozcamos el kung fu!

Desde hace muchos años, las películas de Kung Fu comenzaron a proyectarse en diversas partes del mundo, despertando la curiosidad de la gente. Con la aparición de los gritos exóticos y los rápidos movimientos de Bruce

Lee, estas artes marciales se volvieron una fiebre que nos ponía aún más locos. Y gracias a las películas de Bruce Lee, el Kung Fu se convirtió en un nombre muy conocido para todos. Muchos extranjeros piensan que todos los chinos saben Kung Fu, y algunos creen que si alguien quiere robar o asaltarlos en la calle, basta que aparezca un chino que grite “Yaaaaaaa”, y se ponga en una pose de Kung Fu para que los ladrones se vayan corriendo.

Hay muchos estilos de Kung Fu que existieron en la historia de China. Estos estilos se transmitieron a través de familias, escuelas, templos y ejércitos. Los maestros de cada generación agregaron lo suyo a los principios propios de estas artes dependiendo de sus respectivos conocimientos y puntos de vista filosóficos, y aportaron para que esta arte marcial se convirtiera en una parte brillante de la cultura china.

En la actualidad, pese a que el Kung Fu ha perdido como objetivo principal el sentido de sobrevivencia en la guerra para sus cultores, este sigue desempeñando un papel muy importante no solo para el fortalecimiento del cuerpo, sino también para el espíritu y la mente y para superación de China como una gran nación.

No existe un gran maestro de artes marciales ignorante. Para ser un gran maestro, en su respectivo estilo, es preciso que el maestro no solo muestre su habilidad en la práctica, sino también enseñe a sus discípulos la teoría. Si algunos amigos tuvieran la oportunidad de leer los libros de artes marciales chinos, admirarían la sabiduría de los maestros. Los libros teóricos de Kung Fu contienen muchísimos conocimientos en ciencias naturales, ciencia de la salud, historia y filosofía de la vida. Cada libro es un tesoro para leer miles de veces, y cada vez lograr comprender mejor la sabiduría. Basado en mi propia experiencia, puedo afirmar que el Kung Fu es el camino para conocerse a sí mismo. Nunca terminaría de aprenderlo.

Mi vida con el Kung Fu empezó cuando tenía 7 años de edad. Tuve suerte que el gran maestro Ou Chaowing (presidente de la Asociación de Artes Marciales Chinas de Hong-Kong, durante 1987 a 1995) fuera un primo de mi madre. Y fui obligado a practicarlo porque mi tío sostenía que yo tenía una gran predisposición para ser un gran maestro. No me gustaba al comienzo, pero pronto empecé a sentir algo diferente en mi cuerpo. No solo me sentía más hábil, sino también tenía mucha más energía y una memoria sorprendente que me daba un mayor rendimiento en mis estudios.

En 1999, tuve la suerte de ser discípulo del amigo de mi tío, el gran maestro Zhang Jianping (fue uno de los maestros de Jie Li), que luego también llegó a ser discípulo de su hermano Zhang Shuhua, el entrenador de Shuaijiao del equipo municipal de Xuzhou y presidente de la Asociación de Estilo Ba Gua de la misma ciudad. Los dos maestros me presentaron al maestro Zhang Qingju, entrenador general del ejército del Comando Regional de Guangzhou. Y ello fue una gran experiencia para mí pues participé en los entrenamientos y enseñanzas de lucha libre de las fuerzas especiales militares de China.

En agosto del año pasado, inicié mi enseñanza de Kung Fu en Cajamarca, debido al insistente pedido de mis amigos. Sinceramente, al principio dicha enseñanza no fue un éxito. Y las dos razones de ello: en primer lugar, fue que no quiero promocionar de manera comercial esta disciplina y cambiar los principios de enseñanza; y, en segundo lugar, porque es difícil encontrar practicantes persistentes con fuerza de voluntad. Sin embargo, continúo mi enseñanza, no solamente por amor a esta arte, sino también por la gran responsabilidad que tengo de la fe de mis discípulos a los que considero también como mis amigos y hermanos.

Aprovechando mi columna en este medio, quiero invitar al público en general para que conozca nuestro centro de estudios de Kung Fu. No es una publicidad, porque nunca pensé enseñarlo como un negocio para incrementar mis ingresos. Quiero que más gente conozca esta arte y sus beneficios por su simple y efectiva práctica. Y porque desde el día en que decidí ser cajamarquino, quiero continuar brindando mi aporte a mi nuevo hogar. No solo en pensamiento, sino también en acción.

Les espero todos los días, de lunes a jueves, de 8:30 pm a 10:30 pm, en el Jr. Ayacucho N° 1235. No pierdan esta gran oportunidad de conocer en persona la maravillosa práctica del Kung Fu.

El dedo que dirige a la luna

En la película *Operación dragón* de Bruce Lee, había un escenario en el cual Bruce Lee enseñó un movimiento de patada a su discípulo, y preguntó: “¿Qué te pareció esto?” el discípulo dijo: “Déjame pensar.” Bruce Lee le dio un cocacho en la cabeza, y dijo: “¡No pienses, siente!” Luego estiró su

dedo índice dirigiendo a la luna, y dijo: “Es como mirar la luna.” El discípulo miró su dedo del maestro, y recibió otro cocacho: “No mires mi dedo, mira la luna”.

Este escenario causaba muchas risas al público, pero muy poca gente entendió el mensaje en el mundo occidental, mucho menos el origen de la inspiración de Bruce Lee.

En los libros de la escuela Zen del Budista, siempre mencionaba la enseñanza del Dedo y la Luna. El Dedo es la dirección y método para alcanzar la meta, y la luna es la meta que va a alcanzar.

En uno de los libros de Zen había un cuento interesante. Se dice que había un comerciante exitoso que era un creyente de Buda. Había leído muchos libros sobre budismo y conocía muy bien los temas. Sin embargo, aún sentía mucho disgusto y tribulación en la vida. No encontraba la respuesta por sí solo, y se fue al templo a visitar a un maestro budista muy conocido en su ciudad.

En el templo, el comerciante se acercó respetuosamente al maestro, y dijo: “Muy respetado maestro, he leído muchos libros sobre Buda, hasta memoricé la mayoría de los textos, pero aún no siento la liberación y felicidad, ¿por qué?”

El monje dijo: “Venga en la noche, por favor”.

En la noche, con una luna llena que colgaba en el cielo. El monje le estaba esperando con un té en la mesita que estaba localizada en el centro del jardín. El monje dijo: “Siéntese, por favor, póngase cómodo.” Después de sentarse el comerciante, el monje señaló la luna con su dedo índice y dijo: “¡Mira! ¿Qué ves?”

“Una luna llena”, contestó el comerciante.

“¿Por qué no miras mi dedo?” dijo el monje.

“Porque usted me está indicando que yo mire la luna”, replicó sorprendido el comerciante por la pregunta del maestro.

El maestro carcajeaba por la respuesta del comerciante, y dijo: “Si alguien mira solo mi dedo y no mira la luna, ¿qué pensarías?”

“Diré que es un bruto.” También se rio el comerciante.

“Si alguien considera que el dedo es igual a la luna, ¿qué pensarías?” El maestro paró de reír y miró firmemente al comerciante.

“Pienso que es más bruto todavía”, dijo el comerciante, no entendía lo que quería decir el maestro.

El maestro levantó su té, y tomó gustosamente, y dijo: “Entonces, ¿por qué piensas cuando tú memorizas los textos de Buda, ya puedes liberarte y sentirte feliz?”

El comerciante súbitamente comprendió lo que dijo el maestro, y salió del templo muy contento.

Los libros y conocimiento son medios, no es la misma meta que queremos alcanzar, el dinero y lo material que obtenemos en esta vida tampoco.

Jack Lo Lau es editor de *Diálogo Chino* para la región andina. Es un periodista peruano dedicado a trabajar temas relacionados con las comunidades rurales en la Amazonía y los Andes. Cubre, además, conflictos socioambientales, territorios naturales y fauna silvestre. Ha ganado el Concurso Nacional Áncash: Aventura y cultura (2009), el Premio Rey de España (2012) en la categoría de Medio Ambiente, los premios nacionales de Periodismo de Perú (2014) en la categoría de Cambio Climático, y el Poder Think Tank del año (2019) en la categoría Investigación en Desarrollo Sostenible. Sus textos han sido nominados en los premios de la Fundación Gabriel García Márquez y del Instituto Prensa y Sociedad de Perú. Ha publicado en plataformas internacionales como *Mongabay Latam*, EFE y *Diálogo Chino*, entre otras. Como emprendedor, cofundó la iniciativa Conservamos por Naturaleza, en apoyo a las áreas de conservación voluntarias en Perú. Ha sido becario del programa de Periodismo de Resiliencia de la Universidad de Nueva York (CUNY-2019), así como becario profesional del Centro Internacional de Periodistas (Washington DC/Seattle, 2018) y becario de Earth Journalism Network para el Congreso de América Latina y el Caribe para la Biología de la Conservación (LACCCB 2018) en Trinidad y Tobago.

MACA: LAS FALSAS PROMESAS AFRODISIACAS QUE
VOLARON DESDE LOS ANDES PERUANOS HASTA LA CHINA

La fiebre comercial por la maca hace seis años duró nada. La biopiratería le quitó mercado a comunidades que la protegen hace cientos de años.

La meseta del Bombón se ubica en el centro de la Cordillera de los Andes, es la segunda más grande del Perú y es un gran espejo de contrastes. Te sientes en una gran congeladora, pero si te descuidas, el sol del mediodía te achicharra el rostro como dentro de un horno.

Ha sido catalogada por el Estado peruano como Reserva Nacional de Junín, donde se encuentra el lago con el mismo nombre o también llamado Chinchaycocha (en quechua) desde la época de los incas. Es una de las fuentes de agua de Lima, la capital de Perú, pero también está contaminada por actividad minera irresponsable en las últimas décadas.

Y en estas tierras áridas nació un “*súper alimento*” con la fortaleza necesaria para atraer la atención del mundo entero: la fértil maca (*Lepidium meyenii*) que vivió un *boom* económico y luego lo vio desvanecerse en medio de la biopiratería.

Directo a la raíz

Las calles están vacías y las manos no se calientan con nada. Son las 7 de la mañana y el termómetro marca -2 grados centígrados. En la plaza central del centro poblado de Huayre (4,113 metros sobre el nivel del mar), en el distrito de Junín, se eleva un extravagante monumento de vidrio morado en honor a la maca, que más parece el espermatozoide de un dinosaurio sicodélico.

En Huayre viven apenas 1,200 personas, según el Instituto Nacional de Estadística e Informática del Perú. Y según los pobladores de Junín, en este rincón de los Andes nació la maca, que atrajo una efímera bonanza que volvió locos a muchos hace un poco más de seis años.

Desde épocas de los incas, la maca tenía mucho valor y distintos usos, desde promover la fertilidad hasta combatir el insomnio. Pero poco a poco fue dejándose de lado. En la década de los 80, fue declarada en peligro de extinción. Según Iván Manrique, investigador del Centro Internacional de la Papa (CIP), se calcula que por aquellos años solo habían sembradas unas 50 hectáreas, que abastecían a los agricultores y ganaderos en la meseta del Bombón. Fue a fines de los años 90 que se empezó a promover su consumo, no solo en Perú, sino en Asia. El gobierno del entonces presidente Alberto Fujimori vendió la idea en Japón que la maca era un alimento capaz de

combatir la impotencia sexual: una especie de viagra andino. Y ese fue el inicio de una desinformación que continúa veinte años después.

En el 2004, el Gobierno de Perú declaró a la maca —conocida en otros países como ginseng o jengibre peruano— como producto bandera del país. Sin embargo, lo invertido en investigación por el Estado no equiparó esa ambición. En Perú son pocas las instituciones que se dedican a estudiar este alimento, entre las que destacan la Universidad Peruana Cayetano Heredia, la Universidad Nacional Agraria La Molina y el Centro Internacional de la Papa.

Se conoce que su consumo ayuda a la memoria, al aprendizaje, a la fertilidad (que no es lo mismo que la impotencia). También eleva la resistencia al estrés, ataca problemas de la próstata, mantiene la energía y brinda más vitalidad. Existen más de diez variedades reconocidas por sus colores: negra, roja, amarilla, blanca, rosada, ploma y más matices. Y cada una aporta distintos beneficios a la salud.

Sin embargo, sus supuestas propiedades afrodisiacas eran lo que llamaba la atención en Asia, especialmente en China.

El boom de la maca

“Todos se volvieron locos. ¿Y cómo no? Si llegaron los chinos y comenzaron a llevarse todo. Hasta a los agricultores se llevaron para intentar replicar nuestras técnicas en China”, recuerda aquellos años don Teo Quispe, cuando se dio el llamado *boom* de la maca. “Yo nunca había hecho agricultura, pero también me animé. Luego cuando quise vender, los chinos no volvieron más y perdí todo”, se ríe este chofer que ya no quiere saber nada con la maca y anda feliz movilizándolo entre los pueblos de Junín.

“No supimos cuidar la materia prima y el mercado. No lo hicimos sostenible. Los chinos han venido y robaron información. Hoy manejan la maca como si fuera de ellos, pero en ningún lugar crecerá maca con la calidad que tenemos en Junín”, comentó Moisés Alderete, productor de maca de Junín, dedicado a la investigación de este alimento en los Andes peruanos. Divide su tiempo con su ganado, así como casi todos los pobladores de Junín, un lugar del Perú en donde las actividades económicas giran alrededor de vacas, unas cuantas ovejas, y cultivos de papa y maca.

Así como cuenta Alderete y otros productores, en el año 2013 negociantes chinos empezaron a llegar en camionetas a Junín en busca de maca. Y como comprando caramelos, se llevaron toda la cosecha. Si la maca en esas épocas costaba 3 dólares el kilo, ellos ofrecían 100, 150 y hasta 200 dólares.

“Pagaban en *cash* (efectivo). Llegaban con mochilas llenas de dinero”, cuenta don Teo, que fue contratado en tres ocasiones para manejar 10 horas hasta Lima solo para recoger maletas llenas de dólares, “llegábamos, abrían la maleta y echaban todo ahí. Ni contaban la plata, y nos veníamos de vuelta. Me sentía en una película de la mafia”. A raíz de ello, Junín se llenó de camionetas 4x4, bares y negocios, que fueron tan fugaces como el *boom* de esta raíz.

“A los agricultores no les importó nada. Vendieron su alma al diablo y ahora estamos viendo las consecuencias. En esa época se creó toda una mafia. Empezaron a sacar ilegalmente del país el bulbo de la maca, por la frontera con Bolivia y por el puerto del Callao. Declaraban que se llevaban harina de maca, pero dentro estaba lleno de los bulbos. Eso es totalmente ilegal”, comenta Alejandra Velazco. Ella es la gerente de exportaciones de Hersil, una empresa peruana con más de cincuenta años fabricando medicamentos y productos naturales, y también la presidenta del Comité de Productos Naturales de la Asociación de Exportadores del Perú (Adex).

Maca china

Los empresarios chinos no solo se llevaron la maca: se llevaron semillas y hasta la tierra de la meseta del Bombón.

“Cuando empecé a hacer mi investigación, quería comprar semillas de maca. Y de estar 30 o 40 soles (10-13 dólares) el kilo, nadie te quería vender por menos de 3.000 soles (900 dólares). El ambiente en Junín se puso tenso. La gente no se sentía segura. Había mafias que presionaban para que vendan su maca solo a los chinos”, cuenta Claudia Janampa, bióloga y emprendedora que ha creado su propia marca de derivados de maca.

Por su lado, Iván Manrique del CIP grafica lo fácil que es llevarse un poco de maca y reproducirla por el mundo. “Dentro de un lapicero vacío puedes poner 4 gramos de semillas de maca. En cada gramo, te pueden en-

trar 2 mil semillas. Es decir, te puedes llevar 8 mil semillas, así de fácil. Con eso te alcanza para sembrar media hectárea. Si cada planta te produce en promedio unas dos mil semillas, podrías sembrar miles de hectáreas después de un año”, explica.

Es así de fácil que en China empezaron a sembrar maca en la zona montañosa de la provincia sureña de Yunnan, cuyos fértiles campos alcanzan los 4 mil metros sobre el nivel del mar —igual que en Perú.

“Calculamos que la maca empezó a salir del Perú de forma ilegal alrededor del 2002 y 2003. Y en la actualidad, China produce más maca que Perú”, afirma Andrés Valladolid, presidente de la Comisión Nacional contra la Biopiratería del Instituto Nacional de Defensa de la Competencia y de la Protección de la Propiedad Intelectual (Indecopi) del Gobierno peruano.

En 2011 la Comisión Nacional de Planeación de Salud del gobierno chino declaró la maca como un recurso alimenticio. Las cifras no coinciden, pero sí indican un alza marcada de los cultivos chinos: la empresaria Alejandra Velazco habla de que en 2014, China tenía 12 mil hectáreas de maca sembradas, mientras que Perú —cuna de la maca— solo tenía 5 mil. Xinhua, la agencia de prensa estatal y órgano del Gobierno chino, habla de que en 2012 había 1,660 hectáreas en Yunnan, que crecerían hasta los 13 mil en 2020.

En cualquier caso, en 2015 se sintió el golpe. “De exportar unos 5 millones de dólares en 2014, pasamos a cero al siguiente año y nunca más exportamos a China. También se perdieron los clientes de Europa y Estados Unidos, que empezaron a comprar a China. Inclusive a nosotros nos quisieron vender, ¿puedes creerlo?”, afirma Velazco. “Su maca tiene otro color, otro olor, no tiene las mismas propiedades, tienen otra forma, se parece al jengibre. No les resultó bien, pero igual nos quitaron mucho mercado”, sentenció.

“De Perú no puede salir ningún tipo de material genético sin permiso. Además, las compras que se hicieron por aquellos años fueron ilegales. En Perú todas las transacciones se bancarizan. Y los empresarios chinos pagaron en efectivo, sin dejar huella, ni pagar impuestos”, cuenta Valladolid, que en estos momentos viene armando y fortaleciendo la estrategia para que estas situaciones ilegales no vuelvan a suceder con la maca ni con otros alimentos peruanos.

La efímera bonanza duró no más de tres años. Los productores quedaron endeudados. Remataron sus camionetas, cerraron los bares y los precios

de la maca bajaron inclusive más de lo que valía antes de la llegada de los empresarios chinos.

Por otra parte, según la agencia Xinhua, en China los agricultores de maca denuncian estar sintiendo el golpe de la especulación de sus excitados empresarios. De vender a casi 3.000 dólares el kilo, lo están rematando a 3 dólares, catalogándolo como el “*fraude de la maca*”.

Asimismo, se cree que al ritmo en que va creciendo la producción de maca en Yunnan, se pueden quedar sin tierra de cultivo. Las cifras oficiales que se manejan, aseguran que para el próximo año este alimento de origen peruano se apoderará de más de 13 mil hectáreas de suelo chino.

Piratería biológica

“Cuando un tercero accede a un recurso genético peruano sin contar con el consentimiento del Estado, que se da a través de un contrato de acceso, es considerado biopiratería”, reafirma Valladolid, que está concentrado en encontrar las distintas patentes en el extranjero que estén utilizando la maca como recurso. “Tenemos identificadas 1.700 solicitudes de patentes relacionadas a la maca en el mundo. Y 75% son de China”, confirmó.

China exporta maca en el mundo y está creando confusiones. En junio de 2019, un cargamento de la marca china de nombre Maca Perú fue de-tenido en Estados Unidos por encontrarse sildenafil, el componente del viagra, motivo por el cual la Administración Estadounidense de Medicamentos (FDA) recomendó evitar su uso.

¿Cómo una marca china puede llevar el nombre Perú y también de uno de sus productos bandera? Eso es algo que Valladolid y compañía están investigando. “Los chinos siguen vendiendo la idea de maca como potenciador sexual, y entiendo que le agregan esa base del viagra. Es una manera muy irresponsable de vender y engañar”, afirmó Valladolid.

Los empresarios chinos se aprovecharon de un Estado peruano indiferente. De la corrupción en todos sus niveles, de la ausencia de normas técnicas, de la desorganización, y principalmente, de la pobreza de los productores. ¿Pero ahora qué se puede hacer?

Protección de la maca peruana

Por el momento, Adex e Indecopi vienen trabajando en distintas estrategias para proteger el patrimonio del país y que este no se vaya tan fácilmente. “Queremos que no existan ventanas legales para sacar el germoplasma, por ello estamos abocados en modelos de contratos con Adex e Indecopi. Sin embargo, todas las organizaciones estatales deben de poner de su parte. Lo que ha sucedido con la maca no es culpa de China, es culpa de Perú que está dejando que se lleven sus cosas, sin protegerse”, sentencia Velazco.

Desde los Andes, los reclamos al Estado también se hacen sentir. “No hay proyectos que apoyen a la agroindustria, que impulsen al crecimiento de los productores. Yo nací en Junín y me siento hijo de la maca. Este producto tiene un alto valor nutritivo, económico y social. El Estado tiene que apoyar a los productores, promover la investigación y generar mayor inversión. Hay que trabajar la maca desde el suelo hasta el producto final”, dice el campesino Moisés Alderete.

“Nosotros como consorcio queremos buscar el desarrollo integral del cultivo. Estamos queriendo desarrollar normas técnicas que protejan y ordenen toda la industria alrededor de la maca. Por eso es muy importante que el Estado apoye de una vez a los productores y destine presupuesto para mejorar la producción. Como país hemos dado al mundo a la papa. ¿Y acaso recibimos regalías por eso? Al contrario, nosotros que producimos papa, no vendemos papa, compramos. Y ni nos dicen gracias”, dice Johnny Vílchez, gerente general de la Asociación de Productores de Maca (Apro-maca) Perú, que integran nueve asociaciones de las regiones Junín y Pasco.

Según investigadores y productores, la maca está en vías de revolucionar, no solo la alimentación en el mundo, sino también la salud.

En este contexto, el Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica (Concytec) de Perú, en convenio con el Banco Mundial, está financiando un proyecto del doctorado en ciencias de la salud en la Universidad Católica de Santa María (UCSM) de Arequipa, que está analizando las propiedades de este *súper alimento* para retrasar los síntomas del Alzheimer. El Perú espera que esta sea una buena oportunidad para generar conocimiento y proteger su patrimonio.

“Una vez que el recurso ha salido, ya no hay manera de traerlo de vuelta. Puedes reclamar, iniciar alguna acción diplomática o legal, pero lo cier-

to es que una vez que los recursos salieron, ya no hay vuelta atrás”, señala Manuel Ruiz, asesor de la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental (SPDA) con estudios e investigaciones en comercio internacional y biodiversidad.

“En el caso de la maca, ahora hay que ver la mejor manera de relacionarnos con China. Y desde ahora es nuestra responsabilidad verificar mejor que nuestro patrimonio no salga tan fácil. Y esto no solo está sucediendo con la maca, sino también con el sacha inchi, el yacón y otros productos originarios de Perú”, añade.

Ese nuevo camino quizás logre evitar que la maca no quede como un simple recuerdo de lo que pudo ser, sino que se pueda compartir sus beneficios al mundo de una manera que incluya a los agricultores andinos a quienes el mundo le debe haber preservado el alimento.

Publicado previamente en *Diálogo chino*.

AL REENCUENTRO CON EL TUSANAJE

Estoy muy orgullosa de ser peruana y también, de llevar una cuota de genes chinos por mi abuelo materno, Siu Fan (Alberto Siu, su inscripción en español) con quien disfruté hermosos momentos de niñez.

Aunque no tengo una apariencia física asiática muy marcada, ni hablo el idioma chino, el hecho de haber sido consentida por mi abuelo, de acompañarlo diariamente a almorzar la comida china que preparaba en casa (que dicho sea de paso, nunca volví a probar nada igual a su deliciosa y peculiar sazón), de jugar con sus cerámicas de Buda (sin que él supiera, desde luego), de aprender el valor del trabajo en una de sus tiendas de productos para comida china y de acompañarlo la Sociedad Central de Beneficencia China en Paruro (Lima) para la celebración del 10 de octubre —Día Nacional de la República China (solo por mencionar los más importantes recuerdos)—, hicieron que vaya incorporando aspectos de la cultura que serán parte de mí siempre.

Sobre la comida china y el chifa

En casa fuimos familia grande. Mamá cocinaba para todos, excepto para mi abuelo a quien le gustaba preparar su propia comida: él, muy callado y yo, siempre observándolo. Mi abuelito Alberto me miraba de reojo y nunca decía palabra, hasta que, al mediodía, ya estaba lista la comida y me llamaba para que almorzara con él. Me ponía un plato pequeño y me servía de a pocos: Verduras chinas con un sinfín de salsas (que sabrá la vida cuáles eran), pescado al vapor (que por el sabor de hecho llevaba sillao y cebollita

china) y para cerrar con broche de oro, algo por lo que se me hacía agua a la boca: el tofu. Con él aprendí a diferenciar la comida china del chifa: El primero, del país de origen y el segundo, una adaptación, reinención, transformación o fusión del primero en el Perú. Por cierto, ambos riquísimos.

Sobre las cerámicas y el budismo

Recuerdo de pequeña, que en mi casa había algunos objetos chinos: platos, almanaques, revistas y uno que otro adorno, pero, nada llamaba más mi atención que los dos budas de cerámica que tenía mi abuelo en la parte alta de un anaquel en su cuarto: Eran casi idénticos. Solo se diferenciaban por el tamaño. Cuando mi abuelito Alberto se iba a trabajar, yo jalaba un banquito para poder alcanzar los budas y jugar con ellos. Tenía mucho cuidado porque para mí, pesaban. Me parecían unos gorditos muy curiosos porque eran sonrientes. No sé qué habrá sido de ellos con tantas mudanzas posteriores que tuve, pero, lo que puedo decir es que me he vuelto a cruzar con su imagen muchas veces en mi vida.

Hace tan solo algunos años, una amiga me invitó a la PSGI —Asociación Peruana de la Soka Gakkai Internacional—, un movimiento budista laico que opera actualmente en 192 países, y aunque tan solo asistí dos veces, pues nunca me ha gustado estar en grupos masivos, me encontré con la explicación, el sentido y la fuerza espiritual de estar en vida y de la influencia positiva que tenemos la oportunidad de ser para nuestro entorno, la sociedad y el mundo. Sentir la energía tan poderosa de los mantras me hizo sentir renovada.

Sobre el valor del trabajo para los chinos

Cuando mamá iba al Mercado de Magdalena del Mar, yo siempre le pedía pasar a saludar a mi abuelito Alberto. Recuerdo muy bien la primera vez que me dejó en la tienda de mi abuelo mientras ella hacía el mercado. Alberto me daba tareas fáciles para ayudarlo, como: alcanzar los productos chinos a los clientes, doblar bolsitas, ordenar las verduras, entre otros. Yo me divertía esperando a mamá y me sentía útil ayudando a mi abuelo. Ese

día, cuando mamá pasó a recogerme para regresar a casa, al despedirme, Alberto me dio un paquetito y para mi sorpresa, al abrirlo, eran monedas que estaban envueltas en papel. Me dijo que me los había ganado con mi trabajo. Desde luego, estaba súper feliz pensando en cuántos dulces podría comprar, pero, más allá de eso, me dejó pensando en que el esfuerzo, las cosas bien hechas y con ganas dan sus frutos. Sabía que si trabajaba, siempre tendría para comer. Mi abuelo me enseñó el valor del trabajo.

*El 10 de octubre en Lima por
el Día Nacional de la República China*

Mis ojos se abrieron más de lo normal cuando ingresamos por esas grandes puertas a la Sociedad Central de Beneficencia China después de haber cruzado la popular calle Capón en el centro de Lima. Danzas y tradiciones orientales (incluidos los famosos dragón y león chinos) nos recibían con su colorido, sonidos y movimientos que lo imantaban todo. Más tarde, la proyección de una película china sin subtítulos que muchos adultos mayores disfrutaban. Yo, niña y sin saber el idioma chino, observaba detenidamente todo lo que acontecía en el lugar e intentaba percibir el lenguaje en los gestos de las personas. Recuerdo que en esa exploración del espacio y la gente fui hacia el segundo piso. Para sorpresa mía, niños detrás de mí subieron corriendo las escaleras y al verme solitaria, empezaron a hablarme. Desde luego, se dieron cuenta que yo no entendía el idioma, así que como la comunicación en los niños es poderosa, empezaron a hablarme con señas con lo cual comprendí que me estaban invitando a jugar a las escondidas, accediendo contenta. Cuando cayó la noche, ya en el primer piso, empezaron a pasar interminables bandejas de comida, bocadillos y bebidas: era imposible comer más. Recuerdo a la gente conversando, los niños, corriendo, los mozos pasando bandejas y más bandejas de comida y a mi abuelo, conversando mucho con sus parientes, en su idioma natal. Nunca lo había visto conversar tanto, pues, siempre fue bastante callado. Siempre me pregunté el por qué: Su carácter era así o se hizo por las tragedias que pasaron en su vida en la segunda década del siglo xx (Primera Guerra Mundial) y que lo obligó a emigrar de China a Perú. Nunca lo sabré. Solo recuerdo que cuando estaba con sus paisanos, con los suyos, era feliz.

Mi abuelo murió cuando yo tenía más o menos 7 años y desde entonces, perdí contacto con la sociedad peruano-china. Gracias a la invitación de Rodrigo Campos, quien dirige el proyecto Tusanaje (peruano-chino), he podido acercarme nuevamente a una parte de la comunidad a través de la velada artístico-cultural que se realizó por la conmemoración de los 170 años de la presencia china en el Perú y el 2º aniversario del Tusanaje en el 2019. Ha sido muy emotivo para mí porque me trajo muchos buenos recuerdos, pero además, especial por reencontrarlos desde el arte y la cultura, aspectos que me apasionan y en los que me encuentro trabajando en el Perú desde hace 17 años. Y es que, aunque no tengamos plena conciencia de ello, el intercambio con China no es solo comercial (cuestionable o no), sino también CULTURAL.

La riqueza que trae consigo el mestizaje es un privilegio y, en ese sentido, los tusanes debemos sentirnos afortunados que dos grandes culturas milenarias formen parte de nosotros. Es maravilloso que lo cultural del Tusanaje nos dé la oportunidad de unirnos:

¡Continuemos trenzando!
¡Sigamos tendiendo puentes!

*La globalización en lo intercultural:
una mujer ashaninka en casa*

Una de las características de la globalización es que “promueve el intercambio cultural”, y, en ese sentido, una inquietud por aprender otras lenguas e idiomas. Esto se mueve en el ámbito internacional, pero, también, en el nacional del cual no terminamos por darnos cuenta: Todavía estamos en el proceso de reconocernos, de aceptarnos y, a partir de allí, maravillarnos de todos los que somos dentro de la construcción de “un país diverso”, enriquecido con las distintas culturas existentes dentro de un mismo territorio llamado Perú. En esta dinámica de las poblaciones respecto a la globalización, que algunos lo ven positivo, pero, que también tiene sus detractores, se incluye el tema de lengua y racismo como rezago de la violencia interna sufrida por muchos pueblos indígenas (incluidos los amazónicos) y de un serio problema de educación que no incluye lo intercultural bilingüe trata-

do dentro de un plan eficiente de desarrollo, persisten las brechas para un adecuado funcionamiento de las políticas de Estado, interculturales y multiculturales pese a la globalización vista como un fenómeno positivo de desarrollo. Así, los beneficios y perjuicios de esta aculturación y enculturación que se da como consecuencia de esta globalización en nuestro territorio nacional multicultural podemos verlo en lo cotidiano y desde diversos ejemplos como el que comentaré en el siguiente artículo: Una migrante ashaninka a la que nombraré como Olguita (por proteger su identidad) y su familia asentados en nuestra ciudad capital.

Luego que falleciera mi madre, fue angustiante la expectativa en torno a quién vendría a acompañarnos para que realice las labores del hogar. Ella es una joven de 24 años, casada, mamá de dos infantes, con muchas ganas de progresar en la capital.

En los seis meses que estuvo trabajando con nosotros, definitivamente, nos cambió la vida y pienso, que nosotros a ella. Realizamos un intercambio cultural en muchos aspectos. Todos los días era un aprendizaje constante, para nosotros como familia, y para ella como migrante. En el cotidiano, nos nutrimos de conocimientos de la cultura ashaninka, en temas relacionados con idiosincrasia, lengua, gastronomía, costumbres, creencias, entre otros; un proceso de “aculturación y enculturización amistosa” que nos envolvió y transformó a ambas familias. Al inicio, fue muy difícil entrar en confianza. Existe mucha reserva entre los ashaninkas sobre revelar sus códigos y derechos, sus conocimientos ancestrales (como la medicina natural y el uso adecuado de las hierbas naturales); también, acerca de sus valores, que, por cierto, hoy sé, son de alto grado). Gracias a los detalles de solidaridad y cariño sinceros que fue fluyendo con ella y su familia, Olguita empezó a conversar más fluidamente conmigo. Me contó algunos pocos detalles acerca de su gente, de cómo nos veían a los limeños (blancos y mestizos, diferente a ellos, los de su comunidad) para que pueda entender.

En aquel momento, no quise preguntarle más. Preferí que el tiempo pase y ella se dé cuenta que no soy alguien que le pueda hacer daño. Sin embargo, le pedí que, por favor, me enseñe a hablar su idioma natal: ashaninka. Ella rió y me propuso un intercambio: Que yo le enseñe inglés.

¡Trueque hecho! Así, empezamos por palabras simples pero muy significativas, ya que tienen que ver con los valores:

KITAITIRI: buenos días: GOOD MORNING

SHETENI: buenas tardes: GOOD AFTERNOON

SIRINIRI: buenas noches: GOOD EVENING

Sobre este hecho me pongo a pensar en lo que los antropólogos ingleses sostienen acerca de las teorías de aculturización: “Disfrazan en los contactos culturales todo el problema del colonialismo y de la profunda transformación impuesta por la civilización occidental sobre los pueblos oprimidos, por la fuerza a su dinámica desintegradora”: las lenguas originarias no son ajenas a esto.

Olguita era otra después de seis meses en Lima. Volvió a dejarse el cabello color natural, tal y cual lo llevamos las mujeres en mi familia. Pensamos que ese es un lado positivo que le hemos dado. Sin embargo, por otro, como mujer joven de 24 años, empezó a adoptar otros patrones de belleza estética que ve en la televisión y en la idiosincrasia de la mujer limeña: las dietas para verse más esbelta. Su condición bilingüe (ashaninka y español) la hace vivir con ambas culturas.

Aunque todo cambia y en la retroalimentación que nos toca dentro del proceso de enculturización y aculturización aprendemos cosas que nos nutren de una cultura y otra, en este contacto intercultural definitivamente existen los riesgos de la pérdida de la esencia de lo que somos originalmente, es decir, lo que algunos señalan como una de las desventajas de la globalización. La transformación debería ser en avance, sin perder la esencia que no tiene que ver con lo que manifiestan los teóricos tradicionalistas, sino más bien de mantener esta diversidad que nos caracteriza. La brecha de la lengua produce que los indígenas aprendan más de nosotros y nosotros, al no entenderlos, muy poco sobre ellos.

Pese a la GLOBALIZACIÓN, la brecha cultural, como lo manifestamos al inicio del presente artículo, es grande y el idioma, las lenguas y cómo se maneje la educación intercultural bilingüe es de vital importancia. La globalización vista desde este ejemplo nos da diversas conclusiones y nos hace reflexionar profundamente sobre el tema: la cantidad de conocimientos de otro tipo respecto a la gente migrante de la ciudad y las mismas provincias que no entendemos por no conocer sus lenguas; lo penoso que es ser migrante en Lima; lo difícil que es entendernos cuando no sabemos las lenguas de las distintas naciones (y sus culturas) que son parte del Perú; lo compli-

cado que es confiar en el otro; la injusticia e indignación que parten de juicios que se llevan a cabo en español para provincianos con otras lenguas originarias; la aculturización y enculturización son procesos difíciles, con beneficios y perjuicios; el conflicto generados por las distintas mentalidades dentro de culturas distintas, entre otros. Entonces, me pregunto: ¿es totalmente positivo el fenómeno de la globalización?

Seguimos caminando, seguimos aprendiendo, juntas, respetándonos:

Olguita: pazonki colla kimoshiritansi

(Olguita: ¡gracias, mujer feliz!)

COLOMBIA

Elena Li Chow nació rodeada de escritores, artistas, intelectuales. De niña, viajó con su familia a Buenos Aires, donde aprendió a amar la lengua española. El trabajo de su padre también llevó a la familia a Malasia y finalmente a Bogotá, donde se establecieron. Hasta sus últimos días, la nostalgia de su padre por China encontró en las montañas de Santander (Colombia) un bálsamo para sus recuerdos. Li Chow se graduó en la Universidad del Rosario en Colombia. Empezó su carrera profesional en el mundo del cine, primero con Warner Bros, luego con Walt Disney y, más tarde, con Sony Pictures, que le ofreció la gerencia de su sede en el Beijing de los años noventa, cuando China apenas empezaba a abrir sus puertas al cine americano. Durante los veinte años que vivió en China y en Hong Kong, viajó mucho por Asia, recopilando historias desde las estepas de Mongolia hasta las metrópolis de Japón, recreando la vida privada de gente común y corriente frente al salto económico en China, la cruda realidad que se calla y desaparece de las páginas de prensa. El resultado de esa vivencia se refleja en los cuentos del libro *Ojos rasgados*, donde los personajes ficticios se mezclan con la realidad del continente asiático de hoy.

PRECIO DE NOVIA

¿Por qué las parejas se juntan?, me pregunto a veces. Desde que subieron a mi taxi, estos dos no han dejado de reñir. Él tendrá unos treinta años, contador o cajero de un banco, por la chaqueta negra y corbata del mismo color que lleva puestas. Cara cuadrada, la ciudad reflejada en sus anteojos. Ella se ve más joven. Bien maquillada, la piel suave y sin manchas, arrogante con el mentón apuntado hacia el cielo.

Me entretengo adivinando la vida de personas que nunca volveré a ver, pero hay algo en esta pareja que me desagrada. No creo que el hombre esté enamorado de ella; reconozco la furia contenida en su mirada. Pienso que no la deja porque es de las personas que no sabe perder. Hablan de problemas, pero ¿quién no los tiene? Me he retrasado en el arriendo de este mes, no podré cumplir con la cuota de metraje, mi suegro está en el hospital. No necesito escuchar los problemas de otros.

Enciendo la radio y la locutora de la emisora de Transporte del Sur resuena en el espacio encerrado. Hay que evitar la calle Remnin, advierte. Sonrío, ¿quién no sabe eso! Es hora pico en Shenzhen, miles de personas salen de las oficinas en una de las ciudades más prósperas y competitivas del país y todos quieren terminar el día con una buena cena o una cerveza Tsing Tao.

—¡Oye, tú! —la joven alza su voz desde el asiento trasero—. Apaga esa porquería. Sé un poco más respetuoso con los clientes. Estamos hablando aquí.

Mis ojos se encuentran con los de él por el espejo retrovisor. Algo me dice que está tan fastidiado con ella como yo, pero me dice de todas formas:

—¡Apáguelo de una vez!

—Mi mamá tenía razón en desconfiar de ti —continúa ella—. Hasta ahora me dices que no tienes los 80.000 yuanes para el “precio de novia”. Acordaste esa suma con mis padres y no te puedes retractar. ¿Qué les vas a decir?

¡Cómo se ha encarecido la vida! Hace poco un hombre pagaba la mitad de esa cifra. Prefiero llamarlo “dote al revés” porque es una suma que el novio paga a la familia de la novia para poder casarse con ella. No recuerdo en qué momento regresó esa vieja tradición, creada pensando en que la esposa cuidaría de los suegros en el futuro. Hoy nadie espera que eso suceda. Es otra forma de sacarle dinero al novio.

—Me llegará una plata en un mes...

—¡La boda es en tres semanas, inútil! —ella lo interrumpe.

El hombre maldice mientras le da un golpe a la división de plástico que separa el conductor de los pasajeros. Pobre tipo, me simpatiza su posición. Supongo que me veré en la misma situación cuando mi hijo tenga la edad para casarse. No es fácil encontrar a una buena esposa, no hay suficientes mujeres ya que todos quieren varones desde que nos sometieron al sistema de hijo único.

—Tienes un buen trabajo, ganas bien —la joven no cede—. No entiendo por qué no has sido capaz de comprar un apartamento nuevo y ahora ni siquiera tienes los míseros 80.000.

El hombre gruñe, maldice y empieza a balbucear, mientras ella saca a relucir todos sus defectos y lo acusa de haberla engañado. El tráfico ha mejorado un poco, hemos dejado atrás los rascacielos. El edificio más nuevo, cuando lo acaben, será el segundo más alto de China y el cuarto del mundo, dicen los periódicos. Tendrá ciento quince pisos para ser exacto. Con tanto progreso a nuestro alrededor, seguimos peleando por centavos. Después del puente y el peaje, me podré librar de ellos.

—Perdí un año contigo. Cancelaré la boda mañana mismo.

—¡No te lo voy a permitir! Ya todo el mundo recibió, la invitación, ¿cómo diablos vamos a explicar?

He tenido que escuchar muchos altercados en el taxi, pero la voz chillona de la mujer me está dando dolor de cabeza. Ella me recuerda a la aspirante de un concurso de belleza regional, la que dijo durante la transmisión del reinado por Shenzhen TV que prefería llorar dentro de un BMW con un hombre que no amaba que sonreír de felicidad en una bicicleta.

Se ha oscurecido, tal vez llueva esta noche. Al fin llegamos al puente, un paso elevado por donde otra avenida lo atraviesa por debajo en forma de cruz.

—Pare aquí —me ordena el hombre mientras golpea el plástico que nos separa.

—¡No puedo! Estamos en medio de un puente.

—¡Le dije que se detenga!

Algo en su voz me hizo pisar los frenos y colocar las luces de parqueo. Ella protesta, pero él la obliga a salir del taxi.

—¡Me tienen que pagar! —les recuerdo.

—Ya regresamos, deje correr el taxímetro.

Antes de que pueda objetar, se alejan del taxi. Detrás de ellos se vislumbran las luces de los carros que pasan por debajo del puente. Se ha puesto demasiado oscuro para leer el periódico que compro todas las mañanas, una costumbre que adquirí cuando trabajaba como mensajero en el diario *Shenzhen Ribao* unos años atrás. Prendo la radio sin subirle el volumen. No alcanzo a escuchar a la locutora, tampoco sé lo que está sucediendo entre esa pareja; por el movimiento de sus cuerpos, se les nota agitados.

Cuando me casé hace diez años, pensé que era el hombre más afortunado del mundo. No teníamos nada, pero mi esposa me decía que sacaríamos a nuestra familia adelante. Ella no creía en atajos: si uno trabajaba duro, no le faltaría comida sobre la mesa. A veces peleábamos porque me gastaba la plata en tragos con los amigos, pero nunca con tanto odio.

La mujer camina de un lado a otro en su falda corta y tacones altos. Parece que lo acusa de algo con el dedo índice. Él baja la cabeza. Luego, para mi sorpresa, el hombre levanta la mano y le da una cachetada. Ella tambalea un poco y antes de recuperar su balance, el hombre la arrastra hasta el borde del puente y con un movimiento ágil y limpio, la empuja por la barrera y la lanza hacia el vacío. Del susto, casi golpeo mi cabeza contra el techo del taxi. ¡No puedo creer lo que está sucediendo ante mí! No estoy soñando: el grito de auxilio de la mujer es real, las llantas chirriando en la autopista por donde ella cayó se escuchan desde donde estoy.

¿Qué le habrá dicho ella para que reaccione de esa forma? Antes de decidir si debo dejar el taxi botado y salir corriendo, el hombre regresa y me dice:

—Sigamos.

Como si mi existencia también dependiera de él, acato sus órdenes y prendo el motor.

—A ver con quién se casa ahora.

No me atrevo a responderle. Mis manos tiemblan sobre el volante. Si la pobre no se ha matado, seguramente quedará lisiada. De pronto, siento lástima por ella, por alguien que aspiró a algo mejor para luego terminar en... ¿qué?

—Hoy puede ser el mejor día de su vida. Se acordará de la propina que le voy a dar.

Me tranquilizo. Tiene razón, tal vez sus problemas me ayudarán a resolver los míos. Una plata extra no me vendría mal. No soy nadie para él; el hombre mira por la ventana, se ha olvidado de mí.

Llegamos a la caseta del peaje, ya falta muy poco para llegar a la dirección que me había dado y dejar todo esto atrás. No estoy aquí para juzgar a nadie.

Me falta un yuan para el peaje, un miserable yuan que no vale nada, pero sin el cual, uno puede quedarse varado. El valor relativo del dinero, como tantas cosas en la vida. Busco entre la caja de monedas mientras vol-

teo para ver la imagen de un hombre convencido de poder tapar el cielo con la mano.

¿Lo puede? Nadie decide por mí lo que debo o no hacer. Abro la puerta con lentitud y tan pronto mi pie pisa el pavimento, corro con toda mi fuerza hacia el puesto de policía.

De la colección de cuentos *Ojos rasgados*, 2020.

Nacida en San Andrés Islas, es la menor de diez hermanos hijos de inmigrantes asiáticos. Como gestora cultural, ha realizado importantes iniciativas en la música, la poesía y la radio de Palmira, Valle. Ha editado *Versos y verdades* (1995), *Versos dispersos* (2001) y *Inter nos* (2002), entre otros títulos. También ha sido premiada en varios Concursos de Crónicas de Palmira. Es autora de los libros *¡Déjame que te cuente!*, una recopilación de crónicas, poemas, retóricas, greguerías y artículos, y *¿Adónde ha ido lo que no volverá?*, Vida Social y Costumbres de San Andrés Isla.

AQUÍ (VILLA DE LEIVA) ALLÁ (SAN ANDRÉS, ISLA)

Aquí, la luna hace piruetas sobre tejados desgranados que flanquean la bellísima plaza, entre cornisas coloniales donde retozan los quejidos del viento.

Allá, en el esplendor de la soledad, la luna se despulmona como un ánfora ventruda, dibujando arabescos en el mar y subrayando el vaporoso horizonte.

Aquí, verdean los campos, adosados a un jirón de nube que se estira, se esparce, y se funde con el cielo que desprende un perfume más que azul.

Allá, en el discreto encanto de una noche azul, corren en la palma de las manos, los poemas calcados sobre la arena.

Aquí, es un placer merodear por estas calles empedradas; por rincones y pasadizos jaspeados de sombras, en las frías noches de suave abandono o en las frías mañanas color azafrán.

Allá, el cielo entero parece un pebetero y un manantial de enervantes efluvios caribeños se desliza por el aire cuando el calor se eleva como un

horno de alfarero... pero... cae la tarde, se agiganta el perfil invertido de palmeras, se alarga, se encarama y en beso imaginario muerde el sol, y abrazados mueren juntos bostezando en el mar.

VENGO DE UN OASIS

Vengo de un oasis encajonado en un rincón del Caribe occidental, donde el verdadero grito de la luz estalla en mil destellos sobre la frontera azul de Colombia.

Allá, los ecos mezclados de los alisios dan al viento la música de los anillos que envuelven a la luna.

En este espejo de estaño, veo el rastro de un camisón de muselina, con pinceladas de rosa y malva, embebido de sal, batiendo al ritmo de espejismos de mis lejanas playas.

Puesto así, veo los 75.000 kilómetros cuadrados de mar ancestral, nutricio mar que un fallo de La Haya nos quitó. Equivale a todo el departamento de Cundinamarca, todo Boyacá y casi todo Casanare! Es como perder Panamá por segunda vez!... Con ese fallo quedó servida la desazón.

En el mismo espejo, veo también un horizonte... horizonte desplegado como un lazo marfileño que entreteje arrecifes y minaretos de coral bañados de poesía.

Es la firme belleza en la blandura de las cosas. Es un tenue velo que dondequiera se rasga, aparece el encanto salvaje de lo imaginado.

EL ESCRITORIO DE PAPÁ

A la memoria de Winchi Chow.

Mi padre inmerso y fatigado por el tiempo,
a la luz de un candil rojo avinado,
contaba historias de un imperio ya olvidado,
junto a un viejo escritorio, empolvado.

Asistido por un ábaco y un lápiz
y muy fiel a sus costumbres ancestrales,
registraba en caracteres impecables,
todos sus logros en términos contables.

Sabe Dios cuántas veces repetía,
el largo viaje que lo trajo hasta aquí;
cuando sampanes y pagodas invadían,
la mente inquieta y genial de Mr. Chi.

Desde entonces he llevado su recuerdo
y entreveo en mi memoria el escritorio
al que me ligan reflejos memorables
de mi padre, pensativo y solitario.

SONETO AL VALLE

Subiría hasta el sol para extasiarme,
con tus valles, cañales y praderas
y aunque sea por un momento, extasiarme,
con aromas de tus cien primaveras.

Es difícil, difícil alejarme,
si lo intento, parece que vinieras
con suaves requiebros a susurrarme
que eres tierra de amor y de palmeras.

Hermoso en todo lo que está en tu suelo,
tejido inmenso de vida y de color;
no necesito buscar otro cielo

mientras despierte al trinar de un ruiseñor,
y tu nombre en mis noches de desvelo,
campana repiquen a mi alrededor.

TE BUSCO

Te busco en la emoción que se escapa de un suspiro,
y en la humedad de una lágrima furtiva,
en la ausencia reposada del silencio
y el perfume de una blanda margarita.

Te busco en el acento constante de la lluvia
y en la inmensa soledad de la bruma,
en la inocente avidez del primer beso
y en el cóncavo muro de la luna.

Te busco en los hervores de tardes purpurinas
Y en la reseca desmemoria del tiempo,
en la muda alegría de una estrella
y en la huella del mejor recuerdo.

Te busco en la penumbra de un rayo de luna,
y en la noche desnuda de invierno,
En la extraña sinrazón de un desvelo,
y en la presencia intrusa del deseo.

Presentado en la Quinta Fiesta de la
Poesía de Villa de Leiva, Boyacá en 2019.

Pedro Chang nació en Buenaventura en 1946 y falleció en Cali en 2001. Estudió filosofía y letras en la Universidad del Valle. Además de un reconocido publicista que creó algunas de las campañas más memorables de la publicidad colombiana, fue un académico y compositor de renombre. En su juventud, formó parte de movimientos literarios como los nadaístas y mefíticos. Escribió la obra de teatro *Amigo del alma* y publicó dos poemarios: *El otro lado de las cosas* (1989), en donde aparecen varios de los poemas aquí incluidos, y *Cali: no te vayas* (1994).

EL OTRO AMANECER

En algún lugar de mi remoto yo, en ese lugar olvidado, están los verdaderos tesoros escondidos.

Es preciso acallar las mil voces que me invitan a desistir del viaje, las razones que me impiden la aventura.

¡No es fácil!

Tendré que devorar los miedos milenarios, las palabras de desaliento, las pertenencias, las revelaciones, los libros, las mentiras, la comodidad de los puertos seguros y las enseñanzas de padres y maestros.

Tendré que acostumbrarme a la soledad y al silencio, a las risas, a las quejas y a la incomprensión.

Seré parte del universo, seré el último verso de un poema.

Me alimentaré del color de una mariposa, viviré bajo el abrigo de una hoja de árbol.

Destilaré por los poros sudor de atardeceres, viviré cantando y me resumi-

ré cuando moje el rocío.

Viajaré sin rumbo por donde exista cualquier camino.

Perdonaré el afán de mis amigos cuando pasan de largo sin detenerse a vivir, sin detenerse a contemplar las rosas.

Guardaré en una canasta los odios y las envidias y buscaré un lugar en donde puedan morir de olvido.

Vigilaré la llegada de la aurora, la sonrisa de un desconocido.

Haré un balance diario y dejaré que las utilidades se las lleve el viento.

Haré amigos sin preguntar nombres, ni fechas, ni lugar de residencia.

Amaré las mujeres por el breve instante en que puedan enloquecerme con su aroma.

Dejaré mi casa de habitación y dormiré de cara a las estrellas.

Abriré mi corazón para comprender y amar todo aquello que me disgusta.

Me meteré debajo de la cama para sentir ruidos de niños.

Regaré monedas en las calles para que la fortuna le dé la mano a los caminantes que no han perdido la capacidad de mirar el suelo.

Romperé billetes en las cafeterías rogando que los pedazos de papel liberen de angustia a los esclavos del dinero.

Escupiré el poder y le clavaré un dardo de ternura en la mitad para que en su ceguera entienda que solo es una apariencia.

Descubriré en cada ser que me rodea las cosas que lo hacen bello.

Demoraré más tiempo en observarlo, en escuchar con mayor atención lo que me parece tontería.

Estaré atento al vuelo de las aves, al color que surge de las nubes, al viento que vestido de brisa me besa la cara.

Dedicaré al rito de mi cuerpo los mejores momentos del día.

Dejaré que el agua lo circunde, lo abrace, lo cautive; inmóvil, reconoceré a Dios en cada centímetro de mi piel.

Olearé cada fruto de la vida con los ojos cerrados hasta sentir que fluyen en mi interior como si fueran otra sangre.

Haré que los murmullos, los sonidos, los ruidos, la música y el silencio, sean espíritus animados que alimenten mi cuerpo.

Que me entreguen nuevas alas, que hagan un altar de resonancias infinitas para que surjan melodías permanentes.

Veré el infinito con solo desearlo, llenaré de imágenes mis pupilas.

Estableceré códigos de miradas con las estrellas.

Me pondré de acuerdo con el sol.
Haré un pacto de amistad con las lunas y le enviaré mi amor a la distancia
con el viento de las seis de la tarde.
Reiré, lloraré sin motivo, tiraré mi cuerpo contra la agitación del mundo.
Hallaré descanso en la fatiga y abrazaré a Dios en cada esquina.
Pronunciaré tu nombre si es que te encuentro.
Juro que no volveré a dejarte escondido.
Que serás tú y solo tú el que defina.
Que serás tú el que ordene mi vida y me lleve ante Dios y me perdone por
tan viejas cobardías.

Ese yo que ando buscando me pertenece y me habita.
Ese yo que ando buscando quiere enseñarme tanto.
Ese yo que ando buscando está muy cerca.
Ese yo me estará esperando cuando despierte en otro amanecer, en otro día.

LOS HERMANOS

Completó su venganza
y aún con la quijada
en la mano
sintió que su culpa
solo sería perdonada
si exterminaba
todos los burros del mundo.

COMUNICACIÓN

Lo ensayaron todo:
Movieron ojos, manos,
cabeza, cuerpo entero...
Cuando, aburrido, uno de ellos bostezó,
y luego el otro, el otro y el otro:
descubrieron la primera palabra.

SEDUCCIÓN

Era una flor
y no pudo evitar
la mariposa.

VIAJERO

—Vengo de muy lejos
por lo tanto, debo irme pronto.

TESTIGOS DE EXCEPCIÓN

Solo los habitantes de los polos
se dieron cuenta
que el día y la noche
cambiaron su jornada de trabajo.

COMPRENSIÓN

Entendí su silencio
pero no pude saber el significado
de sus palabras.

AGITACIÓN PUBLICITARIA

Las flores desfilaron
llevando carteles de protesta
contra los nacimientos,
los cumpleaños y los amores.

Del poemario *El otro lado de las cosas*.

Julián Chang nació en Cali en 1977. Se graduó con una licenciatura en filosofía de la Universidad de los Andes y obtuvo también una maestría en administración de empresas Universidad del Valle. Ha publicado la novela *Cuando suena la brisa* (2016), de la que se adjunta un capítulo titulado “El arrebato de Amparo” en esta antología.

EL ARREBATO DE AMPARO

—Esta ciudad ha parido bailarines de antología que hay que rescatar para la memoria histórica —me comenta entusiasmado—, Telembí King, Watusi y María, Cachafaz, Evelio Carabalí, El Chato y muchos otros.

—Y a Emilio Salgado, digno representante de las clases medias.

—Yo no soy tan bueno Pocho, cómo me vas a poner en esa categoría.

—Pues yo he visto a todos esos bailarines de escuela y vos no tenés nada que envidiarles.

—¿Estás hablando en serio?

—Es más... —trato de acentuar con gravedad—, esos bailarines son acróbatas profesionales, unos verracos. Pero vos tenés un swing único que no es transferible, una sabrosura que transporta.

—Dejá de exagerar -se rasca la cabeza— de pronto en los días en que bailaba con Juanita era decoroso, pero ya me he oxidado.

—No creás, eso es como montar en bicicleta: nunca se olvida.

Caminamos por las calles de Alfonso López. Preguntamos en tres o cuatro sitios hasta que un señor nos da luces.

—¿Buscan a Amparo Arrebato? Están cerca, vayan tres cuadras para allá, y doblan a la izquierda. La tercera casa, la que tiene una fachada crema con verjas vino tinto, esa es.

Tocamos el timbre. Una joven se asoma por una ventana del segundo piso. Le decimos que estamos buscando a Amparo Ramos.

—¿Quién la necesita?

—Somos unos admiradores. Queremos hablar con ella.

—Un momento.

Sudamos copiosamente. Nos resguardamos bajo la sombra de un chiminango. Al cabo de unos minutos, una mujer se asoma por la misma ventana.

—Qué pena el atrevimiento doña Amparo, venir así, sin avisar. Lo que pasa es que no teníamos su teléfono. Nosotros somos personas interesadas en investigar y plasmar los valores y personajes que le dan identidad a Cali. Él es músico, yo soy periodista. ¿Podríamos hablar con usted? Si le parece podemos venir en otra ocasión, o nos encontramos donde quiera.

La mujer hace señas con una mano. Al cabo de los minutos sale por la puerta principal.

—Me decía que usted es periodista —se dirige a mí.

—Sí, señora.

—¿En dónde trabaja?

—Independiente. Ofrezco artículos a periódicos y revistas. La verdad no vengo a hacerle una entrevista que fijo vayan a publicar. Si me permite grabaré nuestra conversación y luego escribiré una crónica. Si es buena, pues la ofrezco.

—¿Y va a tomar fotos? Mire que me encontró en una facha terrible, como no avisaron.

—Traje mi cámara pero para que nos tomemos una foto informal, no saldría en ningún medio —la tranquilizo—. Si el medio en cuestión publica el artículo, pues seguro mandarán a un fotógrafo.

Amparo se queda un momento en silencio. Rápidamente nos estudia con sus ojos.

—Pasen, la casa está algo desordenada, pero ya que vinieron hasta acá, aprovechemos.

En una sala iluminada nos acomodamos. Nos ofrece jugo de maracuyá. Algo rolliza, de pelo corto, ronda los cincuenta. Para ser mujer es de estatura mediana. Irradia la belleza que tienen los distintos.

—Bueno, muchachos, ¿qué quieren saber?

—Que nos cuentes acerca del baile, ¿cómo empezó todo?

Aclara su garganta.

Con mi voz anoto la fecha en la grabadora: 8 de noviembre de 2000. La sitúo en el borde de la mesa.

—Desde la cuna, decía mi mamá, yo vibraba cada vez que escuchaba una salsa, un son, un chachachá, en fin, todo ritmo que fuera tropical, Caribe, me hacía estremecer, y dízque los ojitos me brillaban como dos luceiros, hablar no me hacía falta.

La misma muchacha que se asomó a la ventana llega con los jugos en una bandeja.

—Yo de chiquita era muy expresiva, cuando quería decir algo, prefería que mi cuerpo hablara. En el colegio me gustaba actuar, bailar y el deporte... era una dura para correr, incluso, por varios años me preparé para ser atleta profesional, también jugaba básquetbol.

Se detiene para tomar un sorbo de jugo.

—Era cien por ciento corporal. De pequeña quería meterme en las fiestas, bailar con los grandes, no paraba. Seguía a mis hermanas mellizas para todos lados. Las veía bailar y las imitaba, así aprendí: viendo y repitiendo.

Amparo sonrío con los recuerdos. No está muy distinta a como apareció bailando en aquel video con Jimmy Boogaloo.

—¿Cómo te hiciste pública, famosa? —pregunta Emilio.

—¿Famosa yo? ¡Famoso Gandhi! Me volví algo reconocida aquí en Cali dentro del gremio de la salsa, pero tanto como famosa, por favor.

Muñecos de peluche se arruman junto a pequeños balcones artesanales a medio terminar en un comedor del fondo.

La naturalidad con la que la pequeña Amparo bailaba la convirtió en la atracción de las fiestas familiares. Su talento empezó a ser reconocida por los vecinos. Ella se contorsionaba como muñeca de hule. Creció como una niña normal, con sabor transpirando por los poros. A los dieciséis años ganó el primer puesto en un concurso de baile que se llevó a cabo en la discoteca Aretama. Usó parte de los quinientos pesos del premio para comprarse unos zapatos de los que venía antojada. Por esa época ya empezaba su reputación. Había bailado con éxito en los griles de San Nicolás, en La Cumparsita y en Bambú. Tenía unas piernas largas y torneadas que le ayudaron a abrirse paso. Cien pesos costó la entrada al Evangelista Mora

para ver a *Dámaso Pérez Prado*, rey del mambo. Como niña de casa que era, fue acompañada por su mamá. Al Coliseo no le cabía una aguja. La banda de Pérez Prado sonaba bestial. Él, monarca era, la multitud enloquecía. Entre tanto y tan buen bailarín, el cubano detuvo sus ojos en una jovencita que parecía un trompo, elegante y natural. La llamó con un gesto de su mano. La invitó al escenario. Ella se trepó mientras él cantaba con alondras en su voz. Amparo le ordenó a su timidez silenciarse, porque como los grandes bailarines, dejaba de ser ella cuando sus pies se soltaban. Al final del concierto Pérez Prado la invitó a Cuba para hacer parte de su show. Le dijo: “bailas como cubana, chica”. Amparo miró a su madre y sintió que no estaba preparada, no se quería despegar de sus faldas.

—Me dio mami, es la pura verdad —acomoda los cojines a su lado—. Pérez Prado era muy guapo. Me acuerdo que a mi mamá le chorreaba la baba, pero ni escuchó la proposición.

—¿Pero no hizo fuerza para que aceptaras? —pregunto.

—No, qué va, le dijo que yo era una niña, que muchas gracias don Dámaso, que en otra oportunidad será.

En la feria de Cali del 68, en la Caseta Matecaña, se presentaron los boricuas *Richie Ray y Bobby Cruz*: ¡Bomba *Camará!* Similar al impacto que se llevó el rey del mambo, los salseros abordaron a Amparo, de veinticuatro años, y le preguntaron que dónde había aprendido a bailar así. La convidaron a sentarse en su mesa. En medio de los brindis se volvieron amigos. La rumba la siguieron en Juanchito. Por esos días, Amparo cumplió años y los invitó a su casa a comer tamales vallunos, con buena porción de cerdo y pollo. Al año siguiente, regresaron a Cali con el disco que la inmortalizó. “¿En quién está inspirada la canción?, ¿a quién va dedicada?” Ellos contestaron que a la exatleta Amparo Ramos, mejor conocida como Amparo Arrebató.

—Bailé mucho, las noches caleñas me las disfruté de cabo a rabo, pero sanamente, nada de drogas, muy poquito trago.

Una niña pasa hacia la cocina y saluda agitando una mano.

—Es mi nieta, la razón de mi vida.

—¿En dónde bailabas en esa época?

—Uy a ver, profesionalmente bailé en muchas partes. En el Honka Monka, el Pedregal, La Terraza de Belalcázar, Marcia, La Terraza de Salomia, en Juanchito, el Séptimo Cielo, en la Escalinata, en el Cabo Rojeño, en tantas partes... —de pronto me dirige su mirada—. Ponte algo de música.

Me dirijo al viejo tocadiscos. Amparo abre dos cajones que contienen cantidad de acetatos.

—Y eso que tuvimos que adecuar un estudio arriba porque aquí solo hay una parte, es que tenemos muchísimos —tose una vez—. Mi esposo es un melómano impresionante. Él pone música en la viejoteca del Parque del Avión.

Pongo un disco sin fijarme en el artista. Es la *Sonora Matancera*.

—¿Les había hablado de mi esposo? No demora en llegar para almorzar.

—No nos habías contado nada sobre tu marido. ¿Qué haces ahora para ganarte la vida, Amparo?

—Elaboro artesanías. ¿Ven esos peluches y balcones? Los vendo, no me va mal. De vez en cuando dicto clases en Comfandi para que la gente aprenda.

—¿Y el baile?

—Pues del baile ya no vivo. A veces doy una que otra clase particular, muy de vez en cuando me contratan para algún show. Pero el ambiente de la rumba ya no es el mismo, con drogas, armas, y todas esas cosas malucas... —inclina su tronco hacia adelante para darnos la siguiente queja—: además me he enterado de que hay uno que otro bailarín que me ha hecho mala propaganda, dicen que estoy vieja, que ando gorda, que ya no bailo ni una cuarta parte.

—Deberías mostrarnos algo de tu clase Amparo, para cerrarles la boca a todos esos insolentes, este muchacho es el mejor bailarín de nuestra generación —señalo a Emilio.

—No mis amores, yo hace meses que no bailo. Le estoy guardando luto a un hijo mío que se murió hace poco. Voy a llamar a una vecinita que es muy querida para verte bailar.

—No, ni más faltaba, qué vergüenza —Emilio se sonroja.

—No sea tímido joven, usted es el músico, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Y qué toca?

—Pues básicamente rock, pero mi música tiene mucha influencia del son y de la salsa, también del jazz y del blues y algo del bossa-nova.

—Qué bien, ya vengo.

Minutos después regresa acompañada de una muchacha delgada y muelona de nombre Patricia. La leyenda escoge un acetato, detiene el que está sonando.

—*El Gran Combo* siempre es bueno para tirar paso.

A la muchacha se le nota el linaje de sabrosura. Ataviada en un vestido amarillo y ceñido, cuenta que está estudiando para ser azafata en la Escuela de Aviación. Una balaca del mismo color le cubre la frente.

—Y vos, ¿qué hacés?

—Yo soy músico y poeta, dicto clases de guitarra.

—Qué chévere, ¿y tenés banda?

—Tuve hace mucho tiempo, pero creo que mi espíritu solitario no está hecho para estar en grupos de nada. Eso sí, le regalo líricas a mis amigos para que las utilicen como mejor les parezca.

Empiezan a bailar. Amparo los estudia como una juez crítica. Emilio cae en cuenta de que es la música la que debe gobernar. Se suelta. Los cuerpos se sincronizan. La percusión repica en las articulaciones. No es el poeta quien lidera. No es la futura azafata en sus zapatos de plataforma. Es *El Gran Combo*, *Andy Montañez*, el verano de Nueva York, Changó, los dioses del guaguancó. Las vueltas y el swing surgen naturales. Amparo de pie, sonrío y asiente en silencio. Es muy grato ver de nuevo al Sensacional.

—¡Muchachito! Tu amigo no estaba exagerando, ¡eres tremendo bailarín!

La muelona mueve una de sus manos en son de abanico.

—Sí, tremendo. Además de poeta y músico, ¿sos bailarín profesional?

—No, antes me gustaba bailar mucho, pero ya casi no lo hago.

—¿Y eso? -pregunta Patricia.

—Uy, es una historia larga —contesto yo para sacarlo de apuros.

Amparo detiene el tocadiscos. Afirmo que el disco que quiere escuchar está arriba. Va por él y regresa. Alisto la cámara presagiando lo que seguirá.

—Niños, yo llevo tiempo sin bailar, y eso que el baile es mi vida. Tarde que temprano tenía que volver a hacerlo, no sabía cómo, estaba buscando un pretexto...

Ubica una mano en su cintura, con la otra sostiene el disco contemplando su caratula autografiada. Sus pupilas se vuelven agua.

—Él estaba tan orgulloso de esta canción...

—El mejor homenaje que uno les puede brindar es seguir haciendo las mismas cosas, ser felices, esa es la mejor manera de honrarlos —Patricia la abraza por un costado—. Bailar es lo que te hace feliz Amparo, es tu razón de ser.

Ni Emilio ni yo nos atrevemos a preguntar qué era lo que le había sucedido a su hijo. Ella misma se sacude del sentimiento. Pone el acetato, baja la aguja.

—Bueno, mi amor, ¿cómo es que te llamás?

—Emilio.

—Bueno, Emilio, a demostrar para qué sos bueno.

Amparo Arrebato le llaman, la negra más popular. Amparo Arrebato le llaman siempre que la ven pasar. Esa negra tiene fama de Colombia a Panamá...

Es cierto, la mujer agraciada de años mozos es un recuerdo. Sus muslos alguna vez torneados, ahora semejan unos tiernos perniles de jamón. Carecen de la flexibilidad de antaño, pero han adquirido sapiencia, con los golpes que moldean el carácter. La espalda de Emilio le gana a su joroba. Sus uno ochenta y tres centímetros se hacen evidentes. Brazos se acompañan con piernas y caderas. Los largos dedos del bardo rodean la mano de la leyenda. ¡Guateque desenfrenado!

Amparo enreda a los hombres y los sabe controlar. Amparo Arrebato le llaman la negra más popular. Oh, que esa negra es sandunguera, nadie lo puede negar.

Presencio el regreso de quien fue una de las precursoras de aumentar con su baile, de 33 a 45 las revoluciones por minuto de los discos. De hecho, la siguiente canción que bailan es *Micaela*, de *Pete Rodríguez*. Casi saltando, Amparo lleva a Emilio a probar terrenos inéditos de su swing. Él se suelta, se ríe, se sacude de ese hálito existencialista con el que carga, hasta realizando las cosas más cotidianas. Tomo fotos. Más de cuatro minutos de puro boogaloo.

Emilio siente, en ese instante, que su cuerpo, herencia de una condena, debe hallar un camino de salvación. No es a través de la renuncia ascética. Es volviéndose canción, sin importar que su ciudad la rompa en mil pedazos, una y otra vez. Debe componer su propia melodía. Y aquel tiempo vertiginoso es el que necesita. Para interpretar a Estela con rapidez, para derrotar el tedio de los días. Para enfrentar con ímpetu lo que se viene. Porque si ante los ojos de muchos, él es un retraído, tan lento que todo en la vida le llega a deshoras, son pocos los que entienden aquella sensibilidad

que lo hace vivir en otra dimensión, en la que un ademán y un silencio, cobran cientos de matices. Aquel tema es un bálsamo, un bautismo, más con aquella bailadora. Necesita incorporar esa energía. No hay alternativa. Emilio a 45 rpm (revoluciones por minuto).

EL RASTRO DE MI ABUELO

En un barco cargado de sueños y preguntas,
del lejano oriente hacia Buenaventura,
nostálgico y solitario, viajó mi abuelo.

Cargaba con una maleta rota que llevaba el espíritu
de su difunta esposa, cinco mudas para el calor tropical,
y un cuaderno para anotar palabras nuevas.

Sus enemigos políticos querían que corriera con la misma
suerte que su compañera, a la que asesinaron por cuenta
de las reyertas provenientes del poder y sus tinieblas.

De Cantón salió una madrugada escondido entre
marineros, toneles y una bruma que ocultó el dolor
del desarraigo que le manaba de su corazón de tinta.

En un idioma distante pero con los mismos códigos del mar,
mi abuelo fue nombrado cónsul y viajó a la capital,
sin aspavientos ni pretensiones de gloria personal.

El amor llegó de nuevo una tarde fría y gris, de repente,
en el cuerpo de una muchacha muy joven, casi niña,
quien huía de su casa como él huyó de su puerto.

En el hogar de los desterrados nació mi papá,
quien vivió en Buenaventura en sus primeros años
entre artículos de ferretería y cocineros chinos.
Hasta que una ruptura los separó y mi abuela huyó a

Cali con mi pequeño padre, añorando un nuevo comienzo,
mientras el sentimiento de destierro regresaba a mi abuelo.

Buscando nuevas utopías, rememorando su pasado como político
desde un tranquilo retiro, mientras jugaba póker con sus paisanos,
murió de un infarto fulminante a los cincuenta y dos años.

Sin haber escuchado su voz, ni presenciado sus gestos,
trato de imaginar cómo habría vivido en estos tiempos,
cómo caminaría con su traje de algodón por las avenidas.

Solo un par de fotos en blanco y negro y mi apellido paterno,
y a veces la nostalgia y la valentía que me llegan en ciertos días,
cuando en los pliegues de mis manos reconozco el mar de Cantón.

LOS ANCESTROS

El espejo no refleja solo mi rostro.
El reflejo del espejo refleja el alma de mis ancestros.
Dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos,
aparecen con cada línea de expresión;
sin que yo los vea, desde mi pupila dieciséis tatarabuelos
me ven levantarme cada mañana
y deambular por la vida, buscando,
con cada paso, una razón de ser que tal
vez ellos tuvieron a granel,
en el contacto con la tierra y el mar
y que yo solo leo en libros de piratas y guerreros.
La sangre derramada y las estrellas perseguidas
son el sustento diario de mis horas,
pues en cada victoria, un ancestro me levanta la mano,
en toda derrota, un ancestro susurra palabras de consuelo,
y cuando llega el desamor, algún ancestro me muestra
que la tristeza es una forma de purificarse por dentro
para que otro amor llegue y nazca una ilusión

que tal vez, dure un poco más en el tiempo.
Treinta y dos choznos y sesenta y cuatro pentabuelos se necesitaron
para que yo escribiera estas líneas que se las lleva el viento.
La misma cantidad que necesitaste tú para leerlas
y para entender que todo lo que sientes, piensas y te va a suceder
seguramente ya fue vivido por algún ancestro.

CEGUERA

Mi ceguera es de gente común,
de hombres que ven y no sueñan,
de gente que le encuentra lagañas al arco iris
a la salida de una feria.

¡Ay, pobres de mis ojos!, cortos de alcance,
escuálidos y apocados en apreciación.
Incapaces de vislumbrar la sutileza del viento,
el misterio de una canción.

Hubo años en que florecía la alegría,
tan fácil y silvestre,
días en que las horas se atropellaban la una a la otra
y el ritmo y las rimas prescindían de la melodía.

En aquellos tiempos todo era un reverdecer constante:
los olores de la cocina materna,
las fábulas del padre en los domingos azules,
los juegos que asaltaban al compás de un redoblante.

Pero llegó la necesidad de ser alguien.
La necia idea de hacerse a un nombre
para ser respetado, admirado, temido, y si acaso, amado.

Y entonces... ¡la muerte!

Mi ceguera es de gente común,
de hombres que ven y no sueñan,
de gente que le encuentra lagañas al arco iris
a la salida de una feria.

Paso las horas cazando sombras
a la vera del río. A la espera de alguna
que me devuelva aquellos ojos:
la invaluable capacidad de asombro.

¡Protesto porque la fantasía no puede
ser propiedad de una edad, de un género,
de una especie, de un oficio, de una sensibilidad!

Protesto en silencio, para que ojos nuevos crezcan en estos cuencos rotos.

Anochece y yo sigo esperando.
Ante la imposibilidad persistente,
abriré el radar de mi esperanza
para apreciar todo lo que se siente.

Mi ceguera es de gente común,
de hombres que ven y no sueñan,
de gente que le encuentra lagañas al arco iris
a la salida de una feria.

Desde 2007, Pilar Hung es directora de Canal CaliTV, un canal de televisión abierta de la ciudad de Cali. Es, además, presentadora de televisión, comunicadora social y periodista de la Universidad del Valle y directora del programa líder en música romántica Generación R. En octubre de 2021, fue galardonada como mejor periodista-directora de televisión regional en Colombia.

DEL ABUELO Y OTRAS HISTORIAS

No llegaba a los 25 años mi abuelo Hung Wei Maa cuando decidió dejar atrás su tierra para venir a explorar nuevos rumbos en Colombia, país del que ya había empezado a oír en su región, en historias que contaban las familias de otros chinos que habían partido años atrás.

Corría entonces el año de 1922.

Mi abuelo salió de Zhuhai en la provincia de Cantón —localizada en el delta del río de las Perlas—, seguramente con temor de no saber que encontraría en un mundo totalmente desconocido y diferente a su cultura, pero con la esperanza de hallar aquí su destino.

No debió ser fácil para mi bisabuelo Hung Qi Qin ver partir al único varón de sus 4 hijos, sin saber si regresaría. Atrás quedaron padres, hermanas, amigos y recuerdos.

Su destino final: el puerto de Buenaventura, en el departamento del Valle del Cauca, Pacífico colombiano.

¿Por qué ese destino y no otro como Panamá o Barranquilla? Lo desconozco. Quizás porque tanto él como los otros jóvenes chinos que le acompañaron en esa larga travesía por el mar, tenían referencias de conocidos que ya

estaban instalados allí. Travesía que duraría tres meses y que marcaría el comienzo de una historia familiar, de la cual hago parte.

La llegada de barcos con chinos al puerto de Buenaventura se convirtió en una puerta que permitió el acercamiento entre Oriente y Occidente.

Ya había pasado la primera gran migración de chinos a Colombia, año 1854, cuando llegaron centenares de jóvenes a trabajar en la construcción de las ferrovías interoceánicas en lo que hoy se conoce como el Istmo de Panamá. Trabajos forzados, mal remunerados y en situaciones poco saludables, que acabaron con la vida de muchos inmigrantes. Los que sobrevivieron comenzaron la historia.

Empezaron a llegar chinos por el puerto de Barranquilla y también a Cartagena, en el Atlántico colombiano.

El Pacífico colombiano se presentaba como una gran alternativa de trabajo para agricultores, mineros, cocineros y obreros que abandonaban su país en busca de nuevas oportunidades y asfixiados por el hambre, la superpoblación, las dificultades económicas.

Y no es que fuera Colombia su único destino, pero sí un territorio nuevo que les abría infinitas posibilidades para sobrevivir,

Ya los chinos en su espíritu valeroso y aventurero habían llegado para instalar colonias en otros destinos como New York, Toronto, Lima, São Pablo, donde rápidamente construyeron sus barrios con escuelas, templos, farmacias y todo lo que les hiciera sentir seguros, como en casa.

Y Colombia apareció en el camino como una nueva tierra amable y fértil para sembrar su futuro.

Así llegó mi abuelo a Buenaventura y de ahí se desprendió su camino por otras regiones del país.

Dicen que chino que se respete lleva el arte culinario en las venas y mi abuelo no fue la excepción.

Una vez en Colombia se las arregló para montar dos restaurantes, para cultivar arroz en una finca que compró en el municipio de Pradera y para poner en marcha una fábrica de pasta, llamada “La flor del Valle”.

Se adaptó rápidamente a esta tierra encantadora del Valle del Cauca, tanto que se enamoró de Isabel, una bella huilense que acababa de llegar a Cali y con la que decidió formar una familia numerosa de 8 hijos.

Mi padre, Otto Hung, fue el primero de esa unión. Él fue quizás el que más compartió con mi abuelo sus años de empresa por esta tierra va-

llecaucana. Le recuerda con su carácter fuerte y firme, muy consecuente con lo que decía y, sobre todo, un gran consejero.

Fue con mi padre con quien fuimos a visitar la recientemente inaugurada sede de la Asociación de la Amistad Colombo-China en Cali, para reunirnos allí con amigos suyos chinos y nos contarán más de lo que había sido y sigue siendo, esta historia de los chinos en nuestro país.

Hablamos con Mei Qi Qin, su presidente, y con Jhony Cheung, uno de sus miembros más activos.

Tanto Mei Qi Qin de 53 años, como Jhony de 65, llegaron desde la provincia de Cantón al valle del Cauca, atraídos por las historias que les contaban sus familias ya asentadas en esta zona del país.

Jhony lleva más de 45 años aquí y Mei, 25.

No sé por qué, pero por más años que lleven los chinos viviendo en Colombia, nunca llegan a hablar perfecto el español... Le sucedió a mi abuelo y también a ellos.

Los chinos jamás renuncian a su idioma natal; entre ellos solo hablan en cantonés o en mandarín.

Nos contaron que la fuerte migración hacia Colombia se debió a la crisis económica que se vivía en la China, lo que obligó a que miles de compatriotas suyos, entre ellos sus familias, buscaran nuevos destinos para salir de la pobreza. Buenaventura fue solo uno de ellos, convirtiéndose rápidamente en el puerto que más chinos recibió, sobre el Pacífico colombiano.

Ellos llegaron también, motivados por sus tíos, hermanos, primos, que ya habían encontrado maneras de montar negocios para ganar dinero.

Jhony, por ejemplo, llegó donde un tío que a su vez tenía amigos chinos con restaurantes.

Los chinos son muy solidarios entre ellos y eso explica en cierta manera que nombres como “Colombia” y “Buenaventura” fueran haciéndose familiares y convirtiéndose en un destino seguro para los chinos, que años tras año, fueron llegando.

Afirma Johny que en Cali hoy en día hay alrededor de 400 chinos que se dedican al negocio de los restaurantes, pero también gracias a la apertura de mercados, a la importación de electrodomésticos, acero, vidrio, calzado y ropa, generando empleo no solo a otros chinos, sino también a colombianos.

Mei Qi Qin no solo tiene restaurantes acreditados en la ciudad, sino que también se dedica a la importación de artículos y materiales desde China.

Saben que Colombia les abrió las puertas no solo a ellos, sino a todos los que les precedieron. Se sienten bien viviendo aquí, porque han encontrado una muy buena respuesta de los colombianos y además amigos.

Johny tenía solo veintiún años cuando decidió venirse a Colombia. Recuerda que llegó a trabajar como mesero, en restaurantes de amigos de su tío y ganaba setenta dólares al mes.

Hoy en día es un próspero comerciante, casado con una china y padre de un hijo colombiano.

También cuenta que hoy la situación es muy distinta a la que se vivía hace años y que ya los chinos no quieren emigrar de su país porque ya no se respira el ambiente de pobreza de antes y ahora se ganan un promedio de seiscientos o mil dólares por mes.

La China de hoy no es igual a la que él dejó. El panorama económico ha cambiado y se sorprende al decir, que ahora allá, todo se maneja desde el celular.

A comienzos de siglo xx, la mayoría de los chinos que llegaron al Pacífico colombiano procedían de Cantón, hoy llegan desde el norte del país, de lugares como Fujian y Zhejiang, hablan mandarín y son comerciantes.

En medio de la charla y mientras nos servían té, una y otra vez, cada vez que se terminaba en la taza, llegó Rosita Kan.

Ella tiene ochenta y tres años y llegó a Colombia cuando tenía 24 años de edad.

Rosita no tuvo mucha opción. Su esposo Manuel Van, con quien llevaba un año de casada, decidió un día venirse desde Macao, cerca de Hong Kong, hasta Buenaventura, porque ya cinco miembros de su familia habían viajado y le prometían un trabajo asegurado en sus panaderías.

Rosita viajó cinco años después y aquí se quedó. Ya tenía un hijo nacido en la China y aquí tuvo tres más. Ahora ya son profesionales y han conformado sus propias familias en estas tierras.

Rosita no solo cocina su tradicional comida china; le fascina preparar platos típicos del valle del Cauca como el sancocho de gallina o de cola, o de pescado.

Aunque, a pesar de los años viviendo en el valle del Cauca, no habla aún muy fluido el español, se siente a gusto aquí, como en su tierra.

Los chinos viajan con frecuencia a su lugar de origen, a reencontrarse con su gente, sus costumbres y sus paisajes.

Se reúnen con frecuencia para compartir entre ellos, solo entre ellos, pues rara vez permiten que alguien fuera de su círculo familiar les acompañe.

Continúan, sin embargo, practicando sus costumbres. No solo su idioma con el que se sienten totalmente cómodos, sino que se reúnen en sus fiestas tradicionales basadas en el calendario lunar, a cantar, a comer sus platos típicos, a jugar mahjong o a llamar la suerte a sus vidas, así lo hacen cada año nuevo, en el festival de *Qinming* o Día de los Difuntos, festival de los fantasmas hambrientos, celebrado durante el séptimo mes lunar, o en la fiesta de la luna en la octava luna llena del año o el Día Nacional. Para ello llevan siempre consigo el calendario chino, ese que les permite seguir conectados con sus ancestros y con sus tradiciones.

Ahora desde la Casa de la Amistad Colombo-China están tratando de reagrupar a toda la colonia china asentada en esta región y ayudarles en todo lo que sea posible, especialmente en asuntos de migración.

En Buenaventura quedan muy pocos chinos, tanto Johny Cheung como Rosita Van, que aún tienen familia en el puerto, aseguran que la cifra no supera los 20, debido a que o han fallecido los pioneros o los que estaban, decidieron invertir sus recursos en ciudades capitales.

En Cali funcionan 48 restaurantes auténticamente chinos, según la estadística que ellos manejan. La cocina seguirá siendo su fuerte para abrir los caminos.

Mi abuelo falleció el primer día del año 1982 a sus 84 años, pero mi padre Otto se ha encargado de preservar su memoria.

En casa tratamos de conservar algunas tradiciones, especialmente cuando nos reunimos a celebrar el año nuevo chino y la comida oriental nunca falta.

Yo, en lo personal, celebro que mi abuelo haya llegado a Colombia y me siento orgullosa de llevar el apellido Hung, que en mi ejercicio periódico me ha abierto muchas puertas.

De ese aventurero joven que a comienzos del siglo xx llegó a Buenaventura, buscando crear y vivir sueños llenos de un futuro seguro, del Wei

Maa que una vez en Colombia, pasó a llamarse Santiago, quedaron 8 hijos, 33 nietos y más de 30 bisnietos.

Como un homenaje a su memoria y para que la historia china en mi familia continúe, mis hijos llevan por nombre Han Yu y Yat Sen.

Telmo Leusson Flórez nació en la población de Chilvi, Tumaco, el 12 de abril de 1924, en el seno del hogar formado por don Santiago Leusson Camp y la señora Bartola Flórez, de nacionalidades china y panameña, respectivamente. Cuando se proponía culminar sus estudios de bachillerato en el liceo Tumaco, fue becado por el departamento de Nariño, para cursar estudios de agronomía en la Escuela Orense de Machala, Ecuador. Una vez egresado como agrónomo, volvió a Tumaco, donde prestó sus servicios al Ministerio de Economía, como se llamaba en ese entonces el Ministerio de Agricultura en la campaña de sanidad vegetal. El 1 de enero de 1947 contrajo matrimonio con la señora Olga Olaya de Leusson, en la catedral de Ipiales, Nariño. Fruto de este matrimonio nacieron Evers Santiago, Ladis Eidi, Ulises A, Armi Vivían, Óscar Alexis y Telmo Leonardo. Se desempeñó como profesor del Liceo Tumaco y del colegio Santa Teresita de las hermanas carmelitas descalzas. Sirvió, además, como secretario de los juzgados Penal y Municipal, del Trabajo, Circuito, Quinto de Instrucción Criminal y Juzgado 5 Penal Municipal de Buenaventura. Fue alcalde titular (en dos oportunidades, siendo el alcalde más joven en la historia de Tunaco a los veintiún años), personero municipal, secretario de la Alcaldía, supervisor escolar del municipio y concejal en dos legislaturas. Trabajó de auditor de la Contraloría General de la República de los planteles nacionales, y de supervisor de la Contraloría General del Departamento de Nariño, en Tumaco. En 1954 fundó, junto con su esposa, el plantel educativo Instituto Max Seidel de enseñanza primaria, y, más adelante, el Centro Comercial de Enseñanza Media Leusson. Entre sus obras publicadas están el poemario *Mi gran amanecer* y los ensayos *Realidad de una vocación*, *Tumaco, reseña histórica*, *Tumaco historia y cultura* y *Liceo nacional Max Seidel (100 años de existencia)*.

MI INTERÉS

“Señor... ellos me dieron la existencia
con verdadera inspiración divina;
formar un ramillete de rosas,
que dan fragancia a mi vida”.

No escribo para aquellos eruditos,
ni para los críticos de turno;
escribo para quienes los dedico
porque ellos estimaron mis versos!

Al escribir, mi deseo no es de gloria;
mis cantos, la razón de mi existencia;
escribo, por un dictado de conciencia;
solo escribo, por amor a mi familia!

POR TUS HUELLAS

Cuando el sol en el ocaso,
y tú a la salida del alba
estaré en medio de ambos,
por las huellas de tu sombra!

Y si llegas con la noche
envuelta en las tinieblas,
allí estaré sin reproche
para juntarnos con el alba!

Mas si este es mi destino
por conquistar tu amor,
no importa que mi sino,
sean las huellas de tu sombra!

MI BARCA

Busco por toda la bahía
aquella barca perdida,
que se alejó del puerto,
con rumbo desconocido!

Cual gaviota en su peregrinar
andaré entre los mares,
y si no la encuentro jamás,
mi destino será navegar!

Entonces será mi hogar,
las brumas del océano,
así pasarán los años,
y allí viviré en el mar!

NOCHE TUMAQUEÑA

Apacible noche tumaqueña,
paraíso de mis ensueños,
preciado tesoro soñado,
“perla” de mis antepasados!

En las noches de tristezas,
de angustias y pesares,
me recreaba en tus playas
para disipar mis penas!

Al regresar y contemplarte,
¡oh, noche de mis recuerdos!
¿Dónde están tus encantos
de tus noches estrelladas?

¿Dónde están tus palmeras,
los caracoles y manglares?
¿Tu morro, brujo y guano
y tus arenas plateadas?

¿Acaso la misma naturaleza,
se opone a tu grandeza?
Entonces, viviré en tu seno,
confiado en tu progreso!

A TUMACO

Sobre el mar del sur, en crecido
resplandor de brillantes matices,
entre las aguas ecuatoriales,
brisas, canciones y arrullos,
al compás de remos y canaletes,
una claridad los atrapaba.

La luna plateada resplandecía
las enfurecidas turbionadas
contra el reguero de la costería;
al labrador su luz esparcía
entre cordilleras de palmeras
que desfilaban en la manglería.

Brindado hechizo paisaje,
en medio de ríos y montañas,
los caras, venidos del Perú,
integraron su gran comunidad.
Aquí los tumas fijaron sus moradas,
Aquí floreció su cultura 2.500 años.

PANAMÁ

Berta Alicia Chen P. (1955-) reside en Panamá con su esposo, Roberto A. Hylton. Es descendiente de cuarta generación en Panamá. Su bisabuelo, Chen Kun Chong, llegó a Panamá en 1885 desde el pueblo de Tai Pang Tou (大 龐 頭), distrito de Hueng-shan (Zhongshan). Su abuelo, Chen Chi Fat, llegó a Panamá en 1895. Su padre, Jorge Chen Won y sus trece tíos y tías nacieron en Panamá. Es autora, editora, traductora, empresaria, investigadora y compiladora. Obtuvo su maestría en administración de empresas en la Universidad de Oklahoma y su licenciatura en Administración de Negocios en la Universidad de Panamá. Su empresa, Management Development Corporation, presta servicios de consultoría, traducción y publicación de libros. Es miembro de la Asociación de Profesionales Chino-Panameña (APROCHIPA), la Asociación China de Mujeres Ejecutivas y Profesionales de Panamá (ACHIMPA), la Sociedad Chung San Jr., la Asociación Panameña de Traductores e Intérpretes, el Directorio de Escritores Vivos de Panamá, la Asociación de Editores y Autores de Panamá (SEA), la Academia Panameña de Literatura Infantil y Juvenil (APLIJ) y las Damas Kiwanis. Ha sido distinguida como “Ciudadana Notable” por la Comisión Nacional Pro Valores Cívicos y Morales, como “Mujer Destacada” por ACHIMPA y como “Socia Destacada” por APROCHIPA. Se desempeñó como directora de Comercio Internacional del World Trade Center Panamá, directora de promoción de inversiones y exportaciones del Instituto Panameño de Comercio Exterior, subdirectora general de Aduanas, subgerente general de la Administración de Zona Libre de Colón y profesora de la Universidad Santa María la Antigua. Ha dictado conferencias sobre la presencia china en Panamá en universidades, centros educativos y organizaciones. Ha publicado la colección de cuentos *Ahora te contaré un cuento* (2007), así como varios otros libros

de no ficción, entre ellos *Relaciones entre Panamá y China (siglos XIX, XX y XXI)* (2019); *Panamá y China: una relación de tres siglos* (2019); *Cómo, cuándo y por qué llegaron los chinos a Panamá* (2016); *Presencia china en las construcciones del ferrocarril y del canal de Panamá (1852-1914)* (2019); y *Una visita al zoológico* (2015). Ha publicado, además, diccionarios bilingües especializados (español-inglés) y libros infantiles, así como recopilaciones de proverbios y de frases célebres sobre el canal de Panamá: *Dictionary of Proverbs and Sayings/Diccionario de proverbios y refranes* (1998); *Proverbios, refranes y pensamientos relativos al dinero* (2002); *Diccionario legal/Legal Dictionary* (2007); *7000 términos/Terms (español-inglés/English-Spanish)* (co-autora Lastenia Araúz) (2007); *Glossary of International Trade Financing/Glosario de financiamiento de comercio internacional* (2012); *English Binomial Expressions and their Spanish Equivalents/Expresiones binomiales en inglés y sus equivalentes en español* (2013); *Frases célebres sobre el canal de Panamá* (2013); *Proverbios y refranes relativos a la amistad* (2013); *Proverbios y refranes relativos al amor* (2013); *Proverbios y refranes relativos a la familia* (2013); *English Legal Binomial Expressions and their Spanish Equivalents/Expresiones binomiales legales en inglés y sus equivalentes en español* (2015); *Tangram: un mágico rompecabezas chino* (2015); *Juguemos con el tangram (rompecabezas chino)* (2015); *Adivinanzas infantiles* (2015); *Diccionario de modismos sobre animales/Dictionary of Idioms about Animals* (2016); *Expresiones idiomáticas y sus equivalentes en español e inglés* (2019); y *Diccionario de expresiones/Dictionary of Expressions* (2019).

LOS ZAPATITOS DE MI ABUELITA

Hace un mes, mi hermana Diana me pidió que cuidara a su hija Vicky de seis años. Apenas llegaron, mi sobrina me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Desde pequeña, había sido muy cariñosa conmigo y habíamos establecido una relación muy cercana. Después de darle de cenar, le coloqué sobre mi cama la caja donde le guardaba algunos juguetes. Le dije que yo estaría ocupada unos minutos en la cocina y después jugaría con ella. Ya Vicky conocía mi apartamento y conocía cuáles cosas podía tocar y cuáles no, por lo que yo estaba segura que ella no iba a hacer una travesura. Después de unos minutos, escuché los sonidos de unos tacones que provenían de mi recáma-

ra. Sin hacer ruido, me acerqué para que la niña no notara mi presencia y vi cómo tenía puestos mis zapatos rojos de tacones y se miraba frente al espejo. Luego, regresaba al armario, se ponía otro par y se volvía a mirar. Su rostro reflejaba una gran alegría al verse como una mujercita, aunque fuera solo porque tenía puestos zapatos altos.

Cuando la vi caminando de un lado mirando sus pequeños pies dentro de unos enormes zapatos, recordé cuando yo tenía cinco años y me ponía los de mi abuelita. En realidad, no eran tan altos como los míos ahora, pues esos tenían unos tacones medianos y gruesos, pero se ajustaban muy bien al tamaño de mis pies, como si estuvieran hechos a mi medida. Por otro lado, los zapatos de mi mamá me quedaban muy grandes y no era cómodo andar con ellos de un lado a otro porque se me salían a cada rato. Por eso, siempre preferí ir al cuarto de mi abuelita a ponerme los de ella y a jugar a que era una niña grande y me veía muy elegante con mis tacones. Pronto los zapatitos de mi abuelita me quedaron apretados y tuve que ponerme los de mi mamá, aunque me quedaban grandes. Con el pasar de los años, mis pies alcanzaron el tamaño suficiente para poder calzar mis propios tacones, pero el recuerdo de aquellos zapatos me ha acompañado toda la vida, a tal grado que ahora casi todos mis zapatos tienen tacones altos.

Cuando estaba terminando la primaria, fue cuando me percaté que mi abuelita tenía los pies pequeños. Cuando ella no había aprendido bien el español, le pregunté a mi mamá por qué la abuelita tenía los pies de ese tamaño. Ante mi insistencia, le dijo a mi abuelita que yo quería saber sobre sus pies y ella comenzó su relato, el cual mi mamá me tradujo y complementó con lo que ella sabía. Se trataba de una costumbre china que se iniciaba en otoño o invierno cuando los pies estaban entumecidos por el frío y no se sentía tanto dolor. A los dos meses después que mi abuelita cumplió cinco años, su mamá le sumergió los pies en agua tibia, a la cual agregó sangre de animales y hierbas. Después que le untó una pomada para desprender la piel muerta, le cortó las uñas, le dio un masaje y le quebró los cuatro dedos más pequeños. Con unos vendajes largos que había empapado en el mismo líquido donde le habían sumergido los pies, comenzó a envolver los dedos más pequeños y continuó apretando alrededor de cada pie hasta llegar al talón. Durante los siguientes dos años, le cambiaron los vendajes cada dos días. Cuando ella cumplió ocho años, sus pies medían cuatro pulgadas y continuó usando los vendajes hasta cumplir diez. Sus pies le dolieron mu-

cho por años, pero su mamá y todas las mujeres de su familia le decían que esto era necesario para poder encontrar esposo, ya que los hombres no se casaban con mujeres con pies grandes. Mi abuelita había aprendido el procedimiento porque la costumbre dictaminaba que fuesen las madres quienes debían realizarlo en sus hijas. Mi mamá y mis tías siempre agradecieron que en 1911 el recién instalado gobierno chino erradicó definitivamente esta milenaria costumbre y mi abuelita no les vendó los pies.

Yo estaba esperando escuchar un relato alegre, pues tenía fresco el recuerdo de cuando me ponía los zapatos de mi abuelita, pero me sentí triste. ¡Cuánto sufrieron mi abuelita y todas las mujeres chinas!

Cuando ella falleció, fui a su armario a buscar sus zapatos y a recordar las muchas veces que me los había puesto. Tomé uno de ellos y los medí con la palma abierta y me asomé de cuán pequeños habían sido sus pies. Los conservé, y cuando quiero recordar en forma especial los sostengo entre mis manos.

Una vez leí que el origen de esta costumbre tiene varias versiones. Una leyenda cuenta que la concubina de un príncipe caminaba con tal gracia que parecía que flotaba sobre los lirios, por lo que los “*pies de lirios*” se convirtieron en un modelo de imitación. Otra versión señala que ella realizaba un baile donde se veía mejor con los pies vendados. También se dice que una emperatriz tenía los pies deformes y le pidió al emperador que hiciera obligatorio que las niñas se vendaran los pies y de esa forma los suyos eran considerados hermosos. A pesar del misterio del origen de esta práctica, sus consecuencias aún se palpan en las pocas mujeres de avanzada edad con pies vendados que aún viven, o en los efectos psicológicos y sociales que se han derivado de esta milenaria costumbre.

El sonido de los tacos me hizo regresar al presente. Observé cómo Vicky se contemplaba frente al espejo. En ese momento, no pude resistir y le dije:

—Vicky, algún día tendrás tus propios zapatos con tacones y como tienes unos pies muy bonitos, te verás muy elegante.

—¿De veras, tía? ¿Crees que me veo bonita y elegante con zapatos altos?

—Sí, pero, aunque no tengas zapatos con tacones, siempre te verás bonita porque tu belleza está por dentro y eso es lo más importante. Cuando yo tenía tu edad, me ponía los zapatos de mi abuelita, quien tenía los pies chiquitos. Todavía los guardo. ¿Te gustaría ponértelos?

Sin esperar su respuesta, busqué la caja que guardaba en la parte alta del armario. Ahora ya sabía a quién algún día le daría ese par que guardaban un valor sentimental y que era prueba de una de las prácticas equivocadas de belleza y moda que más se enraizó en una cultura.

De Ahora te contaré un cuento.

SEA WITCH: UN CLÍPER EXTRAORDINARIO

Los días de los afamados barcos de vela conocidos como clíperes, usados en la era del comercio con China y de la fiebre de oro en California, representan el período más emocionante de medio siglo de historia de la navegación. Estados Unidos de América (EE. UU.), que había obtenido su independencia en 1776, reinaba en los mares antes de mediados del siglo XIX. Los barcos más refinados y veloces que rápidamente rompían todos los récords existentes salían de los astilleros de Nueva York y Boston. En total, se construyeron alrededor de 500 clíperes, cada uno de singular belleza y ninguno igual al otro. Fue en esa época, cuando un 8 de diciembre de 1846, cientos de personas se reunieron en los patios de Smith & Dimon para ver a Cordelia Waterman, la esposa de su primer capitán, bautizar al *Sea Witch* (*Bruja del Mar*). El *New York Herald* cubrió el evento y publicó lo siguiente: “El *Sea Witch* es, para una nave de su tamaño, la más bella nave que hemos visto... Está construida del mejor material, y, aunque presenta una apariencia ligera, está construida de forma resistente”.²

Dos semanas después, el clíper zarpó desde la isla de Manhattan (hoy Ciudad de Nueva York) para convertirse en uno de los más famosos veleros en la historia marítima. Sus dueños, Howland & Aspinwall, se habían establecido en esa ciudad en la década de 1830 y se dedicaban al comercio de importación de productos chinos, tales como porcelana, sedas y té. Uno de los socios, William H. Aspinwall, y otros comerciantes de esa ciudad había fundado la Compañía del Ferrocarril de Panamá en 1846. Dos años más tarde, otros socios formaron la Pacific Mail Steamship y adquirieron con el Gobierno de EE. UU. el contrato para transportar el correo entre la costa este hasta California a través del istmo de Panamá.

El *Sea Witch* era un barco tipo clíper, que es el término que se utilizaba para designar a los barcos de vela rápidos con más de tres mástiles. Su diseño estuvo a cargo del arquitecto naval John W. Griffiths, un experto en veleros de velocidad, quien fue el primero en emplear modelos de prueba y otros principios científicos en el diseño de barcos. Ya había diseñado el clíper *Rainbow*, el cual había generado considerables críticas durante su construcción, pero una vez puesto en operación, tuvo tal éxito que los armadores le encomendaron el diseño del *Sea Witch*. Ese clíper fue su obra maestra, por lo novedoso de su línea y construcción. Ambos clíperes tuvieron un tremendo impacto en el diseño del casco de barcos para uso comercial por la velocidad que alcanzaron. El *Sea Witch* se construyó para que pudiera transportar de forma rápida mercancía de alto valor desde China hasta la costa este de EE. UU.

El astillero Smith & Dimon de Nueva York le cobró 2.700.000 dólares a Howland & Aspinwall por la construcción. El *Sea Witch* tenía 192 pies de longitud, 34 pies de ancho, 19 pies de profundidad, viga de 43 pies y un peso de 890 toneladas. Se construyó con mástiles especialmente altos para los barcos de su tamaño. Su mástil mayor, con 140 pies, tenía cinco niveles de velas, al igual que el trinquete y mesana más cortos. Durante un corto tiempo, el *Sea Witch* fue el barco más alto a flote y se le atribuye el haber sido uno de los primeros clíperes construidos en EE. UU. El mascarón de proa era un dragón chino con la boca abierta y una cola parcialmente enrollada, representando al Imperio chino. Su casco estaba pintado de negro con una cinta en contraste a nivel de la cubierta y sus mástiles relucían. En la popa, su nombre en color dorado indicaba que se trataba de una nave de primera clase.

Su primer capitán fue Robert Waterman, conocido en el medio marítimo como “Bully Bob” Waterman y reconocido por su astuto y hábil pilotaje, con el cual presionaba a sus barcos para que lograran récords nuevos y casi increíbles. Su tripulación estaba compuesta por unos 50 hombres, verdaderos lobos de mar, acostumbrados a enfrentar tormentas y a conocer los vientos para que las velas respondieran al máximo. Bajo el mando del capitán Waterman, el *Sea Witch* estableció una marca de velocidad en barcos de vela de 77 días entre Hong Kong y Nueva York en 1847, la cual superó a 74 días en marzo de 1849. Esta marca se mantuvo hasta mayo de 2003 cuando el trimarán *Great American II* lo superó al navegar la ruta en 72 días

y 21 horas. El *Sea Witch* todavía posee la marca de Hong Kong a Nueva York para veleros monocasco. Otras marcas del clíper incluyeron: 69 días desde Nueva York a Valparaíso y 50 días desde Callao a Hong Kong. A principios de 1850, el *Sea Witch* volvió a romper otra marca de velocidad al completar la ruta entre Nueva York y San Francisco en 97 días, superando la marca existente de 100 días, la cual representaba un poco más de la mitad del tiempo de los barcos convencionales, cuyo promedio era de 159 días para esta ruta. Otro hecho notable fue que cuando el *Sea Witch* rodeó el cabo de Hornos, era a mediados del invierno y los vientos soplaban en contra, tanto en el cruce como en su posterior navegación hacia el norte, por lo menos, hasta latitudes de 35° sur.

Después que se descubrió oro en California, Howland & Aspinwall sacaron al clíper de su ruta a China y lo transfirieron para que cubriera la ruta desde la costa este hasta San Francisco, dando la vuelta alrededor de cabo de Hornos. El mando del *Sea Witch* pasó al capitán George Fraser en 1849. El clíper comenzó a mostrar deterioro físico en la década de 1850. Ya se habían comenzado a construir barcos nuevos más rápidos que lo reemplazaron en la actividad comercial. De allí en adelante, fue reasignado como una nave de tercera categoría para transportar culís chinos al continente americano.

Además de EE. UU., desde donde zarpó del puerto de Nueva York por primera vez, el *Sea Witch* atracó en los puertos chinos de Hong Kong, Whampoa, Shanghai, Woosung, Shantou (Swatow) y Xiamen (Amoy) y los puertos de Valparaíso, Callao y Panamá. En este último puerto, se destaca el viaje que realizó al transportar a los chinos que trabajaron en la construcción del ferrocarril de Panamá. Aunque llegaron cuatro barcos con chinos a Panamá (uno en 1852, otro en 1853 y dos en 1854, uno de los cuales fue el *Sea Witch* y el otro la fragata española, *Bella Vascongada*, que llegó un mes después), el inicio de la presencia china en Panamá se conmemora el 30 de marzo como el Día de la Etnia China, por ser el día que el clíper *Sea Witch* llegó en 1854.

Cuando el clíper arribó a las costas panameñas, ya había perdido todo su esplendor. Muchas personas se congregaron en la playa porque el día anterior habían leído en el periódico *Star Weekly* que cientos de culís chinos llegarían para trabajar en la construcción del ferrocarril. Al ver el barco, su desilusión fue grande. El que el *Sea Witch* hubiera sido dedicado al trans-

porte de los culís chinos, quienes constituían la nueva mano de obra del siglo XIX en reemplazo de los esclavos negros, agravó su condición física y cuando llegó, no era más que un barco maloliente, sucio y descuidado. El clíper atracó cerca de la isla de Taboga, donde los 705 culís chinos fueron transferidos a botes más pequeños y fueron desembarcados en Playa Prieta en la Ciudad de Panamá. Allí, ante la mirada curiosa de los espectadores, iniciaron su recorrido hacia Matachín, el pueblo donde fueron ubicados y donde la mayoría falleció trágicamente.

Al día siguiente, el *Sea Witch* se dirigió a Valparaíso, Chile, donde recogió una carga y navegó alrededor del cabo de Hornos hacia Nueva York. El año siguiente, el 5 de abril de 1855, el clíper zarpó de Nueva York con destino a Hong Kong, pero cuando llegó a Río de Janeiro, el capitán Fraser fue asesinado por el primer oficial y el mando lo tomó el capitán Lang. Ocho meses más tarde, el *Sea Witch* zarpó desde el puerto chino de Xiamen con destino a Cuba. Unos 500 culís chinos destinados a las plantaciones de azúcar viajaban a bordo. A medida que se acercaba a la costa cubana, en las profundas y azules aguas del mar Caribe, el *Sea Witch* encalló a 19 kilómetros al oeste de La Habana el 28 de marzo de 1856. Quedó a la deriva al chocar con unos arrecifes de coral cuando la brisa vespertina dejó de soplar. Quedó inservible y 80 chinos murieron. Los culís y la tripulación sobreviviente fueron rescatados por dos barcos de bandera española, el *Guadalquivir* y el *Congress*.² El clíper fue remolcado a un pequeño relleno cercano. Los dueños lo dieron de baja y al año siguiente, se hundió. Este fue el último viaje de uno de los barcos chinos más rápidos de la época.

Aunque ese fue el triste final de la ilustre carrera que el orgulloso y espléndido *Sea Witch* había logrado durante más de una década, desafiando mares, vientos y tormentas para entregar a toda velocidad los cargamentos de seda, porcelana, té y culís chinos, su nombre, sus proezas y sus marcas de velocidad quedarán grabadas para siempre en la historia.

Anexo 3 del libro *Los chinos de Panamá: los inicios*, 2021.

Changmarín es el nombre literario de Carlos Francisco Chang Marín. Nació en Los Leones, un caserío rural de la provincia de Veraguas, el 26 de febrero de 1922 y falleció el 5 de diciembre de 2012. Se le reconoce como uno de los principales literatos panameños. Es autor de cuarenta y cinco obras de poesía, cuento, novela y ensayo. Se destacó como escritor, maestro, periodista, pintor, político y folclorista. Su arte refleja las firmes convicciones en favor de la justicia social, la soberanía nacional y la paz. Fue también autor de obras para niños y jóvenes, por lo que el gobierno creó el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil de Panamá que lleva su nombre. Por su larga y fructífera labor, se hizo merecedor de numerosos premios, distinciones y reconocimientos de nivel nacional e internacional. Obtuvo cinco veces el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró; la Condecoración Rogelio Sinán, que es el máximo galardón de las letras panameñas; el Premio Universidad de Panamá, por su contribución al fortalecimiento de la cultura nacional; la Orden y Condecoración Francisco Morazán del PARLACEN; y la Orden General Omar Torrijos del Gobierno Nacional, por sus aportes al fortalecimiento de la cultura y la identidad nacional de los pueblos de la región centroamericana. El Ministerio de Cultura de Cuba y la Central de Trabajadores de Cuba Rubén Martínez Villena honraron también su contribución a la liberación e identidad latinoamericana. Ha publicado las siguientes colecciones de cuentos: *Faragual y otros cuentos* (1960), *La mansión de la bruma*, *Cuentos de la cárcel* (1965), *Nochebuena mala* (1995), *Las mentiras encantadas* (1997) y *Cuentos para matar el estrés* (2002); dos novelas históricas: *En este pueblo no mataban a nadie* (1992) y *El guerrillero transparente* (1982); poemarios: *Romance de la niña perdida* (s.f.), *Punto 'e llanto* (1942), *Poemas corporales* (1956), *Socabón. Décimas para cantar* (1959),

Dos poemas (1963), *Versos del pueblo. Décimas* (1972), *Versos para entrar al canal* (1979), *Crónica de siete nombres memorables* (1980), *Las tonadas y los cuentos de la cigarra* (1987), *El gallo de las horas* (1993) y *Cantadera. 130 décimas para cantar* (1995); así como literatura infantil: *El cholito que llegó a general* (1978), *Las gracias y las desgracias de Chico Perico* (2005), *Versos de muchachita* (1974), *Las tonadas y los cuentos de la cigarra* (1975) y *La muñeca de Tusa* (2001); ensayos: *Base social de la décima en Panamá* (1965), *Algunas áreas folclóricas de Veraguas* (1975), *Panamá 1903-1970* (1979) y *Victoriano Lorenzo, primera víctima del canal*. Su obra trata sobre la naturaleza, la justicia social, la revolución, la lucha de clases y la historia de Panamá.

POEMA: INFORME DE AMOR
A SEIS CIUDADES CHINAS.³

“5. CANTÓN

Porque yo vengo de tus viejas raíces...

Dicen que la comida china
es la mejor del mundo,
y que, en Cantón residen
los más sabios cocineros.
Tal fama comprobé sobre la mesa,
al son del vino de arroz y las especias.
Pero Cantón no es solo,
su comida exquisita...
sino su clima cálido
de guineos y naranjas...
Su río Perla poblado de inúmeras barcazas...
Su música de flauta de lánguidos bambúes...

Hace tiempo que llevo tu nombre en mi recuerdo
Cantón, porque yo vengo de tus viejas raíces.
Traigo un nombre de chino, clavado en mi existencia,
y tengo una cuarta parte de todos tus dolores.

Al llegar a tu seno ciudad, algo renace,
de la antigua sangre oriental de mis abuelos.
Y aquí,
frente al redondo
mausoleo de tus mártires,
en mi pecho florece una sernilla roja.

Yo no te digo adiós, porque me voy contigo.
Vas conmigo, y una vez con mi abuelo te fuiste.
Y hoy más que nunca estás en todas partes,
donde el obrero pone en alto su bandera,
y sangra un corazón
triunfal, sobre la tierra.

Pekín, 23 de octubre de 1959. Recuerdo de la delegación latinoamericana que visitó las ciudades de Pekín, Nankín, Shanghái, Hanshú, Cantón y Wuhan.

NOTAS

¹ Steven Ujifusa. *Barons of the Sea: And Their Race to Build the World's Fastest Clipper Ship*. Simon and Schuster, 2019, p. 133.

² *The New York Times*, 6 de abril de 1856 citando al *New York Daily Times*, La Habana, Cuba. 1 de abril de 1856.

³ Cortesía de Abril Changmarín, Secretaria Ejecutiva de la Fundación Changmarín.

Julio Augusto Yao Villalaz nació en 1939 en Pocrí de Aguadulce, provincia de Coclé, República de Panamá. Sus padres eran de origen chino y español. Se graduó de secretario bilingüe y de bachiller en Humanidades con especialización en Ciencias. Estudió Derecho y obtuvo la licenciatura en la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad de Panamá. Fue presidente de la Asociación de Estudiantes de Diplomacia y representante de la Facultad de Administración Pública y Comercio en el Consejo General Universitario. Fue encarcelado a raíz del golpe de Estado de 1968. Becado por los Países Bajos, Yao obtuvo el Diploma de Relaciones Internacionales y la maestría en Ciencias Sociales. Estudió en la Academia de Derecho Internacional de La Haya y obtuvo Diploma de la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas en Ginebra, Suiza. Fue profesor de ciencia política y teoría del Estado, de las maestrías de Derecho Internacional Público y Derecho Polivalente, así como de relaciones de Panamá con Estados Unidos. Fue también profesor de Relaciones Internacionales en el Centro de Estudios Superiores Justo Arosemena, Escuela de Oficiales de la Policía Nacional (Howard). Fue designado consejero personal del ministro de relaciones exteriores, Juan Antonio Tack y asesor de política exterior de Panamá. Redactó la Declaración Conjunta Tack-Kissinger de 1974, base jurídica del Tratado del Canal de 1977, y elaboró el plan de “Historia de las relaciones entre Panamá y los Estados Unidos” por acuerdo entre los ministerios de Relaciones Exteriores y de Educación. Fue embajador especial ante la República Popular China; primer embajador especial ante la República Popular Democrática de Corea, Portugal, México, Nicaragua, Yugoslavia, Hungría y Países Bajos, entre muchos otros distinguidos puestos diplomáticos. Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *El canal de Panamá. Calvario de un pueblo* (1972 y 1974), *El libre tránsito militar de EE. UU. en Panamá 1903-1984* (1984), *Las armas*

de Gandhi (1987), *La Virgen del Valle de la Media Luna* (1987), *Irak: ¿Derecho o agresión?* (2001), *El discurso que irritó al gobierno panameño* (2009), *El monopolio del canal y la invasión de 1989* (2020) y *China, Panamá y la geopolítica* (2021).

¡PROHIBIDO OLVIDAR!, EL POEMA QUE PERDURA

(Invasión de Estados Unidos a Panamá, el 20 de diciembre de 1989)

I

A la hora en que salen los ladrones
 como alimañas, de sus madrigueras,
 salieron de las fauces del Infierno
 a robarnos la paz y la bandera,
 ¡las hienas del imperio con sus bombas,
 sus cohetes, sus bazukas y tanquetas!
 Vinieron como lobos por los cielos,
 y los cielos lloraron de vergüenza.
 Vinieron con espadas luminosas,
 su artillería y aeronaves negras.
 Vinieron con enjambres de helicópteros¹
 y luces que quemaban las trincheras.
 Vinieron con naranjas incendiarias
 y rayos infrarrojos en viseras.
 Vinieron con sus odios drogadictos
 y las tecnologías más siniestras,
 ¡porque nunca la Historia conoció
 armas devastadoras como estas!
 ¡Vinieron con cuarenta mil puñales
 a matar nuestro pueblo en Nochebuena!²
 Y todas estas naves, rayos y corazas,
 ¿para invadir quizás a otro planeta?
 ¿A repeler acaso a extraterrestres
 que habían aterrizado aquí en la Tierra?
 ¡Cuarenta mil puñales se juntaron
 para matar tan solo a una estrella!³

II

Dormidas en capullos, las familias
soñaban lo de siempre en Nochebuena,⁴
pero Satán no quiso que soñaran
pues quería sus cuerpos en la hoguera,
ya que era el mismo Diablo quien venía
a imponer su reinado en el planeta.
¡El Diablo que venía a reclamar
al mundo, el monopolio de la guerra!
¡El Diablo y sus aviones invisibles⁵
a bombardear a todas las banderas!

III

Relampagueaban sordos fucilazos.
El Chorrillo moría entre las llamas.⁶
Estallaban misiles, y los láseres
abrían el camino de las balas.
Asustadas, las gentes no sabían
qué ocurría, ¡y corrían angustiadas!
Tomaban a los niños en sus brazos,
¡pero tantos quedaron en sus camas!
y corriendo aterradas por las calles,
las hienas las mataron como a ratas.
Asesinadas en calles y edificios,
Aceras, hospitales y en sus casas;
con las manos en alto e implorando
a las hienas, “¡piedad!”, más disparaban,
pues no eran soldados sino bestias
y solo su mirar encandilaba.
¡Nunca vio tanto crimen una noche,
ni una noche jamás tanta matanza!
Con sus tanques blindados, aplastaron
autos con gente dentro que escapaba.
Machacaron los cuerpos, ¡aún con vida!
y con crueles bayonetas remataban.
A un guardia lo amarraron a aquel poste,

jugando al tiro al blanco a sus anchas,
 y aquéllos, maniatados con alambres,
 ¡los hallamos con tiros en sus caras!
 Miles de heridos, rotos en las calles,
 sin ninguna piedad se desangraban,
 pues las hienas cobardes atacaron
 a la Cruz Roja y sus ambulancias.⁷
 ¡Que no valían la pena los heridos!
 ¡Que no valían la pena, mejor balas!
 Mutilaron los senos a mujeres
 y violaron a múltiples muchachas.⁸
 ¿Y cuántos policías que dormían
 acribillados fueron a mansalva?
 ¿Y cuántos estudiantes en Río Hato
 ametrallados fueron en pijamas?
 Con las manos en alto los mataron.
 ¡La orden fue que nadie se salvara!⁹

IV

La patria agonizó por los potreros,
 en retenes, en buses y en las playas.
 Agonizó en los mares y en los ríos,
 en manglares, en montes y quebradas.¹⁰
 ¿Cuántos miles mataron esas hienas?
 ¿Cuántos miles, heridos por sus garras?¹¹
 Todo porque el Imperio no quería
 dismantelar sus bases y sus armas,¹²
 y para que el Canal en manos suyas
 ¡siguiera envenenando nuestras aguas!
 ¡Cuarenta mil puñales asesinos
 para acabar de un golpe a nuestra patria!

(Publicado en *La Estrella de Panamá*, 1979.)

PARA DESPERTARTE

No necesitaba mirarte para verte,
ni tocarte para sentirte,
ni escucharte para oírte,
ni posar mis labios en tus labios
para besarte,
ni llamarte
para despertarte.

Pero, ahora, sucede algo extraño:
Te miro, pero no te veo;
te toco, pero no te siento;
te escucho, pero no te oigo;
poso mis labios, pero no te beso;
te llamo, pero no te despierto.

Voló la lumbre de tus ojos cálidos.
¿Acaso un soplo magnético secuestró tu mirada
o un vaho espantoso desorientó tu olfato?
¿Acaso algún espejo encarceló tu imagen
o un conjuro encadenó tu amor a un peñasco
donde no llegue mi voz ni mi mano alcance?

Una fuerza invisible como un filoso rayo
rasga el manto sagrado de nuestras almas
y yo siento desgajarse el universo
en su bárbara placenta.

Tus sonoridades no me alcanzan
o yo no percibo tus sonoridades.
Mis palabras no hacen eco en tus oídos,
vueltos hacia dentro
como un gorrión que cierra sus alas por el frío,
y toda tú
estás como un lago estático, mudo, ¡muerto!

donde ni siquiera la brizna de una hoja que cae
hace ondas imperceptibles,
ni un aletear de peces moribundos
puede revivir el más leve recuerdo.

Invoco el sonido para escuchar tu nombre.
Invoco la luz para alumbrar tu camino.
Busco y no encuentro el pase mágico,
el timbre exacto, la lámpara de Aladino
que me lleve a tus secretos laberintos,
allí donde tu alma, temerosa y desabrigada,
confundida se resiste, se escuda
de los crueles zarpazos
del odio, los celos y el olvido,
y ensaya, temblorosa,
las huellas del regreso
para encontrar la paz junto a mi arroyo.

Yo sé que estás, en alguna parte,
aguardando mi mano, pero ¿dónde?

¿Cuál gélido viento arrancó el aroma de tus flores?

¿Qué mirada torva, qué gesto horrible
nos lanza diabólicas envidias?

¿Cuáles secretas tormentas
borraron el sendero del mañana?

¿Qué oscuras conspiraciones
enturbiaron el agua de nuestra fuente?

¿Qué terrible alud, qué extraña corriente
arrasó el dulce puente de nuestras vidas?

¿Qué fuego perverso derritió el hilo de plata
entre tu nombre y mi nombre?

Busco en vano entre los duros elementos
y no encuentro el polen deseado

para fecundar el hijo del amor,
ni el rocío de tu frente
para refrescar mi melancolía,
ni la luna morena de tu piel
para iluminar esta oscuridad,
ni la nube suspendida de tus plantas
para aligerar mi peso.

¡Nada!
¡Nada en los caminos me habla de tus pasos!
¡Ninguno te conoce! ¡Nadie te ha visto!
No hay rastros de tu sueño.

Abro cada flor con que tropiezo,
y no encuentro tu esencia!
Abrazo cada árbol,
y no siento tus palpitaciones!
Escucho el canto de los pájaros
y no oigo tus acentos!
Me sumerjo en lagos insondables,
y no me penetran tus nocturnas humedades!

Acaricio en mis manos las piedras del camino,
y no me hablan de tus huellas!
Trago a trago
me bebo los vientos crepusculares,
y nada de tu aliento!

Me cubro de hierbas, me revuelco en la grama
y no fluyen tus cabellos como agua entre los dedos
si no es en el recuerdo.

¡Oh, viento maldito que me robó tu mirada!
¡Oh, espejo maléfico que aprisionó tu retrato!
¡Oh, pérfido reloj que confundió tu pulso!
¡Oh, trueno estruendoso que invirtió tus latidos!

En nombre de tu espíritu y el mío,
¡que cesen los duros elementos!
¡Retrocedan la Horas!
¡Despéjese la niebla!
¡Vuelvan las aguas a su cauce!
¡Corrijanse los caminos!
¡Reúnanse las piedras disgregadas!
¡Aquiétense los árboles!
¡Cálmense los vientos perturbadores!
¡Restitúyanse los puentes!
Y hágase de nuevo la Luz,
para que todo sea como antes,
regrese el mal por donde vino
y vuelva el gorrión a desplegar sus alas.

Extiendo mi mano para alcanzar tu mano:
para mirarte y verte;
para tocarte y sentirte;
para escucharte y oírte;
para posar mis labios en tus labios,
y besarte...
PARA DESPERTARTE.

SONETOS A LA MUERTE DE MI MADRE

Mélida Villalaz de Yau, In Memoriam.

I
Perdona si en el día de tu muerte
no pude sospechar que te morías;
por no estar junto a ti las manos mías,
¡prontas para abrazarte y sostenerte!

Perdona si no estuve para verte
ni escuchar las palabras que decías;

por no estar junto a ti cuando partías,
¡perdona si no pude retenerte!

La vida, ¿para qué, si apenas vivo
en un irme muriendo día a día
y, desde que te fuiste, no la quiero?

Perdona que estés muerta y yo esté vivo,
amorosa mitad del alma mía,
pero, en muriendo tú, ¡también yo muero!

II

Yo no quise asistir al camposanto
pues preferí buscar tu brisa pura,
y no quise mirar tu sepultura
para evitar mojarla con mi llanto.

Solo quise abrigarme con tu manto
para anidar de nuevo en tu ternura,
y me fui por un sitio en la llanura
donde dar rienda suelta a mi quebranto.

¡No quería aceptar que estabas muerta!
y luego de invocarte con mi mente,
quedé sobre la hierba adormecido.

Oí tres toques claros como en puerta,
y un céfiro, besándome en la frente,
me dijo que eras tú: ¡ya habías partido!

III

La brisa que bañárame la frente
no era sino un beso que partía:
¡el beso de mi madre!, que me había
regresado a la vida nuevamente.

Sentí una paz inmensa de repente
y un alivio profundo a mi agonía.
Sentí que me inundaba de alegría,
y el dolor se me fue calladamente.

Yo te agradezco, madre, que vinieras
a irrigar con tus hálitos mi huerto
y a alumbrar mi camino con tus ojos.

¡No sabría vivir si no estuvieras!
Mi vida solo fuera cual desierto,
erizado de ortigas y de abrojos.

IV. No me llores

Por más que te atormente, no me llores.
Prosigo junto a ti, aunque invisible.
En mi nueva mansión soy insensible
a las penas, al mal y a los dolores.

Aunque triste y con lágrimas me imploras,
ya no retornaré de lo intangible,
más me mueve tu amor inmarcesible
y me nubla que, ausente, aún me añores.

No me llores, mi amor, estás conmigo
en alas del recuerdo, en cada beso
que, viniendo de ti, me reviviere.

No me llores, mi amor, estoy contigo,
pues fui una luz amante en carne y hueso,
y la luz, como sabes, ¡nunca muere!

MANOS QUE AMASAN EL DÍA

Manos que amasan el día,
OLOROSAS A SUDOR.
MANOS CON SANGRE Y AMOR,
¡plenas DE SOBERANÍA!

1

Son manos madrugadoras
las manos del panadero.
Son las del carretillero
con su carreta de auroras.
Son las manos pescadoras
tarrayando en la bahía.
Manos sin pan ni alegría
de huérfanos sin razón:
estas, con ternura, son
MANOS QUE AMASAN EL DÍA.

2

Las manos del canillita,
¡tempranas y anunciadoras!
En las veinticuatro horas
padecen hambre infinita.
Manos de la ciegucecita,
pidiendo, ¡por el Señor!
Manos del agricultor,
hundidas en su sembrado
y cuando hierran ganado,
OLOROSAS A SUDOR.

3

Las manos del estudiante,
¡sedientas de Patria nueva!
Manos que la madre eleva
en oración suplicante.

Manos, las del militante,
leales en el dolor.
Manos de heroico valor
que alzaron nuestra bandera
bajo intensa balacera:
MANOS CON SANGRE Y AMOR.

4

Manos que lleva la esposa
en su maternal entraña:
¡manos que crearán mañana
una patria generosa!
Manos en prisión odiosa,
torturadas noche y día.
y manos de rebeldía
con amor patrio en las venas,
las de Ascanio Arosemena,¹³
¡Plenas DE SOBERANÍA!

NOTAS

¹ En Fort Kobbe, Zona del Canal, se contaron 500 helicópteros *Black Hawk*, *Apache*, y otros.

² Aproximadamente 40 mil tropas fueron utilizadas para invadir a Panamá, integradas por unos 14 mil que estaban como mínimo en las 14 bases militares en la Zona del Canal y las 26 mil que ingresaron para la ocasión.

³ Panamá no tenía ni tiene ejército, solo una policía militarizada, y no contaba con defensa antiaérea ni artillería.

⁴ La invasión cayó de sorpresa a partir de la medianoche del 19 de diciembre, mientras la gente dormía y se alistaba para las Navidades.

⁵ Seis aviones *Stealth*-117, inmunes a radar —y lo más avanzado de la aviación de Estados Unidos— volaron directamente desde este país hasta Panamá, reabasteciéndose en el aire y, sin aterrizar, dejaron caer bombas de dos mil libras sobre Río Hato, en la provincia de Coclé, y sobre el barrio de El Chorrillo, entre otros sitios, además de numerosos paracaidistas y fuerzas especiales que descendieron sobre la pista de aterrizaje.

⁶ El barrio de El Chorrillo, con miles de casas de madera, fue incendiado por las fuerzas invasoras para impedirles su uso por parte de la resistencia, provocando la muerte, entre balas y fuego, de sus empobrecidos moradores. Se usaron armas, municiones y artefactos experimentales por primera vez en combate, de naturaleza química y de factura desconocida por los médicos.

⁷ Las fuerzas invasoras tenían la orden de no tomar prisioneros de guerra y remataron a militares y civiles panameños que yacían heridos en campos y calles de Panamá, impidiendo que recibiesen ayuda de gente solidaria o de la Cruz Roja. No permitieron el paso de ayuda humanitaria que venía de países solidarios a través de Costa Rica. Se encontraron a pacientes, operados en hospitales, que fueron ejecutados posteriormente, en fosas comunes.

⁸ Las fuerzas invasoras detuvieron, retuvieron, torturaron, violaron y luego asesinaron a mujeres por puro placer.

⁹ La antigua base militar de Río Hato albergaba el Instituto Tomás Herrera; fue uno de los primeros sitios bombardeados por los aviones fantasmas *Stealth-117*. Este acto, al igual que muchos otros, constituyeron crímenes de guerra según la Convención de Ginebra. Los militares que se rindieron en distintos sitios fueron acribillados, a pesar de que llevaban las manos en alto y portaban banderas blancas.

¹⁰ Muchas personas fueron asesinadas en retenes porque no entendían inglés, mientras intentaban llegar a los hospitales, incluyendo mujeres embarazadas. Una militar invasora ordenó disparar contra un bus de pasajeros, matando a una treintena de personas humildes.

¹¹ Se calcula que murieron más de 4 mil panameños, abrumadoramente civiles no beligerantes, pero la Comisión de la Investigación presidida por Ramsey Clark, exprocurador de Estados Unidos, estimó 7 mil muertos. Ningún gobierno panameño ni ninguna institución ha realizado una investigación sobre estos crímenes de guerra.

¹² Conforme a documentos de inteligencia, está claro que los gobiernos de Ronald Reagan y George Bush, padre, se propusieron liquidar los Tratados Torrijos-Carter y retener las bases militares para siempre.

¹³ Primer mártir caído el 9 de enero de 1964.

Juan Tam nació en la Ciudad de Panamá en 1952. Estudió Administración de Empresas en Florida State University en 1977, Contabilidad y Finanzas en la Universidad Santa María la Antigua (USMA), en Panamá, en 1982, así como humanidades y japonés en la Universidad Nacional de Panamá en 1980. Historiador y experto en la historia de la comunidad china en Panamá, ha publicado los libros *Wah On: la necrópolis oriental* (2002), *Huellas chinas en Panamá: 150 años de Presencia China* (2004), *Lai zit: el rito de la etiqueta china, Matachín. El primer barrio chino de Panamá* (2019) y *La solidaridad, oro, plata, bronce* (2021). Es secretario del Consejo Nacional de la Etnia China. Es representante de la International Society for the Study of Chinese Overseas para América Latina; director de la Asociación China de Panamá; síndico del Centro Cultural Chino Panameño; miembro del Instituto Sun Yat-sen; tesorero de la Sociedad Sam Yap; expresidente de la Asociación de Jóvenes Chinos; secretario de la Asociación de Operadores de Turismo de Panamá; consultor vocacional y educacional; corredor de bienes raíces; traductor e intérprete público; y administrador del cementerio chino Way On. Ha participado en las series documentales ATV Hong Kong *Stories from Afar III* y *The Chapter of Panamá, volume V*, en History Channel en español, *Historias secretas: Panamá*. Es, además, expositor en encuentros internacionales sobre la migración china. La Asociación China de Mujeres Ejecutivas y de Negocios de Panamá lo reconoció en 2008 por sus aportes culturales y en 2010 fue declarado Ciudadano Distinguido y Ejemplar del Centro Cultural Chino Panameño, la alcaldía de la Ciudad de Panamá, la Asamblea Nacional y la Convención de Asociaciones Chinas de Centroamérica y Panamá (LChA).

HUELLAS CHINAS EN PANAMÁ

150 años de presencia

La ley

Belisario Porras, como presidente, continuó con una serie de leyes migratorias que limitaban el movimiento humano, al promulgar la Ley 50, del 24 de marzo de 1913, que fue reglamentado mediante Decreto 44, del 31 de mayo de 1913, emitido por el Ministerio de Relaciones Exteriores, se tornó lesiva a la dignidad y a los valores de los chinos. No era la primera medida migratoria restrictiva, ya con anterioridad se habían dado la Ley 6, el 11 de marzo de 1904, y la Ley 28, el 6 de febrero de 1909.

El Ministerio de Relaciones Exteriores, en 1906, impidió la migración de razas mongólicas (chinas) y semíticas (judías), ya que eran perjudiciales desde el punto económico y de salud pública, considerándose no aptos por sus costumbres y condiciones étnicas. Mientras que la Ley 28 de 1909 establecía que los chinos podían venir para reemplazar a los empleados de las casas de comercio y se le concedía el derecho de residencia en el país.

Las medidas discriminatorias se imponían debido al éxito de los chinos en sus negocios, hostilidad que se encontraba en las autoridades y los empresarios criollos, que eventualmente se incrementaron y se manifestaron en 1941, con el movimiento nacionalista de Arnulfo Arias, el panameñismo.

Diferentes gobiernos en distintos periodos utilizaban a los chinos como chivos expiatorios o excusa para desviar la atención pública a problemas económicos o políticos, causados por el mal manejo público u otras faltas. En general, si la economía florecía, a los comerciantes chinos no se le molestaba. El alcalde de la Ciudad de Panamá, Eduardo de la Guardia Arias, quien ejerció el cargo de 1912 a 1917, no tuvo mucha participación en estos acontecimientos de 1913.

El contenido injusto de la Ley 50 era controversial. Un comité compuesto de Mauricio Lindo, Arturo Delvalle, Ramón Arias y Eustacio Corinaldi, en representación de los comerciantes chinos, se reunió con Porras, luego de discutir la actitud asumida por el gobierno en contra de ellos. El *Daily Star & Herald* del 26 de junio de 1913 hace una relación de las incidencias de la reunión. En ella, los delegados hablaron en favor de los chinos y condenaron la Ley. Porras respondió que aquellos que contaban con el certificado de arribo comprobando su llegada antes de la fecha de indepen-

dencia de Panamá, no tenían que preocuparse. Pero los que arribaron luego, debían, de acuerdo con la Ley, pagar una cierta suma de dinero, por lo cual se les concedería veinte meses de tiempo para decidir si pagaban o liquidaban sus negocios y abandonaban el país.

Asimismo, según la Ley, los ciudadanos chinos debían certificar la forma como entraron al país y castigaba a los individuos de las distintas razas prohibidas si no se registraban, lo cual consideraban humillante e imponía severas condiciones sobre la comunidad china, que era considerada numerosa y comercialmente influyente.

A medida que pasaba el tiempo, el diferendo con las autoridades llegaba a un punto álgido. En un telegrama recibido desde Chorrera fechado el 18 de agosto de 1913, se describe la desesperante situación, y se leía:

Gobernador de la Provincia de Panamá: El alcalde insiste en que firmemos la inscripción en la Oficina del Gobernador y nos ordena abandonar el país antes del 1 de septiembre por no habernos registrado, de acuerdo a la ley respectiva, acerca de la inmigración china.

Nosotros consideramos que hemos hecho nuestra parte para cumplir con la ley ya que el Cónsul Chino en la capital, tiene todos nuestros documentos en su posesión y poder para registrarnos. Nosotros no residimos en la capital y hemos cumplido con la ley hasta donde podemos. Nosotros representamos a la Colonia China.

(Firmado) Chi Yick, Santiago Alfonso Castillo.

Al comité que se reunió con Porras, se les unieron Daniel de Castro; Alberto Obarrio; Nicanor Villalaz; Juan Antonio Guizado; I. Cardoze; F. Almanza; Ángel de Castro; Joshua Maduro; I. H. Cardoze; Isaac Sasso; Canavaggio; De Lemos; Fidanque; Cameron, de Swift & Co.; José Alio Maduro, agente de Lindo Piza & Co.; Mayor Eastwick, agente de Panama Banking Co.; Forsyth, agente de la International Banking Corporation; Justo Arosemena; Abraham Benedetti; Halmann; Eric Abraham; Barnham, agente de J. L. Maduro; José M. Salgueiro; miembros todos del comité de comerciantes panameños que junto a los cónsules de China y de los Estados Unidos presentaban argumentos a favor de los chinos.

En la reunión con los representantes del gobierno, el comité presentó dos memoriales, uno firmado por un gran número de comerciantes de Pa-

namá que presentaban argumentos de los efectos dañinos que podrían causar el decreto y la Ley. Estimándose la pérdida de casi un millón de dólares plata en sus intereses comerciales de darse la expulsión, a causa de los créditos concedidos a ellos. El segundo memorial estaba firmado por casi cincuenta dueños de propiedades inmuebles pidiendo la suspensión de la orden de expulsión, así como de los efectos fiscales de la Ley y el decreto.

Para el domingo, 7 de septiembre, se realizaba una reunión en casa del cónsul chino, Owyang King, contándose con la presencia de Harmodio Arias, J. J. Fábrega, Eduardo Chiari, T. Guardia, el Sr. Hinckley, y una delegación de comerciantes chinos para discutir el ultimátum del gobierno y plantear la inconstitucionalidad de la Ley.

La comunidad china desconfiaba del gobierno, ya que, si la Ley era declarada inconstitucional, sus nuevas cédulas serían inválidas y no tendrían un documento legal para comprobar el tiempo que llevaban residiendo en el país. Los documentos originales habrían sido destruidos, de acuerdo con el mismo decreto, al momento de emitirse los nuevos documentos, así como la pérdida del pago de \$500 en plata, o \$300 en oro, por dicho registro.

La situación llegó a un punto crítico cuando el gobierno nacional le retira el exequátur, reconocimiento para ejercer su función consular, primera vez que ocurría en Panamá, al Sr. Owyang King, cónsul de China, el miércoles, 17 de septiembre 1913, acusándolo de apoyar a la comunidad china en su decisión de no cumplir con lo estipulado en la Ley 50. La acción de retirarle el reconocimiento fue deplorada por la prensa local. El gobierno de Panamá había reconocido su designación el 10 de mayo de 1910.

En su defensa, el cónsul Owyang adujo que solo aconsejaba a sus compatriotas sobre el deber de obedecer las leyes y obtener asesoría legal frente a la situación y, por ello, no se le podía acusar de ir en contra de las leyes del país. Owyang fue reemplazado por Hung Chong Gong, secretario de la legación china en Australia. A raíz del hecho, el cónsul americano, Mr. Cyrus Wicker, asumió temporalmente la representación de los intereses del gobierno chino y se da un plazo de 72 horas para que los chinos abandonasen el país, si se negaban a cumplir con la Ley, que consideraban inconstitucional, injusta y cruel.

Panamá y los Estados Unidos mantenían similares prácticas discriminatorias y restrictivas a la migración china. En tanto, los Estados Unidos representaban los intereses de China desde 1885. A fin de velar por los in-

tereses de los ciudadanos chinos, China establece relaciones diplomáticas con Panamá en 1909 y nombra al Ingeniero Owyang King (Au Yeon Kan), nativo de Chungshan (1858-1941), como cónsul de la China Imperial, quien llega al año siguiente. A la edad de 14 años, Owyang había sido enviado por el gobierno chino a estudiar en los Estados Unidos, graduándose del Sheffield Scientific School de la Yale University en 1881. Al llegar a Panamá, venía de ejercer el mismo cargo en Vancouver, Canadá.

De 1884 a 1908 fue vicecónsul en San Francisco, California, de donde viajó dos veces a México, una para atender problemas migratorios, y otra, por problemas laborales de trabajadores chinos en el ferrocarril que se construía.

Durante el ejercicio de su cargo en San Francisco, la sociedad Sze Yup puso un precio por su cabeza por intentar limpiar la ciudad del vicio y la corrupción, que se mantuvo hasta su muerte natural. Luego del gran terremoto de San Francisco, acompañó al alcalde Schmidt en su intento por reubicar el Barrio Chino. Pero al final se mantuvo en el mismo lugar, principalmente porque los chinos pagaban sus impuestos a tiempo y no molestaban. La mudanza le hubiese costado al condado una pérdida considerable de ingresos municipales.

Luego de su misión en Panamá, Owyang fue trasladado a Batavia, Java, donde ejerció el cargo por nueve años, y en 1922 fue trasladado a Chile, donde estuvo por seis años como encargado de negocios, y fallece en Nanking. Tuvo tres hijos con Lillian Tien-Loy con quien se casó en 1891. Su esposa, Lillian, estudió Medicina en The College of Physicians & Surgeons at Chicago.

El cónsul Owyang realizó un censo obteniendo los siguientes resultados, en Panamá, 1,353; en Colón, 420; en el área del Canal, aproximadamente 250; en Bocas del Toro, cerca de 199. En la costa del Pacífico 206, y con unos pocos en la Costa Atlántica, dándose un total de 2,478. Realizaría otro censo, pero más detallado, a fin de ubicar a todos los ciudadanos chinos con mayor facilidad.

Según datos estadísticos del Primer Censo Nacional de 1911, las cifras revelaban que había 223 hombres y 38 mujeres chinas en la ciudad de Bocas del Toro; 522 hombres, 92 mujeres, en la ciudad de Colón; y 1.131 hombres, 28 mujeres en la Ciudad de Panamá. Mientras que el resultado del censo de febrero de 1912 en la Zona del Canal mostró 471 ciudadanos chinos. La diferencia se explica por la prohibición en la venta de licores y el cierre de estos negocios, razón por la cual muchos abandonaron el lugar.

El plazo vencía el 14 de noviembre y la Cámara de Comercio China se negaba a cumplir con la Ley por ser inconstitucional, injusta y cruel, que sentarían un precedente para futuras acciones en contra de ellos, decisión que toman, luego de una reunión masiva sostenida el día 12. Daban aviso, además, a sus agentes en Nueva York, Chicago, Boston, Nueva Orleans, San Francisco, Londres, Manchester, París, Hamburgo, Bremen, Yokohama y otros lugares de suspender los pedidos de mercaderías y si el gobierno intentaba obligarlos a cumplir con la Ley, ellos cerrarían todos sus establecimientos e instituciones en Panamá, abandonando el país, presentando luego reclamos por daños a la propiedad dejada.

Mientras tanto, el gobierno americano, así como el británico, se sintió perjudicado en sus intereses económicos, por las estrechas relaciones comerciales entre los comerciantes chinos y los bancos norteamericanos de ocurrir la anunciada expulsión. La dificultad que encontraba, Mr. Wicker, el cónsul americano, era la de obtener por escrito, de las autoridades panameñas, sus promesas de resolver el conflicto.

El lunes, 17 de noviembre, las tiendas de propiedad de los chinos en las ciudades de Panamá y Colón amanecieron cerrados por inventario, un paro que duraría cinco días, causando inconvenientes entre la población humilde, que compraba en cantidades pequeñas, en unidades monetarias de dos y medio centavos plata o a crédito. Los comerciantes que no eran chinos aprovecharon para especular y elevar los precios de las provisiones. De repente, escaseaban el arroz, el azúcar y la leche condensada.

Para el sábado, 22 de noviembre, el Gobernador de la Provincia de Panamá, Francisco A. Mata, notificaba a los ciudadanos chinos Augusto Lo Chang, Ricardo L. Ríos o Lay Tan Kee, Chan Chih Fat, Francisco Lay o Lay Chee, Hang Hop o Wong Pet y Eugenio Holeung o How Long de que debían abandonar el país si no se registraban, en un plazo de diez días. Al cumplirse el plazo, se registran los seis que habían sido notificados, pero antes presentaban un recurso de inconstitucionalidad y *habeas corpus* ante la Corte Suprema de Justicia.

Dos días después, el gobierno hacía modificaciones en materia legal a la Ley 50, mientras que los recursos ante la Corte Suprema eran rechazados. Al final, siguiendo las estipulaciones de la Ley, se registraban 2,905 ciudadanos chinos, 7 sirios, 13 turcos y 5 norteafricanos. Para el 3 de diciembre, el secretario de Relaciones Exteriores, E. T. Lefevre, enviaba una

nota al cónsul americano, Mr. Wicker, enumerando en el documento las modificaciones a la Ley de registro.

En la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de 1914, se resumen los hechos como “medidas sanas, denunciando la hostil y abierta rebeldía a los principios de autoridad por los chineros impenitentes y sus vicios chineriles”. En verdad, los chinos, en su desafío a la autoridad, exigían el respeto a sus derechos inherentes y la seguridad de su permanencia en el país.

La actuación del cónsul chino, Owyang King, en Panamá, tiene sus orígenes en las declaraciones del Embajador de China, Dr. Wu Ting-fang, en Lima, Perú. Su disertación, uno en idioma chino y otro en inglés, fue ante una reunión de notables peruanos y chinos en agosto de 1909. Su llegada al puerto de Callao, Perú, el 28 de junio de 1909, fue para resolver los problemas creados por los acontecimientos de mayo, donde comercios chinos fueron saqueados, luego de una manifestación política en contra del gobierno, que se transformó en una manifestación en contra de la presencia de los chinos en Perú.

El Dr. Wu, quien nació en 1842, era el máximo representante chino en Occidente, ante los gobiernos de Washington, Madrid, La Habana, México y Lima. Durante la Dinastía Ch'ing, ocupó el cargo dos veces, 1896-1902 y 1907-1909, luego, en la naciente república, fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores en noviembre de 1916, falleciendo en 1922.

En su discurso, Wu, en el Perú, dijo que los chinos debían procurar asimilarse a las costumbres y hábitos oriundos del país, cuyas leyes debían conocer y respetar, consagrándose exclusivamente al trabajo y al cumplimiento de sus obligaciones, que por tales medios todo hombre capta la estimación de sus semejantes. Donde las clases altas y oficiales del Perú tienen buen concepto del residente chino, juzgándolo como elemento circunspecto y laborioso, que, además, debían procurar que este concepto se extendiese a las clases bajas.

Wu sugirió, además, que se identificaran con los ideales de la clase dirigente del Perú y aprendieran a utilizar las herramientas que provee la Ley para protegerse, al mismo tiempo, de aislarse detrás de una reputación de trabajo duro y solitaria. De por sí estas pautas sentaron la base o política oficial que debían seguir los representantes diplomáticos chinos en sus funciones. La falta de representación de estos ciudadanos chinos obligó al gobierno chino a establecer un consulado chino en Panamá para 1909.

Al momento de una inscripción o registro, las dificultades de idioma y el desconocimiento de los registradores acerca de cuál es el orden usual en los nombres chinos, causaba que estos fueran erróneamente registrados. Correctamente, el primer carácter de los nombres chinos corresponde al apellido paterno, el segundo, al de su generación y el tercero a su nombre usual; el apellido materno no aparece por ningún lado. En ocasiones, el individuo solo tiene dos caracteres, en vez de tres. Mientras que apellidos con dos caracteres o compuestos, como Owyang, eran extremadamente raros.

A la hora de inscribirse el resultado final era que el último o los dos últimos caracteres eran inscritos como apellido y el apellido quedaba registrado como nombre, invirtiéndose el orden. En ocasiones, la transcripción por un error tipográfico cambiaba los mismos. Aveste dilema se sumaba la pronunciación de cada individuo, ya que no todos provenían de la misma región o pueblo. En casos extremos, estos adoptaban nombres cristianos o castizos eliminando sus nombres chinos por completo. Por lo general, el ciudadano común al tratar de evitar los procedimientos engorrosos y burocráticos de corregir o modificar los errores, los dejaban tal como se inscribieron originalmente, dando origen a apellidos folclóricos y curiosos, producto de la situación legal con la transposición y sustitución de los apellidos, como de los nombres. En este grupo están Ah-Kai, cuyo apellido original es Cheng; Kwai-Ben en vez de Ng; Achu o Ah-chu por Chu; Ahfu por Fu; Alie por Lee; Asyn en vez de Sing, Tasón por Yee o Hi, Ah-Chong o Achón por Chong; Von-Chong por Wong, Chong por Luque, Chong por Lim-Yueng, Him por Naranjo, Ho por Othón o Ocón, Laffo por Yip o Ip, Lee por Díaz, Lee por Julio, Poon por Sánchez y Wong por Vásquez.

Dependiendo de la pronunciación regional del individuo aparecían entonces nuevos apellidos como Ahmuy, Ayón, Chaquio, Chockee, Chue, Dam, Hing, Jipsión, Li, Liao, Tom. Otros decidieron castellanizar o latinizar sus apellidos por conveniencia o por necesidad como los Cáceres, Calvo, Casiano, Checa, Domingo, Flores, García, Loban, Luckonchang, Manuel, Martínez, Montano o Montaña, Oro, Pacheco, Ríos, Sansón, Sosa, Susto, Tack, Waysam, Wilson, Yockim, Yunsan.

Willis Abbot, en sus anotaciones, describía que las tiendas en 1913 que no eran de propiedad de chinos eran indiferentes al patrocinio del público comprador, en cada venta o baratillo colocaban la mercancía como si le tirarían un hueso a un perro. Mientras que los chinos vivían nítidamen-

te, pulcros e impecables, eran hombres de negocios capaces y aparentaban prosperar por todos lados, a diferencia del desorden y la indiferencia de los nativos. Para aquella época, se pagaba la suma de 60 a 75 pesos oro al mes de alquiler, mientras que el mercado de verduras, en las afueras de Panamá, los chinos mantenían un orden en sus cultivos, produciendo prácticamente todas las verduras y vegetales que se cultivaban en las granjas del Norte, a diferencia de los panameños que solo plantaban yuca y maldecían la tierra que no producía nada más.

La provincia de Herrera, que anteriormente era parte de Los Santos, era creada mediante Ley 17 de 18 de enero de 1915. Para el día 7 de abril de 1917, el presidente Ramón M. Valdés, declaraba la existencia de un estado de guerra entre Panamá y Alemania, y termina el 11 de noviembre de 1918, mientras que en Rusia, Vladímir Ilich Lenin y la revolución bolchevique instalaban un gobierno comunista, que perduraría hasta 1991.

A la Conferencia de Paz de Versalles, asistieron delegados de los países en conflicto, entre ellos el presidente Woodrow Wilson de Estados Unidos quien presentó sus “14 puntos” para una paz duradera. De esta conferencia surgiría la Liga de Naciones, precursora de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Aun cuando Panamá nunca envió tropas a combatir a los frentes de batalla de Europa, ella estuvo representada por un solitario delegado, el Dr. Antonio Burgos, quien le tocaría firmar por la nación panameña la paz y asegurar su puesto en la Liga de Naciones.

Para pocos es conocido que en el Gran Salón del monumento conmemorativo en recuerdo a los combatientes en la Primera Guerra Mundial, en la ciudad de Indianápolis, estado de Indiana, Estados Unidos, se encuentran desplegadas, como guardianes de honor de los cuatro puntos cardinales, las banderas de los países aliados: Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Panamá.

Gloria Young ha sido embajadora de Panamá ante las Naciones Unidas en Austria y Marruecos. Desde 2016 es embajadora de la paz por el Círculo Universal de Embajadores de la Paz con sede en Suiza y Francia. Es doctoranda en Derecho Público y Ciencias Políticas con especialidad en Cooperación Sur-Sur, politóloga y *magister* en Sistemas Educativos con especialidad en supervisión y currículo. Es, además, poeta, escritora, conferencista internacional y promotora cultural. Tiene once libros, más de trescientos artículos y ensayos publicados en diarios y revistas nacionales e internacionales. Ha sido antologada en más de doce libros a nivel nacional e internacional.

TERCERA GENERACIÓN. HEREDEROS DEL SOL

Mi padre construía puentes, carreteras, pistas de aeropuertos. Edificó nuestro hogar entre lomas y senderos deshabitados. Mi padre diseñó los cimientos de la Cámara Panameña de la Construcción. Viajó el mundo mostrando lo que éramos y queríamos ser. Escribió la historia de la ciudad, sus edificios alcanzando el cielo. Leía tanto que las letras fueron nuestras amigas desde la infancia y más allá.

Mi padre tuvo un abuelo que emigró de la lejana Manchuria. Abandonó Dongbei Pingyuan atravesando el Atlántico feroz. Habitando islas del Caribe oriental, regresando por esas mismas aguas al África profunda y de vuelta llegando a Costa Rica y a Panamá. El abuelo de mi padre, sagaz aventurero, fue el primer contador del istmo en tiempos del *silver y gold roll*. Informaba a los trabajadores del canal cuando los gringos no les pagaban completo su salario. El capataz blanco lo detestaba. Un día de sombra lo

atacaron para matarlo; así, como en el lejano oeste. El abuelo de mi padre se defendió y el atacante terminó en el cementerio de los blancos (como si fuera un héroe el pobre diablo). Mi padre heredó el eterno viajar del abuelo (por no decir, el eterno huir) y fue a encontrar sus raíces a la China lejana y misteriosa realizando múltiples viajes, contagiando a la cuarta y quinta generación por la curiosidad de palpar la piel de raíz; de sentirnos orgullosos de esta flor amarilla entre espinas que somos.

Mi padre, que buceaba las profundidades del mar con los pilotes de inmensos puentes, hoy camina paso a paso, lentamente, en su habitación. Allí, sus noches enteras se llenan de recuerdos, casi olvidados. El trabajo, los números y más números entre tazas de té, jengibre y palabras sabiamente trazadas por su abuelo, se confunden con historias que repite una y otra vez, como si nunca las hubiera contado. Mi padre duerme sentado en su desgastado sillón con las piernas sobre la cama. A su derecha, un tapete de medicinas sobre una mesita. Cada día llega la terapeuta para que camine un poco más. Mi padre ya no caza sueños distantes ni atrapa diminutos tigres de cristal y piedra. Tal vez, desde su mirada de ojos pardos, hermosos, piensa en reunirse con su abuelo para que le cuente nuevas historias, por ejemplo, si es verdad que existe el cielo y se vive para siempre, o si es una ilusión para hacer de la muerte, una dulce y resignada emoción.

Del libro inédito *Herederos del Sol* (1988-2022).

ARENA DORADA

*Los robledales
llamean junto al lago
entre la lluvia.*

MONTSERRAT DOUCET

XIII

Derrama noche
todas las luciérnagas
sobre los ojos.

XIV

Solo el silencio
escuchando la niebla;
silbido lento.

XXI

Solo un instante,
mirando el cielo invierno:
las estrellas.

XXII

Dakhla en verano
derraman sardinas, sí:
sobre la arena.

XXIV

Hay ciudades
ocultas en la arena
aún... las tribus.

XXVIII

En el desierto
se instala, desafiante
luminoso, el sol.

XLIII

Cae lo oscuro
en el campamento:
suenan tambores.

SENRYUS

Cuerpo de agua

IV

Aves de agua
todas las estaciones
nadan mi cuerpo.

IX

Aquí, siempre habrá
una mujer llenando
las fuentes vacías.

XIV

Todo lo quiero:
las migajas de tu pan
sobre la mesa.

XXXI

No puedo evitar
mirar detrás... mar de dunas
y su brevedad.

Del libro *Conquista del Aware*. Ciudad de Panamá: D McPherson, 2021.

NO HABLAR A MEDIAS

Reconocerá como suya la ciudad
sin ignorar los demonios que la habitan
disfrutará la visión de las gaviotas vagabundas
volando sobre los tendedores de las azoteas
sonreirá a su paso invitando a la alegría
el presente es siempre un nuevo amanecer.

Con el movimiento certero de la vida
y todos los ruidos citadinos penetrando en su memoria
hará libres las calles inaccesibles
abrirá las ventanas del cuarto, de la escuela, de los hospitales
de las bibliotecas
y no habrá misterios debajo de las piedras
ni cerrojos imposibles de abrir.

Nada de estar lúcida solo al borde de la muerte
ni de entrar a las casas por la puerta trasera
nada de soñar con atisbar el mundo
sino de conquistarlo día a día sin promesas incumplidas.

Una no les enseña a las mujeres a cargar sobre sus hombros
el peso de las paredes inexactas
ni a que invoquen las enardecidas culpas
cada vez que el corazón no encuentre plaza.
Renacerá en cada atardecer y en las auroras
para romper el mito que la luna se va a dormir
cuando el sol mira la tierra.
Andará las veredas de los barrios pobres
después de las seis de la tarde
contagiando con su risa en marejada
a los chiquillos que atrapan las flores pálidas para penetrarlas
espantándolas despavoridas de su cuerpo.

Tendrá un corazón de calabazo profundo y seco
para así retener el amor, la tierra, el agua, el aire, el fuego
todos los elementos de la energía vital
la madre tierra
que le permita desplegar su verdad como bandera
escribir versos que no sean inútiles
/nunca lo son
llamar a las cosas por su nombre a todas horas
/sobre todo
no hablar a medias.

Del poemario *Desatado el corazón*. Ciudad de Panamá:
Mariano Arosemena, 2010.

¿PARA QUÉ SIRVEN LAS PALABRAS?

*La frescura y la omisión
de las palabras
se vuelcan
en vertientes de volcán
con sus fuegos
sus lobos y cenizas.*
ETHERLINE MILĚSKA

Recogerá por las mañanas muy temprano
las flores amarillas del guayacán que desde la madrugada
están cayendo
las colocará como al descuido sobre las cenizas que las hojas secas ardiendo
dejaron como huella el otro día en el jardín.

Regalará su mirada al ancho horizonte del bananal
aprenderá a abonar cada mata en su raíz pegada de la tierra
reconocerá las manchas de la sigatoka negra
la temible enfermedad del oro verde del trópico
donde nació su madre.

Correrá entre los surcos de las plantaciones
y hará reír a los obreros con sus camisas manchadas
y sus manos rudas trepándose los inmensos racimos
sobre sus espaldas encorvadas
y reirá ella también en su inocencia.

Aún no descubrirá que el atardecer tropieza con las avionetas
regando el químico que fortalece las plantas y quema las gargantas
de las mujeres, los niños y los obreros
en cada finca
donde también corren jugando como ella
volando sus cometas de colores enredados los hilos en las plantaciones.

Cómo decirle
que las pieles en las fincas
inauguran un insomnio de sombras
que las heridas en los brazos, en las piernas, en el pecho
ni a golpe de agua enjuaga el ardor

que la hediondez de algunas mujeres
no permiten el asomo del amor
en las noches de luna llena
ni en las de cuartos menguantes.

Cómo decirte pequeña
tú que saldrás a la vida en mayo primavera
del otro lado del mar
donde aún existen castillos
donde viven reyes y princesas
donde las castañuelas arrancan melodías
sobre las cabezas erguidas de sus dueños

que la mar de tus sueños y profundidades
está de este lado de la vida
aquí
donde el barro es dulce

y todo tiene el color de la tierra
 donde las mujeres en medio de sus miserias cotidianas
 aún creen que las gaviotas les llevarán sus sueños
 de maíz, arroz y frijoles
 de vestidos sin rasgaduras
 zapatos escolares, cuadernos, uniformes para sus hijos
 y sus hijas
 a la hora exacta
 mientras las gaviotas se quedan perdidas en su vuelo
 pero ellas aún creen...

Sólo dejándote correr por las fincas del dolor
 y la alegría
 dibujando tú el paisaje
 siendo timonel de tu propia barca
 recogiendo con tus manos
 la espuma que deja la mar
 en las orillas
 de la arena gris
 coleccionando conchas de colores
 caracoles de verdad
 piedritas en medio de las
 hojas de las palmeras secas
 cocos nacidos a la sombra
 enterrados en la arena,
 sólo entrando a las galeras
 donde viven otros niños
 y niñas
 como tú
 mirando con tus ojos abiertos
 las paredes manchadas de tizne
 el fogón tantas veces apagado
 una sola habitación
 donde se alimentan los sueños
 donde se hacen las tareas escolares
 y el amor

cuando los niños duermen
exhalando humores de todos los latidos.

Sólo así no necesitarás palabras
que te expliquen la vida.

Todas las que no sean tuyas
serán imprecisas
ecos de una lejana canción
sonidos dispersos
que se olvidan
en el ocaso.

Inventarás tus propias palabras
profeta cotidiana
anunciadora de la lluvia
caminante de las trochas
abiertas a punta de machete
preparás tus palabras en las barcazas
de los pescadores
las gritarás al viento
mientras tiras las redes
y regresas a la tierra
soñando un fuego incandescente
sin descansar tu sombra
denunciando
a los que se apropian de las tierras
y las dejan baldías
y encarcelan a los campesinos que siembran la yuca
los piñales
el papayal
y los golpean en la noche
hasta dejarlos sin pulso
por esas tierras baldías...

Inventarás tus palabras

no las de tu madre
ni las de nadie
las tuyas
sin absurdos cercos
sin miradas ariscas.

Tal vez no serán tan fogosas.

Serán las tuyas
minerales
lúcidas
hechas de luz y sombra
que traspasen los oídos
y que los ojos las lean

al fin y al cabo
¿para qué sirven las palabras?

Del poemario *Desatado el corazón*. Ciudad de Panamá:
Mariano Arosemena, 64.

ARGENTINA

Gustavo Ng nació en San Nicolás de los Arroyos, Argentina, en 1962. Periodista dedicado a China, es uno de los creadores y editores de la revista *Dang Dai*, coautor de *Todo lo que tenés que saber sobre China*, *Testigos del intercambio cultural entre China y América Latina*, *China: la superación de la pobreza* y *Crónicas de la cercanía cultural de China y Argentina*, y autor de los libros de horóscopo chino *El gallo de fuego*, *El perro de tierra* y *El año del búfalo*. También escribió *El otro bicentenario. Historias que no hicieron patria* con Camilo Sánchez y Néstor Restivo, y *Mariposa de otoño*, reconocido de interés cultural por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. Ha vivido en Buenos Aires, Río de Janeiro, Bariloche, Lima, La Habana y Nueva York, y en los últimos años repartió su casa entre el centro de Buenos Aires, el Delta del Tigre, Brooklyn y Beijing. Es padre de cuatro hijos.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ CON LO YUAO

Hacía mucho que no jugaba una partida con Lo Yuao. Llevábamos casi trece años sin vernos y me aparecí sin avisarle una tarde de invierno helada, en su pequeño departamento porteño, abarrotado de cuadros, libros, fotos y pilas de antiguas cajitas polvorientas y ajadas. Por todas partes, como esos pastos que estallan en la tierra árida de las planicies de la Patagonia, grupos de lapiceras, pinceles y lápices se erizaban tiesos.

Lo Yuao había formado un laberinto en un lugar donde apenas cabían una cama, una mesa y una heladera. Era un laberinto que casi no dejaba espacio para moverse, pero hecho a la medida de su único habitante, un hombre diminuto. Muy viejo ya, parecía una hoja transparente con un mínimo

de ser, que persiste unida a su rama cuando las demás ya fueron arrancadas por el viento. Esas que, de tan livianas, ni el aire ni la gravedad, notan su existencia.

Hablamos del frío. Él recordó que nunca hacía un clima tan cruel en el lugar donde nació. “Pareciera que va a nevar mañana”, me dijo, y comentó que había escuchado que hacía casi un siglo que no nevaba en Buenos Aires. Luego hablamos desaprensivamente de algunas cosas de nuestras vidas como si solo nos hubieran sucedido eventos casuales. En realidad, nos estábamos diciendo que lo importante era estar vivos.

Sin embargo, yo me había mudado varias veces de país, me había casado, había tenido tres hijos, había logrado formar una buena biblioteca y la había perdido. Él asintió brevemente cuando le fui contando esos episodios, pero no hizo preguntas ni mostró excesivo interés, como si hubiese sabido desde muchos años antes cómo se desarrollaría mi vida.

La primera foto de mí cuando era chico, que mi madre le mostró a mi mujer, fue tomada por Lo Yuao.

Yo tenía cuatro años y él había puesto una casa de fotografía en San Nicolás. Fue su apuesta para independizarse de la fábrica y radicarse en el país definitivamente. Lo que marcó su dirección contraria a la de sus paisanos chinos, que volvieron a Hong Kong o emigraron a Estados Unidos.

Mi padre también se iría unos años después, cuando sus hijos estuviéramos lo suficientemente criados para él, aunque a medio criar según mi madre. Ahora habían pasado 36 años del día en que Lo Yuao me había sacado la foto. Lo Yuao fracasó con la casa de fotografía y se mudó a Buenos Aires, donde terminó al fin haciéndose un bohemio.

Fue pintor, aficionado a la música clásica y al tango, y un amigo estimado por el grupo con el que compartió años de charlas y cafés en un bar del barrio de Tribunales. Se mantuvo con los ingresos que obtenía como perito judicial, sacando fotos de firmas de malandras y estafadores.

Cada domingo iba al Club Argentino de Ajedrez, donde jugaba partidas en el tiempo imposible de los domingos a la tarde.

Había vuelto a hacerse solo en Argentina, después de que se hiciera solo en Hong Kong. Una vez le pedí que me contara su vida. Cuando aún era un bebé de pecho su padre, un padre de dieciocho años, murió, y su madre, menor aún, lo abandonó para que lo criara un tío. Antes de los diez años el pequeño Lo Yuao fue a refugiarse con su abuela por los maltratos

de su tío. Viejo ya, me mostró en las piernas cicatrices de castigos despiadados de aquellos tiempos. La abuela murió pronto y Lo Yuao se presentó por las suyas en un orfanato que regenteaban los ingleses.

Cerca de su cama, en su departamento pequeño como un bote, había sobre una mesa y al lado del teléfono, la foto de la novia de Lo Yuao. Fue una novia que vivía en Hong Kong, a quien Lo Yuao mandó todos sus ahorros, pero ella desistió de venir. Luego de aquel episodio, muy lejano, ya no tuvo novia.

Cuando fui un joven que recién llegaba a Buenos Aires para estudiar en la universidad, iba a visitarlo porque era un paisano de mi padre, más que un tío: un testigo silencioso de un pasado en común. Admiré con asombro sus cuadros y luego toda su vida, hasta escribir incluso su biografía.

Siempre jugábamos al ajedrez. Yo había terminado por aprender que no tenía mayor trascendencia lo que podíamos decirnos con las palabras, y que, si habríamos de entendernos, sería con el lenguaje desplegado en las partidas.

Nuestras partidas se asemejaban unas a otras, invariablemente. Lo Yuao se interesaba por la repetición en que caíamos pero yo terminaba ofuscándome, ante lo cual parecía divertirse. Mis aperturas siempre eran impetuosas, con un ataque a la vez masivo y profundo, y luego él iba afirmándose en el control del juego con una defensa que simulaba ser frágil pero resultaba inquebrantable, porque la tejía lentamente con paciencia y tenacidad, y la aplicaba con una inteligencia pudorosa.

Y así era, otra vez, la partida que jugábamos en la tarde despiadadamente helada, luego de tantos años sin vernos.

En mi arremetida sentí la contundencia que yo había ganado en los años sin vernos, con experiencias en lugares remotos, pérdidas, la responsabilidad de la familia, las decisiones que debí tomar.

En un momento se me hizo patente que Lo Yuao no podría resistir; le había comido demasiadas piezas claves, había montado un esquema de ataque demasiado poderoso. Pero otra vez fue apareciendo, como desde el fondo de una vida, aquella resistencia de Lo Yuao. Poco vital, sin fuerza, con un ánimo casi imperceptible, pero con el último núcleo sólido forjado en un metal que no podía ser destruido por ninguna violencia.

Dije en voz alta “pero qué cosa, Lo Yuao, siempre lo mismo”, y él contestó con la sonrisa natural con que quitaba importancia a las cosas. Era

agradable que todo siguiera igual entre nosotros. Todo estaba correctamente en su sitio.

Pero entonces Lo Yuao cometió un error imposible. Fue un movimiento tan ingenuo que me desconcertó, sobre todo porque no concebía que él no tuviera en mente como yo, que si hacía aquello le haría jaque mate en no más de cinco jugadas. Estuve un rato estudiando la situación, queriendo descubrir una estrategia o una trampa. Cuando finalmente acepté que se había equivocado (y todavía él no se daba cuenta), se lo advertí.

Lo Yuao abrió los ojos con sorpresa, miró con asombro el tablero y dijo “ay, sí”, y volvió la pieza atrás. Yo me sentí de golpe desamparado y, en ese momento, me sobrevino todo lo que había querido a Lo Yuao desde chico.

Tuve una necesidad compulsiva de abrazarlo, pero nos mantuvimos cada uno al borde de su banqueta, inclinados impasibles sobre el tablero, mirando las piezas.

Luego, naturalmente, me ganó la partida.

NO LLORES POR MÍ ARGENTINA, EN LANZHOU

En Buenos Aires éramos compinches con Polo, Ziqian Feng. Cuando viajé a China por primera vez y le dije que visitaría Lanzhou, su ciudad, con la hospitalidad asombrosa de los chinos, él habló con sus padres para que me recibieran allí.

Eran gente maravillosa, de una buena voluntad que me desarmaba. Estaban más felices que yo de recibirme. Me dieron un departamento y Feng Zheng, el papá, se tomó unos días en el trabajo para llevarme a conocer Xiahe, donde se concentraba la mayor cantidad de templos budistas de China, luego de Lhasa, capital del Tíbet.

Antes de partir, me invitaron a comer en su preciosa casa, donde vivían con el papá de la señora, un anciano muy honorable, a quien trataban con una dulce devoción.

Mientras la señora preparaba la comida, Feng Zhen me mostró algunas reliquias que había ido adquiriendo en Xiahe. Nos comunicábamos solo por señas y con muy pocas palabras, porque él solo hablaba chino, idioma que ignoro lastimosamente. Sin embargo, de alguna manera nos com-

prendíamos, de modo que yo podía ir sabiendo qué piezas eran las que me mostraban y su valor histórico.

En el recorrido por sus colecciones, en la medida en que sentíamos que el idioma no era barrera para nuestra empatía, nos fuimos alegrando más y más de estar juntos.

Ese sentimiento de camaradería alcanzó un pico cuando llegamos a su biblioteca y fue sacando, una tras otra, ¡siete biografías del Che Guevara!

Llegué a decirle que había vivido en Cuba, y entonces hicimos grandes exclamaciones, y él me abrazó. Nos miramos con los ojos brillantes de dicha.

Al almuerzo llegó un amigo de Feng Zhen, Feng Qiu, quien en un inglés muy rudimentario consiguió decirme que iríamos los tres juntos en el viaje, y que él sería el traductor.

También me dijo que trabajaba como policía y que estaba estudiando Derecho. Dos años después me enteraría de que había terminado la carrera y había abandonado el cuerpo policial para dedicarse a la abogacía.

Ese mismo día salimos en la camioneta de Feng Zhen a Xiahe, que quedaba en el sur de la provincia en la que estábamos, Gansu. Fue un viaje increíble, en el que la amistad se nos fue mezclando con templos budistas de miles de años, montañas esculpidas en forma de terrazas de cultivo que habían sostenido a la población durante siglos y ahora estaban desertificadas, pequeños pueblos donde viven chinos musulmanes, de pocas casas pobres y mezquitas palaciegas que brillaban como joyas bajo el sol, y enormes paisajes monocromos en los que aquí y allí estallaban lejanos conjuntos multicolor de banderas budistas.

Durante cinco días recorrimos muchos kilómetros y nos metimos en todas partes. Dormimos en cualquier lugar y comimos la comida regional, que le resultaba extraña incluso a ellos. Cuando pensé que no podíamos ir más lejos dentro de China, Feng Zhen anunció que entraríamos en la provincia de Qinghai para visitar a unos amigos suyos.

Sus amigos eran pastores nómades. Marchamos largas distancias por las montañas, a donde llegamos con la camioneta y luego caminando, hasta que dimos con los pastores que buscábamos. La ladera de una montaña parecía tener una nube blanca dispersa: eran sus ovejas. Nos invitaron a tomar té con leche fuera de su carpa, hablaron mucho, siempre riéndose, con sus caras marrones oscuras por el sol directo, igual que la gente del altiplano.

Luego entramos a la carpa donde la familia vivía y nos acomodamos sobre unos almohadones muy confortables. Habíamos andado mucho, con mucho frío en ese aire puro y excesivo de las montañas. Sentirnos en un lugar tan placentero, tibiecito por el calor que emanaba de un fogón en el centro de la carpa, fue una delicia. La charla se me volvió un arrullo y me quedé dormido sin darme cuenta. Soñé algo intenso y me desperté de golpe. Vi los niños mirándonos seriamente, percibí ese olor reconcentrado de hollín y grasa, observé a los adultos charlando sin parar, recorrí con la mirada los enseres de los nómades, antiquísimos, y sentí que estábamos en un tiempo eterno.

Fue un momento de mi largo viaje de dos meses, en que toqué fondo. Hice contacto con una realidad última.

Sentí que mi amigo sabría que me pasaría lo que me estaba pasando, y pensé que por eso me llevó hasta allí.

El regreso fue algo desconsolado. Los tres hubiéramos querido quedarnos más tiempo, en aquellos lugares y también queríamos seguir juntos.

La tarde en que llegamos la señora nos esperaba en un magnífico restaurante en Lanzhou. Además de nosotros, llegó una cantidad nutrida de amigos que el matrimonio había invitado para que conocieran a un periodista que había viajado de muy lejos para conocer la tierra de sus ancestros. Para ellos, era un acontecimiento.

Algunos hablaban algunas palabras en inglés, con lo que la comunicación fluyó bastante bien. Fluyó tanto como el *baijiu*, licor chino de alta graduación alcohólica que se bebe de breves traguitos, pero durante horas, de modo que la alegría y desinhibición de los comensales crece, mientras la amistad se exagera.

Es lo que sucedió aquella noche, que era mi despedida de Lanzhou y de aquella gente maravillosa.

Yo estaba feliz y a la vez sentía tristeza en mi interior. Esas personas, puras y buenas, se había convertido en mi gente, y no sabía si alguna vez volvería a verlas.

Entonces, siguiendo la tradición, el amigo Feng Qiu invitó a que cantáramos. Todos se exaltaron y comenzaron a cantar antiguas canciones que todos conocían, entre brindis, abrazos y risas.

En un momento alguien me señaló y dijo algo. Feng Qiu me tradujo:
— Dicen que quieren escucharte cantar una canción de tu país.

El pedido me tomó por sorpresa. No tenía idea de qué podría cantarles, si una canción de Charly García, una samba, o tal vez la Marcha de San Lorenzo.

Me apuraron y entonces se me ocurrió que quizás alguno de ellos podía haber visto la película *Evita*, y entonces si yo cantara *No llores por mí Argentina*, haría la conexión.

En un raptó de inspiración, además, le pregunté a Feng Qiu, que era el que cantaba más fuerte y con más vocación, si la conocía. Dijo que no, pero cuando empecé a cantarla gritó:

— *Yes! Yes!* —y comenzó a cantarla conmigo.

Los dos recordábamos solo el estribillo, así que lo cantamos varias veces, abrazados, a veces mirándonos, con una mano moviendo un vasito con el temible *baijiu*, primero tímidamente, luego con toda la voz.

Ahí estabas, entonces, Eva, mi amor, en el fondo de la China, entre platos con pescados enteros y mariscos gigantes, entre chinos que fueron a conocer un argentino, entre vapores de *baijiu*, entre sopas de oveja, bocadillos de algas y orejas de cerdo; allí nos tenías, cantando y abrazados, sudorosos, descamisados, felices y unidos por vos.

Buenos Aires, 8 de mayo de 2020

UN HONGKONÉS EN ARGENTINA

Hong Kong está en el sur de China. Está formada por un grupo de islas y una península, la península de Kowloon, que pertenecen a la provincia de Guangdong. Los ingleses tomaron posesión del lugar en 1841. China se lo cedió en comodato, y fue parte del Reino Unido hasta 1997. Desde entonces volvió a la Madre Patria como Región Administrativa Especial de Hong Kong de la República Popular China. Su autonomía política es relativa, pero conserva la economía capitalista, sistemas administrativo y judicial independientes, su propio sistema de aduanas y de fronteras. Su nombre en chino es 香港. En pinyin, el idioma que usa para pronunciar el chino, se dice Xiānggǎng. Significa: “Puerto Perfumado”.

En los años en que el siglo xx llegaba a su mitad, un encadenamiento de tempestades políticas, sociales y económicas sacudieron a Hong Kong

y le dieron nueva forma. En 1942 sufrió la invasión japonesa, que la marcó con horror y gran parte de sus habitantes huyeron al continente. Pocos años después regresarían a Hong Kong, junto con cientos de miles más, que se autoexiliaban ante el advenimiento de la Revolución Socialista de Mao Zedong. Hong Kong supo recibirlos y en la década del 50 transformó la bomba demográfica en un florecimiento económico que la convirtió en una potencia del Pacífico.

En la masa de cantoneses que pasaron del continente a Hong Kong estaba Ng Iuko, un comerciante que tenía una esposa y seis hijos. Era una familia entre miles de familias, que se convertirían en los ancestros de los hongkoneses de hoy, personas conocidas en Asia por su pujanza, su habilidad para los negocios, su capacidad de adaptación, su buen humor y su entrega a todo lo bueno que tiene la vida.

Ng Iuko trabajó desde el amanecer hasta muy tarde en la noche, día tras día, año tras año. Progresó en su nuevo comercio, hizo estudiar a sus hijos, sacó su familia adelante. Él y los suyos fructificaron en medio de la primavera de Hong Kong. Apostaron fuerte y sin miedo, y ganaron.

Con los años, el mismo ímpetu llevaría a la familia a seguir buscando horizontes. En 1954 el segundo de sus hijos, un jovencito de apenas 17 años, con una valija de cuero y un traje nuevo, se embarcó rumbo a Sudamérica, al otro lado del mundo. En aquella época, la travesía equivalía a un viaje a Saturno.

El muchacho era elegante y esmirriado, con un aire intelectual. Y era, como todo hongkonés, completamente suficiente. Su nombre era Ng Ping-Yip. Era técnico textil y se enroló sin hesitaciones en una misión de 30 hombres que iría a poner una fábrica en el lugar más remoto de Hong Kong.

Hong Kong es tropical. El calor es inagotablemente pesado y la humedad embarduna los cuerpos con una jalea sempiterna. Mi padre, Ng Ping-Yip, llegó con el contingente de hongkoneses al frío del Puerto de Buenos Aires un invierno en que Argentina ya estaba crispada por las luchas en torno a Juan Perón. Pasaron por el Hotel de Inmigrantes y luego se encaminaron a su destino final, la ciudad de San Nicolás.

Uno de los compañeros de Ng Ping-Yip, ya muy viejito, recordaba la madrugada en que llegaron. “Yo estaba muerto de frío. Nos dejaron junto a una ruta, en un descampado. Vi aparecer una bestia colosal, roja, con un pescuezo hercúleo. Me miró a los ojos. Terminé de aterrarme al ver cómo

por su hocico gigante largaba chorros de humo como un dragón”. El humo era el aliento que exhalaba un caballo, animal que solo podía haber visto en el hipódromo de Hong Kong al que aquel chico nunca había ido.

Los compañeros llegados en barco de Hong Kong formaron una barra de muchachos en San Nicolás, cuyos habitantes jamás habían visto un chino en persona. Y de repente, allí estaban aquellos trabajadores chinos, todos iguales. Lo más parecido a extraterrestres que tuvo San Nicolás. Con el tiempo, el hielo inicial se fue rompiendo. Los nicoleños les enseñaron a hablar español, los chinos se dejaron adoptar y se hicieron amigos. En la fábrica textil que montaron y pusieron en funcionamiento, ESTELA, los muchachos chinos se mezclaban con las operarias argentinas. Pronto ellas los invitaron a los picnics. Eran los años de postguerra, la Era de la Juventud, cuando se bailaba el rock and roll en todas partes. Inevitablemente nació el amor.

Para la época en que se les terminaron los dos años de contrato, varios estaban de novio. Entre ellos, Ng Ping-Yip. Algunos regresaron a Hong Kong y dejaron el amor en San Nicolás. Otros, como él, eligieron quedarse.

Algunos años después, Ng Ping-Yip se casó con la novia que conoció en uno de los picnics, Celia María Lorenzo. La chica pertenecía a una familia multitudinaria de vascos del campo, que acogieron al chinito como a un hijo. El hongkonés tenía a su extensa familia del otro lado del planeta, pero había encontrado lugar, solito, en otra parentela de la que cada año nacían varios niños y cuyas fiestas se alargaban sin límite. De esa época feliz nacieron dos hijos, Ana Luisa y quien esto escribe. Ng Ping-Yip, originario de Hong Kong, se hizo un nicoleño hecho y derecho. Iba a cazar perdices, comía asados en la casa del Doctor Brenna en una de las islas Lechiguanas, jugaba al tenis en el Lawn-Tennis Club, llevaba los hijos a la escuela. Era el supervisor del turno nocturno de la fábrica ESTELA S.A. La sigla indicaba Establecimiento Textil Latinoamericano Sociedad Anónima. En una inundación del río Paraná ayudó a rescatar a su suegro, que se negaba a abandonar la casa que ya tenía más de un metro de agua. En otra ocasión, alquiló un colectivo y llevó a toda la familia a otra ciudad, donde se casaba un cuñado. Tomaba vacaciones con su familia en la Villa General Belgrano, del Valle de Calamuchita, un destino que los argentinos amaban. Con su mujer vieron en un enorme televisor en el living de su casa, la llegada del hombre a la Luna, las pelea de Ringo Bonavena contra Cassius

Clay y los viejos programas de humor en blanco y negro, con humoristas inocentones y risas grabadas. Era hincha del club de fútbol *River Plate*. Escuchaba a Jorge Cafrune, un cantante folclórico vestido como un gaucho que llevaba consigo el aire solitario de la pampa. Tomaba mate con su suegra, doña Luisa. Le decían Pényu. Solo cuando me puse a aprender chino, de grande, supe que ese nombre era en realidad *péng you*, que significa “amigo”.

Aquella vida llegó un día a su fin. Hongkonés al fin, dispuesto siempre a pagar el precio necesario del progreso, puso rumbo a Nueva York. La pequeña valija de cuero que había llegado de Hong Kong 20 años antes formaba parte de la pila de bártulos de la mudanza desde San Nicolás a los Estados Unidos.

En un departamento de la calle Mulberry, en el Barrio Chino del Lower Manhattan, esperaría a los nicoleños el viejo Ng Iuko, con su esposa Liu Cheungtai y el resto de sus hijos. La sangre hongkonesa se reuniría, con la Estatua de la Libertad de fondo.

No fue hasta 40 años después que pude conocer Hong Kong.

Ya maduro como periodista, establecí en Buenos Aires la revista *Dang Dai*, para la comunicación entre Argentina y China. Es el primer medio dedicado al intercambio cultural entre los dos países.

Y es la manera que he encontrado de trabajar con mis manos, fuera de mí, los cabos que tengo sueltos en mi interior.

El desarrollo del proyecto *Dang Dai* hizo indispensable que yo conociera China y planifiqué un viaje exploratorio, de dos meses por 14 ciudades, del extremo Sur al extremo Noroeste, al extremo Este. Y empecé por Hong Kong.

En 2015 un avión me llevó de Buenos Aires a Estambul, y de Estambul a Hong Kong.

Caminé por las calles de la infancia de mi padre. Contemplé, flotando en las aguas, el reflejo de los rascacielos de vidrio y acero que él nunca vio. Miré a los ojos a la gente. Su gente. Mi gente. Una parte de mí estaba de regreso.

Lucía Wei He cuenta historias escritas, fotográficas y en video para *RED/ ACCIÓN*, enfocándose en temas de género, inmigración y derechos humanos. Es también corresponsal de BBC Radio y ha colaborado con otros medios de comunicación, incluyendo *Americas Quarterly*, *Deutsche Welle*, and *Al Jazeera English*. Creció entre la cultura argentina y la china. Su curiosidad por el mundo le llevó a estudiar economía política internacional en la Universidad de Georgetown, y a reportar desde Asia, África, Norteamérica, Latinoamérica y el Caribe. Wei He tiene una licenciatura de Georgetown University, donde estudió Economía Política y Estudios Latinoamericanos. En la actualidad estudia una maestría, como *Schwarzman Scholar*, en Asuntos Globales en la Universidad Tsinghua. Entre los premios que ha recibido están el Premio Fr. Bunn Award por excelencia en periodismo y el primer premio *Hard News Georgetown University*.

LA HISTORIA DE MIS PADRES (Y LA DE OTROS INMIGRANTES CHINOS EN LA ARGENTINA)

Hay más de 200.000. La mayoría de ellos provienen de Taiwán y Fujian. Cómo llegaron al país y cuáles son los desafíos de las nuevas generaciones que buscan romper estereotipos.

Preguntamos a qué comunidades de inmigrantes en Argentina les gustaría conocer y entre las propuestas, estaba la comunidad china. Aquí el primero de una serie de artículos que iremos publicando.

Un diccionario chino-español, pesado y de tapa gris, era una de las pocas pertenencias que traía consigo Luo cuando llegó a Mar del Plata en

1989. Venía desde Pekín con su hijo de tres años a reencontrarse con Hong, su marido, quién había llegado a la Argentina dos años antes. Ninguno sabía una palabra de español, y el diccionario era su llave de entrada a la nueva vida que les esperaba.

Hong y Luo se habían conocido jugando ping pong en 1984. Él tenía 28 años y ella 26. Trabajaban en el mismo edificio en el centro de Pekín, pero habían crecido en lugares muy diferentes. Él era de Dalian, una ciudad portuaria al norte del país, donde sus padres eran pescadores. Y ella de Wuhan, una ciudad industrial en el centro de China, donde sus padres eran profesores universitarios. A pesar de las diferencias, su conexión fue inmediata.

“Fuimos con una amiga al área de descanso del edificio y jugamos un partido de dobles con dos amigos de ella. Uno era Hong”, recuerda Luo. “Desde ahí pasó todo muy rápido. A los meses nos casamos en una ceremonia civil y al año tuvimos a nuestro primer hijo, Mu.”

En 1987, en el marco de una naciente política para expandir la presencia económica de China en otras partes del mundo, la empresa estatal de comercio para la que trabajaba Hong le ofreció a la pareja la oportunidad de irse a Mar del Plata, Argentina, para expandir las operaciones de la empresa ahí.

“No sabíamos nada de Argentina. Solo habíamos escuchado que era un país lindo”, cuenta Luo. “Pero aceptamos la oferta de inmediato. En esos entonces, debido a la situación política y económica del país, si te daban la oportunidad de irte, te ibas, no importaba a dónde.”





Los jóvenes Luo y Hong en Pekín en 1985.

Luo y Hong aprendieron español por su cuenta, recurriendo al diccionario, buscando cada palabra que escuchaban y que necesitaban usar.

“A veces, para practicar, iba al kiosko de la esquina y le hablaba a la señora que atendía: ¿Cómo estás? ¡Qué lindo día!”, cuenta Luo.

En los años y décadas que siguieron, Hong y Luo vivieron numerosos aprendizajes y desafíos, desde aprender a tomar mate o hacer asado, hasta fundar su propia empresa y verla crecer.

También vieron cumplido un sueño que en China no hubiese sido posible debido a la estricta política de hijo único implementada en 1979 por el gobierno chino. En 1992, en el Hospital Comunidad de Mar del Plata, le dieron la bienvenida a la hermana de Mu, yo. Restringidos por el Registro Civil, que solo permitía poner primeros nombres incluidos en un listado oficial, me dieron un nombre híbrido que representaría mi vida entre dos culturas opuestas, pero de alguna manera complementarias: Lucía Wei He.



La familia He en Mar del Plata: Mu, Hong, Luo y Lucía, la única nacida en Argentina.

Mis padres son algunos de los cientos de miles de ciudadanos chinos que emigraron a la Argentina en las últimas décadas. Según el último Censo Nacional del 2010, en el país hay más de 120.000 inmigrantes nacidos en la República Popular de China y Taiwán. Pero desde la embajada de la República Popular China en Buenos Aires se estima que la colectividad llega a estar cerca de los 200.000.

A pesar de haber registros de inmigrantes chinos en el país desde los comienzos del siglo xx, el primer flujo importante ocurrió en la década del 80, cuando un gran número de inmigrantes de Taiwán vinieron al país.

“La particularidad de este grupo de migrantes es que emigró toda la familia y en su mayoría trajeron un capital propio que les permitió desarrollarse casi inmediatamente en la actividad comercial”, escribe el historiador Sergio Wischñevsky en *Dang Dai*, una revista de intercambio cultural entre Argentina y China.

La segunda oleada, y la más prominente, se produjo entre 1990 y 1999, cuando hubo un flujo importante de inmigrantes de Fujian, una provincia al sur de China. Gustavo Girado, director de posgrado sobre Estudios en China Contemporánea en la Universidad Nacional de Lanús, estima que el 83% de la colectividad china actual en la Argentina proviene de esta provincia.

“Fujian es una de las provincias más internacionalizadas de China, por estar en frente de Taiwán y tener uno de los puertos más antiguos del país. Fue la primera provincia en tener contacto con Latinoamérica por su comercio costero”, explica Girado. “La inmigración fue bastante parecida a la europea en el siglo XIX. Vinieron algunas personas con capital como punta de lanza, y una vez que se instalaron y vieron que había oportunidades laborales, se empezó a correr la voz.”

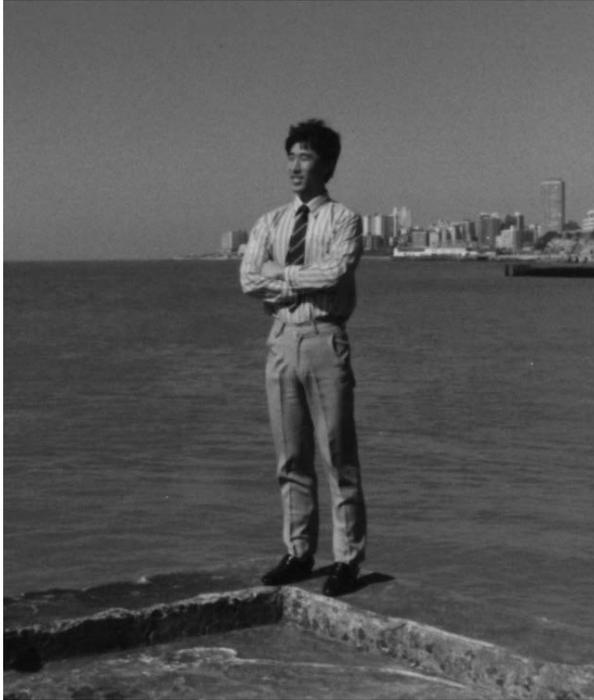


Aunque mis padres no fueron parte de las dos principales olas migratorias de China hacia Argentina, lo que hizo que se quedaran en Mar del Plata por casi tres décadas, y hasta hayan decidido cambiar su ciudadanía china por la argentina, es lo mismo que trajo a muchos de los otros miles inmigrantes chinos al país.

“La calidad de vida en Argentina era una de las más altas en toda Latinoamérica. Es obvio que si tenés un poco de capital, venís a un lugar donde vas a poder desarrollar un negocio y crecer económicamente. Además, el sistema educativo gratis y de alto nivel también sigue siendo un fuerte atractivo”, dice Girado.

Girado además enfatiza que muchos inmigrantes chinos decidieron venir al país en la década de los 90 por beneficios diplomáticos.

“En la década del 90, muchos inmigrantes chinos usaban Argentina como un puente para luego llegar a Estados Unidos, ya que no se precisaba visa para ir a Estados Unidos con un pasaporte argentino.”



Luego de haber trabajado por dos años para la empresa estatal china en Mar del Plata, Hong y Luo decidieron empezar su propio emprendimiento. Aprovechando sus estudios y experiencia profesional en comercio internacional, abrieron una exportadora de pescados. A través de los años, lo que empezó como un negocio familiar en una pequeña casa alquilada se convirtió en una empresa con dos plantas procesadoras y cientos de empleados.

Una vez por semana hacían un asado en la fábrica. Iban fileteros, administradores, operarios, todos los que trabajaban en la empresa. Mientras ellos acompañaban la carne con vino o gaseosas, mi madre lo hacía con agua caliente. No a pocos les llamaba la atención, como también les llama la atención hoy a mis compañeros de trabajo, cada vez que me sirvo un vaso de agua tibia.



Con el paso de los años estos contrastes entre la cultura argentina y china pasaron de ser extrañezas a formar parte de esta nueva cultura compartida y de respeto mutuo. (Nadie logró entender, sin embargo, que cada vez que mi madre quería comer un yogur lo pusiera a calentar siempre un rato arriba de una estufa).

Y a pesar de haber logrado integrarse a la comunidad de Mar del Plata, siempre que se encontraban con desconocidos les hacían la misma pregunta: ¿De qué trabajan? ¿Tienen un supermercado o un restaurante?

Según la Cámara de Supermercados y Asociaciones Chinas (CASRECH), casi el 75% de los inmigrantes chinos en el país se dedica o está vinculado al tema gastronómico o supermercadista. Algunas estimaciones indican que en el país hay más de 11.000 supermercados chinos, y que en la ciudad de Buenos Aires en promedio hay uno cada cuatro cuadras.

Las razones por las cuales una gran mayoría de la comunidad está asociada con el negocio de los supermercados son diversas. El conocimiento comercial con el que ya venían muchos inmigrantes, especialmente de Fujian, y la posibilidad de manejar un negocio sin necesidad de dominar completamente el idioma son algunas de estas razones, según Miguel Ángel Calvete, exsecretario general de CASRECH.

“Los supermercadistas comenzaron a agruparse en distintas cámaras en base a su ciudad de origen, y eventualmente eso se transformó en una federación. Eso les daba un poder de compra y negociación mucho más grande,

y los ayudó a insertarse en el mundo comercial argentino”, explica Calvete.

Pero esta inserción y crecimiento comercial también trajo aspectos negativos.

“Una minoría muy pequeña de los inmigrantes que vinieron se aprovecharon del trabajo de sus conciudadanos. Formaron grupos de 6 o 7 personas que extorsionaba a los supermercadistas, les cobraba determinada “protección” para regular las aperturas de los supermercados”, cuenta Calvete. “Por suerte, la mayoría de esos grupos hoy ya no están más. Pero lograron estigmatizar a la comunidad y obviamente atemorizar a mucha gente. Se dice que todos los chinos son mafiosos, que venden todo robado, que apagan las heladeras a la noche, que no pagan los impuestos, etc. Son absolutamente todas mentiras.”



El primer viaje a las Cataratas del Iguazú.

De a poco en el país está surgiendo una segunda generación de inmigrantes chinos, los que, como yo, crecieron en Argentina pero nunca se sintieron ni completamente argentinos ni completamente chinos; que se criaron comiendo arroz con palitos y empanadas con la mano, hablando español en la escuela y chino en casa. Es una generación que busca, de a poco, ir rompiendo los prejuicios que se han construido alrededor de la comunidad china en los últimos años.

“Hay estereotipos muy arraigados en la sociedad. Uno ve dos chinos que escupen en la calle, y ya son todos los que lo hacen. La generalización lleva a que se refuercen los preconceptos”, dice Carlos Lin, un locutor y conductor de televisión.

Lin llegó desde Taiwán con su familia en 1982. Con lo poco que tenían, sus padres montaron una pequeña casa de *bijouterie*, y eventualmente compraron un supermercado que tuvieron por casi 20 años.

“Fue en este supermercado donde forjé mi instinto de comunicador, y conocí lo que significaba ser puente entre chinos y argentinos”, cuenta Lin.

Su pasión por comunicar llevó a Lin a estudiar comunicación social y locución. Ahora, a sus 38 años, conduce “Milenarios”, un programa televisado por América 24 que cubre temas de interés cultural chino, como turismo, cultura, economía y negocios.

“Los que podemos contar la realidad de nuestra comunidad, los que tenemos la herramienta del idioma para romper los estereotipos, somos nosotros, la segunda generación”, dice Lin. “Somos profesionales, médicos, abogados, dentistas, intermediarios comerciales, periodistas, diplomáticos. Somos pocos, pero nos tenemos que unir para informar a la gente. No solo por el bien de la sociedad argentina en la que vivimos, sino también para nuestra propia comunidad.”



Hong y Luo en su primer departamento de Mar del Plata.

En algún lugar de un departamento frente a la playa de Mar del Plata hay un diccionario chino-español, pesado y de tapa gris. Sus hojas desteñidas, algunas sueltas, delatan el paso de los años. Por tres décadas, fue consultado por una pareja china que vino a la Argentina sin saber ni una sola palabra de español. Y también, en ese mismo departamento, consultado por dos niños, ni argentinos ni chinos, que encontraban en él las palabras del país en el que no les tocó crecer.

UNA NUEVA GENERACIÓN DE CHINOS ROMPE CON LOS ESTEREOTIPOS

Cada vez son más los artistas, abogados, publicistas y periodistas. Buscan crear un camino profesional distinto al de sus padres y promover la integración de ambas culturas.



Preguntamos a qué comunidades de inmigrantes en Argentina les gustaría conocer y entre las propuestas, estaba la comunidad china. Aquí el segundo de una serie de artículos que iremos publicando.

Cuando mis padres llegaron a la Argentina, venían con el sueño de poder construir una vida mejor para sus hijos. El miedo de dejar todo lo

conocido atrás no pudo superar la esperanza de lograr un futuro mejor en una tierra lejana. Fue así como en 1989 desembarcaron en Mar del Plata con mi hermano de tres años en una mano y un diccionario chino-español, pesado y de tapa gris, en la otra.

Tres décadas más tarde, mi hermano y yo formamos parte de una nueva generación de inmigrantes chinos; una generación que no se siente ni completamente china ni completamente argentina, pero que arraigó sus raíces en ambas culturas.

Como nosotros hay muchos otros que, a través de su profesión, rompen los prejuicios que se han construido alrededor de la comunidad china en la sociedad argentina. Estas son algunas de sus historias.



CARLOS LIN: LOCUTOR Y CONDUCTOR

“Los que podemos contar la realidad de nuestra comunidad, los que tenemos la herramienta del idioma para romper los estereotipos, somos nosotros, la segunda generación.

En este sentido, los medios son una herramienta clave. En Argentina es muy difícil justificar a un chino en un medio local, y la comunidad no

tiene un espacio en la agenda. ¿Cómo va a presentar las noticias un chino? ¿Cómo va a haber un actor chino que no actúe de supermercadista o mafioso? Algo que está naturalizado en otros países, acá no lo está. Hay que crear ese espacio.”



DELIA HOU: BAILARINA Y ABOGADA

“Cuando llegué a la Argentina en el 2010, había muy pocos chinos en la calle. Se los veía solo en los supermercados. Cuando estaba afuera la gente me miraba como algo raro; era chocante sentir que era tan diferente. Pero se ve que hay un cambio, que hay más chinos jóvenes en las escuelas, en las calles, haciendo distintas cosas.

Cuando empecé a bailar tango tenía miedo de que me vean solo por ser china, y que piensen que no bailaba tan bien como los argentinos. Pero al público argentino le interesa mucho, lo ve como algo positivo porque es distinto. Se dice que uno baila tango como uno es, que tu personalidad se refleja. En China, Taiwán, Corea y Japón se baila mucho tango. La cultura del tango, la pasión, la cercanía física es muy diferente a los valores asiáticos. A veces a uno lo atraen los opuestos, y eso es lo que me pasó.”



GUSTAVO NG: PERIODISTA Y EDITOR

“Mi papá llegó al país en 1954. Llegó yéndose de China, del comunismo, y a los pocos años se casó con una argentina en la ciudad bonaerense de San Nicolás. No vino acá con un plan de conservar lo que traía, sino de dejarlo atrás. Me crié como muchos chicos de la segunda generación, inmerso en una cultura argentina muy fuerte. Difícilmente puedo decir que viví entre dos culturas.

Pero con lo que sí viví fue con una constante incógnita sobre la otra cultura, preguntándome qué significaba ser chino. Esto de alguna manera terminó influyendo en que yo estudiara periodismo y antropología, y eventualmente hiciera un medio que pone en comunicación las dos culturas: la revista *Dang Dai*.

Lanzamos la revista en 2011, en un momento en el cual las relaciones entre Argentina y China estaban maduras a nivel comercial, pero en el cual ningún argentino que producía soja le veía la cara al chino que la compraba, y muchos menos al que la consumía. Hicimos la revista para lograr que esta relación empiece a tomar otros ámbitos de la vida, para que desde ambos lados nos empecemos a ver las caras.”



CAROLINA HSU: ACTRIZ, MÚSICA Y CONDUCTORA

“Ser mujer, oriental y actriz es difícil a nivel profesional. Como actriz no hay muchas opciones. Los únicos roles que hay son actuar de cajera, o de una persona que no sabe hablar bien castellano. Muchas veces me pasa que hablo bien castellano y no les sirve, me preguntan si puedo hablar mal, o más bruto.

Para mí es importante participar de algo constructivo que ayude a la sociedad a avanzar, como Milenarios y Chino Básico. Son programas de televisión que se enfocan en la cultura de una manera seria, real, por fuera de los estereotipos. Creo que programas así ayudan a promover la integración de los argentinos con los chinos, y los chinos con los argentinos.

La lucha de la integración es una lucha que tenemos que llevar adelante las nuevas generaciones. Generalmente tenemos una cabeza más abierta que nuestros papás. Muchos de los que llegaron primero son más cerrados, más tradicionales. Creo que naturalmente se va a dar la integración, es una cuestión de tiempo.”



TING LEI LEI: GESTOR DE TRÁMITES MIGRATORIOS

“Llegué a Argentina cuando tenía 7 años. Crecer entre las dos culturas tuvo sus ventajas y sus desventajas. El tema del idioma fue muy difícil, la barrera idiomática es muy fuerte. Y las dos culturas son muy distintas, así que también fue un cambio psicológico. No se podía ser ni muy chino ni muy argentino, entonces uno trataba de equilibrar un poco las costumbres, adaptarse al medio.

Yo nunca me iría de Argentina, este país lo tiene todo. Te da la posibilidad de hacer algo que vos querés y de construir algo que es tuyo.”

Fotografía Rodrigo Mendoza | Diseño Maxi De Rito.

CHILE

Alex Kang es el seudónimo de Humberto Eliash, arquitecto graduado en 1975 en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile, donde actualmente da clases de taller de proyectos y es profesor titular. Fue vicedecano de la misma facultad entre 2010 y 2014 y presidente del Colegio de Arquitectos de Chile entre 2018 y 2020. Su trabajo profesional como Eliash Arquitectos está principalmente enfocado en proyectos de arquitectura institucional para ministerios, escuelas, edificios universitarios y otros organismos públicos y privados. Su labor académica forma parte significativa de su actividad, impartiendo clases y publicando en diferentes universidades nacionales y extranjeras. Escribe libros, artículos y columnas sobre su especialidad y ha publicado más de una docena de libros solo o con otros autores. El más conocido es *Arquitectura y modernidad en Chile* escrito junto a Manuel Moreno en 1989. Además de su trabajo como arquitecto, dibuja y pinta acuarelas, habiendo expuesto y publicado sus obras en varias oportunidades. Ha escrito varios cuentos que aún no han sido publicados. El origen chino de Humberto Eliash se remonta a su abuelo de apellido Kang (firma los textos incluidos en esta antología con el nombre de su abuelo, Alex Kang), que nació en Chinatown de San Francisco (Estados Unidos) a fines del siglo XIX. Siendo muy joven, emigró a Sudamérica y recaló en Perú. Después de permanecer un breve tiempo allí, viajó a Chile, donde trabajó en las salitreras del norte de Chile. Allí conoció a la chilena María Mardones, con quien se casó y tuvo seis hijos que sobrevivieron, uno de los cuales fue el padre de Humberto Eliash, de profesión contador, fallecido en 2009.

MENOS ES MÁS

El concepto “Menos es más”, acuñado por el arquitecto alemán Mies van der Rohe en 1930 cuando dirigía la *Bauhaus*, me lo enseñaron en segundo año de arquitectura en la Universidad. Por cierto, no tiene nada de original pues su verdadero origen viene del concepto oriental del budismo Zen que se asocia con austeridad, contención y sabiduría. No solo tiene que ver con ahorro de recursos materiales, sino también con el mejor aprovechamiento de recursos estéticos. Eso, a nivel consciente, pero en realidad a nivel inconsciente lo llevo grabado a fuego en mi ADN familiar de origen chino.

Mis padres no sabían del concepto “Menos es más” ni jamás oyeron hablar de minimalismo, pero eran muy austeros y ahorrativos. Ahorraban en el agua, en el gas, en la electricidad, reutilizaban la ropa, los útiles escolares, los materiales de construcción, etc.

A mi padre, “el tío Humberto”, el “Oso”, quien proviene de una familia china que emigró desde Estados Unidos en 1914, aquello le salía muy natural pues tuvo que vivir con muchas apreturas económicas. No estudió en la universidad pero actuaba como si tuviera un Ph.D. en “Tecnologías de reciclaje y eficiencia energética” y era aún más experto que mi madre en prácticas para ahorrar. Andaba por la casa cerrando llaves de agua mal cerradas y apagando luces detrás de nosotros, sus tres hijos varones. Mientras de noche estábamos jugando en una habitación y salíamos a otra, al volver a la primera mi padre ya había apagado la luz y estaba en la puerta preguntando quién la había dejado encendida. Notable es lo que hacía con las gallinas que él mismo criaba en nuestro gran patio trasero. Las mataba y las aprovechaba íntegramente: nos comíamos todo lo que un ser humano se come de una gallina, pero además con los interiores hacía chop suey, con el hígado hacía paté, con las patas hacía sopa y también guardaba las plumas por si acaso le servían para algo.

Sin embargo, todo ello no bastaba para sacar adelante a una familia de clase media provinciana y por tanto tenía que discurrir nuevas fórmulas de ahorro.

La más clásica era hacernos subir a una micro haciéndonos agachar al entrar para hacerle creer al conductor que teníamos menos edad para pagar solo por los adultos. A veces salíamos con nuestras primas Ayleen, Meyling, Rosy y Patricia entonces era más difícil hacer trampa pero siempre se las arreglaba para pagar menos. A mí, quien era el mayor y por tanto un poco

más alto que el resto, me costaba más llegar a ponerme a la altura del menor. Entonces me hacía practicar en la semana una forma de caminar agachado manteniendo la espalda recta, caminando como pingüino. Era bastante ridículo pero muy eficaz para su plan de austeridad.

Una tarde de fin de mes, mientras, ya estrujado su bolsillo estrujaba su imaginación para ahorrar más dinero, nos observó todos desprolijos y de pelo largo y ahí mismo decidió empezar a cortarnos el pelo con una máquina manual (no había eléctricas entonces) para ahorrar en peluquería, agua, shampoo y gomina...

Se compró una máquina infernal que era igual a una máquina de cortar pasto pero en miniatura. La diferencia es que el pasto recién cortado no tiene que enfrentarse a sus compañeros de escuela el día lunes. Su impericia peluquera y su falta de conocimiento de la moda de entonces nos convertía en unos “chinos nerds” que éramos humillados por nuestros compañeros de colegio. Por entonces yo era un fanático de los Beatles pero mi pinta y mi corte de pelo no daba cuenta de ello.

Ninguno de nosotros, ni siquiera mis primos, podían escapar de tal tormento excepto cuando estábamos de vacaciones en el norte y mis tías nos mandaban a cortar el pelo con Ignacio, el japonés apodado “El erizo”, que era un artista del cabello y dejaba nuestras cabezas a la moda. Pero terminadas las vacaciones volvíamos a las manos de mi padre. Mi primo Wito, que ya estaba en la universidad, era quien más se reía cada vez que nos tocaba corte de pelo con mi padre. Nos decía: —Le pidieron al tío “córtemerregular” y les entendió “tíremeacagar” ja, ja...— “no sabía que tenía primos tan aweonaos...”

Un día, el tío Antonio, comprendiendo nuestro pesar, llevó a sus tres sobrinos más su hijo Tuqui, a cortarnos el pelo a una peluquería profesional. A Tuqui, por ser un niño entonces, le cortaban al rape con un mechón en la frente. Primero me cortaron a mí, luego a Hugo y luego a Tuqui. Cuando le tocó a mi hermano menor, el peluquero le preguntó al tío: ¿Le corto igual? refiriéndose a si le cortaba igual como lo tenía; es decir, con la partidura al lado izquierdo. Y el tío le dijo sí, pero el peluquero en realidad preguntaba si le cortaba igual que al niño anterior y como recibió un contundente sí, le cortó igual que al Tuqui, es decir ¡¡¡rapado con un mechón en la punta!!! Mi querido hermano Bubu estuvo sin hablar al tío Antonio por varias semanas.

Al mes siguiente ocurrió un nuevo incidente cuando llegó al barrio un vecino de nuestra edad llamado Tito, de quien nos hicimos muy amigos. Para congraciarnos con él, le ofrecimos amablemente los servicios gratuitos de mi padre para su corte de pelo. Después de terminada la faena, se miró al espejo y quedó horrorizado... No se atrevía a volver a su casa. El mal agradecido se enojó con nosotros. Al final su madre le tejió un gorro de lana y pudo ir al colegio. Por supuesto, le prohibió visitar nuestra casa por un buen tiempo pero, en definitiva, al tiempo que le creció el pelo, se le disminuyó el enojo y volvimos a ser amigos.

Ese año comprendimos el costo de tener un padre minimalista. Si la adolescencia es un período difícil para cualquiera, pueden imaginar lo difícil que fue esta situación para nuestra autoestima y virilidad. Por suerte nuestro colegio en esa época era solo de varones... Menos mal.

Luis Cruz-Villalobos nació en Santiago de Chile en 1976. Además de poeta y ensayista, es especialista y posgraduado en Psicología Clínica. Se dedica al estudio de la resiliencia y el crecimiento postraumático, como también de la hermenéutica aplicada. Su tesis doctoral en filosofía en la Vrije Universiteit Amsterdam se enfocó en estos temas. Ahora ya en retiro, fue ministro presbiteriano quince años, así como secretario regional para el Cono Sur de la Fraternidad Teológica Latinoamericana, por dos periodos. Dentro de sus trabajos poéticos se pueden destacar *Dios mendigo. Teografías* (traducido al inglés y portugués); *Poesía teológica*/'*Theological Poetry* (prologado por el filósofo norteamericano John D. Caputo), *Como abrazo exacto y Ven a mí* (antologías seleccionadas por el poeta y profesor de la Universidad de Salamanca, Alfredo Pérez Alencart) y *Con/Cu Cioran* (publicación bilingüe castellano-rumana, traducida y editada por la poeta y catedrática rumana Carmen Bulzan). En el ámbito académico, cuenta con varios artículos sobre hermenéutica aplicada al ámbito de la psicología, poética y teología protestante. Dentro de sus libros de psicología más recientes se encuentran *Trauma y esperanza* (2019), *Key of Posttraumatic Coping* (2020), *Psicología del afrontamiento religioso* (2021), *Positive Coping with Trauma* (2021) y *Posttraumatic Exegesis* (2021).

EL HORTELANO CHINO

En memoria al abuelo de mi padre.

El día despertó
El sol abrió sus ojos amarillos
y miró mi huerta verde y serena

El sol es mi amigo
y yo he sabido con él caminar
por todas las sendas de mis años

Él ha sembrado su luz
Yo he sembrado mis semillas
Mi fe y mi esperanza y mi amor

Yo he visto tantas veces brotar
de esta tierra blanda y cariñosa
el sustento de mis manos y mi corazón

Pero hay días en que el sol me deja
y detrás de un muro gris que se forma
se esconde y llora breves momentos

Incluso su pena me ayuda
Alimenta mi huerta y mi vida
Llena de flores y brotes mis trabajos.

MARIPOSA

A los que anhelan la resurrección.

Chuang Tse soñó una vez que era una mariposa revoloteando aquí y allá. En el sueño no tenía conciencia de su individualidad como persona. Era solo una mariposa. De pronto, se despertó y se encontró allí acostado, una persona otra vez. Pero entonces pensó para sí mismo, “¿Era antes un hombre que soñaba ser una mariposa, o soy ahora una mariposa que sueña ser un hombre?”

ANTIGUO CUENTO CHINO

1

Nada tengo
Nada quiero
Solo soy
Solo
Solamente soy
Solo
Con otros quizás
Qué importa
Solo vuelo
Solo
Y aquí vivo
Sin saber que vivo
Y si muero
No lo sabré jamás

2

De la noche
A la mañana

De la miseria
A la belleza

Del reptar
Al vuelo

Así no más
Sin pedir
Sin clamar

Así no más
Solo espera
Solo paciencia
Y ya está

Así no más
Cambio
Transformación
Mutación perfecta

3
Sobre el viento
Una hoja
Una pluma
Una pequeña brizna
Una flor

Pero cambio de rumbo
Decido
Sin saberlo
Sin buscar nada
Solo siguiendo aromas
Que no sé qué dicen
Que no sé qué prometen

Solo voy
Me dejo llevar
Aún en contra del viento

4

Beber el néctar succulento
De aquellas flores
Que en esencia
Se parecen a mi traje

Beber de su sangre
De su agua oculta
Que me sacia por doquier

Con eso basta
Para revolotear
Escampar sin demora
Flotar
Girar como pétalo dorado
Cómo hoja otoñal
Que cae en medio del día

5

Y volar
Volar
Más allá
Mucho más allá
De lo que imaginan todos

Y así de frágil
Mucho menos
De lo que todos imaginan
Volar
Seguir la ruta
Que ha sido trazada
En pleno aire
En pleno día y noche

6

Y de pronto soñar
Que se es un malévolo ser
Un bípedo desnudo
Que se alimenta de la vida
Que se alimenta de la muerte
Que se alimenta de la sangre
Que se alimenta de la miel

Bípedo desnudo
Que no logra descubrir el día
Que no logra cantar el exacto canto
Que lo alce a las alturas que ha anhelado

Bípedo que se apodera del mundo
Y lo domina como cáncer
Se inmiscuye por doquier
Y mata y daña y devora y muere
Sin embargo pesadilla al fin
De esta mariposa que soy
Feliz.

Del poemario *Bella Intemperie*, 2013.

INSTANTANEIDAD

*Interrogaría
Sobre el haiku chino
A esta mariposa que vuela.
MATSUO BASHŌ*

Como esta mariposa que vuela
La vital instantaneidad
Que no puede detenerse sin morir
O sin empezar a ser otra distinta

Es la única que puede des-cubrir
El misterio de la vital instantaneidad
Que no puede detenerse sin morir
O sin empezar a ser otra distinta
Como esta mariposa que vuela.

NANKING 1937

*En memoria de los ciudadanos chinos
que cayeron en manos del Ejército Imperial Japonés
a partir del 17 de diciembre de 1937 en Nanking.
Para no olvidar tan honda infamia
cometida contra la humanidad.*

1

Quién puede callar lo que pasó en Nanking
Quién puede pronunciarlo
Quién puede olvidar tan profunda infamia
Hecha a cada uno de los hombres y mujeres
Niñas y niños
Jóvenes y jovencitas
Ancianos y ancianas

Ay!

Cielo vacío
Quién puede cantar y callar
Sin morir de espanto
Ante tan honda tragedia
Perpetrada por demonios
Bajo la bandera de un sol hecho de sangre

Yo no me callaré
Y gritaré silencioso en este poema
Más agrio y cruento que todos
Más duro y terrible que muchos

Pero digno
Real
Palpable
Como la katana y la bayoneta
Como el fusil y el garrote
Como las 20.000 violaciones
Y los 200.000 muertos de aquellos días.

2
Un niño de nueve años
Ve como un soldado
Clava su bayoneta tres veces
En el cuerpo de su madre
Que amamanta a su hermano
El niño llora
Y logra escapar
Viendo como lanzan a unos escombros
Al pequeño alejándolo de su madre

Horas después regresa
Al oír que su madre aún gime
Está viva
No puede hablar
Solo llora
Pregunta con sus ojos por su hermanito
Y ambos oyen un conocido llanto
El niño corre en dirección del sollozo
Y encuentra a su hermano
Mal herido
Lo lleva con cuidado
A los brazos de su madre
Y ella lo amamanta

*Pero mamá
Estás sangrando tanto
Déjame curarte*

*No, hijo
Ya se detendrá
Ahora debo alimentar a tu hermano*

El niño llora
La madre muere

El anciano recuerda ese día
Sin parar de llorar
Y yo lo esculpo en el poema
Para que no sea olvidado jamás.

3

*A mi nieta no la tocan
Es muy pequeña
Aún no cumple los doce*

Pero la nieta entiende
Que si el abuelo se resiste al soldado
Simplemente lo matarán

*Abuelo
Déjalo
Qué daño tan grande podría hacerme
Déjalo para que no te maten
Pues si tú te mueres me quedo sola*

El soldado toma a la niña
Y la lleva al cuarto
La viola como bestia
Y niña ya ni siquiera llora
Solo sangra

*Ay, mi niña
Ay, mi niña
Qué te han hecho*

El abuelo también sangra
Pero en su corazón
Mientras le acaricia
Suavemente el vientre
Que oculta un pudor
Destrozado
Infinitamente destrozado
Por el mal de los hombres.

4

Ante sus ojos de niño
El anciano recuerda
Cómo la bala le quitó a su padre
Cómo la bayoneta le quitó a su madre

Iban de diez en diez
Centenares en caravana macabra
Amarrados como perros
Directos al fusilamiento

Los que no mataban las balas
Los remataba la bayoneta

El anciano
Con sus ojos de niño
Aún recuerda aquellas armas

*Qué grandes eran esas bayonetas
Tan afiladas y tan largas*

El niño junto con su hermano
Se hacen los muertos
En medio de la multitud de cuerpos fríos
Los soldados pasan de largo
Con sus infinitas bayonetas
Y ellos escapan hacia el río

Sin mirar atrás
Para que entre los muertos
Ni siquiera les quede atrapada la mirada.

5
El Escuadrón 751
No cabe en un poema
No merece ser pronunciado como canto
Pero tampoco debe ser olvidado
Porque allí la miseria llegó a su más oscuro abismo
El descalabro de lo humano
El impensable mal
La inefable y desgarrante vergüenza
Donde las bestias
Trataron a los hombres como objetos
Como carne de experimentos
Inyecciones asesinas
Lentas de podredumbre
Bisecciones
Tratos del cuerpo como cosa
Cosas sobre los cuerpos
Cuerpos desnudos
Vaciados
Perpetrados como ciudad
Quemados como basura
Congelados como alimento
Hechos girar como en huracán
Asfixiados en el agua
Decapitados
Sepultados sin morir

Ay!
Quién puede callarse este horror
Quién puede callarse este infierno
Que nació de la más oscura soberbia.

COSTA RICA

Otto Apuy nació el 31 de julio de 1949 en Cañas, Guanacaste, ciudad de la que es “hijo predilecto” desde 2000. Estudió Comunicaciones en la Universidad de Costa Rica (UCR) y Artes Plásticas en Barcelona, donde residió por varios años. Como pintor, ha realizado ochenta exposiciones individuales y doscientas colectivas. Es también dibujante, escultor, escritor, periodista y artista pionero de nuevos medios como el videoarte, los *performances*, las instalaciones y el arte público. Ha expuesto en muchos países de América Latina, los Estados Unidos y Europa, y su obra se encuentra en muchas colecciones privadas y públicas, museos y fundaciones del país y el extranjero. Recibió el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en 1977. En el 2012, la segunda vez, el Premio Nacional en Artes Integradas, Aquileo J. Echeverría. Recibió también el premio Gran Nicoya, a un artista reconocido por más de veinte años y Gran Premio de II Bienal de escultura y el Gran Premio de la Bienal, por montaje e instalación. En el campo literario, fue finalista y Premio del Jurado de la *Revista Katarsis* (Málaga, España) y Premio EDUCA centroamericano. Además de ensayos sobre arte, tiene doce libros literarios (novela, cuento y poesía) publicados en España y Costa Rica. Apuy se considera un artista multimedia en constante exploración. Su novela más conocida sobre la migración china es *Viaje al remoto Puntalín* (2016), que cuenta con varias reediciones y fue declarada “de interés cultural” por el Ministerio de Cultura en junio de 2015. Trata sobre los antepasados chinos del autor y la historia de la inmigración china a Costa Rica. Es un relato épico de inmigrantes chinos que, sin saber muy bien a dónde viajaban, tuvieron que superar el desarraigo y la soledad con la esperanza de encontrar su “montaña de oro” en California. La palabra *Puntalín* en el título se refiere a Puntarenas, que muchos inmigrantes chinos

pensaron que se refería a un país. Apuy ha publicado también las novelas *El jinete con la herida en el pecho* (2009) y *Shi Pan y los huesos del dragón* (2010). Colabora, además, en muchos medios de comunicación y revistas desde hace muchos años. Ha realizado propuestas de arte público como el de la iglesia central de Cañas, que ha tenido mucho impacto en la atracción turística y en elevar la autoestima de los pobladores.



La deidad de los viajes, pintura de Otto Apuy, 170 x 170 cms, 2011. Colección Xi Jin Ping.

I
EL DRAGÓN LON CHOY

En un poema chino
un soplo movía la hoja
y estremecía a la flor
como la palabra destino
revela el amor

Lo que se dice de mentira tal vez no lo es
lo que de verdad se tiene
tampoco lo sea

De la novela *Remoto Puntalín*.

EN EL PRINCIPIO

El niño Tai Chin corría cruzando el pequeño puente de piedra sin imaginar lo que representarían las fronteras en su vida. Apenas salía de la escuela y ya estaba lleno de sueños y de viajes. Parecía ser cierto lo que marcaban las estrellas el día de su nacimiento, y lo descubriría cuando volviese de su gran viaje a América.

Una aldea sobresale en medio de sembradíos de arroz y legumbres. La luz transfigura los reflejos del agua depositada en los techos. La densa bruma y el humo de las chimeneas desaparecen en lontananza. El aroma del té y las flores inundan el ambiente y huele a hierba cortada en el vecindario.

La torre de piedra de cinco pisos que se destaca en el horizonte ya era antigua, construida a principios de 1800, en tiempos del latifundio de la comarca, a su alrededor colindaban otras casas. La aldea se hizo entre primos campesinos agricultores de tres comarcas. La unión de tres aldeas antiguas, eso era Samjeón, en la provincia de Wandong, cercana a Hong Kong. En los pisos inferiores vivían los ancianos y adultos mayores, generalmente los recién casados se instalaban en los pisos superiores. Allí arriba, en el ático del edificio, en el que había esculturas de dragones en cada esquina, podía verse el mar a lo lejos, y las curvas cercanas del río, los templos y palacios

imperiales de antiguas dinastías brillaban en las montañas. Posiblemente la vista de allí incitó a Tai Chin Chen y sus primos hermanos a encontrar la riqueza al otro lado del mar, a pensar en un destino afortunado, después de ese río que había arrastrado las pasiones de los poblados.

El día que Tai Chin dejaría su aldea, ni en sueños habría podido imaginar que, quince años más tarde, volvería rico y con otra identidad.

En forma cíclica, empezaban a cicatrizar algunas pugnas con otros poblados de milenarias tradiciones. Tiempo atrás contaban que una vez en el camino se toparon dos ancianos mayores, cuando uno de ellos le cedió el paso, el otro se adelantó para volver a cederle el paso, y así sucesivamente llegaron hasta el pueblo. Ninguno podía permitir por respeto ancestral que el anciano mayor del pueblo tuviera que hacerlo. Después del incidente, cuando se topaban los ancianos respectivos, regresaban a sus aldeas a celebrarlo. Con los años hubo un camino de ida y uno de vuelta por si se encontraban por casualidad nuevamente. Curiosamente, así sería en el futuro, y en cierta forma esta podría ser la metáfora de esta historia que se había hecho una tradición. Tai Chin uniría a su regreso los pueblos de su familia y del sueño compartido. Pero el tiempo lo haría para todas las comarcas que orbitaban a su alrededor.

En su tierra, la poca que quedaba de una extensión que colindaba con el río, mientras sembraba árboles frutales con su abuelo, escucharon de unos viajeros, a la orilla del camino paralelo a las granjas, acerca de “Jin Shan”, la historia de la “Montaña Dorada”: una tierra lejana, al otro lado del mar, llamada América, y el puerto San Francisco de California. Según ellos el oro abundaba en las montañas, lo que hacía falta era mano de obra y dinero para llegar allí.

Tenía conciencia de lo trascendental de su viaje desde que era un niño. No le quitaron sus afanes soñadores acerca de esta tierra de fortuna y lejana, porque lo consideraban algo pasajero que iba a olvidar con otro juego. Con los días, el pequeño empezó un sueño viajero, a imaginar tierras desconocidas, pobladas de extraordinarios animales, de aves gigantescas con los colores del “Tiáng Tang”, que era una referencia al Paraíso cristiano. No había nube en el cielo que no asociara con seres de tierra americana. Empezó a recoger información, pidió a la familia que le contara de esos lugares.

Su tío favorito, Chen Yu Lin, le llevó al poblado de Tam Ping Yun, quien era un erudito y sabía de países extranjeros. Yu Ling le regaló al ve-

nerable anciano una botella de vino de arroz, el “baijiu” del mejor de la zona. Les recibió amablemente, y les preguntó el porqué de su visita, mientras expresaba señalando la botella: “Hóng qū”, una categoría de calidad del vino. Chen Yu Lin sonrió satisfecho. Le puso al tanto del asunto. Expresó “A me li ca”, refiriéndose a América. Tam Ping Yun dijo que sabía de ese continente, que algunos ya habían partido hacia allá. Por el acento de Yu Lin, conoció del clan que procedían. ¿Les preguntó si conocían de alguien que había salido hacia esos lugares de América? Yu Ling no lo sabía, pero el anciano posó su mirada en el joven niño y le escrutó la mirada. Comentó que tenía destellos de estrellas, que un día tendría un paisaje acuarelado en sus ojos. Mencionó que anoche había soñado con un cometa, seguido de una gran estela luminosa que se abría como la cola de un pavo real; eso era una premonición que buscaba un interlocutor.

Los dos viajeros regresaron contentos a la aldea. Mientras caminaban sobre la orilla del río alguien les preguntó hacia dónde se dirigían. El pequeño Tai Chin contestó que a “América”, con brillo en sus ojos comenzó a pegar saltos de alegría, su risa se extendía entre los arbustos a la orilla del riachuelo, por donde tomaban un atajo para llegar. Luego mencionó al “guilin”, un legendario animal mítico, que coincidía con la jirafa, que habían encontrado en África, en tiempos antiguos del Primer Emperador, por casualidad era muy semejante a las descripciones. Yu Ling le dijo que estaba equivocado, que en América no habían de estos animales.

El mediodía que nació estuvo lleno de buenos augurios. Sus abuelos le predestinaron aventuras. Decían que el “yué” correría, en el sentido que lengua y sangre, en chino significa correr, dispersarse. En aquellos malos tiempos emigrar había sido el camino de muchos jóvenes oriundos de aldeas cercanas a Macao y Hong Kong. No era tarea fácil, debía empezar por tener el dinero ante el desafío de un largo viaje. La sola idea de afrontar una empresa de ese tipo requería valor y desarraigo. Era un niño huérfano, quizá eso haría que tuviese una larga descendencia, y que en el futuro siempre buscara la unidad familiar.

A pesar de lo grande de su población, en Wandong, no todos los niños soñaban con emigrar. La idea de viajar por meses en barco cruzando un mar peligroso y desconocido, detenía a muchos. Pesaban los grandes mitos en las aguas abisales y los enormes animales salvajes de las tierras americanas. No se podría tener una idea certera de lo que era América. Lo que movía

los temores y le daba contenido a la aventura, era la famosa “Jin Saan”, la “montaña dorada”, que les hacía imaginarla desde lejos, desde el otro lado del mar, como un faro divino capaz de hacer ricos a todos los que llegasen a sus ricas vetas. No era que de pequeño Tai Chin tuviese tal certeza, fue el destino que llamó la atención sobre sus primeras manifestaciones de irse, de salir, de buscar allende su frontera. Nadie inventaba de la nada una montaña entera, llena de oro, aunque “Jin Saan”, era visto como un mito.

Debió haberse inventado
el sueño antes que las hojas del cerezo
como los sonidos de tu piel
como la madriguera acalla

tu crecer inmensurable
como el clamor de los guerreros
el destello de sus escudos
que osaron ver hacia atrás
la belleza del resplandor
que eras

“Il faut se garder de raisonner d'on fait de la prose”

PAUL VALÈRY

I OBSESIVIDAD

*Cómo escribir un anónimo
si los rasgos te delatarían
con los ojos cerrados
no cruces los brazos
estira las piernas
date cuenta de que
nadie está vigilando
asómate por el hoyo
que todos hacen fila*

*y nadie ve nada
si alguien
la ve
la nada
es*

LOS DESEOS

Durante el sepelio de su madre, a Juan Limerick le llamó la atención un reflejo que se movía entre las lápidas, aquella brillantez se le convirtió en una idea, en una luz interminable. Su madre le había pedido ser enterrada con algunos libros que había escogido. Si los allí presentes en el funeral durante la tarde sombría, llena de paraguas oscuros y aves sobre las ramas, hubieran conocido cuáles libros había seleccionado, seguramente habrían adivinado qué planeaba Juan Limerick. Estaba obsesionado con la muerte en vida. No precisamente por sus libros de ficción que abordaban temas muy variados, entre novelas, cuentos y algunas poesías dispersas. Su preocupación era que al morir no podría escribir más.

Limerick vivía en una casa de dos pisos con una gran sala de biblioteca y un sótano donde siempre se guardaron los muebles de sus abuelos maternos. Su laboratorio era como un gran procesador de palabras; aparte de su extensa y rica biblioteca, había un patio con una gran huerta rodeada de limoneros y naranjales y varios arbustos de cornizuelo con sus hormigas simbióticas que tenía como mascotas, y una colección de gatos de cerámica, donde sobresalía “Ousbastis”, la gata egipcia —aprisionando una nota periodística fantástica— encima de una biblioteca, y varias fotografías de hormigas zompopas y de cornizuelo, aumentadas en la lente que las hacía verse monstruosas y temibles.

Si se sabía interpretar la vida y la obra literaria de Limerick, cada libro era un capítulo inconcluso. Él había empezado una historia que se iba cerrando, concéntrica, y estaba en busca de un final inesperado. Según los cálculos no tenía tiempo para acabar sus pretensiones, aunque dejara los temas para que los desarrollaran otras personas si era del caso. Ya había pensado en contratar jóvenes para escribir sus ideas y dentro de su estilo. No le resultó, pensó que le traicionarían y perdería su integridad como autor —a menos que no quisiera revelar algo— entre los jóvenes.

A pesar de escribir rápido y “trabajar como una hormiga”, sabía que no llegaría a su destino. A Limerick le veían como un escritor prolífico y con un considerable reconocimiento a su labor. Pero nadie podía sospechar cuán reprimido se sentía por no ver acabada su obra.

Su editor, Salomón Gottlieb, le dijo que debería considerar que alguna vez el último libro tenía que llegar. Lo importante —a largo plazo— estaba en los libros publicados y no en los que estaban por publicar. Limerick le contestó que no aceptaba la muerte como el final de la producción de sus libros. El escritor no podía entender su idea. Le dijo que sí era posible que siguieran publicándose sus libros, y que seguramente eso sucedería.

Eso no era lo que él pretendía; en realidad, ya lo sabía y estaba escribiendo para el futuro, el presente apenas era el comienzo. Creía haber atrapado con su gran estrategia “sus demonios” en un cuento en la que mucho tenía que ver algún ancestro suyo.

En el fondo, Limerick quería unir dos episodios: sus libros con sus connotaciones y su biografía, lo que determinaba una actitud sin límites, y su idea de inmortalidad, pero activa desde el anonimato o la invisibilidad.

No tardó mucho en terminar su extraño plan. De hecho, venía afinándolo desde hacía tiempo. Tenía entre otras cosas una cinta de vídeo que pensaba mostrar otro día a Gottlieb, el director de la editorial.

Juan había ido al jardín y con la pala empezó a cavar, así le había encomendado también su madre y eso era aparte de los libros que se había llevado a su tumba. No hizo melodramas, y se limitó a enterrarlos. Algunos libros los debía conservar, con advertencias de su cuidado; en cambio, a otros los mandaba destruir para que sirvieran al menos de abono. Se detuvo a ver las portadas ya un poco sucias, y decidió que no salvaría a ninguno. La razón, un poco difícil de describir, no se debía enteramente a la calidad de los libros. Lo que su madre se había llevado era para siempre, oculto, como un respeto de su pasantía en la tierra, y cierta soberbia que no estaba al alcance de nadie. Era para ella y su hijo, y tenía esa barrera ante los demás. La casa había sido una especie de propio mundo, de antigua morada y claustro, separada por una vereda de malinches que en pleno verano parecía una pequeña laguna de manchas escarlatas.

En el cementerio, durante el sepelio de su madre, había invitado a su casa a Castaing de Villiers.

Había terminado pronto de enterrar los libros, la tierra del jardín no estaba muy seca; eso le ayudó. Había escogido una esquina donde solía leer bajo un árbol de mango. Al terminar se dio un buen baño y se dispuso a esperar al amigo mientras observaba el nido de pájaros junto a la ventanilla y los lejanos ladridos de perros que solían jugar abajo en un pequeño río muy contaminado.

LA CASA

Castaing no conocía los rincones de la casa de Limerick. En un recorrido minucioso del pasillo central podía verse el desarrollo intelectual que ejerció su madre, quien le compraba todos los libros posibles. Junto a los cuadernos de la escuela estaba la colección completa de Julio Verne y H.G Wells, sin faltar Rowland, Tolkien, Lovecraft y, sorprendentemente, Stephen King. Además, una larga lista de escritores europeos: Heinrich Böll, Peter Handke, Thomas Mann, Friedrich Dürrenmatt —este último, además, era un pintor que admiraba mucho— Hermann Hesse y cuadernos con anotaciones y dibujos de personajes de sus libros. Algunos objetos tenían que ver con algunos de sus relatos, una cornamenta de venado, una hormiga de hierro del tamaño de una sartén, una niña de cerámica, que no era la Nigüenta, un puñal, un saquito de granos de café de *souvenir*, un papel arrugado dentro de una pequeña botella, que era una noticia extraña aparecida en un periódico, una cruz de madera y varias fotografías enmarcadas, como una cabaña en el bosque y un enorme oso hormiguero. Nada sorprendente, pero sí importantes en los relatos.

En el patio central estaba la puerta a su laboratorio, flanqueada por autores irlandeses: Wilde, Yeats, Shaw, Beckett, O'Casey y Swift. Se podía llegar allí abriéndose paso entre las macetas de flores atrapamoscas y la colección de esculturas en yeso, reproducciones clásicas griegas que estaban minuciosamente intervenidas con textos en español y latín.

Limerick pensó que la mayoría de las plantas exóticas probablemente morirían sin los cuidados de su madre.

Castaing de Villiers tocó la campanita de cobre de la puerta principal que tenía una pequeña buganvilla en forma de arco. Era una mañana ní-

tida y fresca. La postal clavada con un retrato de Chopin cayó al suelo, debido a la vibración. “Seguramente era un preludio”, pensó Limerick, al abrir la puerta, se sorprendió de ver a Castaing con una botella de vino y una buena sonrisa.

—“Hermoso día”— dijo el recién llegado. Limerick le agradeció la visita. Lo pasó a la sala, desde donde se veían las grietas abiertas en la montaña. Le dijo que podía escuchar a las piedras rodar durante la noche, como en los poemas de Wordsworth. En pocos minutos estaba armándole un ensayo sobre las referencias literarias a los impresionantes paisajes, con citas de Hölderlin y Novalis, los grandes poetas del romanticismo alemán.

Castaing abrió la botella de vino, haciendo sonar el corcho con el tirabuzón, demostrando la fuerza de sus brazos. Pensaba y disfrutaba las certeras expresiones que citaba Limerick.

Sentados en la terraza de la casa, el escritor, en tono de confesión, le dijo que tenía un plan insólito para poder seguir escribiendo después de muerto...

De la novela inédita *Scribere insanabile*.

Hijo de cantoneses, Jorge Chen Sham nació en Puerto Limón, Costa Rica, en 1964. Es doctor en Estudios Románicos por la Université Paul Valéry, Montpellier III (1990). Desde 2003 es profesor catedrático en la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica, donde enseña Teoría Literaria, Literatura Española y Literaturas Centroamericanas. Sus campos de investigación abarcan las literaturas centroamericanas, la recepción cervantina, la prosa de los siglos XVIII español e hispanoamericano, la poesía hispánica y las generaciones del 98 y 27. Recibió el premio al Investigador del Área de Artes y Letras de la Universidad de Costa Rica (2008) y Diploma al Mérito del Club Rotario de León (Nicaragua). Es profesor destacado por el Consejo Universitario (2009, 2010, 2011 y 2015), así como miembro correspondiente de la Academia Nicaragüense de la Lengua y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Ha publicado más de cuatrocientos artículos especializados en revistas académicas, así como capítulos de libros en Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, México, Estados Unidos, Colombia, Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, España, Francia, República Checa, Italia y Alemania. Como poeta ha publicado cuatro libros: *Nocturnos de mar inacabado* (2011), *Conjurios del alba* (2014), *Por Costa Rica de viaje: sus trípticos* (2015) y *Frágil y efímera* (2018). Prepara un quinto poemario con el título de *El boleteo ya comprado*.

EN EL ALBA

He llegado al peso breve de la ausencia,
he desembocado en la disciplina

de campañas no merecidas,
he evitado seguir las fortalezas vigilantes
de los que desean controlar sin tacto,
he ansiado la sostenibilidad
de las miradas interiores
contra el desgano insurrecto,
he gestionado compromisos
en los campos de púas silentes
al aire siempre decoroso,
he aminorado las vocaciones de quienes
conjuran las actas y rectifican sus espacios...

He venido con la suerte de mil voces,
la persigo sin perder su guía paradójica;
he avisado a mis células que no caigan,
la persigo con noches de suave canto;
he sondeado sus escondrijos de leche azul,
la persigo así tan afortunado y atento;
me he encariñado con su tacto “estanciado”,
me he sometido a sus órdenes audibles,
con su estación de inquietante encanto,
con su mácula de acendrada vida,
con su insondable agua,
agua de invierno soluble
y disipado.

.....

Y por si todo fuera poco,
he vuelto de ese camino al peso breve,
así todo se despeja en comisión
para que la palabra procure increpar
a los lirios impolutos,
a las aves primeras,
a los árboles sempiternos,
a los destellos en mano,

a las réplicas despreocupadas,
a las oscuridades perennes,
a los equipajes con vida,
a los corazones ingrátidos,
en ese tiempo del alba sin remedio
y sin despojo.

Del poemario *Conjuros del alba* (2014).

BAJO EL CIELO ARRANCADO A TUS LABIOS

En Armero, Colombia,
en donde reposan tus restos

1. Los trabajos. La oportunidad de la cámara

Así es preciosa y lúcida Omaira,
vuelvo a ver las últimas imágenes,
filmadas por una cámara mortal,
in extremis y por casualidad,
eso es lo que repetía el periodista,
después de ventilar tu testamento sonoro,
de tu carita de niña combativa
ante los ojos mediáticos del mundo.

Hoy, después de 30 años,
él vuelve a repetir la misma cantilena justificativa,
mientras tu desolada tragedia
repercute de manera impredecible
en mi memoria engrosada y descreída,
ya aplacada y algo macilenta
en mis cincuenta años,
de trabajos a pie de aula;
de teclas movedizas en la pantalla despierta;
de andaduras con pies un poco cansados;
de viajes que resuenan en mi mente ya pletórica;

de lecciones ante los viejos amigos
que ya no se inquietan;
de voces lejanas que cortaron
con el calor y la compostura;
de comidas y convivios todavía olorosos,
de simplemente palabras y lecturas;
de pastillas y vitaminas que
me prodigan ahora un alivio mitigado;
de muertes que ya vienen a enrollar
las cuentas de un largo camino
que no acaba todavía.

Te veo de nuevo en la pantalla;
pero me inquietas de otra manera diferente,
ahora que el agua empieza a subir
y tu barbilla queda inundada,
a segundos preciosos de extinguirse
el rayo que te sujeta a este mundo.
Entonces, tu voz se me hacía quebradiza,
tus ojos no me hablaban de entereza,
tus labios se me mostraban temblando.
En cambio, hoy estás para mí diáfana
en ese instante de peligro fatal;
ahora tus ruegos de valiente niña
me provocan un afecto esencial y trémulo,
que sigue palpitando desde la distante añoranza...
Tu serenidad resplandece
ante la extraña solidez de tu voz,
de niña inquieta y hacendosa;
la comisura de tus labios no engaña,
se mantiene firme;
la mirada de tus ojos implora el contacto
y ahora me conmueve tu desprendimiento,
cuando te diriges a tu madre...

2. Los días. Siempre el discreto afecto

De pronto la emoción todo lo contamina;
 mi conciencia se dispara
 con el sobresalto instantáneo del tiempo,
 porque obliga a balancear
 de otra manera el sufrimiento.
 Ya no obedece más a un desgarrar,
 la imagen de tu madre me acompaña fulminante.
 Tú la convocaste ahora
 para que los lazos sean de nuevo evocados
 en un sentido y hondo ofertorio.
 Sé que a tu madre se le abrió la tierra a sus pies,
 que tu muerte temprana y repentina
 le crujió los huesos;
 que el dolor le maceró las entrañas
 acompañándola sin argumentos;
 que la “herida”, como la llaman,
 era muy aguda y rastrera;
 que su duelo fue larga novia de espera
 apenas manejada;
 que se la tragó el infortunio
 y la impotencia de los que te dieron
 el último trago de agua
 y firmaron la escena para siempre.

.....

Ella te llora aún,
 te abraza, Omaira, siempre en sus días,
 mientras hilvana el trabajo cotidiano
 y gana la plenitud anticipada.
 Sufre con el recuerdo
 de tu foto de primera comunión,
 con tus primeros cuadernos de escuela,
 con la muñeca atesorada aún

y el peine de hebras traslúcidas.
Pero ella ya no es la misma,
niña dulce, de voz madura en la tragedia;
no estés celosa, tú eres parte de ella;
yo lo sé con certeza y a la distancia
de estos 30 años así retomados:
ella nunca te ha olvidado...
Pero te ha dejado ir,
para que te adelantes solamente
para que la muerte apenas sea la transición,
de otro encuentro inaudito y espléndido
que las unirá bajo el cielo florido de Armero.

Del poemario *Frágil y efímera* (2018).

REPÚBLICA DOMINICANA

La historiadora, ensayista, analista, politóloga y educadora Mu-Kien Adriana Sang Ben nació en 1958 en Santiago de los Caballeros. Como se explica en la introducción de Andrés L. Mateo a su libro, *Mu-Kien* significa “belleza sutil”. Su padre fue un inmigrante cantonés llamado Miguel Sang, quien se casó con una dominicana de origen chino, Ana Ben Rodríguez (hija del inmigrante chino Ventura Ben), y fundó una repostería. Los textos que se incluyen en esta antología pertenecen a la autobiografía de Mu-Kien Adriana Sang *De dónde vengo. Ensayos de una autobiografía existencial* (Santo Domingo: Norma, 2007). Según Mateo, el libro va más allá del recuerdo autobiográfico en busca de una identidad híbrida, al presentar, en las escenas familiares, numerosas vidas de inmigrantes chinos que lo convierten en coro en el que muchos cuentan la historia. Mu-Kien Adriana Sang Ben se licenció *Summa Cum Laude* en Educación en 1978 de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM). Hizo su posgrado en Educación de Adultos en el Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos de América Latina y el Caribe (CREFAL) en 1978, en México, y en 1985 se doctoró en Historia en la École des Hautes Études de Sciences Sociales de París. Ha sido directora ejecutiva de la Oficina de Desarrollo y Oficial de Comunicación e Información del Programa de las Naciones Unidas en República Dominicana en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), así como directora ejecutiva del Proyecto para el Apoyo a Iniciativas Democráticas auspiciado por la Agencia Internacional de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) en la PUCMM, Recinto de Santo Domingo. Entre sus publicaciones están *Ulises Heureaux. Biografía de un dictador* (1987); *Buenaventura Báez, el caudillo del sur, 1844-1879* (1992); *Una utopía inconclusa. Espaillat y el liberalismo dominicano del siglo XIX* (1997); *Histo-*

ria dominicana ayer y hoy (1999); *El siglo XX dominicano* (1999, coeditada con Frank Moya Pons, Soledad Álvarez y Juan Daniel Balcácer); *La política exterior dominicana, 1844-1961*, tomos I, II y III (2000), con la colaboración de Walter Cordero y Neicy Zeller; *La política exterior dominicana, 1961-1974*, tomos I y II (2002) y *¡Yo soy Minerva!* (2004), premiada como mejor obra de teatro. Escribe semanalmente una página en la sección “Encuentros” de *Areíto*, suplemento cultural so del periódico *Hoy*. Actualmente, es directora del Departamento de Educación, coordinadora del Área de Historia y profesora de esa asignatura en la PUCMM. Es, asimismo, miembro de número y actual secretaria de la Junta Directiva 2010-2013 de la Academia Dominicana de la Historia. En 2006, se bautizó una calle en su honor en la Plaza de la Cultura Juan Pablo Duarte, sede de la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo.

Abandono por un instante los documentos que durante muchos años me han ayudado a hacer la reconstrucción histórica. Me olvido de los cientos de libros de necesaria consulta para poder entretener un discurso coherente de algún trabajo de investigación. Desde hace unos días he dejado de escuchar los discursos, desagradables estridentes, de los líderes políticos en pos de ganar simpatías populares. No me interesa ahora conocer cuáles fueron las últimas publicaciones de los intelectuales nacionales o extranjeros. No quiero escuchar las novedades noticiosas internacionales: cómo anda la guerra, el precio del petróleo, ni la situación de los países de África, de América Latina o de Asia. Pierde interés en estos días saber si nuestro presidente seguirá con su rutina habitual o si los partidos políticos continuarán con sus críticas a la sociedad civil. No quiero pensar ahora en los momentos difíciles que vive el mundo de hoy, marcado por el fanatismo religioso, o la llamada globalización, tan expandida como la pobreza. No quiero dedicar tiempo para saber los últimos detalles de la larga, triste, cómica y trágica telenovela latinoamericana protagonizada por nuestros cuestionados líderes. Como pueden ver, me dispongo a dejar de lado un poco lo que han sido mis preocupaciones durante más de dos décadas.

He querido aislarme del mundo para concentrarme en mi propio mundo. He decidido simplemente dejarme llevar, ser simplemente mujer y ser humano para escribir estas confesiones. Mi historia personal no tiene el glamour de las estrellas del espectáculo de Hollywood, ni las estridencias de la farándula criolla, ni el atractivo de las luchas espectaculares que han tenido

que hacer, a fin de poder sobrevivir, los valiosos hombres y mujeres marginados de la riqueza y la vida. Ellos, a diferencia mía, a fuerza de aventuras y desventuras han sabido sobreponerse a los embates cotidianos que pretenden destruirlos, a fin de construir sus propias vidas.

Cumplí hace poco 50 años de vida. Poco y mucho tiempo a la vez. ¡Divina contradicción! Poco tiempo para conocer mejor el mundo que me ha tocado vivir y, sobre todo, para hacer realidad tantos sueños. Muchos años, muchos días, muchas horas para descubrir las nuevas experiencias. Medio siglo es, para los jóvenes que se abren camino a la vida, un largo trayecto. Tal vez para los octogenarios soy todavía una joven con energías para seguir cabalgando por la vida, pues como dice Coelho *“Un guerrero de la luz no tiene ‘certezas’ sino un camino a seguir, al cual procura adaptarse de acuerdo con el tiempo...”*¹

Soy Mu-Kien, la mujer que lleva en su sangre una simbiosis entre Oriente y Occidente. Soy Mu-Kien, un nombre oriental que significa belleza sutil; mi segundo nombre es Adriana, como forma de dejar constancia de esa hibridad de mi vida. Soy la mujer historiadora que, por amar profundamente la historia, vive intensamente cuando entra en el éxtasis de descifrar el pasado. Soy Mu-Kien, la mujer que para sobrevivir, el destino la colocó también como ejecutiva. He tenido que asumir grandes y diversas tareas burocráticas, donde el seguimiento cotidiano de las pequeñas acciones constituyen una impronta innegable para que funcione ese aparato integrado por otros seres humanos. Soy Mu-Kien, la mujer que disfruta plenamente escribiendo los artículos para su espacio “Encuentros”, porque es una forma de escribir para expresar pensamientos y sentimientos que el trabajo de investigación histórico no permite. Soy Mu-Kien, la mujer que no ha dejado nunca de ser maestra porque, a pesar de las múltiples cosas que le ha exigido su propia existencia, el compartir con los jóvenes constituye un aliciente de vida y una renovación constante de la fe en el futuro, porque enseñando aprendo también y porque es una forma de agradecer a la vida tantos dones y privilegios recibidos. Soy Mu-Kien, la mujer que también es esposa, rol que entraña sus obligaciones y su propia dinámica y que debe compartir, atropelladamente a veces, con las otras facetas que integran su existencia.

Soy simplemente una mujer, con miles de fantasmas no superados, intentando ganar la batalla eterna y cotidiana en contra del sobrepeso; la mujer de las dudas, de los sueños no concluidos; la mujer que ha errado muchas

veces; la mujer que ha perdido amigos y amigas entrañables por culpa de los avatares de la vida o porque ha pronunciado la palabra incorrecta en momentos no indicados. Soy Mu-Kien, la mujer que es madre por accidente de unos hermosos hijos heredados y de un hermoso nieto que ha colmado su existencia. Soy Mu-Kien, la mujer que ha amado, que ha llorado de dolor, que ha reído de felicidad, que se ha enfurecido antes situaciones injustas, que ama o que atropella.

Vengo acariciando este proyecto que desde hace varios años. Razones laborales, personales y compromisos de investigación, me obligaron a detenerlo. Escribí algunas cosas a retazos cuando el tiempo y la paz me lo permitieron. Después de entregarme en cuerpo y alma al monólogo sobre Minerva Mirabal,² durante los años 2002 y 3003, me convencía de que una parte de mí como escritora transcendía el marco de la historia. Al escribir el monólogo, si bien utilicé la investigación histórica, pude hacer uso de mi imaginación y mis sentimientos.

Una vez más gracias por acompañarme en esta hermosa aventura y por compartir conmigo este manojo de reflexiones y sentimientos.

MU-KIEN ADRIANA SANG
Mujer de híbrida identidad

ORÍGENES

La anciana recordaba un cisne que comprara hacía muchos años en Shanghái por una suma ridícula... Luego la mujer y el cisne navegaron a través de un océano... hacia Estados Unidos. Durante la travesía, ella arrullaba al cisne diciéndole: "En América tendré una hija igual que yo, pero allí nadie la mirará con desprecio... , porque la obligaré a hablar solo en un perfecto inglés norteamericano ¡Y allí estará demasiado saciada para tragar ninguna pena! Sabrá lo que quiero decir porque le regalaré este cisne... un animalito que llegó a ser más de lo que esperaba de él". Pero cuando llegó al nuevo país, los funcionarios de inmigración le arrebataron el cisne y ella se quedó agitando los brazos y con una sola pluma del ave como recuerdo... La mujer había envejecido y tenía una hija que creció hablando solo inglés y tragando más Coca Cola que penas. Desde hacía mucho tiempo la mujer quería darle a su hija la única pluma del cisne

y decirle: “Ahora tal vez parezca que esta pluma no vale nada, pero viene de lejos y trae consigo todas mis buenas intenciones”. Y aguardó un año tras otro, hasta el día en que pudo decirle eso a su hija en un perfecto inglés norteamericano.

IDENTIDAD HÍBRIDA

Quizás mi doble origen, en el que Oriente y Occidente se entremezclan e interponen de manera activa, me coloca en una situación de especial sensibilidad. Tal vez porque mis ocho hermanos y yo vimos y sufrimos con ellos, el gran esfuerzo de nuestros padres por abrirse espacio en una sociedad tan cerrada y difícil como era, y es, Santiago. Nació un año que la Oveja del 1955 iba por la mitad de su trayecto, un día 8 de septiembre, en el corazón de Virgo, el mismo día en que nació mi hermano Ping Jan, pero cuatro años antes. Soy oveja y virgo, expresiones simbólicas del horóscopo oriental y del occidental y diferentes en esencia. En esa mezcla evidencia la composición de mi doble y complementaria.

Soy hija de emigrantes pobres que salieron al mundo en búsqueda de mejor vida. Esta condición especial me ha convertido en una persona de especial sensibilidad con respecto a las peripecias y dramas que viven y padecen los hombres y mujeres que cruzan mares, llanos y montañas; parten, llegan y tratan de integrarse en tierras desconocidas que, a fuerza de lágrimas y sufrimientos, lucha por convertir en sus hogares. ¡Lo he dicho tantas veces! La humanidad se ha conformado con las rutas de los seres que van a todas partes y llegan a cualquier parte. La búsqueda de mejor vida es el norte de aquellos que se sumergen en la aventura de emigrar, de reiniciar el camino de sus vidas para progresar y lograr un mejor futuro.

Soy un ser humano a quien el destino dio la oportunidad de haber nacido, formando parte de dos grupos socialmente excluidos y marginados. Con orgullo afirmo que soy mujer y lucho por la igualdad de oportunidades de nuestro género. Tuve, además, el privilegio de ser bautizada con dos nombres que reflejan fielmente los dos senderos que forman mi origen. Tengo el rostro con rasgos indiscutiblemente asiáticos; sin embargo, mi patria chica amada es Santiago de los Caballeros. En esta ciudad norteña, corazón del tabaco, de la industria naciente, de la oligarquía que subía y bajaba presidentes, nací, y desde allí asumí a la República Dominicana como

la tierra de mi pertenencia y de mi identidad. Correteando por las calles de esa ciudad norteña, aprendí a amar esta tierra, nací dominicana, sentí como dominicana y tomé conciencia de que formando parte de las Antillas Mayores, también era caribeña.

Soy, como mis ocho hermanos y hermanas, el producto de los horrores de guerra y la miseria. Hija de un emigrante que zarpó desesperado a la aventura por el mar desconocido. Nuestro padre, Miguel Sang, nació en Cantón, China, en 1919. Un momento terrible para la gran nación continental. Japón, desde su isla, buscaba tierra firme para dominar, por eso no se detenía en su afán de conquistar el gran país del continente asiático. Desde principios del siglo xx, la nación nipona no cesó de atacar a China. La década del 30 fue especialmente dura para el pueblo chino, pues Japón había obtenido varios triunfos después de haber logrado la invasión y anexión de Manchuria en 1931, de haber penetrado a Mongolia en 1933 y de haber bombardeado Shanghái y Nanking en 1937.³ La situación política y económica se hacía cada vez más difícil para los pobres chinos. Las esperanzas acerca del futuro eran no solo inciertas, sino casi imposibles de vislumbrar.

Buscando mejor vida para su familia, nuestro abuelo, a quien no conocimos, decidió hacer la conquista marina antes de la llegada de su hijo. Llegó a Cuba en los años veinte; allí permaneció varios años. Luego decidió probar suerte en la República Dominicana. Primero a La Vega, allí trabajó pero no vio grandes oportunidades. Quiso entonces intentarlo en otro lugar para seguir abriéndose camino. Sus pasos lo llevaron hasta Santiago. Un empleo tras otro con otro chino desheredado de la vida y fundar el restaurante Seng Chong Long, al lado del Teatro Colón, frente al muy reconocido Hotel Mercedes.

Entonces mi padre quiso seguir los pasos de su padre, ausente y casi desconocido. Zarpó hacia América, la tierra prometida de los grandes sueños. Agobiado por la pobreza y la imposibilidad de vislumbrar una vida digna se entusiasmó con la aventura marina, camino indiscutible de la mayoría de los seres que, como él, no encontraban horizontes en su propia tierra. Otro chino más de la gran masa desposeída que perdía las esperanzas y las expectativas del futuro, decidió alzar su propio vuelo. Sin pensarlo ni un momento, en 1936, emprendió el camino hacia lo desconocido. Huyendo de las secuelas de la miseria, la desolación y la inseguridad, tomó el barco

acompañado de un pequeño bolso con sus escasas pertenencias, pero repleto de esperanzas, quedaba el resto de su familia: su madre, un hermano, una hermana, tíos, primos y amigos. En su bolsillo pendía como azabache de la buena suerte la dirección de su padre y una carta que contenía la dirección del tío Tomás, que vivía en un lugar llamado San Francisco de Macorís y había prometido ayudarlo si osaba emprender la hazaña.

Después de largos meses de insoportable travesía, cruzó el océano Pacífico y llegó a América, la tierra grande. Luego, tomó rumbo hacia el mar Caribe. Aquí, en esta media isla, decidió, a los diecisiete años, reiniciar su vida. Fue recibido con alegría por su padre. Trabajó a su lado por diez años en el restaurante del abuelo hasta que cerró en 1949. Allí aprendió el oficio de cocinero y en su tiempo libre se esforzó por aprender el español.

Papá contaba que cuando llegó al país tenía dos objetivos: aprender bien el idioma y conseguir un trabajo. Decía, algo que también fue confirmado por sus allegados, que cuando cerró el Seng Chong Long tuvo que trabajar en todo lo que apareciese: como zapatero, como tendero, hasta creo que estuvo algún tiempo en una sastrería. Finalmente pudo pasar a trabajar al restaurante Antillas, propiedad de nuestro abuelo materno, Ventura Ben. Allí conoció a nuestra madre, Ana Ben, una hermosa joven dominico-china que acudía en las tardes a saludar a su padre.

Siempre me llamó la atención el hecho de que a pesar de los trabajos duros que realizó, sus manos no estaban llenas de callosidades; todo lo contrario, eran largas y suaves. En los momentos de paz e intimidad familiar, Papá adoraba acariciar el pelo de sus hijos. Ese gesto amoroso lo llevo prendido en la memoria. No olvido las mañanas cuando calentaba el vehículo para llevarnos a la escuela, esos minutos de deliciosa intimidad, nos acariciaba con ternura pasando sus manos por nuestros largos cabellos.

Su paso como cocinero fue un regalo para sus hijos. Uno de los más hermosos recuerdos de nuestra infancia son los bizcochos que preparaba y decoraba con esmero. No olvido el rosado intenso de los “suspiros”, característicos de la repostería oriental. Esa intensidad en el color de las decoraciones chinas es algo que ha llamado siempre mi atención. El concepto estético chino privilegia el color, la luz, los primeros planos. ¿Será una forma de alegrar la dura vida de trabajo y tragedia que ha caracterizado su historia a través de los siglos?

NOTAS

¹ Paulo Coelho. *Manuel del guerrero de la luz*. Barcelona: Editorial Planeta, 1999, p. 126.

² Me refiero al monólogo al libro de mi autoría *Yo soy Minerva. Confesiones más allá de la vida y de la muerte*, Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1993. Este monólogo se presentó con éxito en el Teatro Nacional. Edilí encarnó a Minerva Mirabal.

³ Cfr. Jacques Gernet. *El mundo chino*. Barcelona: Crítica, 1991.

CUBA

Alfredo Pong Eng nació en Lawton (La Habana), en la única clínica china en Cuba. De padre cantonés y madre española criada en China, es arquitecto, humorista gráfico editorial, cocinero y músico. Ha dedicado gran parte de su vida al estudio y documentación del paso de los cantoneses por La Habana. Sus trabajos, tanto gráficos como documentales, han sido publicados en *El Nuevo Herald* (Miami), el sitio de noticias *La Nueva Cuba*, y varios blogs y periódicos, así como en portales de organizaciones académicas y sociales en Internet. Sus trabajos gráficos pueden verse en www.cubahumor.com y www.latinamericanstudies.org/pong.htm. En 2019 publicó su libro *De Cantón a La Habana. Una historia de chinos en Cuba* con prólogo de Daína Chaviano.

MI ÚLTIMA NOCHEBUENA
CHINO-CUBANA EN LA HABANA

La preparación

Todo tenía un significado nuevo, el simple hecho que me llevaran a hacer las compras para la Nochebuena, me excitaba mucho pues sabía que iríamos al Mercado Único de 4 Caminos, lo que llamaban: La Plaza de 4 caminos, donde había un bullicio y una animación especial en esos días, el madrugón (4 de la mañana) era la parte que no me gustaba, pero no había más remedio, llegar después de las 6 de la mañana significaba tener que comprar algunos productos de menor calidad, ya que los encargados de comprar los abastos del día para restaurantes y demás lugares de comida llegaban bien tempr-

no para obtener mejores precios y mayor calidad, y se corría el riesgo de no encontrar algunos productos de mayor demanda por la fecha.

Bajamos de la guagua, y el olor fue lo primero que nos recibió, era la mezcla de mariscos, frutas, y entre aroma y aroma un tufo ácido a fermento orgánico, que siempre me recordaba el olor a sacos de papas mojados. Rápidamente fuimos a buscar los mariscos, que llegaban de Batabanó, aunque de otras partes también. Preferíamos los del surgidero por ser más frescos y confiables, las cestas de fibra vegetal con hielo sobre las que reposaban aleteando las langostas vivas, los camarones rojos, los cangrejos moros o de la tierra, amarrados en ristras, las jaibas verdes y azules, las rabirrubias y parguitos, con sus ojos brillantes y rojísimas agallas, símbolo de frescor. Siempre comprábamos camarones pequeños, más baratos para hacer la pasta de las maripositas, también los grandes para los rebozados, alguna langosta, y sin faltar varias rabirrubias que no podían faltar bien fritas para el almuerzo del día, luego íbamos a los vegetales.

Acelgas, lechugas, zanahorias y rabanitos, los tomates rojos y algunos verdes, el cebollino, el cilantro, los nabos; por último, las aves, esa es la parte que no me gustaba, el olor tan fuerte de los pollos vivos y el denso rastro del aroma de la sangre fresca me producían un asco que no podía evitar, pero esperaba que la compra no demorara, ya que no era necesario esperar por el sacrificio del ave y su posterior desplumaje con aquella máquina enorme, que giraba en ese tambor lleno de aspas con forma de muelles, que por un proceso eléctrico que no entendía bien, le arrancaba todas las plumas al pollo mientras el pollero le sujetaba por la cabeza. Compramos varias libras de alas de pollo para finalizar la compra del día, las frutas y vegetales chinos se conseguían con los abastecedores del negocio de la familia.

A media mañana, íbamos a desayunar. Dejábamos la compra con un señor que las llevaba directamente a la casa en su motocicleta de 3 ruedas. Siempre me gustaba desayunar chino, y la Segunda Estrella de Oro, justo en la diagonal del Mercado Único era el sitio ideal.

Una sopa espesa de arroz glutinoso, una crema blanca de un olor indescriptible, apetitoso, acompañado de trozos de *Tou-Fu* frito, rollitos rellenos y *dim-sum* al vapor completaban el minibanquete.

En la casa las mujeres ya habían encargado en el Barrio Chino, en la calle San Nicolás, el pato asado, el puerco a lo cantonés, todo confeccionado con los mejores ingredientes. Mi abuelo acostumbraba regalarle al car-

nicero chino, unas botellas de vino de Fukiang, amarillo ideal para cocinar y aromatizar los asados, al ir a recoger los encargos siempre me regalaba una buena porción de *Cha-Siu* (puerco ahumado a lo cantonés) en un envoltorio de papel encerado, cuyo contenido me devoraba en pocos minutos, con ese sabor tan peculiar a ahumado, con un leve toque de anís y miel, cuyas lascas van de un rojo laqueado a un blanco tierno, en un bocado que casi se deshace en la boca.

La comida principal siempre era confeccionada por los hombres, casi todos cocineros de restaurantes en los que la familia tenía algún vínculo, de sociedad o inversiones, como El Nanking, y El Pacífico, restaurante ubicado en el mismo edificio donde vivía parte de mi familia, y donde me pasaba buena parte del tiempo libre extraescolar. También estaban el Mandarín y el Polinesio, cuyo capitán era el esposo de mi madrina otro experto cocinero y mi mentor culinario.

El banquete

Van llegando los invitados, traen cada uno algo para mejorar el banquete. Rafael Eng con su impecable guayabera blanca de hilo criolla que destaca sobre su piel tersa y lampiña, hablando su español casi indescifrable, y sus grandes ojos que nunca se olvidan, bondadoso y gentil. Es un fiel y celoso amigo de la familia, es el cocinero del restaurante Nanking, a un costado transversal al Parque Central. Trae consigo una fuente de maripositas rellenas de pasta de camarones con puerco y retoño de bambú, sobre la mesa ya van apareciendo una extraña mezcla de manjares criollos y chinos.

Una amalgama de colores y olores irresistibles llenan los sentidos. En el centro el puerco asado y ahumado a lo chino, con su pellejo crujiente y cortado todo en dados perfectos sin deformar al animal, que luce feliz con una manzana asada en la boca. A su lado no puede faltar el pato asado cantonés despidiendo un aroma anisado. Tal parece que le han dado barniz a la piel tostada, por el brillo y lo apetitosa que luce, en una esquina de la gran mesa una fuente de vegetales chinos, hacen un arco iris humeante, nabos, acelgas, *pak-choy*, *bok-choy*, *cailan* y cundiamor se unen a zanahorias, rábanos, hongos de varios tipos cortados en tiras finas, y el inconfundible *agar-agar*, o algas negras que son tan olorosas y delicadas, y todo cubierto con una escarcha de cebollinos y jengibre. Otra fuente contiene alas de pollo cris-

talizadas con miel y salsa de ostiones, que no rivalizan con los camarones rebozados, grandes y que comparten su espacio con la croquetas hechas de carne de falda de res, con bechamel, crujiente en su fina capa exterior, pero pura crema en su contenido, con su sabor tan español. A su lado destaca el caldero con el mejor fríjol negro del mundo, cuajado, dormido, y humeante, a lo chino-cubano, que espera ansioso a su mejor compañero, ese arroz blanco, terso y sabroso, bañado en manteca de puerco, que lo hace perlado. Los tostones y el plátano maduro frito bien amelcochados esperan por el baño de último momento de una salsa hecha con la sustancia que queda en la paila donde se hizo el puerco y otros aderezos que culminan su sabrosura con una buena cantidad de cilantro chino finamente cortado, todo esto para mojar el pan, que no falta, o las frituras de bacalao de la abuela. Y en una esquina, esperando la ensalada criolla, por si alguno le entra la nostalgia a última hora, las maripositas ya han sido fritas y son la señal para que todos se sienten a la mesa. Alguien menciona la yuca con mojo, pero nadie le hace caso, pues ya la mesa está a tope. No hay espacio, ni para el arroz frito ni el *chop-suey* porque no son platos chinos tradicionales:

—Son comida para clientes —dice Rafael y todos asienten con la cabeza.

A su alrededor estamos los cubanos: yo y mis primos, los tíos de China y España, mi madrina que es la perfecta mezcla de todos. Se habla español, cantonés y hasta se hacen chistes sobre los gallegos, mientras mi abuela se pone seria y dice algo bajito en su perfecta mezcla de gallego y catalán. De brindis, buen vino español, y vino de arroz chino, que en realidad es aguardiente, de color amarillo, fuerte, y que yo vigilo con mucho interés porque me encanta coleccionar esas botellas redondas, barrigonas, chatas, de una porcelana negra mate por fuera y blanca brillante por dentro. Para los niños maltas o refrescos: *Materva*, *Salutaris* (que abuela nos hace tomar con sal para la indigestión), *Coca-Cola* y su rival la *Pepsi*, aunque otros prefieren el *Ironbeer* o la *Jupiña* o el *Cawy* en su logo azul, a mí el *Orange-Crush* o el *Green Spot*, el abuelo su cerveza negra *Cabeza de Perro* y los tíos jóvenes cervezas *Hatuey* o *Polar*, aunque no olvidamos *La Tropical* porque nos invita a sus verbenas todos los años en el día del Detallista.

Los postres son el aporte criollo: los turriones españoles, las frutas confitadas y el buñuelo con su mágica almíbar y los gajos de naranja dulces. Con la comida además hay té de jazmín para los tradicionales y de seguro café criollo al final.

Todos felices alzan vasos y copas, se escucha una mezcla de Feliz Navidad con *Kun-Ji-Fa-Choey*, y todos comienzan el gran festín, donde contemplo sin saberlo que esta será la última vez que estaremos juntos todos alrededor de una mesa, y que es la imagen de una buena parte de la sociedad habanera en aquel 24 de diciembre del 1958. Afuera resuenan petardos o voladores. Nadie se asoma a averiguar. Todos esperan un final, mientras la familia feliz disfruta La Nochebuena Chino-Cubana en una escena que nunca más se repetirá.

El tren de lavado de los chinos

Era difícil encontrar un barrio en la ciudad de la Habana que no tuviera su Tren de Lavado.

Las primeras luces del día encontraba a los chinos en plena faena, cuando aún era de noche a eso de las 5:30 de la mañana ya estaban en pie preparando su desayuno, muy diferente al clásico criollo, con su pan con mantequilla y café con leche bien endulzado, para empezar era lo más parecido a un almuerzo, una sopa espesa de arroz glutinoso con algunas verduras y carnes, muy olorosa y nutritiva, luego un poco de pescado salado hecho al vapor, con su arroz blanco sin sal ni grasa, todo acompañado de un té suave y perfumado de jazmín o negro, la habilidad con que manejan los palitos para comer es en sí todo un acto de destreza y estilo, la sopa la beben a sorbos bien sonoros, succionando directamente del bol, que sostiene hábilmente con los dedos meñique e índice, de esta manera por muy caliente que esté el contenido, solo hacen contacto con el borde del tazón y el aro del fondo del mismo. Los chinos nunca ponen los codos ni se apoyan en la mesa. Es de muy mala educación hacerlo, así como poner los palitos sobre el mantel. Para ello, los colocan sobre el bol juntos y apuntando hacia el centro de la mesa (si van a seguir comiendo) y de forma transversal (si ya terminaron). Así, quien sea responsable de retirar la mesa sabe la intención del comensal sin interrumpir su charla o su disfrute. No importa el estatus social esas normas son de conocimiento general y se aprenden en la más temprana infancia.

Generalmente los chinos empleados en las labores de lavandería eran de origen campesino o muy humildes, llegaban a Cuba traídos por un pariente o amigo, y muchas veces trabajan por la estancia y las comidas hasta que, a juicio del benefactor, hubiesen pagado con creces el costo del viaje.

A pesar de ello, eran alegres, con mucho sentido del humor, tanto que no extendían recibo a la usanza de la época. Ellos, en su lugar, asignaban a cada cliente por un mote o una simple descripción que hacía muy fácil la identificación. Para ello, escribían en tinta china con su pincel de punta fina, en el envés de la sábana o la ropa, el mote designado, como por ejemplo: *la flaca con dientes grandes*, o *la señora gorda de nariz chiquita*, o *el señor muy blanco de ojos azules*, *la mujer con voz de gallina*, etc., y el papel que le entregaban a uno decía lo mismo, solo que nadie tenía los medios para traducir el mensaje.

Yo, de niño, me divertía mucho escuchando sus anécdotas sobre clientes y las vicisitudes que pasaban con el idioma español. Ellos siempre estaban bromeando, a pesar del tremendo calor de las pailas de agua hirviendo que manejaban, ya que apenas usaban detergentes para el lavado, a pura fuerza de golpes, restregando fuerte y exprimiendo, blanqueaban las sábanas y ropa de cama como nadie, y luego planchaban con carbón, toda la noche hasta las 9, que era cuando se acostaban, se aseaban (a veces se bañaban dos veces al día) y algunos aprovechaban para escribir a sus familiares en China, o aprender un poco el español. El domingo era el único día libre, y todos iban sin falta al Barrio Chino en los alrededores de la calle Zanja. Allí compraban los víveres chinos, visitaban los 3 cines del barrio, El Águila de Oro, El Nuevo Continental o El Nuevo Pacífico, donde veían películas de Hong Kong de kung-fu del mejor maestro de todos los tiempos Bon-Fui-Jund, el predecesor de Bruce Lee. Eran filmes baratos con poco argumento pero llenos de acción y destreza, sin trucaje ni efectos especiales. Era kung-fu limpio y original. Yo disfrutaba como nadie de esas fantásticas películas comiendo semillas de melón o calabaza secas y tostadas.

El idioma que se hablaba en el Barrio Chino era el cantonés, con un uso mayoritario del dialecto Jind-Peng, aunque había otros dialectos que eran minoritarios. Muy pocos hablaban mandarín, pues la enorme mayoría procedía del sur de China, de la provincia de Cantón principalmente.

Los empleados siempre estaban en camiseta, o camisas viejas sin mangas ni cuello, pantalones anchos y cortos, y casi siempre usaban la clásica chancleta de palo, que era una suerte de base de madera con una banda de caucho negro a modo de soporte y que estaba clavada al borde con una tira metálica con clavos. El sonido que producían era muy peculiar y hasta se han montado coreografías con este rústico elemento de la cultura popular criolla.

Los patios de las lavanderías chinas, llamadas trenes de lavado, eran todo un espectáculo, pues iban tendiendo las prendas y las sábanas por el orden de trabajo, y por la habilidad para colocarlas en las perchas sobre cordeles a tremenda altura auxiliados por una varas larguísimas, que luego irán descolgando según se iban secando. Era un acto de destreza inolvidable. A mí se me permitía estar porque ellos me utilizaban para que les enseñara palabras y sobre todo las malas palabras en español para poder distinguir cuando les insultaban y cuando no. Yo a veces les decía palabras trocadas, y me reía cuando las usaban mal. De todos modos, ellos siempre me fastidiaban mucho, pero al final siempre me daban alguna golosina china de premio y agravio. Gustaban de torcerle la oreja a uno, y eso me enfurecía mucho. Entonces, cuando me mostraba agresivo, me enseñaban algún movimiento de kung-fu siempre con buen humor, y es que, para los chinos, los niños son un tesoro que hay que educar y cuidar en colectivo. Un niño malcriado no es aceptado socialmente, y se reconoce a la familia por el grado de educación que tengan sus menores. A veces yo ayudaba a repartir los paquetes de ropa perfectamente envueltos en papel blanco amarados por cordel, y con el consabido mensaje en chino que solo ellos entendían.

Fue en esos pliegos de papel que siempre tenían una pieza de madera dura pesada como pisa-papel y que ellos, además, usaban como arma de combate (llegado el caso). Sobre aquellos pliegos blancos hacía mis garabatos, dibujaba historias completas que luego explicaba en detalles, sobre todo a Julito y Joseíto, los más jóvenes, que se deleitaban con mi fantasía. Ellos luego fueron a trabajar a la bodega de mi padre lo que prolongó la amistad hasta que en 1969 decidieron emigrar hacia su lugar de origen. Fue Joseíto quien me regaló mi primer set de tinta china, que consistía en un mortero ancho y bajo, hecho con un material rugoso para que sirviera para diluir en un poco de agua la barra gruesa de tinta china sólida que uno “raspaba” contra el fondo, de manera que en ese movimiento circular se iba obteniendo una tinta china, cuya densidad dependía de cuan fuerte y negra se necesitara. Esa tinta era tan pura y fuerte que no había forma de quitarla de la ropa o del papel. Ese era el modo en que los chinos marcaban la ropa en los pliegues ocultos o al final de la prenda con el “sello personal asignado” al cliente.

Luego estaba el pincel chino hecho de pelo de cola de caballo, de una punta finísima que se manipula de un modo muy especial, y que con la debida habilidad hace trazos del espesor de un cabello hasta del grosor del

ancho del pincel o más. El arte de la caligrafía china es algo que merece una consideración muy especial.

El recuerdo más percedero de aquellos trenes de lavado era el olor a limpio, a carbón encendido, y sobre todo a la camaradería y el buen humor de mis amigos de entonces. Jamás los olvidaré, forman parte de una Habana que vive en la memoria y que comparto en estas líneas de nostalgias para que no se olvide.

Se terminó de imprimir en agosto de 2022
en los talleres de Fernando González Duke
Tlacoquemecatl 533-3 Col. Del Valle,
C.P. 03100, Municipio Benito Juárez
Ciudad de México.

